

LINDSEY
DAVIS



MATER FAMILIAS

Un caso de Flavia Albia, investigadora romana.



Lectulandia

En uno de los lotes de la casa de subastas donde trabaja Flavia Albia se ha descubierto un cadáver en descomposición. ¿De quién se trata? ¿Cómo ha llegado hasta ahí?

Para ayudarla en la investigación Flavia Albia cuenta con la ayuda de Manlio Fausto, quien, además, tiene otros asuntos de los que preocuparse: es época de elecciones para elegir al próximo gobernador de la ciudad y Fausto es responsable de la campaña de uno de los candidatos.

En las calles de Roma la tensión es máxima y los obstáculos para la investigación son muchos. Pero la tenacidad de Flavia Albia no conoce límites.

Lectulandia

Lindsey Davis

Mater familias

Flavia Albia - 3

ePub r1.0

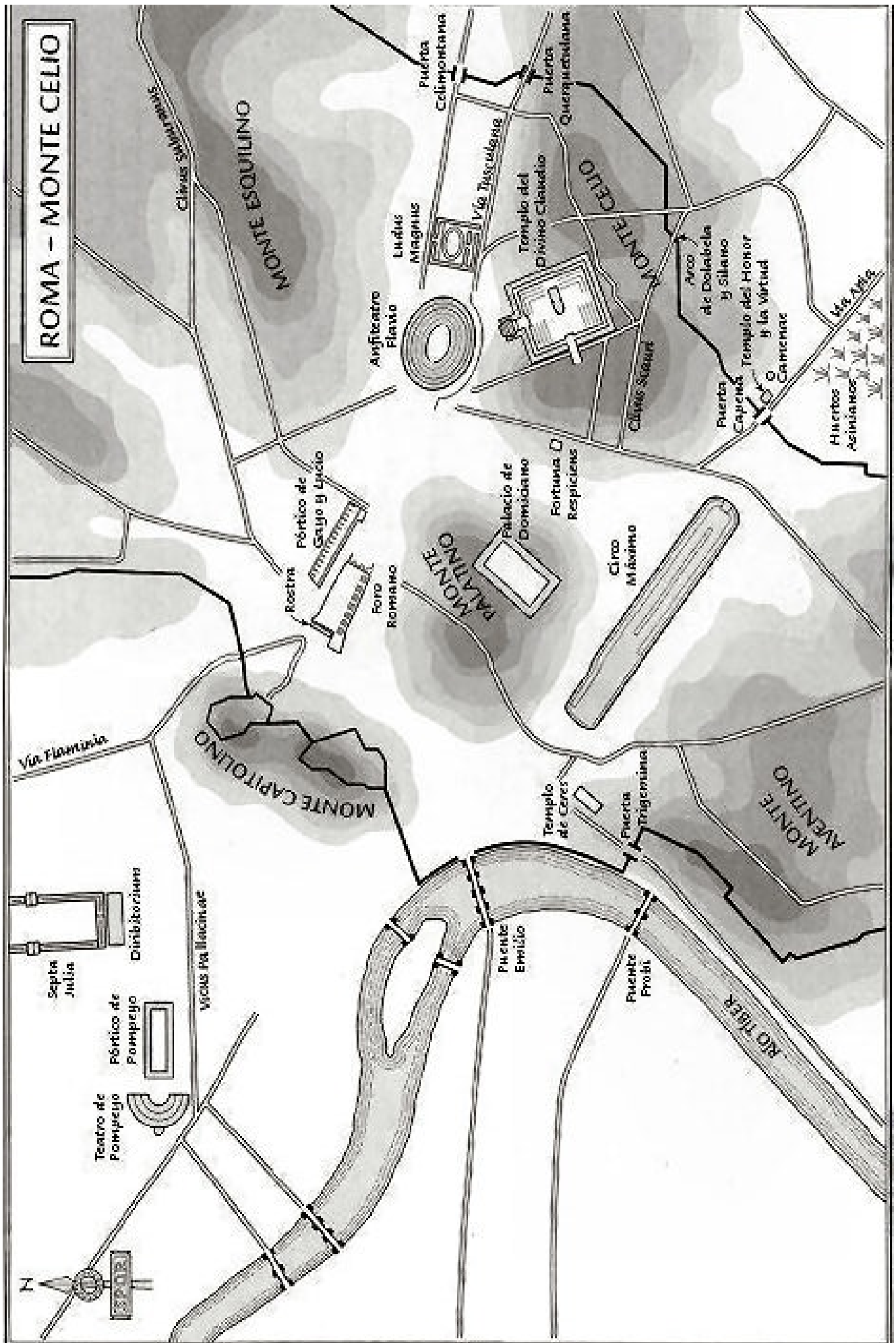
epubdroid 21.06.16

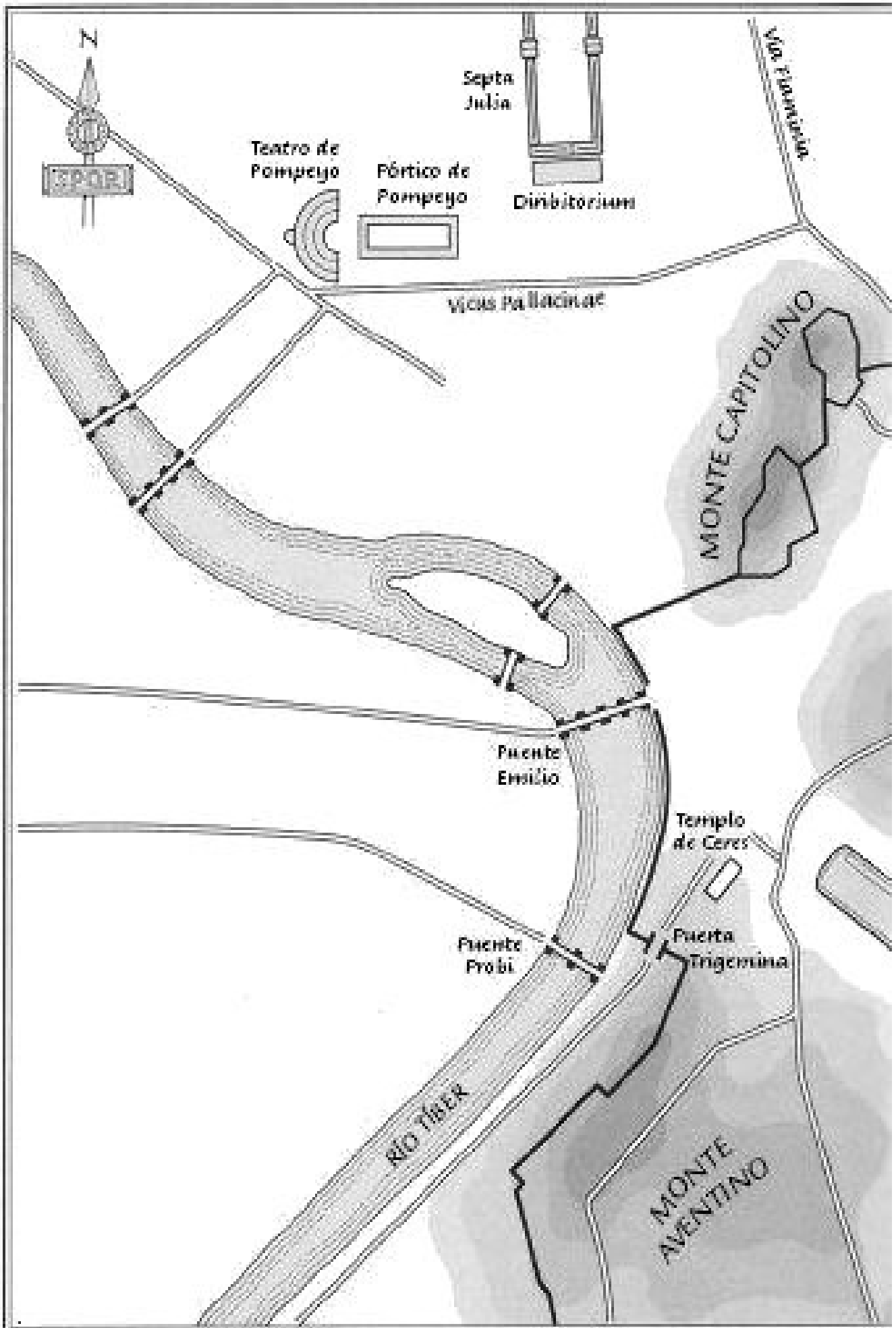
Título original: *Deadly Election*
Lindsey Davis, 2015
Traducción: Gema Moral
Mapas: Rodney Paul

Editor digital: epubdroid
ePub base r1.2

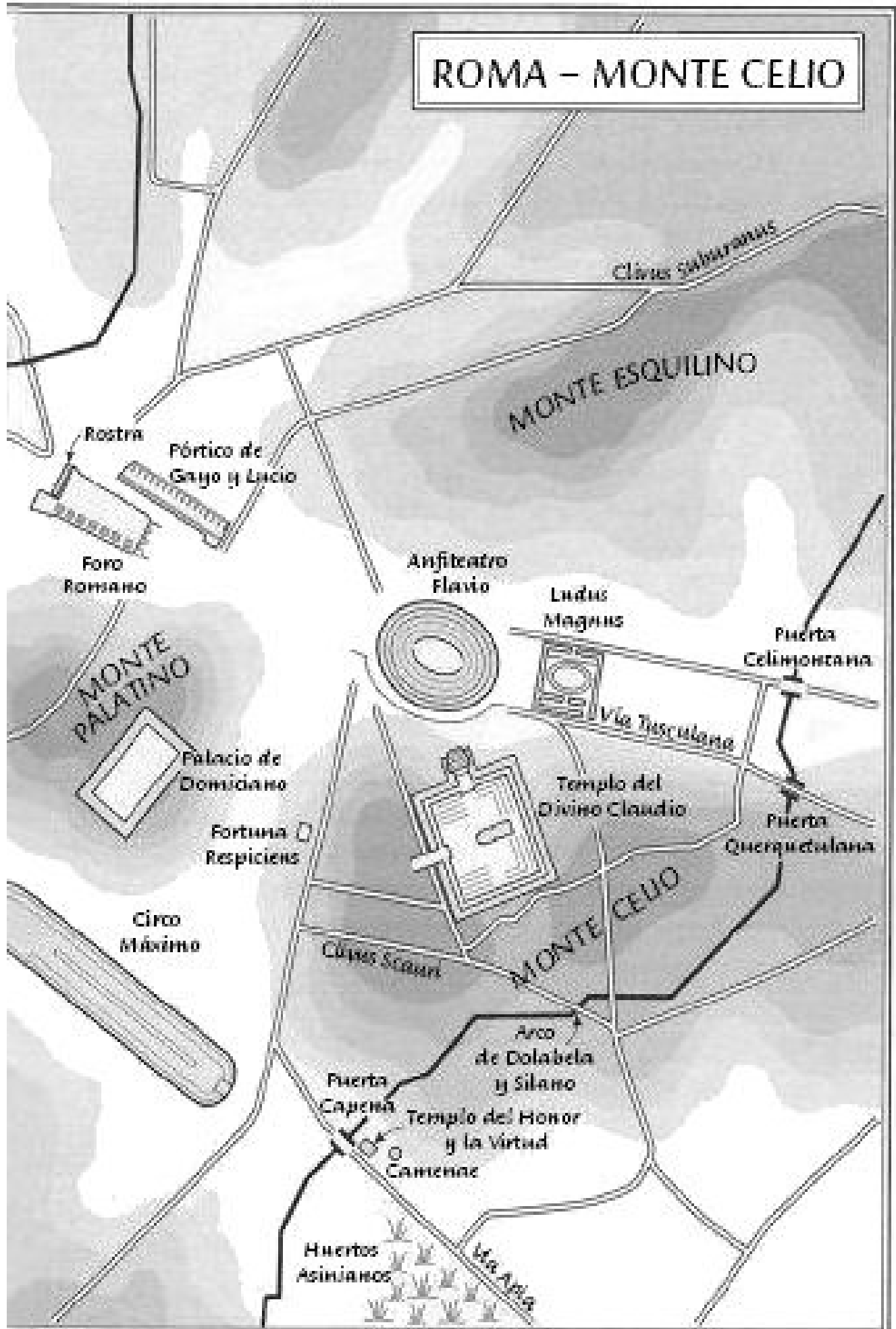
más libros en lectulandia.com

MAPAS





ROMA - MONTE CELIO



DRAMATIS PERSONAE

PERSONAJES PRINCIPALES

Flavia Albia: investigadora, de momento convaleciente.

Los hermanos Camilo: sus provechosos tíos.

L. Petronio Longo: otro tío, viejo camarada de su padre.

Maya Favonia: su serena tía.

T. Manlio Fausto: magistrado, no su amante.

Tulio Icilio: tío de Fausto, con grandes planes para él.

Dromo: esclavo de Fausto, de escasas luces.

Laia Graciana: cruel ex mujer de Fausto.

Gornia: anciano subastador.

Personal: mozos de cuerda, guardias de seguridad, mensajero, chico del burro.

T. Claudio Laeta: burócrata jubilado.

T. Claudio Filipino: su hijo, de tal palo tal astilla.

Abascanto: alto funcionario, suspendido de su cargo.

CANDIDATOS A EDIL PLEBEYO Y CARTA DE PRESENTACIÓN

Trebonio Fulvo: torso musculoso, actitud de duro, esposa devota.

Aruleno Crescens: débiles principios, amante defraudada.

S. Vibio Marino: buenas intenciones, esposa ausente.

L. Salvio Grato: cínico y manipulador, hermana leal.

Dilio Suro: sociable y simpático, esposa rica.

Ennio Verecundo: incorregible, esposa callada, madre severa.

Volusio Firmo: esperanzas frustradas, amante esposa, ha renunciado.

Calixto Valens: se ha ido al campo.

Y su familia: hijos, sobrino, esposas, ex esposas, nieta, esclavos.

Julia Verecunda: suegra, procedente del Averno.

Y su familia: hijas, hijo, yernos, nuera, nietos.

Marcela Vibia y su marido: orgullosos padres.

El hombre del cofre: un misterio.

Tito Níger: un eficaz agente.

Claudia Galeria: su mujer, una buena esposa.

«*El de la túnica morada*»: un haragán con pésimo sentido de la moda.

Fundano: enterrador con un horrible trabajo.

Sacerdotisa de Isis: querellante herida.

LA HERMANDAD FINANCIERA

Nothokleptes e Hijo: banqueros egipcios.

Balonio: banquero galo.

Otros banqueros: griego, sirio, no disponibles.

Claudia Arsínoe: banquera singular.

DIVERSOS

Cónsul/«Incitato»: un sabueso muy inquieto.

Venus con el culo gordo: arte popular (por cuadruplicado).

Muchacho sacándose una espina del pie: arte impopular.

Ursa: osa mohosa, invendible.

Moteado: burro deplorable.

ROMA,

EL MONTE CELIO:
JULIO, AÑO 89 D. C.

I

Celebrar una subasta en julio es un craso error. ¿Quién queda en Roma entonces? Los que pueden escapar han huido ya a sus retiros campestres en regiones más frescas de Italia. Los demás yacen en su lecho de muerte o se han quedado aquí para esquivar a sus parientes.

Es inútil intentarlo. A todo el mundo se le pega la túnica al cuerpo; el sudor resbala por los cuellos grasientos. A los mozos de cuerda se les caen las cosas y se marchan resoplando con fastidio. Los vendedores vacilan y los compradores no cumplen. Los rótulos se pierden. Los pagos, ídem. Los perros pululan y ahuyentan a los compradores. Más tarde, alguien señala que no se llegó a colgar ningún anuncio de la subasta en el Foro. Los subastadores de la competencia no se molestan en regodearse por tus pobres ingresos: hace demasiado calor.

Mi padre posee una casa de subastas y en plena canícula se refugia en su villa junto al mar. Sus empleados mantienen el negocio familiar renqueando. Siempre es una época tranquila.

No cambió nada en el año de los cónsules Tito Aurelio Fulvo y Marco Asinio Atratino, salvo que antes de una venta en julio, nuestros empleados hallaron un cadáver.

* * *

Me encontraba en Roma. Había estado en la costa, obligada por mi madre, «rescatada», decía ella, durante una enfermedad que estuvo a punto de matarme. Ella me llevó a la finca familiar, al sur de Ostia. Después de tres semanas de agobiantes cuidados, estaba impaciente por regresar. Un amigo me había encontrado medio muerta en mi vivienda de Roma y amablemente me había salvado la vida, de modo que quería agradecerse, y me pareció que ya me hallaba lo bastante recuperada para la vida urbana.

A lo mejor estás pensando que ese amigo y yo éramos amantes. Pues te equivocas.

Había un día de viaje hasta Roma por la Via Ostiense. Lo hice en un carro destartalado y fue agotador. Entré en mi silenciosa y sofocante vivienda del Aventino sintiéndome demasiado débil. Guardé cama dos días, alimentándome de una cesta de exquisiteces enviada por mi madre. Sola y triste, comía con deleite recostada en los cojines, convaleciente. No tenía apetito, pero en otro tiempo había vivido en la calle pasando hambre. Detestaba desaprovechar comida.

En poco tiempo había lamido hasta el último plato de ensalada de áspic. Tendría que valerme por mí misma, o volver con mis padres arrastrándome ignominiosamente. Ni hablar.

Aun así, los quiero. Me adoptaron cuando era una adolescente desesperada e infestada de piojos, una adolescente difícil a la que trataron con lealtad y afecto,

cuando otros no quisieron saber nada de mí. Habían convertido un alma perdida de la lejana Britania en una hija romana bastante normalita. Ahora era una viuda independiente de veintinueve años, pero aun así había tenido que lloriquear y protestar para que me dejaran regresar a Roma, montando una pataleta igual que mis hermanas pequeñas cuando querían sandalias nuevas.

«Vete, pues. ¡Mantendremos tu lecho preparado!», habían exclamado mis padres burlonamente. Así que ahora tenía que atenerme a mi afirmación de que ya estaba bien.

Conseguí ponerme una túnica con esfuerzo. Bajé lentamente por un tramo de escalera exterior hasta una galería. Esta estructura medio podrida, que llaman escalera de incendios, era inaccesible para la mayoría de inquilinos. Discurría alrededor del vacío patio interior, una vieja lavandería ahora abandonada. Vivía en el edificio del Águila, en la plaza de la Fuente: una de las numerosas casas de viviendas oscuras, desvencijadas y apestosas donde los romanos pobres y miserables, la mayoría, soportamos lo que pasa por ser vida. El edificio estaba dividido en un montón de viviendas deficientes y era proclive a despedir olores nauseabundos. Lamento decir que pertenecía a mi padre, lo que no añadía lustre a su reputación, que ya era bastante mala por su trabajo de investigador privado. A la gente le asombraba que tuviera suficiente dinero para poseer un edificio, pero parecían entenderlo cuando se enteraban de que también era subastador, profesión que se relaciona con la riqueza.

Yo también era investigadora. La opinión pública era aún más dura conmigo, porque una mujer respetable debe quedarse en su casa todo el día. Debería estar tejiendo en mi telar en un refinado atrio, o pegando a mi joven esclava o fornicando con un porteador de literas en lugar de mi marido. Qué tontería. «Telar» era una palabra obscena para mi madre, mis hermanas y yo. Tampoco poseía ninguna joven esclava, y hacía diez años que mi marido había muerto. Yo trabajaba, aunque no lo pareciera en ese momento.

* * *

Descendí por la empinada escalera, deteniéndome cada poco. Siempre era conveniente andarse con cuidado en aquel edificio por si una parte se derrumbaba. ¿Quién quiere una espalda rota y el pelo estropeado?

Me estaba probando a mí misma. Si me sentía débil, tenía una habitación junto a la galería del primer piso, donde podía tumbarme en un viejo diván para recobrar fuerzas. También podía gritar hasta quedarme ronca, lo que quizás haría aparecer a Rodan, el portero del edificio. Si le daba instrucciones claras y algo de calderilla, iría en busca de ayuda.

No fue necesario. Logré llegar a la galería. Me sentía mejor de lo que esperaba. La gelatinosa ensalada de áspic tiene muchas bondades. Por muy molesta que estuviera Helena Justina por mi marcha, sabía cómo dejarme claro que seguía necesitando una madre. Yo era la más alocada de sus cuatro testarudos hijos, pero no

iba a permitir que me esfumara.

Me apoyé en lo que pasaba por barandilla, descargando el peso con cautela. Un líquen especialmente desagradable indicaba las zonas podridas. Si se tocaba, la mano se manchaba de un limo gris verduzco. Su textura era aún peor que los excrementos de paloma, de los que también había en abundancia.

Por una vez, Rodan estaba a la vista. Era un antiguo gladiador, pero sus cicatrices se debían a cobrar alquileres entre pobres violentos más que a sus luchas en la arena. El viejo, una bola de grasa, estaba en el porche discutiendo, su reacción habitual a cualquier petición. Su interlocutor era un recadero al que reconocí de la casa de subastas de mi padre. Los observé.

Los mensajeros en Roma están acostumbrados a las discusiones, pero Ciro, permanecía en silencio, dejando que la inútil agresividad de Rodan le resbalara. Si Ciro había venido de la Saepta Julia, donde estaba la oficina, la caminata había sido larga y coronada por una empinada ascensión al Aventino. Se estaba tomando un respiro por si tenía que dar media vuelta y regresar sin cumplir con su misión. La pulcritud del mensajero contrastaba con la fea cabeza afeitada de Rodan y las manchas de sudor de su andrajosa túnica. Ciro tenía cuarenta y tantos años, el pelo corto, calzaba sandalias con cordones y vestía una túnica blanca, floja por el calor pero no sucia. Era delgado, pero no por pasar hambre. Mi padre aún recordaba lo que significaba la pobreza, así que era un patrón justo. Tampoco machacaba a sus empleados con palizas asiduas, al contrario que muchos otros en nuestra ciudad supuestamente civilizada.

Rodan también era un empleado de mi padre, pero era un caso perdido.

Llamé a Ciro. Al verme, Rodan se metió en su apestoso cubículo. Ciro cruzó el patio y alzó la mirada hacia el primer piso, donde estaba yo. Mareada aún, intentaba no tambalearme.

—¡Flavia Albia! Nos habían dicho que estabas en casa. —Parecía aliviado de haberme encontrado—. ¿Sabes si tu padre vendrá pronto a la ciudad?

—Lo siento, Ciro, estamos en julio. Falco sale en un bote cada día, con una mano pegada a una caña de pescar y la otra a una calabaza llena de vino.

—¿Pican los peces?

—No; simplemente está allí con un absurdo sombrero, sumido en ensoñaciones. Pero de vez en cuando desembarca con una estatua muy hermosa que asegura haber encontrado flotando en la corriente... Está emulando a su propio padre. —A menudo mi abuelo volvía a casa remando después de pasar el día en el agua, con un pequeño esquife a remolque lleno de espléndidas obras de arte griegas «caídas de la cubierta de un navío». Qué estupenda forma de evitar los aranceles de importación para un subastador. Con los ojos muy abiertos y absoluta desfachatez, Gémino podía hacer que la historia sonara casi creíble.

El personal de la casa de subastas sabía que mi padre me otorgaba la autoridad para actuar en su nombre, de modo que le ofrecí mi colaboración.

—Ciro, tendrás que conformarte conmigo. ¿En qué puedo ayudarte?

Él se encogió de hombros.

—Oh, nada que no podamos solucionar nosotros, pero el capataz de los mozos ha pensado que debíamos decírselo al patrón. Resulta que están preparando la venta de los Calixto. Uno de los muchachos levantó la tapa de un cofre grande..., y se encontró con un cadáver acurrucado en su interior.

Eso me revivió. Le dije que llamara a una silla de manos y que lo acompañaría.

II

La mejor manera de soportar un trayecto en silla de manos es cerrar los ojos, aferrarse a una parte que no esté demasiado astillada y meditar sobre el significado de la vida. Por lo general evito la filosofía, pero necesitaba apartar mis pensamientos de los porteadores que me llevaban dando tumbos. Corrían cuesta abajo por el escarpado Aventino, que tiene malas calzadas y la pendiente de una hipotenusa, haciéndome temer lo peor.

¿Qué es esto? ¿Una mujer que habla de hipotenusas? Bueno, cuando Falco y Helena me adoptaron, me dieron una educación de lo más generosa, que yo absorbí como si fuera un nuevo manjar. La devoré hasta que supe más que la mayoría de mujeres y también muchos hombres. Consulto textos como si tal cosa y escribo mis propias notas; cuando quiero alardear, las escribo en griego. A veces incluso con los acentos correspondientes.

Otra cuestión es que Apolonio, el camarero jefe del Astrólogo, nuestra pésima fonda local, había enseñado geometría. Desde que le habían obligado a abandonar la enseñanza años atrás, había servido grandes cantidades de adulterado vino de Falerno en la taberna de mi tía, esperando a que mejoraran las circunstancias para poder abrir una nueva escuela a pie de calle. Bajo el reinado del actual emperador, Domiciano, eso no iba a ocurrir. La gente no malgasta dinero en educación para sus hijos cuando un tirano puede hacerlos ejecutar en cuanto se hagan mayores. Intenta disertar sobre Euclides con el carcelero en una celda para condenados a muerte: el muy estúpido te azotará hasta que apenas puedas ir tambaleándote hasta los leones.

De modo que, gracias a mis padres y a un camarero, llegué colina abajo y hasta el Campo de Marte meditando sobre triángulos. Por lo demás, rogué que no aparecieran perros callejeros y los porteadores me dejaran caer. O echaran a correr. Eso sería peor.

Como sea, me transportaron sana y salva hasta la Saepta Julia, una elegante casa de cambio de dos plantas con galerías, en la que mi padre, como su padre antes que él, tenían alquilado un almacén para sus antigüedades más valiosas. Arriba también tenían una oficina donde amontonaban toda la basura que no podían vender, un lote de cosas horrorosas a las que estúpidamente les habían tomado cariño.

Era uno de esos edificios grandiosos tan propios de Roma. Nuevo aún, combinaba su coste desorbitado con la belleza y la funcionalidad, si es que alguien recordaba su función original. Había sido un centro de votación, pero los emperadores no podían arriesgarse a aceptar la democracia, así que ya no se celebraban auténticas elecciones. En lugar de votar, ahora los hombres acudían allí para dejarse ver, y también a comprar joyas para sus amantes a fin de que estas se pavonearan. Aunque ya no era necesaria para fines políticos, Domiciano había costado una lujosa reconstrucción de la Saepta después de que un gran incendio arrasara la zona durante el reinado de su hermano Tito.

Tito apenas había durado un par de años. Algunos creían que era cosa de

Domiciano. En mi familia no decíamos nada porque insultar a Domiciano equivalía a un suicidio. Él decía que era un dios, así que todos nos habíamos vuelto profundamente religiosos. Con suerte, los auténticos dioses o algún humano furioso se encargarían del monstruo que nos gobernaba. Los adivinos charlatanes que profetizaban cuándo moriría Domiciano proliferaban tanto como los vendedores de ajos. En ocasiones, el adivino era lo bastante bueno como para verlas venir, y se las piraba. Pero en general Domiciano acababa enviándolos a la muerte... junto con muchas otras personas, un par de las cuales probablemente habían conspirado para asesinarlo.

Alguien acabaría por realizar la hazaña. En el aire se oía a complot.

* * *

Ciro me condujo a la oficina, donde me dejé caer en un trono de piedra que llevaba tantos años en la casa de subastas que nadie quería venderlo, ni siquiera cuando algún idiota con ínfulas monárquicas ofrecía dinero en efectivo y su propio transporte. El trono era uno de los muchos artículos que había rescatado del fuego mi primo Gayo, quien, al iniciarse el incendio, primero había sacado todas las existencias y solo después había regresado a la Saepta para salvar vidas. Había perdido la suya al derrumbarse el amplio tejado de madera de cedro. Yo apreciaba a Gayo. Después de su heroico deceso, lo cierto era que ya no me gustaba ir allí.

Ese día mi intranquilidad duró poco. En cuanto me senté, el capataz de los mozos, Gornia, me informó de que el cadáver estaba, en realidad, en el pórtico de Pompeyo. Allí era donde se iba a celebrar la subasta de Calixto. Yo había pasado por delante de camino a la Saepta.

Los romanos se distinguen también por hacerte perder el tiempo. No es mi estilo. Yo soy ágil y organizada. Ahorro energía. Por los dioses, sobre todo cuando aún estoy recuperándome de una virulenta disentería. Sin embargo, sé que no debo mostrarme impaciente, porque con esta gente irritante solo se consigue empeorar las cosas.

Mi silla de manos se había ido, así que les pedí que me consiguieran otra. El pórtico quedaba a la vuelta de la esquina, caminando un corto trecho, motivo por el que la familia Didio lo prefería para las subastas, pero yo me sentía molida. Los empleados sabían que había estado muy enferma, hecho que había provocado una tormenta familiar. Así pues, Gornia, que esos días tenía también el aspecto apergaminado de un espectro del inframundo, dijo que llamaría a nuestro carretero Félix y su mula *Coces*; ellos me llevarían al monumento de Pompeyo en su carreta de reparto. Acepté. A Félix nunca le había caído bien, pero era un buen carretero. Y *Coces* era un primor.

En Roma, la mayor parte del transporte rodado está prohibido durante el día. Félix llevaba siempre un tablón y unos cubos sucios en la carreta para parecer un albañil, pues estos tienen permiso.

* * *

Félix sabía que yo tenía prisa, así que callejeó tranquilamente como un guía turístico. En lugar de doblar la esquina y recorrer el corto trecho, dio un amplio rodeo por el Panteón y las Termas de Agripa. El gentío que suele pulular por allí nos entorpecía una y otra vez, obligándonos a ir a paso de tortuga. Por fin llegamos al teatro de Pompeyo, que se encuentra en el extremo opuesto del enorme y bullicioso complejo, y luego avanzamos despacio pegados a uno de los laterales hasta que al final me dejó frente a una entrada, prácticamente en el mismo sitio del que habíamos partido. ¡Gracias, Félix!

El monumento a Pompeyo también lo había reconstruido Domiciano tras el incendio. Todo nuevo gobernante debe meterle mano a la ciudad según su gusto y poner su nombre en grandes inscripciones. Si quiere parecer aún más benevolente, gasta su propio dinero en nuevos proyectos, o afirma hacerlo. Imagino que en el erario público hay funcionarios que conocen la verdad.

El pórtico tenía su espléndido anfiteatro de piedra en un extremo, bajo el alto templo dedicado a Venus Victoriosa; detrás se extendía un vasto jardín rodeado por un peristilo, por donde paseaba la gente a la sombra de los plátanos, y, como todo el mundo sabe, unas grandes letrinas públicas en el lugar mancillado por el asesinato de Julio César cuando se dirigía a una sesión del Senado. Para la mentalidad romana (bueno, la mentalidad cerril del emperador Augusto), el lugar del crimen era demasiado horrible para que pudiera usarse de nuevo como curia. Se conmemoraba así a Bruto y Casio, hasta donde era legal recordarlos, con unas buenas letrinas.

Mi padre, republicano hasta la médula, mascullaba a veces que la gente debería recordar que no solo habían sido Bruto y Casio quienes habían apuñalado valientemente a César, sino también otros sesenta senadores opuestos a la dictadura, a los que, sin embargo, se había olvidado. Teníamos que hacerlo callar. Cualquier espía podía denunciarlo a Domiciano por hablar de dagas.

Los usuarios de las letrinas podían contemplar el amplio jardín rodeado de bonitas columnas. En un extremo había una galería de estatuas griegas tras espléndidas cortinas de brocado de oro. Se trataba de uno de los pocos lugares donde las mujeres podían pasearse en público solas. Y así, los hombres podían echar una relajante meada y luego observar a las mujeres que contemplaban las desnudas estatuas griegas y sacaban ideas. No era extraño que el pórtico de Pompeyo fuera tan popular.

A los romanos les encantaba acudir allí y pasear por el peristilo. Además de la galería de arte, había tiendas para explorar. Las zonas abiertas se utilizaban para reuniones públicas, incluyendo subastas. Mi abuelo prefería el pórtico para sus ventas: según él, no tenía nada que ver con el hecho de que fuera un legendario mujeriego. Mi padre, hombre felizmente casado, perpetuó la práctica porque el pórtico se encontraba a una cómoda distancia de la Saepta Julia. Que yo supiera, jamás había aparecido un cadáver mientras se preparaba un catálogo de artículos.

Me alegré al ver que el cofre se encontraba al aire libre. Era grande, rectangular y

reforzado, del tipo que tienen los ricos en casa para guardar sus enseres de valor. Los más presuntuosos lo colocan en el atrio, a fin de impresionar a las visitas en cuanto entran en la casa.

Nuestros empleados holgazaneaban a la sombra entre arbustos ornamentales, algunos comiendo panecillos rellenos. No son fáciles de intimidar, pero me fijé en que todos se mantenían alejados del cofre. Lo habían cubierto con una gruesa tela que se parecía sospechosamente a las espléndidas cortinas doradas de la galería de arte. Lo habían hecho para mitigar el efecto del sol sobre el cuerpo en descomposición, pero en cuanto me vieron llegaron apartaron la tela.

Era una pieza con imponentes herrajes que se sostenía sobre cuatro recias patas. Los cierres parecían muy resistentes. Me pregunté por qué querría alguien venderlo, a menos que estuviera en la ruina, y no era eso lo que había oído sobre los Calixto, hombres de negocios muy conocidos. Entonces observé que las partes de madera mostraban huellas de haber sido dañadas por el fuego.

El personal me ofreció mostrarme el cadáver. Aunque yo no había expresado queja alguna por haberlos encontrado comiendo en horario de trabajo, reparé en que guardaban sus viandas y adiviné lo que ocurría. Lo que aguardaba en el cofre era repugnante; habían apostado a que vomitaría.

Bueno, eso me sirvió de aviso. Con una seña indiqué que levantaran la tapa, al tiempo que me armaba de valor. Miré el interior, vi todo lo que necesitaba ver, olí el espantoso hedor y luego hice gestos perentorios. El mozo cerró la tapa de un golpe y retrocedió rápidamente entre arcadas. Yo reprimí un grito, logrando a duras penas conservar una postura digna. Un ataque agudo de disentería constituye un buen entrenamiento para el autodomínio.

Los empleados parecieron decepcionados.

—Menuda sorpresa os habréis llevado al encontrarlo, ¿no? —Seguía teniendo ganas de vomitar, pero me sobrepuse. En mi trabajo, o eres dura o estás perdida.

—¡Sí, está un poco pasado! —Los muy insolentes aún esperaban verme vomitar o desmayarme.

—Tendrá una semana —especulé—. En julio, en Roma, hasta un cuerpo embalsamado apestaría. ¿Cuánto hace que lo tenéis?

—Llegó hoy.

—¿Y no notasteis la peste? Deberíais haberlo devuelto.

—Estamos acostumbrados a los malos olores. Y no rezumaba nada. Es muy macizo y pesado.

—Una parte del peso será del muerto. No es flaco.

Haciendo un esfuerzo, pensé en él. El cadáver doblado sobre sí mismo en el cofre aparentaba unos cincuenta años. Tenía todo el pelo e iba afeitado. El pelo era casi gris, espeso y rizado; estaba apelmazado, aunque seguramente eso era por la putrefacción. Mi rápido vistazo había captado que tenía complexión robusta y estatura normal, y que llevaba botas y una túnica azul. Unas gruesas cuerdas le

sujetaban el pecho y los brazos a los costados. A pesar de que sus rasgos faciales habían empezado a descomponerse, la expresión que aún se percibía me hizo sospechar que estaba vivo y trataba de respirar cuando alguien había cerrado la tapa. De ser así, habría acabado asfixiándose. Una idea nauseabunda.

—¿En qué estaban pensando los Calixto? ¿Y vosotros no le pedís a la gente que revise los artículos que quieren vender?

—No. ¡Así todo lo que encontramos es nuestro!

—¿Y mi padre lo aprueba?

—Son instrucciones de Falco.

—¿Ah, sí?

Podía apostar a que venían sirviéndose de ese truco desde que el subastador era mi abuelo. Quizás era una práctica que había iniciado Gémino, aunque era igualmente posible que se remontara a la época en que Rómulo, el fundador de Roma, había liquidado el patrimonio de su hermano gemelo Remo después de asesinarlo. En aquella ocasión, debían de haberse caído unas cuantas monedas olvidadas de viejas pieles de lobo raídas, y los mozos de cuerda de la subasta, con sus caras inocentes, se las habrían embolsado. A continuación habrían transcurrido siglos en que se recogían objetos valiosos «perdidos». Era un beneficio reconocido y aceptado. Pero en el gremio no mostrábamos el mismo entusiasmo por adquirir cadáveres. Como señalé al personal, eso hacía que descendiera la estimación del valor de salida.

—Puede que no —discrepó alegremente uno de los mozos—. Podemos subir el valor explotando la fama del muerto.

—¡Oh, bien pensado...! Bueno, a ver. Sé que va a ser un incordio, así que no os quejéis, pero tenemos que descubrir quién es y quién lo metió ahí dentro.

Falco habría dicho lo mismo. Ellos lo sabían. Los empleados convinieron sombríamente en que, a pesar de que me había adoptado en los confines de la tierra, era hija de mi padre.

* * *

Siendo tan evidente el delito, tenía que investigarlo, en lugar de permitir que los mozos arrojaran el cadáver al Tíber al caer la noche, que era lo que ellos pretendían. Si mi padre se enteraba, se presentaría allí para identificar al hombre y descubrir quién lo había metido en el cofre. No se lo comunicaría aún. Siempre había disfrutado venciendo a Falco en su propio juego.

Autoricé que llamaran a un enterrador para que recogiera los restos. Lo pagaríamos nosotros y luego añadiríamos los honorarios a la comisión que cobraríamos a los Calixto. Nuestra comisión por la venta era tan alta que quizá ni siquiera se darían cuenta del cargo suplementario.

—Después de quitar el cuerpo, lavad el cofre y mantenedlo cerrado durante la subasta. Decid que no tenéis la llave a mano, pero que se la daréis al comprador

cuando acabe la subasta.

—Podemos guardarla en la oficina como precaución. «Por si acaso se pierde durante la vista previa».

—¡Muy oportuno! ¿Nos han desaparecido muchas llaves?

—Solía ser habitual. Ahora no las dejamos puestas.

—Bien. Decidle al enterrador que necesito saber todo lo que descubra sobre el cadáver. Cualquier pista sobre su identidad. Una bolsa, un amuleto, una alianza, un sello. Que tome nota de verrugas o marcas de nacimiento peculiares... Seguro que ya conoce la rutina. A todas horas encuentran personas atropelladas por carretas o ahogadas en el Tíber.

—¿Quieres que te guarde los objetos que se encuentren?

—Sería lo mejor.

—¡Bien pensado, chica!

Pero ya no era una chica, sino una mujer madura y experimentada.

III

El carretero se había largado con su carreta. Típico de Félix.

Por suerte, el capataz, Gornia, era tan viejo que mi padre le había proporcionado un burro para ir y volver del trabajo a su casa. A pesar de su fragilidad, Gornia seguía insistiendo en empezar a trabajar al amanecer y no marcharse hasta el ocaso. Me constaba que su habitación alquilada era tan deprimente que prefería quedarse trabajando. Durante el día, los demás usaban a menudo el burro; mantenerlo ocupado era su idea del bienestar animal. Así pues, estaba allí en el pórtico y yo podía tomarlo prestado. Un muchacho flaco conducía al animal; podía venirse conmigo, esperar fuera y asegurarse de que nadie robara el burro o lo malcriara ofreciéndole zanahorias mientras yo estaba en la casa de los Calixto.

Era una familia próspera que vivía en el monte Celio. Dominado por el colosal templo de Claudio en la ladera norte, se trataba de un antiguo enclave aristocrático cercano al Foro y al Circo Máximo, donde últimamente se estaban instalando los plebeyos. Dándole vida, según los recién llegados, o, si se pertenecía a la vieja nobleza, rebajando su categoría.

Los Calixto ocupaban toda una manzana en la ladera occidental. Alquilaban tiendas, lavanderías y tabernas en los cuatro lados, y se reservaban una entrada particular en una sola calle. Frente a la casa reparé vagamente en un gran espacio para anuncios que habían alquilado los simpatizantes de un candidato, pero no me molesté en enterarme del nombre que habían pintado. El Senado votaba en enero, entonces, ¿era un viejo anuncio? Tal vez los Calixto se habían limitado a alquilar el espacio del muro, o quizás eran ellos mismos los que apoyaban a algún candidato. «Los fabricantes de remos del Tíber apoyan... al idiota de turno». Quizás uno de ellos incluso se había presentado a las elecciones. Tal vez la subasta era necesaria para pagar una costosa campaña. Solo los ricos pueden optar a cargos públicos.

Antaño aquella había sido una preciosa zona, cercana al santuario de las Vírgenes Vestales en el manantial de Egeria, el de las Camenas, como lo llaman, y al Templo del Honor y la Virtud, aunque en los últimos tiempos los conceptos de honor y virtud estaban muy devaluados. Se había levantado una casa de postas para abreviar a los caballos en el sagrado manantial de Egeria, y el santuario con su arboleda se había arrendado a comerciantes judíos, antiguos prisioneros, para que explotaran la hierba y la madera. En el Celio, los precios de las propiedades habían caído, pasando de exorbitantes a casi razonables.

Aun así, la mayoría de sus habitantes tenían sus buenos sestercios. Los Calixto eran prósperos porque se trataba de comerciantes resueltos, de los que te venderían tu propia capa si se la entregabas a un criado al ir de visita. Siendo el mes de julio, no llevaba capa, solo el chal con que me cubría la cabeza para aparentar modestia.

Normalmente no suelo ocultarme tras el nombre de mi padre cuando estoy trabajando, pero en aquella ocasión anuncié que era la hija de Didio Falco y que mi

visita estaba motivada por la subasta. Aun así, el portero siguió mostrándose reticente.

—Preferiría ver a algún miembro de la familia —añadí entonces—, pero si soy inoportuna, puedo acudir a las autoridades, ya que tengo una grave queja.

Dejé de ser inoportuna al instante.

* * *

Tenían una hilera de bancos de piedra junto a la puerta principal, donde gente en busca de patrón podía esperar toda la mañana para recibir un donativo, haciendo saber al mundo lo importantes que eran los Calixto. Sin embargo, yo no tuve que sentarme al sol. En cuanto insinué que podía denunciar una fechoría, se apresuraron a recibirme.

Sabía que los moradores de la casa eran el padre, dos hijos varones y un sobrino. Eran de esa clase de familias donde jamás se oye hablar de las mujeres, aunque era de suponer que existían. Imaginé que habría una anciana y venerada madre que les prepararía sopa con sus manos doloridas, e hijas a quienes casarían a los doce años con estúpidos hijos de colegas.

Inevitablemente tuve que esperar un poco. Uno de los jóvenes Calixto se encontraba en casa, pero estaba «reunido», es decir, le estaban afeitando la barba, o se estaba tirando a un joven pinche de cocina, o estaba en cama con resaca, o incluso estudiando un rollo de profunda filosofía griega, aunque esto último era más que dudoso. Hay autodidactas entre gentes de todas las condiciones, por improbable que parezca, pero seguramente no era el caso. La fortuna familiar procedía de una flota de pesadas gabarras que navegaban por el Tíber; una rama de la empresa familiar construía embarcaciones para navegación fluvial. Su afición a las carreras de cuadrigas se tragaba buena parte de su dinero, pero tenían mucho; tal como entraba, salía. Todo esto me lo había contado Gornia; nuestra casa de subastas no aceptaba una venta sin una comprobación financiera previa. Como investigador, mi padre estaba especializado en ese tipo de indagación para particulares, y en investigar a los particulares mismos antes de aceptar el encargo, a menos que se tratara de viudas atractivas, en cuyo caso era patéticamente confiado. Él me enseñó a investigar, aunque yo me mostraba más escéptica con las viudas, siendo como era una de ellas.

Me habían llevado a una pequeña sala de espera con las puertas cerradas, pero en cuanto se fue el portero salí de nuevo al corredor para echar un vistazo y aguzar el oído. La atmósfera de la casa era tranquila. Los gruesos muros absorbían los ruidos de las bulliciosas calles. El personal de servicio se movía con discreción. El mosaico de la entrada mostraba el típico aviso sobre el perro fiero, algo corriente en cualquier suelo. Las telas de los mosaicos no ladran.

Regresé a la salita y esperé. Nadie me llevó un refrigerio. Yo era una comerciante. Yo quería algo de ellos pero ellos no me necesitaban. Incluso un simple vaso de agua tendría que pedirlo. Me lo darían, mas el hecho de pedirlo me señalaría como una

aprovechada.

* * *

Calixto Primus, uno de los hijos, tuvo a bien aparecer por fin. Era un hombre cercano a los cuarenta, grueso, seguro de sí mismo. Vestía una buena túnica y llevaba anillos de oro. Nada que resultara desagradable. Si se hubiera casado con mi mejor amiga, no habría dejado de visitarla. Probablemente cuando creyera que él no estaría en casa.

Cortésmente, me evaluó a su vez; imaginé que nuestra casa de subastas le parecería mísera si tenía que enviar a una mujer. Me había vestido con la intención de aparentar profesionalidad, pero añadiendo un collar de oro para demostrar que representaba al propietario.

Cuando le comenté lo del cadáver, Calixto se volvió más adusto. Negó todo conocimiento al respecto, lo que no me sorprendió. Arqueó las cejas al recibir la noticia, pero reaccionó negando cualquier relación de su familia o de él mismo con aquella muerte.

No obstante, me habló del cofre. Tras la erupción del Vesubio, lo habían desenterrado de su villa, que había quedado sepultada en la ladera del monte. Habían recuperado su contenido, dinero y joyas, tras lo cual habían guardado el deteriorado cofre en un almacén de Roma, donde había permanecido los diez últimos años sin que nadie lo tocara. Ahora la familia quería deshacerse de enseres inútiles. Un agente había visitado el almacén recientemente para hacer un inventario de lo que se iba a vender, pero no había abierto el cofre porque se sabía que estaba vacío. No se me invitó a interrogar a dicho agente y juzgué que era prematuro armar un escándalo.

Calixto reiteró que no tenía la menor idea de quién era el muerto, o de quién lo había metido allí. Convinimos en que sería alguien que conocía la existencia del cofre, pero eso no sirvió de mucha ayuda, ya que la lista de personas era extensa. Él subrayó la probable implicación del personal del almacén, más que de algún miembro de su familia, a lo que no respondí.

En cualquier caso, el criminal debía de creer que el cofre seguiría en el almacén, mientras el cadáver se descomponía hasta hacer imposible su identificación. Calixto insistió en que el asesino no podía ser cercano a la familia; de lo contrario, habría oído hablar de la subasta. Como solía ocurrir en cualquier familia, habían tenido sus discusiones durante el desayuno, a cuenta de la subasta.

Le pregunté si se avendría a echar un vistazo al cadáver mientras estuviera en nuestro poder. Se negó.

No era de extrañar. Sonreí.

Picado por la curiosidad, me preguntó por qué me tomaba tantas molestias. Le expliqué que mi padre y yo nos ocupábamos de las muertes en circunstancias misteriosas, porque alguien tenía que hacerlo.

—Creo que te gustaría saber que, si tu esposa envenena tus setas, habrá alguien que descubra su crimen antes de que reciba la herencia. —Su expresión cambió. Así

que tenía esposa, aunque no por ello di por supuesto que ella quisiera matarlo—. Es un trabajo que nos gusta —proseguí fríamente, observando su leve cambio facial—. Conocemos las diversas capas sociales y resolvemos casos difíciles. Esperamos consolar a las familias. Tal vez el cadáver del cofre tenía una madre anciana que se preocupaba por él, o hijos pequeños que ahora lloran la ausencia de quien les proporcionaba sustento.

—Pero ¿qué locura es esta? —replicó Calixto—. ¿Por qué no os limitáis a arrojar los restos a la basura como haría una persona sensata?

Volví a sonreír.

—Puede que lo hagamos.

* * *

Su pregunta era válida, por supuesto. ¿Por qué la persona que había escondido el cadáver en el cofre no se había limitado a dejarlo en la calle bajo un montón de estiércol, o lo había tirado al río atado con piedras?

Una respuesta podía ser que el muerto era alguien a quien buscarían, alguien cuya desaparición quizá se comunicara a las autoridades, alguien por quien se pondrían avisos en lugares públicos solicitando ayuda para encontrarlo. En ese caso, si por casualidad se encontraba el cadáver, podría ser reconocido y el asesino o asesinos quedarían en evidencia, quizá porque hubieran tenido un enfrentamiento con la víctima, o porque existiera un motivo claro. Entonces la opción de dejarlo pudrir en un cofre habría parecido más segura.

Era una buena noticia. Si el cadáver era identificable, valía la pena investigar el suceso. Existía la posibilidad de resolver el misterio y, si lo lograba, tal vez algún agradecido allegado del muerto pagaría por saber qué había sido de él.

Un investigador no actúa por mera bondad, ha de pensar en sus honorarios. No se trata de granjearse la aprobación de los dioses. Es un oficio. Se supone que sirve para pagar el alquiler, para poner el pan en la mesa. Si eres lo bastante bueno, incluso podrás comprar todo el vino que necesites beber para olvidar lo horrible que es este oficio.

La imagen de aquel cadáver en el cofre era un recuerdo perturbador.

IV

Los Calixto alquilaban un recinto de almacenamiento en un viejo silo, a un par de calles de la Via Tusculana; se encontraba en la cara oriental de la cumbre norte del Celio, a un trecho de la puerta Querquetulana y su encantador bosquecillo de robles. La gente opta por los silos como lugar de almacenaje porque están contruidos para ser seguros, secos y relativamente resistentes al fuego. Tienen gruesos muros y suelos sólidos, alzados sobre columnas de ladrillo para una mejor ventilación, y en cierta medida están protegidos de la acción de las alimañas, aunque cualquier rata espabilada sabe que los silos son almacenes de alimento. Por suerte, el cofre estaba muy bien reforzado, a pesar del daño provocado por el fuego, de lo contrario lo habrían mordisqueado.

Los silos y almacenes más grandes se encuentran situados a lo largo del río, pero los almacenes abundan en Roma. Aquel era propiedad de un liberto y consistía en un simple patio con una única entrada coronada por un modesto frontón de ladrillo. Las estancias daban al patio en tres niveles a los que se accedía por rampas en lugar de escaleras, para facilitar el transporte. Había una pequeña portería junto a la entrada, y luego hileras de estancias que tenían las puertas atrancadas con travesaños de madera que, una vez colocados, se afianzaban con pesadas cadenas. No se podía traspasar la entrada en carreta (una medida de seguridad), por lo que había mozos de carga que se ocupaban de trasladar las mercancías o bienes. Tenían pinta de bárbaros. Esclavos, supuse.

Calixto me había dado una carta de presentación, que despertó más sospechas entre los guardias que si me hubiera presentado allí por mi cuenta y me hubiera puesto a hacer preguntas. Simplemente porque no sabían leer. Tuve que desatar las cintas de la tablilla y recitarles el contenido. Habría dado igual que en la tablilla hubiera una receta de sopa de nabos.

Se trataba de un par de sirios que hablaban un pésimo latín, seguramente porque poca gente les dirigía la palabra. Traté de traducirles la carta mediante gestos, hasta que al final nos rendimos todos y me dejaron pasar. Estar de guardia era tan aburrido que agarraron las llaves y me acompañaron de buen grado para mostrarme los objetos de valor que se guardaban allí. Resultó interesante. Cajas de lingotes de oro. Joyeros. Recuerdos de toda una vida. Pinturas más bien horrosas.

¿Para qué quería alguien cuatro estatuas idénticas de una Venus culona? «Evita los comentarios lascivos —me dije—. Envía tus sugerencias al procurador encargado de los impuestos sobre obras de arte en el Erario Imperial. No esperes recompensa».

Mientras los guardias se mostraban tan solícitos, llegó presuroso el encargado, que volvía de un desayuno tardío o un almuerzo temprano. El aliento le olía a vino a cuatro pasos de distancia. Alguien debía de haberle informado de mi presencia, así que había abandonado su puesto de vigilancia permanente en la taberna y regresado al silo. Era un manojo de nervios. ¿Sabía acaso que se había cometido un delito?

Por lo demás, era un desastre de hombre, barrigudo, con el pelo revuelto y cara de sueño. Despidió a los guardias y me acompañó él mismo al recinto de la planta baja donde los Calixto guardaban todo lo que ya no querían. Estaba casi vacío tras la reciente limpieza, pero aún quedaban algunos trastos que sin duda Gornia no había considerado dignos de ponerse a la venta. Remos cortos, sobre todo. Nada que pudiera interesarnos. Nuestra especialidad son las reproducciones de mármol a las que no les faltan demasiadas partes, o muebles que podamos describir como de alta calidad, aunque sea algo exagerado. No nos ocupamos de tablas de madera incrustadas de percebes.

Seguramente Gornia había aceptado el cofre dañado por el fuego porque otrora había sido un objeto de muy buena calidad. Las personas que acudían a las subastas compraban cualquier cosa si se les presentaba del modo adecuado. Durante una temporada, habíamos tenido que ocultar a los compradores el hecho de que un objeto procedía del lugar de la erupción del volcán, pero aquel triste recuerdo ya había pasado. «Del Vesubio» era ahora una descripción atractiva, porque la gente pensaba que equivalía a decir: «Dueño muerto, objeto barato».

Una gran marca rectangular en el polvo del suelo, con varios surcos de arrastre, mostraba el sitio que antes ocupaba el cofre y cómo lo habían sacado a rastras. También había huellas de pies en el polvo, que por el momento carecían de relevancia. Nuestros mozos de cuerda debían de haber andado por allí sin saber que ponían en peligro las pruebas de un delito. Ya no había modo de saber si habían atacado y atado al muerto allí mismo. Tampoco podía aventurar cuántos habían sido los atacantes.

La puerta del recinto estaba protegida por un grueso candado que el encargado había abierto con su llave para permitirme entrar.

—¿Dónde se guardan las llaves de los candados?

Todas las llaves estaban en su pequeña oficina, junto a la entrada, colgadas de ganchos. Le pregunté qué ocurría si, estando él fuera, alguien se presentaba inesperadamente y pedía acceder a sus pertenencias, lo que probablemente sucedía a menudo. El muy idiota respondió que los guardias le negaban la entrada, pero yo supe que mentía por la visita guiada que me habían ofrecido antes. Tan solo hacía falta cierto aire de autoridad. Apostaría incluso a que cualquiera con el encanto suficiente los convencería de que le permitieran coger la llave. La portería donde estaban guardadas no se cerraba.

Volvimos a la entrada, donde los guardias fingían estar ocupados. Los interrogué sobre las visitas de la semana anterior, pero, por lo que pude dilucidar a través de la barrera idiomática, no recordaban ninguna. Me pareció inútil preguntar al encargado borrachín, así que me limité a enarcar una ceja. Él negó con la cabeza. Pregunté si llevaba un registro de a quién y cuándo abría las estancias. Por supuesto que no.

Irritada, le dije que fuera a visitar al enterrador para ver el cadáver, por si lo reconocía. Él intentó escurrir el bulto, pero le aseguré que si se negaba a cooperar,

tendría que denunciarlo por negligencia. Incluso un borracho como él comprendió que le perjudicaría que se supiese que alguien había dejado allí un cadáver sin que él se enterara.

—Irás hoy —lo conminé, y añadí con malicia—: Su estado es repulsivo, así que no podemos demorar el entierro. Míralo bien, antes de que se descomponga aún más.

Se me ocurrió entonces que quizá me había quedado corta al calcular el tiempo que llevaba muerto el hombre del cofre, teniendo en cuenta lo fresco y aireado que era el silo. El recinto de los Calixto no estaba tan frío como una cueva o una bodega, pero entre aquellos muros de un metro de espesor la temperatura parecía fresca y constante. Yo había llegado abanicándome con el borde superior de la túnica, pero, una vez allí, me había sentido agradablemente fresca. En aquel ambiente, tal vez el cuerpo se había mantenido intacto más tiempo, aunque tratándose del mes de julio en Roma, no podía haberme equivocado por mucho. Diría que el cadáver tenía diez días, en lugar de una semana.

* * *

Me dispuse a marcharme, sintiéndome cansada y abatida.

A la sombra del portón de la entrada, otros visitantes cargaban cajas de rollos en una carretilla que manejaba un malhumorado esclavo. Reconocí primero la carretilla, luego al esclavo y, finalmente, a su amo. Este vestía formalmente una elegante túnica blanca con anchas franjas de color púrpura en los bordes, de las que hacen que los magistrados destaquen en todas partes, lo que presumiblemente es intencionado.

Se llamaba Manlio Fausto y era el amigo patricio que me había salvado la vida cuando estaba enferma. Me sorprendió encontrarlo allí. Él pareció perplejo al verme.

—¡Oh, no! —se quejó el esclavo, llamado Dromo—. ¡Ahora los tendré a los dos mangoneándome!

—Cierra el pico, Dromo —dije yo.

Fausto, siempre reservado, parecía muy preocupado y me examinaba con irritación. Él se había desvivido por salvarme, y yo, una mujer irracional, ponía ahora en peligro su buen hacer. Soportando aquel escrutinio, empecé a sentirme acalorada e indispuesta.

V

—¡Pareces a punto de desmayarte! —Fausto abandonó su implacable mirada de Medusa y se mesó sus oscuros cabellos en un gesto de exasperación. Me había visto en mi peor momento, y ahora me sentía cohibida en su presencia—. ¿Qué ha pasado con la convalecencia? Por favor, no me digas que estás trabajando, Albia.

Aunque la amplia portería arrojaba sobre nosotros su sombra fría y húmeda, el sol de mediodía que entraba desde la calle nos castigaba con su resplandor. Fausto debía de haber advertido que me estaba afectando.

—Es solo un recado para el negocio familiar —contesté con una evasiva—. Mi padre sigue en la costa...

—¿Qué es tan importante? Mírate. Necesitas sentarte y descansar —dijo, visiblemente agitado—. Ahora no puedo quedarme. No me atrevo a dejar solo a Dromo, le robarían en unos minutos... Tendré que llevarte con nosotros. —Al ver que yo pretendía negarme, me interrumpió—. Solo vamos a tres calles de aquí. Ese es tu burro, ¿no?

—¿Cómo lo sabes? —musité.

—Por su lamentable aspecto.

El burro de Gornia permanecía con la cabeza gacha, al parecer demasiado cansado para rebuznar. Su pelaje era de distintos colores, con manchas marrones irregulares. En la casa de subastas lo llamaban *Moteado*.

—Benévolo Tiberio, esta bola sarnosa está fingiendo. Sé muy bien lo que cuesta el heno que come. —Acaricié las largas orejas del animal, que se apoyó en mí con total confianza. Estuvo a punto de hacerme caer y me tambaleé.

Fausto lo empujó para apartarlo de mí. Era un plebeyo de constitución robusta; seguramente también se ejercitaba, aunque sin resultar insoportablemente atlético. Yo habría dicho que era fuerte y sensible, de no ser porque la palabra «sensible» no encajaba con las severas reprimendas que solía soltarme.

Le dio una palmada al burro en la grupa, seguramente porque era demasiado comedido para dármele a mí. Estaba tenso. Realmente se preocupaba por mí. Algunas personas dirían que demasiado para su propio bien.

Mientras Fausto y yo manteníamos nuestra pugna de voluntades, el muchacho que cuidaba del triste animal de Gornia le sacó la lengua a Dromo, y este le dedicó una mueca tan horrorosa que temí que los ojos se le desorbitaran. Tras estas formalidades, parecieron tolerarse mutuamente. Fausto también se tranquilizó y se volvió hacia el encargado del silo.

—Esperamos contar contigo para apoyar a Vibio Marino como edil. Va a dar una pequeña recepción para sus leales adeptos, y te pido que asistas. Tráete a tus amigos..., bueno, a unos cuantos. —Fausto sonrió afablemente y el borrachín le devolvió la sonrisa, estimulado por la posibilidad de beber gratis.

Empezaba a vislumbrar el modo en que Manlio Fausto y su tío se habían ganado

al pueblo, cuando él mismo se había presentado al cargo el año anterior por las mismas fechas. Era una parte suya que no conocía, y no estaba segura de que me gustara.

—Recuerda... ¡Dale tu apoyo a Vibio!

Antes de que yo pudiera zafarme, Fausto colocó sus cálidas manos en mi cintura y me aupó al burro. Cuando permites a alguien que te salve la vida, suele tomarse muchas libertades.

Me colocó sobre el burro a mujeriegas. Por supuesto no iba ensillado, solo lo cubría una tela raída. Los ojos de Fausto lanzaron chispas cuando se dio cuenta de que yo estaba considerando la posibilidad de montar a horcajadas. Suelo hacerlo, pero al colocarse en esa posición se dejan al aire las piernas desnudas. A Manlio Fausto le habría encantado mostrar su desaprobación.

Así pues, me quedé quieta, ya que así sería más fácil hablar con él. *Moteado* echó a andar e iniciamos la marcha al paso, seguidos por el chico del burro y Dromo.

—¿Ese silo es una de las propiedades de tu tío? —pregunté. El tío de Fausto, Tulio, era dueño de varios almacenes comerciales.

—No, pero guarda ahí los libros de cuentas viejos para no malgastar nuestro espacio. A mi tío le gustan los inquilinos de clase alta que pagan bien a cambio de una seguridad decente. Ese sitio no es más que un antro barato. He ido a recoger unos documentos para Sexto Vibio.

—¿Qué son?

—Hipotecas y arrendamientos que quiere cobrar su padre para tener dinero con el que obsequiar a votantes potenciales. Numerosos senadores influyentes están a punto de recibir muchos regalos. Esperemos que se muestren agradecidos.

—¿Y quién es Vibio?

—Un viejo compañero de escuela —explicó él—. Le he convencido de que se presente a edil. Soy su asesor de campaña.

—Un trabajo duro.

—Más duro para mí que para él, al parecer. Me siento como una mosca a la que han dado un manotazo y ha caído al suelo zumbando... —En realidad, Fausto parecía bastante animado. Habíamos trabajado juntos en un par de investigaciones. Era un hombre con energía y tenacidad, y yo disfrutaba compartiendo casos con él.

Solo hacía tres meses que lo conocía, pero cuando le arrebató las riendas del burro al chico para conducirlo él mismo, adiviné que quería algo; seguramente volver a trabajar conmigo.

* * *

Me llevó a una casa en el Clivus Scauri, cerca de la puerta de las murallas servianas donde se encuentra el arco de los cónsules Dolabela y Silano. Su amigo vivía en unos aposentos de la segunda planta, modestos pero elegantes, con una esposa a la que no vi. Sus ancianos padres ocupaban la planta baja, que era la vivienda original de la

familia, desde donde se dirigía la campaña de Vibio. Además de disponer de más espacio, trabajar en la planta baja era más cómodo por las constantes idas y venidas. La casa se encontraba muy bien situada para acudir al Foro; dependiendo de la dirección que se tomara, se podía bajar fácilmente a cualquiera de los valles que rodeaban el monte Celio. Resultaba evidente por qué los patricios primero y después otras personas adineradas querían vivir en aquella zona.

Los Vibio tenían dinero, a juzgar por su mobiliario. Por ejemplo, una gran mesa redonda de exquisita madera vetada, cuyo coste habría servido para pagar el sustento de varias familias pobres durante toda su vida. Siguiendo las enseñanzas de mi padre, calculé que podría obtenerse un buen precio por ella en una subasta.

Fausto me presentó a su amigo: Sexto Vibio Marino. Tenía más o menos la misma edad que él, pero era más delgado y de pelo lacio. Sus maneras eran nerviosas, mientras que Fausto era tranquilo y observador.

Es curioso cómo a veces nos repelen los amigos de nuestros amigos. Fausto suponía que Vibio me caería tan bien como a él, y que me entusiasmaría igualmente con su campaña, pero a mí Vibio me pareció mucho menos maduro. No acabó de convencerme y, de haber tenido derecho a votar, habría elegido a otro candidato.

Vibio se fue con los pergaminos de las hipotecas para llevarlos al estudio de su padre. Se ocupó de mí Fausto, que allí estaba a sus anchas. Me señaló un diván (armazón y reposacabezas de bronce, espléndidos cojines) y ordenó que trajeran un refrigerio. Descansar bebiendo agua fría me ayudó a recuperarme rápidamente. Más tranquilo, Fausto se disculpó por haber sido grosero conmigo.

En teoría había cierta distancia social entre ambos: yo era una investigadora privada y él un magistrado, cuyas funciones incluían vigilar a personas como yo. Algunos ediles eran un incordio para un trabajo como el mío. Si hubiera querido complicarme la vida, Manlio Fausto habría podido obstaculizar mis actividades. Pero cuando alguien está dispuesto a sujetar la palangana en que vomitas y te limpia la porquería con una esponja, tal vez sea improbable que luego te multe o limite tus actividades.

—Hoy me he excedido —admití dócilmente.

—Prométeme que te cuidarás.

Me resultó difícil encontrar las palabras adecuadas.

—Quería decirte lo agradecida que estoy...

Fausto hizo caso omiso de mi forzado agradecimiento.

—Confiesa, bribona. ¿Qué hacías en el silo?

Siendo reticente a ocultarle nada, le hablé del cadáver del cofre y confesé mi plan de investigación. Él hizo una mueca.

Su amigo reapareció y escuchó, intrigado, mientras Fausto intentaba disuadirme.

—Limítate a llamar a los vigiles, Albia.

Aduje que mi padre esperaba de mí que lo investigara. No coló.

—Tonterías. Has estado a punto de morir. ¡Ahora tienes que reponerte!

—Prometo que solo haré unas leves pesquisas. Aún no he investigado lo suficiente. Solo he tenido tiempo de entrevistar a un tal Calixto Primus, que es el dueño del cofre, pero niega conocer el fiambre que contenía.

Para mi sorpresa, Fausto y Vibio intercambiaron una mirada.

—Conocemos a Primus —se limitó a decir Fausto.

—¿Y bien? —pregunté. Ellos se encogieron de hombros.

—A través de Julia, mi mujer —añadió Vibio con cautela.

Lo dejé correr. Desde luego, a Fausto no se le escapó que me daba cuenta de cómo estaba el ambiente.

—Debes de estar muy ocupada —dijo Vibio, tratando de enviarme a casa.

Fausto desechó su indirecta.

—He pedido a Flavia Albia que venga a propósito. —Y me dijo—: Podrías ayudarnos.

Yo ya conocía sus encarguitos.

—Tengo que resolver el misterio del hombre del cofre.

—Eso no te llevará a ninguna parte... Escúchame antes de negarte.

Se lo debía.

—¿De qué se trata?

—¿Recuerdas aquel breve tratado que estaba leyendo, el consejo a Cicerón supuestamente escrito por su hermano menor?

Me vino a la cabeza una imagen de mí misma, enferma en la cama, en mi vivienda, y de Fausto cerca de mí, repantigado en una silla de mimbre, tras decidir que distraería a una inválida leyéndole una carta publicada llena de consejos para obtener el éxito político. Era un insólito cuidador. Realmente insólito. Me sonrojé al recordarlo.

El hermano de Cicerón había resultado lo bastante cínico como para impedir que me durmiera, y había reído a carcajadas al oír sus propuestas para lograr que se eligiera como cónsul a un «hombre nuevo» en la Roma tradicional.

—Oh, lo recuerdo, Fausto: conserva el favor de tus amigos con promesas sobre lo que recibirán de ti si ganas, aunque sean promesas que quizá no puedas cumplir y seguramente tampoco tengas intención de cumplirlas. Reclama implacablemente que te devuelvan viejos favores. Muestra tus palabras, incluso con aquellos a los que desprecias. Déjate ver por el Foro diariamente. Y mi favorito: mancilla despiadadamente el nombre de cualquier otro candidato. ¿Ese taimado tratado es tu manual de campaña, Tiberio Manlio? ¡Una persona de principios como tú!

Su amigo Vibio rio por lo bajo.

—A Cicerón le funcionó —nos recordó Fausto—. He reclutado a todos los familiares y amigos de Sexto, visitamos el Foro todos los días a la misma hora para que la gente nos conozca, tenemos listas de todos los gremios y asociaciones de comerciantes para hacer campaña, agasajamos a la gente poderosa, damos banquetes, asistimos a espectáculos públicos...

—¡Vaya! ¡Espero que no descuides tu valioso trabajo como edil! —exclamé, imitando el tono con que me censuraba él a menudo—. ¿Quién se ocupa de capturar animales peligrosos y de las redadas de apostadores? —Fausto apretó los labios, su manera de disimular una sonrisa si alguna vez yo lograba penetrar sus defensas—. Ah, ya entiendo. —De pronto lo comprendí—. ¿Quieres que saque a la luz los trapos sucios?

—Los hermanos Cicerón descubrieron que uno de sus adversarios había matado a una persona.

—¡Qué suerte para ellos!

—No espero descubrir ningún delito grave —me aseguró Fausto—, pero necesito tu ayuda para saber dónde encontrar posibles escándalos.

Vibio, que era quien iba a beneficiarse de todo aquello, musitó:

—Con todos los respetos a tu inteligente colega, Tiberio, ¿no se resentiría mi reputación si utilizara a una investigadora?

Ya estaba acostumbrada a ese tipo de groserías.

—No te preocupes, Sexto Vibio. Los investigadores de los que has oído hablar son hombres viles que recogen información para acusar a las víctimas. Como mujer, tengo vetado el trabajo para los tribunales. Solo ayudo a particulares en cuestiones privadas; muchos de ellos son mujeres. Con suerte, creo que soy invisible para el resto de la gente.

Fausto estaba abochornado.

—Muestra más respeto a Flavia Albia, Sexto. Su padre es un caballero. Ostenta una posición superior a la nuestra y, por tanto, también ella.

—Falco sigue siendo un plebeyo en el fondo —repliqué amablemente— y, por tanto, también yo... Tus adversarios también indagarán sobre ti —señalé a Vibio, tratando de demostrarle mis habilidades—. Intenta descubrir quiénes son sus informantes. Pregúntame, por si sé algo que puedas usar contra ellos. Luego utiliza el truco de mi padre: acércate a ellos sin más y salúdalos por su nombre, y luego sugiereles que te pregunten a ti directamente lo que quieran saber. Diles que la franqueza es tu norma y que les proporcionarás todos los datos que necesiten con sumo gusto.

—¿Y se los proporcionaré?

—¡Por los dioses del Olimpo, claro que no! Si quieres dedicarte a la política, la mentira ha de ser tu medio natural. Sin duda tu agente ya te lo habrá explicado, ¿no?

De nuevo Fausto tuvo que reprimir una sonrisa.

—Bien, ¿qué deberíamos buscar, Albia? ¿Y qué intentará descubrir la oposición para usarlo contra Sexto?

A mí me sobraban las ideas.

—Un buen investigador seguirá de cerca al candidato rival para controlar todos sus movimientos. Será muy persistente. ¿Dónde come el candidato? ¿Se va a casa o se mete por un tranquilo callejón para acudir a un bonito aposento donde le espera

una vivaracha joven que no es su esposa? Cuando asiste a un recital de arpa, ¿le acompaña su honorable esposa, o pasa el tiempo en íntima conversación con la esposa de su mejor amigo?

Ambos hombres asintieron con expresión seria. Fausto no había sido siempre puro y de Vibio estaba por ver. No serviría de nada que criticara a sus adversarios si estos descubrían que él había hecho cosas peores.

Personalmente, no creía que Vibio Marino valiera la pena para una aventura impulsiva. Sin embargo, las demás mujeres me sorprenden asiduamente con sus absurdas elecciones de amantes.

Fausto, en cambio... Pero ya había intentado llevármelo a la cama, sin éxito.

—Para descubrir los cotilleos más jugosos —proseguí—, hay que averiguar quiénes son los banqueros de los candidatos y hablar con ellos discretamente. ¿Tienen deudas? —Ellos volvieron a asentir—. Cuando se pasean por el Foro exhibiendo a la familia que tanto les apoya, ¿quién falta? ¿Se han comportado mal con un hermano, una esposa o un hijo? ¿Han pasado por un divorcio difícil? —Intenté no mirar a Fausto, que precisamente había pasado por eso—. Hay que intimar con sus esclavos y preguntarles hasta qué punto son realmente populares. Y no dejarse engañar por las personas que hagan negocios con ellos y les apoyen. Hay que buscar a los que hayan dejado de hacer negocios con ellos. Luego, hay que descubrir el porqué.

—¡Te lo dije! —exclamó Fausto admirativamente—. Flavia Albia es magnífica. Es aún más incisiva que Quinto Cicerón. Ahora ya sabes por qué quiero que trabaje con nosotros.

—Oh, tú lo que quieres es supervisar mi convalecencia —musité.

Él me lanzó una breve mirada, sin negarlo.

—Sexto, ¡hazle caso y que no te vea yo metiéndote por ningún callejón para acudir a almuerzos libidinosos! Tu reputación ha de ser inmaculada. Y por supuesto lo es —aseguró a su amigo, diciéndolo como si de verdad se lo creyera, como un verdadero político.

* * *

Me alegré de tener la oportunidad de trabajar con Fausto. Pregunté quiénes eran los demás candidatos, los hombres a los que tenía que endosar una sórdida reputación. Fausto me proporcionó los nombres y yo los anoté en mi tablilla. Vibio mencionó uno más: Volusio Firmo.

—No; se ha retirado —dijo Fausto—. No sé por qué. ¿Se habrá quedado sin fondos? Salvio Grato trabaja con nosotros recaudando dinero —me explicó.

—¿Una candidatura conjunta?

—Una coalición.

—¿Eso es legal?

—No, pero todo el mundo lo hace.

—¿Cómo es Grato? —pregunté.

—Sorprendentemente bien dispuesto, teniendo en cuenta que es tu ex cuñado —dijo Vibio a Fausto entre risas. Me desagradó la noticia.

Estaba al tanto de las circunstancias del divorcio de Fausto. E incluso había tenido trato reciente con su ex mujer, Laia Graciana. Sin duda esta apoyaría a su hermano, pero no me apetecía tener a una ex mujer resentida como colaboradora en la campaña.

Me pregunté si Vibio conocería la historia de la separación de Fausto y Laia, que el mismo Fausto me había contado. La culpa la había tenido él, por un devaneo con la esposa de un cliente diez años atrás. El escándalo se había tapado, pero seguramente Fausto le había contado algo a su mejor amigo en aquel momento. ¿Había sido tan franco con Sexto Vibio entonces como lo había sido conmigo recientemente, una vez cerradas las heridas?

Fausto parecía incómodo, así que cambié de tema.

—Estoy perpleja, Tiberio. Pensaba que ya no se celebraban elecciones. Nuestro emperador revisa atentamente las listas y controla personalmente los nuevos nombramientos. Si Domiciano tiene el poder de veto al final, ¿qué sentido tiene hacer campaña?

Fausto exhaló un amargo quejido. Lo vi echando un vistazo alrededor, asegurándose de que no había esclavos holgazaneando por allí que pudieran oírnos.

—Buena pregunta. Es verdad que Domiciano elige a los cónsules, pero hace años la elección de los demás magistrados se trasladó al Senado.

—¡Domiciano aborrece al Senado!

—Pero, recuerda, los tiranos detestan admitir que lo son —comentó Fausto en voz baja—. Cuanto peores son, más afirman, e incluso creen, que la religión y la democracia les importan y determinan todas sus acciones.

Eso era cierto. Domiciano había cometido algunas de sus peores crueldades en nombre de alguna antigua práctica o por una supuesta devoción a los dioses. Su excusa predilecta para ejecutar a la gente era que se trataba de «ateos». (Puede que eso fuera una broma macabra por su parte: el dios en el que no creían era precisamente Domiciano).

—Los candidatos anuncian que se presentan —continuó Fausto—, luego intentan presionar a personas importantes, senadores incluidos.

—¿Eso se hace, en serio? Pero ¿a quién le piden el voto? ¿Al emperador o al Senado?

—Los candidatos verifican que el emperador no tiene nada en su contra y, si es posible, incluso consiguen que los llame «candidatos del César». Con eso se aseguran el triunfo porque, obviamente, se vota primero a los elegidos por Domiciano.

—¿Por qué hacéis campaña ahora? —pregunté—. ¿El Senado no vota en enero? Fausto frunció el entrecejo.

—En otro tiempo, las elecciones a edil se celebraban en julio. El cargo se asume

en las calendas de enero, de modo que el triunfador tenía seis meses para prepararse. Ahora se sigue haciendo campaña en julio, aunque los ediles designados reciban su nombramiento en enero para los doce meses siguientes.

—¡Por Hades! ¡Para entonces podría haberte atropellado un carro!

—O simplemente haber perdido el interés. —Fausto parecía deprimido—. Y si tenemos mala suerte, en enero el emperador habrá vuelto de la Panonia y aparecerá para presidir los nombramientos.

—No te preocupes. Casi nunca va al Senado. Pero supongo que no podéis pedirle el voto a Domiciano directamente. ¿Os habéis trabajado a sus funcionarios?

Fausto gimió.

—Innumerables libertos imperiales.

—Entonces, ¿habéis tenido que presentar la candidatura de tu amigo a un montón de esos cretinos?

—Lo hemos intentado. Están todos muy nerviosos. Su jefe, Abascanto, cayó bajo sospecha y lo despidieron. Ahora mismo nadie sabe quién está al mando.

Asentí con la cabeza.

—Domiciano podría deshacerse de cualquiera de ellos mañana mismo. La manida acusación de malversación de fondos, sin oportunidad para defenderse, luego una ejecución rápida... Mi padre conoce a alguien que podría ayudaros —ofrecí—. Claudio Laeta. Ya está muy mayor, pero los burócratas nunca se retiran del todo.

—¿Mediaría tu padre en nuestro favor?

—No es necesario. Podemos llevar unas gachas de avena y yo misma os presentaré al viejo maestro de los papiros.

Fausto enarcó las cejas. Volviéndose hacia Vibio, dijo:

—Flavia Albia no deja de asombrarme. Otra cosa que no he mencionado es que tiene dos tíos en el Senado.

Vibio no se mostró en absoluto agradecido.

—Ya solo tenemos que ganarnos a otros quinientos noventa y ocho —gruñó con tono derrotista.

Fausto había conocido a mis tíos, Camilo Eliano y Camilo Justino, pues nos habían asesorado en un caso anterior. Yo no pensaba hacer el menor intento por convencerlos. Que se dedicaran otros a trabajar en la sombra para obtener favores políticos; yo nunca había considerado que ese fuera mi papel. Fausto tendría que persuadirlos por sí solo. Lo que sí hice fue decirle que le avisaría cuando tuviera intención de visitarlos para que pudiera acompañarme.

Fausto se apresuró a decir que también llevaría a Vibio. Accedí, aunque con cierta frialdad.

* * *

La conversación concluyó. Me despedí, ya que deseaba investigar a todos los candidatos antes que nada.

Tenía otro motivo. Manlio Fausto parecía creer que había desviado mi atención, pero yo seguía interesada en el muerto encontrado en el cofre. Simulé que me iba a casa a descansar, aunque de hecho mi intención era visitar al enterrador.

Fausto había enviado de vuelta al chico con el burro de Gornia, así que me proporcionó una silla de manos, que según creo pidió prestada a la madre de su amigo.

—Llevad a Flavia Albia a donde quiera ir —ordenó a los porteadores. Luego me rogó—: Albia, prométeme que no agotarás tus fuerzas; solo una misión furtiva, luego por favor vete a casa directamente.

Me conocía demasiado bien.

VI

Había ordenado que llevaran el cadáver a Fundano. Era un bárbaro. No me refiero a que fuera de un país extranjero donde no saben hablar griego y se comen a sus hijos. Varias generaciones de antepasados habían tenido propiedades junto al Circo Máximo, todos convencidos de que, como varones romanos, tenían un derecho ancestral a sustentar opiniones cerriles. Por sus asquerosas opiniones acerca de la vida con que Fundano me había castigado, sabía que no consideraba a los esclavos seres humanos, que los extranjeros no eran mucho mejor, que todos los hombres deberían pegar a sus mujeres, y que todas las mujeres eran putas. Esto era lo que él llamaba valores tradicionales. Yo lo llamo meado de rata. Deduje que tenía una enérgica esposa a la que temía.

Torturaba a esclavos para el Estado y para particulares, cabía esperar de él que fuera vulgar. Eso lo convertía en el enterrador ideal para víctimas de crímenes, un bruto imperturbable que no pestañeaba ante nada por horrible que fuera.

Fundano era un hombre alegre. Provengo de Britania, y resulta que sé que los verdaderos bárbaros suelen ser taciturnos. Andan por ahí sacudiéndose las moscas de las rizadas barbas y quejándose de que las cosechas se echarán a perder si no deja de llover. A veces nieva en Britania, lo que a ellos les parece emocionante, porque las barbas heladas no pican tanto, y además les da ocasión de caerse en lagos helados y ahogarse.

Un bárbaro auténtico realiza sacrificios humanos, pero por buenos motivos. Fundano era de lo peor porque a él le gustaban. No tenía ganas de hablar con él sobre el cadáver del cofre cuando aún me sentía enferma. Era muy posible que saltara al oír sus invectivas, agarrara una herramienta de embalsamar y se la hiciera tragar. No servía para nada enfadarse con él. Y últimamente intentaba mostrarme más madura.

Tal vez fuera una suerte que Fundano hubiera salido.

* * *

Hablé con uno de sus hombres, el encargado de preparar las piras. Seguramente se había impregnado del odio intolerante de su amo, pero tenía una esponjosa barbita y pasaba por ser un encanto. Tal vez no se había dado cuenta de que yo era una mujer, y además extranjera. Si se había fijado, sabía que yo era la que pagaba y me respetaba.

Me dijo que no habían descubierto mucho más de lo que había visto yo por mí misma. Fundano calculaba que el muerto tenía entre cincuenta y cinco y sesenta años, mayor de lo que yo pensaba; era de constitución generosa y estaba bien alimentado, era buen bebedor y podía permitírsele. Tras inspeccionar los viscosos restos en la medida de lo posible, el personal de la funeraria no había hallado cicatrices distintivas, huesos deformes, tatuajes, marcas de nacimiento o amputaciones. Tenía los dientes desgastados y le faltaban la mitad de ellos, igual que a todo el mundo. No mostraba signos evidentes de enfermedad. Había muerto por estar encerrado en un

espacio reducido. Fundano pensaba que lo habían golpeado, seguramente para que dejara de forcejear mientras le ataban los brazos, así que estaba inconsciente cuando lo habían metido en el cofre. Seguramente ya no había vuelto a despertar, y la expresión que yo había creído ver en su rostro no significaba nada.

Me sentí aliviada.

—Entonces su muerte habrá sido menos cruel. Apuesto a que ha sido una decepción para Fundano; le encanta imaginarse el dolor... Pero cuando sus atacantes lo metieron en el cofre, ¿el hombre estaba vivo?

—Probablemente no supieron distinguirlo.

—¡Eres muy prudente! ¿Y se trataba de un ciudadano respetable?

—Pelo y uñas bien recortados. Túnica y ropa interior de buena calidad; por desgracia hemos tenido que quemarlo todo. Marca de un sello que alguien le arrancó del dedo. También llevaba una sencilla alianza que no se molestaron en llevarse. Hemos tenido que cortarle el dedo, pero aquí tienes el anillo.

—Por favor, dime que ya no está puesto en el dedo. —Conocía muy bien cómo se las gastaban en las funerarias.

El esclavo de las piras sonrió.

—Puedo sacárselo.

Asentí débilmente.

El esclavo se dio la vuelta amablemente. Oí un leve golpe sordo cuando arrojó el dedo a un cubo de basura, luego me tendió un objeto metálico. Tuvo la cortesía de colocarlo sobre un trozo de tela con la que podría envolver el repugnante objeto; mejor no preguntarse a quién pertenecía la túnica que habían cortado para convertirla en trapos, o de qué habría muerto aquella persona.

Examiné el anillo, estrecho y sin adornos.

—Oro auténtico, al menos en su mayor parte. La mitad de los romanos tienen uno parecido, salvo cuando intentan camelarse a alguien y se lo quitan para ocultar que están casados... ¿Había algo más?

—¿Quieres ver su cinturón? —El esclavo se desabrochó el cinturón que llevaba puesto.

Era de un cuero bastante bueno. Un modelo corriente, difícil de rastrear, así que se lo devolví.

También llevaba un par de buenas botas. El esclavo me vio mirarlas, pero no las mencionó.

No eran de su talla. Cuando me acompañó a la salida, caminaba con paso torpe y las piernas arqueadas.

* * *

De regreso a casa, le di muchas vueltas pero no vi el modo de seguir adelante con aquel extraño misterio.

Aun así, no estaba dispuesta a admitir el fracaso. El personal de la casa de

subastas y Manlio Fausto esperaban que dejara correr aquel caso. Pero retrasaría cuanto fuera posible el momento de rendirme.

VII

Cuando llegué a la plaza de la Fuente me sentía cansada, pero más firme al subir los dos tramos de escalera hasta mi vivienda que cuando había bajado por la tarde. El trabajo me había dado nuevas fuerzas. A los investigadores nos van los dramas.

Dormí profundamente, me levanté temprano y bajé a desayunar. Al salir le dije a Rodan que enviara un mensaje a la casa de subastas, pidiéndoles que me enviaran a *Moteado* cada día hasta que recobrará las fuerzas. Iban a echar pestes contra mí, pero el viejo Gornia estaría encantado porque así podría dormir en la Saepta Julia. Sería más feliz allí, entre los polvorientos muebles almacenados, que en el asqueroso antro en que vivía. Mentalmente tomé nota de decirle a mi padre que le proporcionara un colchón y no le obligara a volver a casa. De ese modo, si Gornia enfermaba durante la noche, habría alguien allí para ayudarlo por la mañana. Y si moría, lo encontraríamos antes.

Desayuné en El Astrólogo, la horrible taberna de mi cargante tía. A veces Manlio Fausto se pasaba por allí y comía conmigo, pero no ese día. Estaría muy ocupado con su amigo. Hasta que pasaran las elecciones, tendríamos que posponer nuestra costumbre de encontrarnos «por casualidad» cuando yo iba a desayunar. Charlé con Apolonio en la barra mientras me servía, pero no era lo mismo.

Me dije que no pasaba nada por trabajar con Fausto, pero no debía acostumbrarme. Mejor seguir disfrutando como hacía antes, despertándome poco a poco mientras tomaba un plato de olivas tranquilamente yo solita.

Luego le di un puntapié a la pata de la mesa y pensé: «Maldita sea, me gustaba desayunar con Fausto».

* * *

A trabajar.

Quería estudiar los candidatos rivales. El mejor sitio para empezar sería el Foro, donde podría echarles un vistazo mientras se exhibían por allí con sus respectivos séquitos. Si habían leído los consejos de Quinto Cicerón, aparecerían bien tempranito. Ninguno de ellos los habría leído personalmente, pero todos sus asesores los habrían devorado. Al igual que Fausto, los hombres que ayudaban a los demás candidatos estarían buscando frenéticamente el modo de triunfar, el amuleto mágico. Recordé a mi familia conspirando para conseguir que mis tíos, los hermanos Camilo, entraran en el Senado. Eran unos inútiles. Nosotros tuvimos que encargarnos de todo.

Las personas con asma deberían evitar a los hombres que se presentan a un cargo público. Los llaman candidatos porque en los eventos oficiales visten togas blanqueadas con yeso. En latín *candidus* significa «blanco». Encontré a los aspirantes de este año siguiendo las nubes de polvo blanco y a los transeúntes que tosían... No es broma, bueno, no del todo. Fue el alboroto que hacían los adeptos de los blanqueados, unido a los broncos abucheos que se lanzaban unos a otros, lo que me

ayudó a identificarlos.

Qué magnífica cosecha. (Ahora sí bromeo).

Vibio Marino ya me había resultado irritante, a pesar de que se oía al respetable Manlio Fausto asegurando a los curiosos que su amigo era un hombre con coraje, integridad y una impecable ascendencia, que se convertiría en un magistrado honrado y trabajaría duramente. Vibio sonreía gentilmente. Eso lo hace cualquier cerdo.

Trebonio Fulvo y Aruleno Crescens trabajaban en una candidatura conjunta, y lo hacían sin esfuerzo. Parecían un par de matones. Iban rodeados de amigos de cuello corto y grueso; uno llevaba anillos en todos los dedos y tenía un ojo vago; el otro pesaba el triple de lo que sería normal y se movía entre el gentío con un balanceo de lado a lado, como un marino. Decidí a primera vista que ninguno de los dos tenía interés en el servicio público por sí mismo; ambos usarían cualquier cargo para el que fueran elegidos en su propio beneficio. Acosarían a la gente por cualquier fechoría insignificante, y luego aceptarían donativos a cambio de evitar el castigo. Pero tenían tanta labia haciendo campaña que me hicieron soltar un quejido. Hablaban como pescaderos tratando de vender pulpo pestilente de varios días. Enseguida comprendí que aquel untuoso dúo tenía la moralidad de un burdel y las maneras del populacho. Al electorado eso le encanta. Aquellos dos eran dos serios oponentes para Vibio y Grato.

Dilio Suro parecía recién levantado de la cama, así que me propuse investigar si aquel haragán de pelo enmarañado bebía más de la cuenta. Con un poco de suerte, sus travesuras nocturnas incluirían a jóvenes flautistas de las que también tocaban la otra flauta. Bueno, cualquier flautista serviría. Aunque la chica sea virgen, nadie se lo cree. Ni que decir tiene que la muchedumbre se mostraba entusiasta con Dilio. Adoran a los libertinos.

Ennio Verecundo sonreía sin parar con el apoyo de su madre, que llevaba una de esas estolas anticuadas con finos tirantes, y el pelo recogido hacia atrás, tan tirante que dolía mirarlo. Era pura tradición: podría haber derrotado a los volscos con una sola mano. Yo habría votado por ella. Me habría dado miedo no hacerlo.

Y, finalmente, ahí estaba Lucio Salvio Grato, el hermano pudiente de Laia Graciana. Pulcro y esbelto; bien plantado y vanidoso. Del tipo que detesta mi padre con solo mirarlo, mi madre también. Tenía el pelo y la piel claros y parecía sonrojarse por todo, aunque imaginé que tenía tan poca vergüenza como los demás. Su pálida y delgada hermana permanecía lealmente a su lado, aunque demasiado altiva para vociferar su proselitismo en público. Se trabajaría a la gente en privado, para que no la confundieran con una manicura gritona..., como si eso fuera posible. Las manicuras son unas jóvenes encantadoras.

Famosa ella misma por la ostentación con que cumplía sus deberes religiosos en el templo de Ceres, Laia llevaba un lujoso atuendo, con abundantes joyas, y era rubia natural. Rasgos muy atractivos para los votantes. Si la ex mujer de Fausto contribuía a que eligieran a su mejor amigo, y así sería si la gente era tan estúpida como yo

creía, quién era yo para poner objeciones.

Yo quería que Fausto fuera feliz. Eso era exactamente lo que, sin duda, a Laia Graciana no le había importado jamás, y casi con toda seguridad era la razón por la que su marido se había sentido tentado por otra mujer.

Por el zurullo de un Titán, si lo hubiera conocido casado con Laia, yo misma lo habría tentado, como un deber religioso.

* * *

Cada candidato recibía el nombre de *petitor*, porque pedía votos, de modo que sus adversarios eran sus *competitors*. El latín es un idioma agradablemente construido. (Hablo con ironía britana: imagina cómo sería pasar de robar mendrugos de pan en las calles sin empedrar de Londinium, a que te expliquen la conjugación perifrástica pasiva, también llamada gerundivo de obligación, aunque lo haga una mujer con una gran paciencia. Helena tuvo suerte de que yo fuera inteligente).

Yo tenía suerte. Conozco el momento exacto en que un mendrugo robado está demasiado mohoso para comerlo. Cuando te mueres de hambre, eso es más útil que las cuatro conjugaciones de los verbos. El latín es el argot de los déspotas, creado para confundir al pueblo. *Domitianus adoranda est*. El tirano debe ser adorado. Nuestro amo y nuestro dios. Bueno, el tuyo quizás. Algunos tenemos buen gusto.

Me voy por las ramas. ¿Se trata de una fastidiosa costumbre romana, o de deliciosa ingenuidad britana? En cualquier caso, yo la tengo.

Al modo de mi madre, voy a explicar ahora pacientemente cómo son las elecciones, también llamadas «deber de la democracia». (Helena Justina explica las cosas satíricamente).

En Roma, cuando cosas tales como las elecciones se permitían, los competidores se exhibían ante sus conciudadanos con antelación durante varias semanas. Vestían sus togas blanqueadas y se hacían acompañar de hordas de simpatizantes, a los que no se les permitía contratar. En aquellos tiempos, los candidatos tenían que convencer a la plebe de que les votara, lo que suponía visitar ciudades y aldeas fuera de Roma. Ahora los candidatos solo tenían que parecer lo bastante populares como para impresionar a los senadores.

Los simpatizantes serían de la misma posición social, o a ser posible más alta, aunque a los candidatos también les seguían ciudadanos pobres; supuestamente eso se debía a que los pobres no tenían otro modo de mostrar sus preferencias. Los pobres que se molestaban en hacer su aparición tenían dos modos de dar a conocer a quién apoyaban: o por la fuerza de su número u organizando disturbios. Hoy todo el mundo descarta los disturbios. Hace demasiado calor.

Escuché atentamente por si oía algún insulto entre el gentío, esperando descubrir algún trapo sucio que pudiera utilizarse. Pero la gente también estaba demasiado cansada para eso.

Tenía que haber escándalos, y yo los encontraría. Era una buena investigadora.

Seguía confiando en mí misma.

* * *

Al proceso de hacer campaña lo llamaban «circular». Los candidatos tenían que dejarse ver continuamente, pidiendo apoyo una y otra vez. Era agotador para ellos y una lata para los demás.

Observé a los hombres paseándose por el Foro. A cada uno de ellos lo acompañaba un ayudante que le informaba de los nombres de aquellos con que se cruzaban. Lo hacían abiertamente, pero el hecho de que se dirigieran a uno por el nombre se tomaba siempre como un cumplido. El público romano era patéticamente fácil de complacer. La falsa intimidad con el candidato se sellaba con un apretón de manos. No llegué a ver que se entregara dinero alguno. Era ilegal, pero eso nunca era un impedimento.

Por supuesto que se pagaba dinero para lograr apoyos. Para mantenerlo en secreto y evitar sanciones se empleaban agentes. Realizaban sus trapicheos en tabernas esquineras, luego los depositarios guardaban el dinero hasta el momento de entregarlo. Las leyes contra el soborno eran numerosas, lo que daba fe de que era un mal endémico.

Los candidatos tenían que depositar una suma de dinero antes de empezar, que perdían si los condenaban por corrupción. Era un chiste, pero ni siquiera el competidor más blando dudaba en llevar a sus adversarios ante los tribunales. Sexto Vibio tenía razón al quejarse de que algunos informantes sacaban dinero de los pleitos. Ir a juicio por un motivo u otro era una atracción más, casi un deber; si Fausto conducía la campaña como era debido, Vibio podía contar con llevar pronto a juicio a sus adversarios. Tal vez yo encontrara pruebas para que pudieran usarlas. Por lo general todo era una farsa que se quedaba en nada. Todos los jueces habían sido también candidatos, así que procuraban que nadie resultara deshonrado.

Si un candidato empleaba la violencia, podía ser desterrado. Eso nunca ocurría. Esa mañana había ojos a la funerala y labios partidos por todas partes, pero podían ser meros efectos secundarios de festines previos.

Eso me llevó a pensar que tal vez el cadáver del cofre se habría mostrado reacio a prometer su apoyo. Asesinarlo parecía algo excesivo... No obstante, las emociones pueden exacerbarse. Me pregunté qué candidato sería capaz de rebajarse a asesinar.

Trebonio y Aruleno, los matones zalameros, parecían los más probables. Dilio Suro, con su cara pálida por la resaca, parecía carecer de la energía necesaria, aunque tal vez tuviera amigos que le sirvieran de esbirros. Al niño de mamá, Ennio Verecundo, lo descarté. Tenía toda la traza de un hombre que no lograría ser elegido simplemente por sus méritos, a pesar de lo cual me parecía que habría sido el mejor edil. Durante su año en el cargo, su madre se encargaría de patrullar las calles e informar de los problemas a su hijo. Si él no sabía qué hacer respecto a los comportamientos antisociales, ella pronto se lo diría.

Salvio Grato, el hermano de Laia, no parecía de los que meten un cadáver en un cofre ajeno, ni siquiera de los que se valen de un tercero para que lo haga en su nombre. Y según Fausto, Vibio Marino era absolutamente honrado y digno de confianza. Por otro lado, Vibio y Fausto me habían dicho que conocían a Calixto Primus, el dueño del cofre... Preguntándome aún cómo se conocían y por qué se mostraban reticentes a hablar de ello, inicié el discreto proceso de realizar indagaciones sobre los candidatos.

Me moví de un lado a otro, acercándome a los distintos grupos de gente para escuchar en silencio. Cuando vi de qué iba la cosa, musité algunas preguntas a los que tenía al lado.

—Ese habla bien. Tiene voz de orador. Le diré a mi marido que vote por él. ¿Es rico?

—Tiene que serlo.

—¡Promete! Me pregunto quién será su banquero.

Teniendo en cuenta el empeño de la gente en no comentar asuntos financieros, fue sorprendentemente fácil conseguir información. Serviciales miembros de la plebe me transmitieron los detalles más sucios. Pronto me enteré de que Dilio Suro estaba envuelto en una prolongada disputa sobre unas hipotecas (un pleito que había iniciado su propio abuelo, un anciano aquejado de una enfermedad irreversible, pobre hombre, que temía no vivir lo suficiente para ver cómo se hacía justicia), mientras que a su colega Trebonio Fulvo una amante despechada lo había acusado de haberle hecho una hija tras prometer casarse con ella, además de (esto es lo que de verdad hacía saltar las lágrimas) robarle las joyas, incluyendo un valioso collar que le había obsequiado otro amante... Como más tarde descubrí, no eran más que habladurías.

Tendría que conformarme con eso. Cuando se trata de mancillar el nombre de alguien en política, los rumores pueden utilizarse libremente.

Los escándalos no tienen por qué ser ciertos, basta con que sean jugosos. Vibio no iba a ganar si escuchaba a su conciencia.

—Suro me ha parecido un beodo —sugerí.

—Oh, es todo un personaje. Muy divertido. Sabe disfrutar de la vida. Necesitamos una bocanada de aire fresco en Roma.

Nadie sabía quién financiaba a los candidatos, pero creo que ese detalle siempre es revelador. Tendría que descubrirlo por mí misma. Se lo preguntaría a un banquero.

VIII

En el lado izquierdo del Foro, mirando desde el Capitolio y justo después de pasar la Curia, se encuentra la basílica Emilia, de dos plantas, adornada con una columnata conocida como el pórtico de Gayo y Lucio. En este pórtico, el emperador Augusto había honrado a sus nietos y herederos instalando refinados locales comerciales. Gayo y Lucio habían muerto, pero su columnata seguía allí y era aún lo bastante elegante como para que la frecuentaran banqueros con aires de grandeza. Nuestra familia utilizaba los servicios de Nothokleptes, que según afirma mi padre significa «bastardo ladrón», seudónimo que le había dado mi tío Lucio Petronio. Había ahora dos generaciones en el negocio y trabajábamos con el hijo, aunque el retorcido tío Petro decía que a él debíamos añadirle el epíteto de «inútil».

El joven Notho seguía guardando el dinero en cajas de caudales con cadenas en el pasillo principal de la planta baja, donde los desesperados deudores podían llegar corriendo desde el Foro y caer en brazos de los bondadosos banqueros dispuestos a salvarlos de sus acreedores. A cambio de unos cuantiosos intereses.

Los puestos de los banqueros adornaban el noble interior, cuyo suelo lucía grandes losas de mármol de variedades remotas, hermosas y caras. Allí encontré la banqueta plegable de bronce que usaba Nothokleptes, vacía en aquel momento, junto a una mesa de cambista que vigilaba un hosco matón de Pisidia, bajo un friso con escenas de mitos romanos y una enorme estatua de un bárbaro. Supuse que el friso se había encargado como agradecimiento, pues simbolizaba los orígenes de las riquezas de Roma: aplastando a pueblos de provincias como la mía.

Por lo general, soy romana, pero esos retratos de hombres en cueros con torques rápidamente me reconvierten en britana.

* * *

Subí arriba directamente, haciendo caso omiso del pisidio, aparte de lanzarle una pulla.

—¿Qué estás mirando, cara de cerdo? —No era un prejuicio, sino un hecho: tenía el hocico aplastado, siempre miraba fijamente y yo siempre se lo decía.

Nothokleptes hijo estaba en su barbero, en la columnata superior. Tenía la piel muy oscura, aun para su origen egipcio, al que debía tanto la vocación profesional como el estafalario peinado. Sus anillos eran tan voluminosos que mantenían los dedos separados. A pesar de haber nacido y haberse criado en Roma, vestía túnicas demasiado largas y demasiado ceñidas a su abultado vientre, lo que le daba un aire oriental. Lo que en cualquier léxico es sinónimo de reputación dudosa.

Su padre estaba sentado con él, reducido por la edad a sonrisas y silencios llorosos. Habiendo sido siempre un hombre grueso, Nothokleptes padre se había ensanchado lentamente hasta convertirse en una mole de carne flácida. Aunque no lo estaban afeitando, le habían colgado un paño de barbero bajo la barbilla por si

babeaba. No sabía ni en qué momento del día estaba, pero si alguien le ponía delante una bolsa con monedas variadas, las clasificaba rápidamente por su denominación al tiempo que escamoteaba algunas con un juego de manos que ni siquiera llegabas a ver. Casi había perdido el oremus, pero seguía fiel a su naturaleza. Todavía amaba el tacto del cobre y la plata entre sus ágiles dedos.

A su hijo sí lo estaban afeitando, frotándole la cara dolorosamente con piedra pómez, una rutina diaria con la que, sin embargo, no evitaba que se le viera siempre la sombra de la barba.

—¡Nothokleptes! ¡Sí, tú, el inútil!

Nothokleptes hijo me lanzó su habitual mirada asesina, una mezcla de desvergonzado servilismo y leve reproche por llamarle «bastardo ladrón inútil». Jamás lograría que dejáramos de llamarlo así. Gracias al tío Petro, la mitad de Roma creía que era su nombre auténtico.

—Flavia Albia. —Su padre le había enseñado a ser reverentemente formal. Se suponía que eso lograba relajar a quienes, con zalamerías, acudían con préstamos que no podían pagar. Debía de funcionar, porque disponían del vil metal en abundancia para usarlo y conseguir más. Nothokleptes hijo había acumulado como mínimo tres sacerdocios como muestra de lo mucho que la gente valoraba que la desplumaran—. ¿Cómo te encuentras en este espléndido día, Flavia Albia?

—Hace demasiado calor. Puedes dejarte de falsas cortesías. No te necesito. Soy solvente.

Él fingió reír.

—Te pareces tanto a tu querido padre... —Se volvió hacia el suyo y gritó—: ¡Mira, padre, es la hija de Falco!

Nothokleptes padre babeó con lo que quizás era deleite.

—Didio Falco te envía sus saludos —le dije amablemente. No se parecía en nada a lo que habría dicho Falco, pero al viejo los insultos ya le daban igual.

—Bueno, hija del estimado Marco Didio, nuestro cliente predilecto —dijo Junior con voz meliflua, levantándose de la silla del barbero con la esperanza de ser lo bastante alto para poder fisgar por el escote de mi túnica (no lo era)—, si no quieres consejo financiero...

—Tu consejo siempre es «pídenos prestado un montón de dinero a intereses desorbitados». Puedo prescindir de esos quebraderos de cabeza. No; estoy trabajando, Notho.

Y le hablé de mis dos líneas de investigación. El cadáver del cofre le resultó más fascinante que los candidatos.

—Siempre es posible que ese muerto no pagara su deuda a uno de tus colegas más despiadados y lo castigaran para dar ejemplo —sugerí—. Parecía un hombre respetable antes de empezar a pudrirse, así que si oyes hablar de algún cliente desaparecido inesperadamente, me gustaría saberlo.

—¿No necesitas saber cuáles son los que esperamos que desaparezcan?

—No serviría para nada. Los que se han arruinado y piensan en huir habrán planeado exiliarse. Además, volverán clandestinamente cuando se cansen de ocultarse en alguna isla griega. Creo que ese hombre se encontró con su destino por sorpresa. No tengo ninguna pista sobre su identidad. Podría ser cualquiera. De hecho, incluso podría ser un banquero.

—Flavia Albia, si desapareciera un banquero, todo el mundo lo sabría.

—Sí, tienes razón. Los vítores se oirían desde aquí hasta Túsculo. —A Junior lo insultaban con demasiada frecuencia para que reaccionara.

—He estado esperando las ganancias de la subasta de Calixto, Flavia Albia, pero ¿quién pujará ahora que los artículos están contaminados?

—No temas. Nuestro personal dice que el contacto directo con un cadáver les da un valor añadido.

A él se le alegró la cara.

—Entonces, ¿tenéis planeado añadir un cadáver en cada subasta?

—No. Templanza, Notho, es el lema de nuestra casa. De todas formas, el mercado es demasiado volátil; no hay manera de hacerse con un buen cadáver gelatinoso en el momento oportuno.

Él palideció. Tuve la gentileza de cambiar de tema, preguntándole qué sabía sobre los candidatos a edil. Aunque el tío Petro dijera que era un inútil, sabía muchas cosas. Obtuve de él los nombres de los banqueros de todos los candidatos, más la confirmación de que Dilio Suro había heredado en su momento la mejor bodega de vinos de Roma, pero la había vaciado ya con su diligente cata de las diferentes cosechas.

—No importa. Se casó con una mujer rica. Terencia quiere ser la esposa de un magistrado, así que, hasta que su marido lo consiga, seguirá complaciéndole.

—Hasta que acabe en la tumba, por lo que cuentas.

—Podría ser ese su plan. Según calculan, está a un par de días de acabar en una mazmorra de piedra. Ella encontrará un nuevo marido fácilmente. Es una mujer horrible, pero sus inversiones son excelentes. Me encantaría adquirir un cliente con semejante posición en el comercio de aceite de oliva de la Bética, y de calamares en salmuera. Su hermano es un mago, aunque tenga los sobacos peludos y le apesten los pies... ¿Para cuál de esos nobles cabrones trabajas, Flavia Albia?

—Vibio Marino.

—¿Es guapo? ¿Intentas meterlo en tu cama?

—Notho, mi padre me mataría si me metiera en la cama con un magistrado. — Bueno, solo si lo descubriera—. No, su agente me ha contratado para airear los trapos sucios de los demás.

—Ah, ¿ahora te dedicas a trabajos fáciles? —Nos reímos—. ¿Qué has descubierto hasta ahora?

—Tras una mañana de trabajo y de recurrir a tu cerebro, creo que son todos horribles.

Notho hizo una mueca de asombro egipcia.

—¿Tu cliente también? Mira, los clientes de Falco nunca fueron gran cosa, y no he notado que tú los elijas mejor. Tienes que empezar a ganar dinero de verdad y reunir unos buenos ahorros, Albia, o nunca conseguirás atraer a un nuevo marido.

—Quiero uno que busque una mente maravillosa.

—Por eso has permanecido soltera estos diez últimos años. —Notho se equivocaba. Podría haberme casado. Sencillamente prefería seguir buscando a un hombre cuyos hábitos y personalidad no me enfurecieran—. Marino, dices... No me viene a la cabeza, Albia. ¿Es el que pega a su mujer?

—Espero que no.

—Bueno, alguien mencionó que uno de ellos lo hacía. Quizá sea Marino el del perro que mordió a una sacerdotisa de Isis. ¡Y en su cumpleaños, pobre furcia! Según dicen, ahora tiene gangrena y le quedan pocos días de vida.

—Ooh... encantadores detalles. Gracias, Nothokleptes. Buscaré al perro para pedirle su versión de la historia...

Notho añadió que me habían informado mal sobre Dilio Suro, que era Trebonio Fulvo, uno de los matones, el que pleiteaba con su abuelo (el hombre enfermo que no viviría para ver cómo se hacía justicia).

—¿Estás seguro?

—¿Ese culo prieto que se entrena con pesas? Mi primo lleva las finanzas del abuelo. No hacía más que hablar de ello durante las Saturnales.

—Pues gracias de nuevo... ¿Puedo preguntarte a quién ha decidido apoyar la hermandad de los banqueros? Imagino que habréis hablado y habréis elegido a vuestro favorito.

—Trebonio y Aruleno.

—Vaya. Parecen tipos peligrosos.

—Exactamente. —Notho hijo era contumaz—. El aspecto no lo es todo, aunque Aruleno haría bien en arreglarse ese ojo. Un aspecto extraño causa más rechazo entre la gente de lo que él cree. Pero no podemos ser condescendientes, Flavia Albia. Esos hombres son duros. Saben cómo gobernar. Manos firmes al timón, eso es lo que necesita Roma, no mentecatos llorones que no sabrán recaudar multas.

¡Ah! Los banqueros se encargarían de invertir los ingresos por multas, o incluso, si algún edil consideraba que los cargos públicos existían para ayudarlo a amasar sobornos, se encargarían de blanquear el dinero y, por supuesto, cobrar sus honorarios.

Trebonio y Aruleno eran perfectos para los banqueros. Al parecer daban cenas legendarias para sus simpatizantes y habían prometido que cambiarían la ley para autorizar intereses más altos.

Parecían invencibles. Pero ¿estaban dentro de las competencias de los ediles las leyes sobre usura? Se lo consultaría a Fausto. Si no era así, Vibio Marino podría ganar ventaja anunciando que sus adversarios no solo tenían pleitos con sus abuelos y

engañaban a sus queridas, sino que hacían promesas imposibles de cumplir. ¡Menudo escándalo!

Vale. No soy tan ingenua. Pero si los acusaba de mentir, todo el mundo se lo creería. Sus adversarios jamás le pondrían un pleito; la difamación tenía que mancillar la reputación del demandante. Nadie pensaría mal de Trebonio y Aruleno por el pecado habitual de engañar.

Seguramente no se ganarían votos con eso, pero Vibio Marino aparentaría ser un hombre franco, lo que resultaría atractivo. Las impulsivas acusaciones contra los adversarios siempre ayudan.

El tema de las calumnias era prometedor, pero la corrupción aún sería mejor. Tenía que intentar encontrarla en alguna parte.

IX

Hablar con tu propio banquero es duro, y se supone que lo es más intentar sonsacar información al de otra persona. Por Juno, se podría pensar que los banqueros están obligados a mantener la confidencialidad de sus clientes. Y un cuerno. Mi padre cuenta muchas historias sobre acreedores voraces que sabían exactamente cuándo tenía unos denarios, información que solo su banquero podía proporcionarles.

Sin embargo, son muy quisquillosos eligiendo con quién aceptan hablar. Si tú, una persona corriente, quieres comprobar si otra persona es digna de crédito, pregúntale a su sastre o su pescadero. Su banquero nunca te ayudará, ni siquiera cuando la persona en cuestión posea una gran cantidad de fincas sin hipotecar y montones de dinero en una caja de caudales en el Foro. No, ni siquiera cuando quiera hacerte creer que su digno cliente es de fiar y te haya dado él mismo el nombre de su banquero como garantía.

A decir verdad, si alguien pone a su banquero como referencia, todos los investigadores darán por supuesto que ha pagado al banquero previamente para que mienta.

Desde luego Nothokleptes y Nothokleptes hijo consideraban que expedir informes de crédito falsos era parte de sus servicios. Las tarifas salían en sus prospectos. Era más barato que pedirles el dinero de la fianza para sacarte de prisión. En ese caso, los muy cabrones cargaban unos honorarios criminales. Lo mejor para los Nothos era aportar la declaración de un testigo en una demanda de divorcio, lo que hacían sin cobrar porque, si salvaban tu dote de un cónyuge avaricioso, aumentaba tu valía para ellos.

¿Cómo sé estas cosas? Porque soy la única persona en Roma que siempre echa un vistazo a los avisos y las listas de precios. Si las palabras están escritas, las leo. Helena Justina me educó así.

* * *

Tal vez debería haber aclarado antes que Notho e Hijo no son mis banqueros. Ellos creían serlo. Incluso mi querido papá lo suponía, pero mi madre era más astuta. Así pues, los Notho seguían creyendo que si alguna vez tenía ahorros, metería mis monedas en el cofre de mi padre, como debe hacer una hija soltera o viuda, pero en realidad (¡sorpresa!) esos ahorros nunca se materializaban.

Mi trabajo no solía dar como fruto grandes sumas de dinero. La verdad era que necesitaba mis ingresos para las necesidades básicas como lavandería y comida. Por no mencionar pendientes nuevos para subirme el ánimo. Tenía un escondrijo secreto en la plaza de la Fuente, donde guardaba el poco dinero sobrante, que era lo que hacía la mayor parte de la gente corriente en Roma. Era el modo más fácil de complacer a tus vecinos del gremio de los ladrones.

Pero años atrás, al juntarnos Léntulo y yo, nos habían dado dinero tanto mi padre

como Quinto Camilo, para quien Léntulo trabajaba. Cuando la familia dejó de considerarnos una pareja ridículamente incompatible, nos sorprendieron con una dote. Era más dinero en efectivo del que ninguno de los dos había soñado nunca con poseer, y lo consideramos oro mágico. Teníamos la impresión de que en realidad no era nuestro. Vivíamos sin pagar alquiler en la plaza de la Fuente y nuestros gastos eran tan modestos que, cuando mi marido murió dos años más tarde, ambos aún jóvenes, no habíamos llegado a tocar el dinero de la dote. Nadie quiso que se lo devolviera. Se lo pregunté al tío Quinto y dijo que seguía siendo mío. Era abogado, así que nadie podía saberlo mejor que él. Lo dejé donde lo tenía.

Es decir, en un banco que pertenecía a una tranquila viuda griega que había heredado el negocio de su marido, un hombre aparentemente muerto de causas naturales durante un viaje a Cerdeña por razones que jamás se explicaron. En su testamento se lo dejaba todo a Arsínoe, con instrucciones de que debía casarse con uno de sus libertos. Era una tradición. Los banqueros griegos no querían que sus viudas se quedaran indefensas. Y me aseguran que hay viudas griegas que realmente consideran una maldición quedarse solas con grandes sumas de dinero.

Asombrosamente, la tragedia la golpeó una segunda vez. Como si la pobre Claudia Arsínoe no tuviera ya bastante, poco después de enterarse de que su marido había muerto, el liberto con quien se prometió fue a comprar un mújol para preparar una buena comida griega y desapareció misteriosamente. Desde entonces, Arsínoe había sobrellevado su pena con valor; lo dirigía todo ella misma y, cual Penélope, ahuyentaba a los pretendientes alegando que no podía comprometerse con ninguno de ellos, aun siendo tan agradables, por si algún día reaparecía el prometido desaparecido.

Era una mujer alegre a pesar de haber quedado abandonada a su suerte, y a mí me parecía una excelente negociante. Mi dote se había triplicado en los diez últimos años gracias a sus habilidades inversoras. Y ahí lo dejaba. En las raras ocasiones en que tenía una relación amorosa, siempre olvidaba mencionar que poseía ese dinero.

Mi vida amorosa desde la muerte de Léntulo había sido penosa. No era para alardear de ella. Los hombres que se sentían atraídos por la idea de la hija de un rico subastador pronto huían al conocer a Falco. Hasta yo me daba cuenta de que eso me ahorraba muchos quebraderos de cabeza. Mi padre siempre me explicaba amablemente la situación. Era un hombre considerado y sabía usar las palabras. Palabras como: «Un completo gilipollas holgazán. Deja a ese tipejo, Albia». En la mayoría de los casos, el holgazán se anticipaba huyendo tras una charla con Falco, o yo misma, tras calarlo, le había dicho que se fuera al carajo.

* * *

Tenía intención de visitar a Claudia Arsínoe para aprovechar su talento y pedirle información. Pero primero proseguí con el procedimiento normal. Probé con los banqueros de los candidatos. Debía hacerse, aunque el resultado fuera como

despertarse en plena noche con un insoportable ardor de estómago.

Trebonio Fulvo y Aruleno Crescens tenían el mismo banquero. Era uno de esas mesas de cambista del Clivo Argentario, cuyo propietario nunca aparecía por allí. Los escurridizos dueños siempre están en otra parte, tomando té con menta y pegajosos dulces griegos con sus sudorosos amigotes, dejando a sus subordinados a cargo de su banco. Para eso es la prosperidad: ya no tienen que ocuparse del sucio comercio que los ha enriquecido.

Se trataba de un tradicional negocio ateniense. Los subordinados eran unos ineptos. El banquero los había adiestrado para eludir las preguntas. Seguramente el patrón intercambiaba montones de chismes en otros lugares mientras engullía golosinas, porque los banqueros necesitan hacerlo, pero no allí. Y aunque yo lograra localizar al propietario, lo máximo que podía esperar eran los lascivos toqueteos de un ateniense, y acabar con la túnica manchada de migas y miel. Me salté ese paso.

Lo que el ostentoso negocio me indicó claramente fue que aquellos hombres duros, Trebonio y Aruleno, tenían que ser ricos. Solo la gente con grandes recursos puede interesar a esa clase de banco, o permitirse pagar sus honorarios.

Importaban vino y aceite. Me lo había contado Nothokleptes. No hay más que decir.

* * *

Dilio Suro, el candidato aficionado a la bebida, tenía de banquero a un tipo de Antioquía, también ausente. Quizás iban a beber juntos. Quizás el sirio estaba durmiendo la mona.

La esposa rica de Dilio, su auténtico sostén financiero, confiaba su gran fortuna a un desaliñado galo llamado Balonio, que prefería llevar túnicas de grandes sisas sin mangas. Aquellas enormes aberturas demostraban que Notho no había mentido. El banquero tenía unas axilas muy peludas, donde sus hirsutos brazos se juntaban con unos horribles hombros huesudos. Desprendía un olor tan desagradable como su aspecto. También sus pies eran sumamente feos, calzados con las sandalias más raídas que había visto en un hombre de negocios, incluso con una tira rota que le colgaba del empeine.

Lo encontré repantigado a la sombra de una estatua de Escipión el Africano, el héroe de la gruesa toga, de boca firme y pronunciada nariz. Hombres con costosos cinturones y mujeres en sillas de mano cerradas visitaban a Balonio para manejar sus saludables cuentas. Enviaban a un chico por refrigerios para los clientes. A mí me trajeron un plato de olivas y un licor de frutas, aun habiendo dicho que tan solo buscaba información.

En ese momento se me escapó, tal como él pretendía, pero después me di cuenta de que Balonio no había dicho una sola palabra sobre su clienta, la adinerada esposa de Dilio. Por deplorable que fuera su aspecto, era un tipo eficiente. Sobre Dilio Suro fue más locuaz. Primero me dijo que los chismes que corrían por el Foro eran

erróneos: no era Dilio el que estaba enredado en un pleito con su moribundo abuelo. Al principio Balonio pensó que se trataría de Aruleno Crescens, el que había abandonado recientemente a una amante y antes había dejado a su primera esposa cuando estaba embarazada, pero tras reflexionar, supuso que el que pleiteaba con la familia era Salvio Grato, el hermano de Laia.

Después siguió cotilleando animadamente sobre Dilio, que era impotente, que tenía la solitaria, que le había puesto un pleito un hombre al que debía treinta mil sestercios (por un huerto de manzanos en el que un vecino celoso había talado los árboles), y al parecer también era dueño del incontrolable perro que había mordido a la sacerdotisa del templo de Isis.

—¡Oh, ese refinado ejemplar va a salir elegido! —murmuró.

—En efecto. Está hecho. Su esposa regaló a Domiciano una compañía de enanos actores cuya representación se considera lo más indecente que se ha visto fuera de un burdel de Alejandría.

—Esa será una información muy útil para mis clientes.

O no. Imposible que el piadoso Manlio Fausto animara a su amigo Vibio a competir en regalos de artistas libidinosos. Fausto tenía la tenacidad necesaria para averiguar dónde se compraban rudos enanos y la astucia para obtenerlos a buen precio, pero le parecería totalmente reprobable y no lo haría jamás.

—Bien, ¿qué puedes decirme sobre Trebonio o Aruleno?

—Nada. Aprecio en mucho mi vida.

—¿Les tienes miedo?

—¿Tú no?

—Espero no ser digna de que se fijen en mí.

—No estés tan segura. Si andas haciendo preguntas, pronto se enterarán.

Tragué saliva.

—Bueno, dejémoslos. ¿Qué me dices de Vibio Marino y Salvio Grato?

—¿No dices que trabajas para ellos?

—En efecto, y por eso necesito saber exactamente qué calumnias se asocian a sus gloriosos nombres.

—¡En verdad eres astuta! —Balonio me observó con un nuevo respeto—. Al parecer, Marino mantiene una postura humilde. Confía en su pose de «buen padre de familia». Engendrar hijos es un talento, así que, ¿quién necesita fortaleza moral? Grato es tan inoperante que ni siquiera he oído hablar de él.

—¡Eso no le va a gustar! Va por ahí como alguien que pretende ser famoso. —Y su hermana también se creía maravillosa.

—Bueno, ¿y por cuáles virtudes quiere ser conocido tu candidato Vibio? —preguntó el apestoso banquero, mirándome de soslayo.

Le dediqué una sonrisa enigmática y le contesté que eso estaba por ver.

Lo cual era cierto. Vibio era amigo de mi amigo más admirado; sin embargo, yo no lo conocía en absoluto.

X

Estaba cansada, pero no tanto como me temía. Pasé un rato más en el Foro observando a los candidatos mientras se paseaban por allí, ofreciendo la imagen perfecta de hombres a quienes podían confiarse los fondos públicos, los deberes religiosos y las expectativas de los ciudadanos respecto al futuro: sonriendo, estrechando manos, preguntando por las familias de perfectos desconocidos, prometiendo favores sin cuento que no harían ningún esfuerzo por cumplir.

Zigzagueaban entre templos, arcos y estatuas, y se saludaban unos a otros con una inclinación de cabeza si se cruzaban, mientras que sus mujeres se lanzaban miradas airadas. Las prostitutas los piropeaban. Los esclavos soltaban improperios. Los ajetreados libertos, ocupados en sus urgentes encargos, se movían entre ellos hábilmente, esquivando a los rateros más flagrantes y a los vendedores ambulantes de tentempiés que llevaban grandes bandejas, a menudo por encima de la cabeza y formando ángulos peligrosos. Era mediodía, con un sol abrasador. Donde no olía a fritanga, apestaba a carne sanguinolenta o pescado. Era tal el griterío de los vendedores de los puestos que había en las columnatas, que ahogaba incluso los discordantes rebuznos de un burro angustiado.

Así era Roma, una enorme casa de locos que hacía que Londinium pareciera estirado. Nunca acababa de acostumbrarme.

Todo el mundo se detuvo, procurando que no se notara su fastidio, cuando una corta procesión de vírgenes vestales se desplazó calmamente desde el sagrado manantial junto a la puerta Capena hasta su templo del Foro, damas altivas que portaban cántaros medio llenos de agua sobre los hombros y esperaban que el apestoso populacho se apartara a su paso. No miraban a nadie, pero yo tenía dos hermanas adolescentes, así que distinguía perfectamente las miradas secretas de las mujeres en la calle, esperando divisar a musculosos trabajadores con túnicas extremadamente cortas y nalgas visibles.

Pensaba en esto y sonreía para mis adentros cuando alguien me puso una mano sobre el hombro. Antes de que tuviera tiempo de morder aquella mano, Manlio Fausto me hizo volver para que viera que era él. Esa mano, que se apresuró a retirar, tenía cicatrices a ambos lados, porque en una ocasión yo se la había clavado a una mesa con un pincho. Culpa suya: me había insultado de forma imperdonable. Procedo de Britania, donde las tribus salvajes se enorgullecen de su carácter irascible.

Fausto me miró como si supiera lo que estaba pensando sobre las vírgenes aficionadas a los traseros masculinos.

—¡Tiberio! He estado ocupándome de tu asunto.

—¿Ha habido suerte?

—Mucha.

—Magnífico. ¿Comemos?

—Estupendo.

Echamos a andar. Entonces mi ánimo decayó. Fausto estaba con Vibio y otras personas y se había acercado al verme. Ahora se encaminaba de nuevo hacia ellos. Vibio hablaba con su colega, Salvio Grato, cuya horrible hermana le acompañaba, tan tenaz como un esbirro. Empecé a sentir lástima de su hermano.

Laia Graciana me fulminó con la mirada. No me quería mancillando la campaña. Reprimí mi exasperación. Me habría encantado aplicar algún utensilio de cocina a sus partes más delicadas, pero aún no se había inventado el artilugio con el que pudiera convertir a aquella mujer en trocitos diminutos.

Por un momento tuve la nefasta impresión de que Manlio Fausto pretendía que fuéramos todos a comer en grupo. Seguro que acababa sentada al lado de Laia, que no me haría el menor caso, y sabía que los hombres se dedicarían a hartarse de beber vino, dejándonos a las mujeres de lado.

Vibio parecía creer que se imponía una gran comida entre amigos: invitó a todo el mundo a la casa de sus padres, unos ancianos apacibles que habían ido al Foro para apoyarle y aguardaban ahora en una litera cercana. Por suerte, Fausto nos disculpó a los dos.

—Id vosotros. Albia y yo necesitamos hablar sobre nuestra estrategia. Me pasaré por la casa más tarde.

Los Grato tenían otro compromiso. Al despedirse, oí a Laia preguntar:

—¿Cuándo veremos a tu esposa, Sexto Vibio?

—Ah, os ruego que la disculpéis. La pobre no soporta las multitudes.

Me pregunté si no le pasaría lo mismo que a mí y lo que no soportaba era a Laia Graciana.

—¡La querida Julia! —dijo esta en un arrullo que me provocó arcadas..., y eso que ni siquiera conocía a la esposa de Vibio.

Fausto me sacó de allí con su habitual brusquedad. Los demás se fueron todos por su lado, rodeando el anfiteatro Flavio por la Meta Sudans, pero él tomó la dirección opuesta, rodeando la elipse del anfiteatro por el otro lado. Cuando los perdimos de vista, dejó escapar un extraño silbido triunfal entre los dientes. (Tenía una dentadura que un sacamuelas maldeciría, pues ninguna pieza necesitaba ser extraída).

—¡Astuta escapada!

Sonrió. Yo oculté mi sorpresa. En cualquier caso, si Manlio Fausto creía que tenía noticias para él, era normal que quisiera evaluarlas conmigo en privado. Vibio era impetuoso; Fausto quería preparar un plan concienzudamente antes de hablarlo con él.

* * *

Nos encontrábamos en el extremo sur del Foro. Al llegar al final del anfiteatro, masculló algo con una leve irritación. Había divisado a un senador con el que tenía que hablar y ahora tenía la oportunidad: por una vez, al senador no le acompañaba ninguna amante ni lo atosigaban charlatanes tratando de venderle cosas. Tras una

rápida disculpa, Fausto me abandonó un momento para acercarse al senador y pedirle su voto.

Lo observé alejarse ataviado con el atuendo formal que se veía obligado a llevar por su cargo. A muchos hombres les costaba soportar la toga, pero Fausto cargaba con sus pesados pliegues con soltura. Se negaba a dejar que la toga entorpeciera sus movimientos. Tenía el aspecto de un perfecto director de campaña, eficiente y resuelto.

Esperé a la sombra. Por razones personales, eran raras las ocasiones en que iba por allí o me detenía para mirar alrededor. El magnífico tambor del triunfal circo de Vespasiano se extendía hacia ambos lados, cubierto de mármol de travertino traído de una cantera abierta especialmente con ese propósito, y decorado con estatuas que eran contribución de mi padre y mi abuelo. Desde el nivel de la calle nadie se daba cuenta de que algunas eran de calidad inferior: a algunas originalmente les faltaban piernas, lanzas e incluso cabeza, pero el daño lo había reparado mi pícaro abuelo con manos expertas.

Me sentía algo intimidada. Los tres monumentales niveles del gran circo se alzaban ante mí, cada uno bordeado de columnas de los diferentes órdenes clásicos superpuestas, y sobre ellas se alzaba el nivel superior con sus enormes escudos de bronce centelleantes; este nivel estaba coronado a su vez por la cubierta de tela que daba sombra a los espectadores. Era el edificio más alto de Roma. Con el sol en su cénit, daba la sensación de que el calor se reflejaba en el reluciente mármol.

De pie allí, bajo la magnífica entrada, alcé la vista hacia la enorme cuadriga de bronce que preside el arco imperial. En eso es en lo que se supone que has de fijarte. No debería haberlo mirado. Me invadió una oleada de melancolía.

Fausto regresó. Alegré mi expresión. Él se detuvo.

—¿He tardado demasiado?

—No, no.

—Pareces algo alicaída. —También él alzó la vista, un poco sorprendido—. ¿Sientes aversión hacia la cuadriga de la Victoria?

No sé por qué y seguro que él no se lo esperaba. El caso es que le solté el motivo por el que estaba triste.

—Aquí murió mi marido.

—¿Aquí?

—Justo aquí.

Él se quedó sorprendido.

—Oh, querida, lo siento mucho. Jamás te habría dejado en un lugar tan doloroso... Rápido, vámonos a otra parte. —Al ver que no me movía, se quedó quieto—. Nunca he querido preguntarte qué ocurrió, pero ¿quieres hablarme de ello?

—Qué amable. No temas, no voy a llorar.

—Llora cuanto quieras. Comparte tu pena.

Fausto ya había hecho por mí más que suficiente, pero tal vez yo estaba aún tan

débil que necesitaba desahogarme. No era normal en mí. Mi marido y yo habíamos mantenido nuestras cosas en privado; tras su muerte, había vivido mi luto de la misma manera. Los demás se habían preocupado por mí, pero yo jamás había permitido que nadie se me acercara. Siempre había sobrellevado mis penas yo sola.

—Cuéntame —insistió Fausto—. Tú y yo podemos contárnoslo todo, ya lo sabes.

Eso era nuevo para mí. De todas formas, por una vez me pareció que sería bueno romper mi silencio.

—Bueno, Léntulo, mi marido, tenía una pierna muy dañada. Le habían herido defendiendo a mi tío Quinto en una pelea. Podía caminar y hacer la mayoría de cosas, pero con frecuencia le costaba un gran esfuerzo y sus movimientos eran limitados. Si intentaba volverse repentinamente, se caía.

Fausto escuchaba.

—Hubo un extraño accidente. Tienes permiso para considerarlo una historia graciosa —le aseguré, sonriendo levemente—. A Léntulo le habría parecido divertidísima. Para mí fue muy triste quedarme sola tan inesperadamente. Pero fue un accidente que solo podía haberle ocurrido a él. Ya lo he aceptado...

Señalé hacia arriba. Fausto y yo volvimos a alzar la vista hacia la vibrante escultura colocada sobre la entrada principal. Las enormes reproducciones de cuatro caballos al galope, con la cabeza levantada, tensando el cuello y ondeando las crines, espoleados por la Victoria. La cuadriga ricamente adornada con su extasiado auriga. Los caballos dispuestos para dar la impresión de un frenético galope.

—¿Qué ocurrió, Albia?

—Mi chico de granja, como lo llamaba yo, estaba mirando cómo erigían los cuatro caballos los ayudantes del escultor. Debía de estar fascinado. Léntulo tenía una personalidad infantil. Solíamos decir que si hubiera un agujero en la calzada con un letrero de «Peligro. No pasar», él iría derecho hacia allí para ver en qué consistía ese peligro, y se caería dentro...

Su personalidad no habría cambiado jamás, pero yo sí cambié con los años. Aunque estábamos muy unidos al principio, yo habría acabado por madurar y dejarlo atrás. Habría sido un drama. Él jamás habría comprendido el porqué y se le habría partido el corazón.

—Sigue —me animó Fausto amablemente, al verme titubear.

—Todo el mundo se reía de él, pero él me amaba y era lo que yo necesitaba. —Fausto asintió—. A él todo le parecía maravilloso. Siempre se entusiasmaba observando cómo sucedían las cosas. Debió de quedarse completamente absorto aquí... —Vacilé, pero proseguí—. Las patas de bronce de los caballos las habían fundido como piezas separadas, supongo que por el peso. Las estaban pegando al cuerpo, que ya habían subido hasta allí arriba. Entonces algo falló.

Fausto respiró hondo, expectante.

—Una pata se cayó. Unos testigos dijeron que mi pobre bobo no hizo ademán de moverse, se quedó con la boca abierta, mirando cómo la enorme pieza caía sobre él.

Si yo hubiera estado allí, él habría gritado: «¡Vaya, mira eso, nena! Se les ha caído un trozo». Maravillándose. Inconsciente del peligro. Incapaz de moverse, en cualquier caso. Así que la pata aterrizó justo sobre él. Murió en el acto.

Fausto me miró.

—Sí, una pata de caballo —dije, dándole permiso para reír, para reírse conmigo.

Lo hicimos. Mi chico de granja habría reído alegremente con nosotros. Entonces, a pesar de que hacía tiempo que había superado mi dolor, apoyé la cabeza en el hombro del edil para ocultar una imprevista lágrima. Fausto me dejó esconder el rostro entre los pliegues de su toga. Me enjuagué los ojos con sus blancas fibras de lana y me aparté. Él murmuró que el atuendo formal tenía su utilidad, y el hecho de que no hiciera un mundo de todo aquello me resultó reconfortante.

Nos fuimos a comer.

XI

Fuimos por la antigua Via Tusculana, pasando por la Ludus Magnus, la nueva escuela de entrenamiento de gladiadores de Domiciano. La había construido para los luchadores del anfiteatro Flavio, con el que estaba unido mediante un pasaje subterráneo. Siempre se oían sonoros resoplidos, golpetazos, ruidos sordos y broncos gritos de aliento por parte de los estúpidos brutos que fanfarroneaban en el interior.

Una vez dejamos atrás a los curiosos embobados que se arremolinaban en la entrada intentando acceder a la restringida zona para visitantes de la Ludus, y el bullicio de las sórdidas tabernas que frecuentaban los gladiadores y sus vulgares amigos, la calle se hacía más empinada al empezar a subir por el monte Celio y pronto se volvía más tranquila. Encontramos un termopolio, donde servían comida rápida y caliente. Tenía un patio interior ajardinado. Había unas cuantas personas más, pero nos habíamos adelantado a la hora de mayor afluencia.

Rehusamos las hojas de parra rellenas que ofrecían. Su calidad depende del relleno. Mientras Fausto se despojaba de la toga, elegí pan sin levadura y pasta de garbanzos. Él pidió *mulsum*. Hacía demasiado calor para beber vino al mediodía, a menos que estuvieras en casa y pudieras estirarte luego en la cama para sudar haciendo el amor, pero acepté su elección. El *mulsum* es una bebida reconstituyente que se da a los soldados... y a los inválidos.

Musité una apagada disculpa por el sofocón de antes, admitiendo mi debilidad. Mis palabras indujeron a Fausto a interrogarme sobre mi salud. Le hablé de mi estancia en la costa, comentando tonterías sobre la vida en nuestra villa. Nuestra familia aún era joven. Mi hermano, al que Fausto conocía, solo tenía once años, y aunque mis dos hermanas eran ya adolescentes, a menudo se comportaban como dos niñas tontas.

—Espero que te hayan mimado bien.

—No te quepa la menor duda.

—Fue difícil dejarte marchar —dijo Fausto, afectando despreocupación mientras masticaba.

Había sido difícil marcharse.

* * *

Hora de trabajar. Le conté todo lo que había averiguado en el transcurso de la mañana sobre los candidatos rivales. Mi acompañante encajó algunos detalles con una mueca crispada, pero pareció dispuesto a utilizar la información. Era él quien escribía los discursos. Por lo que había visto yo de Sexto Vibio, no me sorprendió.

—¿Tú los escribes y él los lee?

—No; hago que se los aprenda.

—¿Vas a compartir estos cotilleos con Salvio Grato?

—El de los enanos obscenos, no. —Sonrió burlón. Debía de saber que yo estaba

celosa de Laia—. ¿No crees que su recta hermana se escandalizaría?

—¡Bueno, tú la conoces mejor que yo! —le espeté, amablemente para mi carácter—. La altiva Laia no debe entrometerse. Tenemos que dañar la reputación de los adversarios con lo que dispongamos.

—Eso es lo que digo —convino Fausto plácidamente, ofreciéndome uvas—. Hablaremos de los enanos, pues.

Ese era él. No cedería ante Laia, pero al mismo tiempo jamás la criticaba. Yo lo veía disgustado siempre que se refería a su divorcio, pero tenía que afinar mucho para notarlo. Fausto se echaba la culpa a sí mismo, por lo que siempre hablaba de Laia con exquisita educación, y era inútil tratar de obligarlo a mostrarse rencoroso. En cualquier caso, hacía diez años que el matrimonio se había roto.

Además, apuesto a que nunca llevó a Laia Graciana a un almuerzo amistoso como el nuestro. Ya había visto hoy cómo detestaba ella vernos marchar juntos.

Fausto fue a la barra en busca de más *mulsum* y volvió con otro plato para picar.

—Tienen queso.

A los dos nos encantaba el queso. Manlio Fausto calculó a ojo y partió el trozo en dos con escrupulosa equidad. Nos miramos sonriendo por el modo en que lo había hecho y luego saboreamos aquel manjar en silencio.

* * *

Después del almuerzo, Fausto se fue a casa de Vibio para trabajar en la campaña. Había redactado una lista con los senadores que podían ser favorables a nuestro candidato, otra con los que apoyaban a adversarios, y una tercera con los que seguían sin pronunciarse. No había logrado grandes avances. Malgastaba fuerzas en idas y venidas, desalentado porque, aunque lograra acercarse a ellos, no podía confiar en nada de lo que decían. Aunque le aseguraran que votarían por Vibio, muchos de ellos simplemente mentían para evitar que siguieran insistiéndoles.

—Los más taimados me tienen ahí hablando durante horas, aunque no tengan la menor intención de apoyarnos, solo para evitar que me vaya a hablar con otro.

—Bueno, no es una tarea imposible. A ti te eligieron el año pasado. —Tuve el tacto de no señalar que Fausto no era muy conocido, y que no entendía cómo había logrado que el Senado lo eligiera.

No sé cómo, Manlio Fausto había logrado obtener los votos necesarios, a pesar de que era un hombre soltero sin hijos, lo que lo situaba en desventaja; maridos y padres tenían prioridad. Debía de haberse granjeado suficientes apoyos en el Senado, por no hablar de que también había esquivado el veto de Domiciano.

Ahora su trabajo era razonable y sensato. Había sido la elección perfecta. Al fin y al cabo, quizá los senadores tenían buen criterio. No, vale. Sencillamente su tío Tulio los había sobornado.

Fausto echó la cabeza atrás, como disfrutando del sol que se filtraba a través del emparrado por encima de nosotros.

—Sí, me eligieron gracias a mi tío. Por suerte vuelve a sernos de ayuda. Es amigo íntimo de Salvio Grato, siempre lo ha sido.

—¿Cómo es eso? —Por lo que había oído, Tulio rayaba en lo vulgar; no parecía encajar demasiado bien con los respetables Grato.

Fausto hizo una mueca antes de explicarse.

—Mi tío Tulio, como sabes, es propietario de numerosos almacenes. Algunos de los mejores se encuentran en cierta calle, donde un edificio ha pertenecido siempre a la familia Grato.

Adivinaba dónde acabaría aquello.

—El almacén en cuestión —prosiguió con tono áspero y algo más tenso— formaba parte de la dote cuando Tulio me casó con Laia Graciana.

—Genial —dije con tono neutro.

—Genial, sí, pero no por mucho tiempo. Tuve que devolverlo cuando ella se divorció de mí.

Entonces: genial hasta que las cosas se pusieron feas... y por su culpa.

—Tulio no te lo habrá perdonado.

—Para él, pobre hombre, eso fue lo peor. Podía vivir con la vergüenza de que yo hubiera engañado a mi esposa, con las molestias que le había causado, incluso con los gastos. Pero no soportaba perder ese almacén, sobre todo después de haberlo adquirido triunfalmente. Sospecho que tenía la esperanza de que le pusieran su nombre a toda la calle: la Via Tulio... Aún sueña con reconducir la situación. Nunca dejó de tratarse con los Grato e intimar con ellos, aunque es imposible que me lleve consigo cuando los visita y nunca ha conseguido persuadirlos para que vengan a nuestra casa.

—¿De qué tienen miedo? ¡Tú te irías! —me burlé.

—Permanecería fuera toda la noche si fuera necesario —gruñó Fausto—, dormiría bajo un puente... Yo me mantengo al margen, pero tío Tulio sigue frecuentando a los Grato en sociedad. Esperando su momento, buscando una oportunidad. Las elecciones, para manipuladores como mi tío, y créeme, resulta impresionante cuando lo ves en acción, siempre ofrecen la ocasión de volver a situarse.

—Con favores y promesas.

—Exacto.

—Dices que te mantienes al margen, pero ahora estás trabajando con Salvio Grato.

—Sería injusto con Sexto si no lo hiciera.

—¿Y qué me dices de ser justo contigo mismo?

—Ah, eres adorable.

No; estaba muy enfadada con su tío, su amigo y los malditos Grato por poner a Fausto en aquella situación.

—Nadie me llama adorable impunemente.

—¡Ya veremos! —repuso Manlio Fausto entre risas, como si creyera que él tenía impunidad total. Si hubiera sido cualquier otro, habría dicho que flirteaba conmigo.

* * *

Luego me disculpé por no ayudarlo con la campaña esa tarde. Necesitaba descansar. Y al día siguiente estaría ocupada con los asuntos de mi propia familia: se celebraría la subasta de Calixto y quería presenciarla. Le aseguré a Fausto que no se me exigiría hacer nada que pudiera estresarme; me limitaría a observar.

—¡En serio!

Fui paseando con él hasta la casa de Vibio, tras lo cual regresaría a mi casa. Nos despedimos con un leve beso en la mejilla; buenos modales entre amigos.

Reuní fuerzas suficientes para ir caminando hasta mi vivienda. No era una distancia larga. Seguí por el Clivus Scauri, di la vuelta al Circo Máximo por el extremo más alejado, en terreno llano al principio, pero seguido luego de una lenta ascensión al Aventino. Era una cuesta empinada, especialmente con el estómago lleno, pero yo sabía qué ritmo debía llevar. Estaba de buen humor. Reinaba la tranquilidad en las calles del distrito decimotercero. Todo el mundo estaba comiendo en su casa o fuera, en compañía. Los comercios estaban cerrados hasta la tarde. Incluso los perros más inquietos descansaban a la sombra. Los padres habían llamado a los niños para que entraran en casa. Los mendigos echaban una cabezada y las rameritas se tomaban un descanso.

Así pues, me alegré de llegar a casa, aunque estaba sola y no había la menor posibilidad de pasar la tarde haciendo el amor, sudorosa.

XII

Las subastas se inician al amanecer, a veces incluso más temprano. Apenas clareaba cuando empezaba el movimiento. Es una antigua tradición que los comerciantes profesionales sean los primeros en acudir para calibrar los artículos, rebuscando entre ellos como cuervos arrogantes. Esos hombres, y alguna que otra mujer, consideran que tienen derecho a realizar pujas previas a la subasta, que son siempre ridículas. Si las rechazan, se molestan, aunque todo el mundo sabe que solo pretenden tantear el terreno. Muchos tienen aires furtivos; algunos traen consigo desagradables perros famélicos. Mi padre llama «verrugas» a esa gente.

Las verrugas de hoy estaban en buena forma. Se acercaron caminando despacio con expresión sombría, sin saludar al personal y mucho menos a mí, pero algunos intercambiaron breves inclinaciones de cabeza entre ellos a modo de saludo. En cuanto llegaron, con cuentagotas porque eran seres solitarios, empezaron a examinar los lotes como si fueran invisibles, aunque se mofaban en voz alta, haciendo comentarios despectivos para que los oyéramos.

—Poneos cómodos —les dijo Gornia con tono amigable. No era nada que no hubiera visto antes. Le dio un puntapié a uno de los perros, flacos como galgos, que estaba husmeando el gran cofre medio quemado—. Si el perro se mea en alguna cosa, tendréis que compensarnos... Ya sabéis que julio es un mes difícil. Tenemos suerte de haber podido preparar una subasta. A Falco no le hacía mucha gracia.

A Falco le daba igual. Él consideraba la casa de subastas un pintoresco pasatiempo temporal. Anhelaba volver a investigar, pero tenía que pasar desapercibido y aparentar que se había retirado, porque era de todos conocido que Domiciano le guardaba rencor. Existía un motivo. Mi padre nunca había dicho cuál.

En lo tocante a Domiciano, nadie hacía preguntas, por si el mero hecho de mencionar su nombre llevara al tirano a pensar en la persona que lo pronunciaba. Domiciano rumiaba sobre desaires antiguos y agravios presentes con la misma intención amenazadora. Todo el mundo agachaba la cabeza y procuraba esquivarlo. El pueblo de Roma vivía aterrorizado por su emperador, y el monstruo lo disfrutaba.

Una arrogante mujer ataviada con extrañas faldas harapientas y pañuelos señaló que Falco ni siquiera se había pasado a saludar.

—Eso es verdad —dijo Gornia con una sonrisa de suficiencia—. Está de pesca. Como decía, ¡estamos en julio!

Las verrugas se alejaron sin entablar una verdadera conversación. Se dirigieron a hostigar a otro subastador, si lograban encontrar uno, y a despreciar sus artículos tanto como al parecer despreciaban los nuestros. Cuando empezara nuestra subasta, algunos se dejarían caer de nuevo. Ya tenían decidido qué piezas querían; de hecho, si los artículos eran pequeños, los habrían metido subrepticamente bajo otros más grandes para ocultarlos de las miradas. Por eso les permitíamos hurgar entre los lotes. Parecían mendigos, con sus cuerpos escuálidos, pero estaban allí para comprar y

llevaban mucho dinero encima.

Por el momento hacía fresco en la sombría columnata, dentro del pórtico de Pompeyo. Había una sensación ominosa en el aire del amanecer, como si quienes se encontraban merodeando entre los plátanos del jardín central no tramaran nada bueno. La casa de subastas se dedicó a lo suyo, esperando que los demás hicieran lo propio. Por lo general apostábamos algunos tipos corpulentos para que garantizaran la seguridad, pero llegarían más tarde, justo antes de que empezara la subasta.

Me arrebuqué en una capa sin perder de vista cómo se desarrollaba la subasta. Hoy era la hija del subastador. Me sentaría a un lado, en una banqueta o una silla. Los compradores habituales me conocían. Los comerciantes más educados me saludarían con un gesto de la cabeza, posiblemente se acercarían incluso para enviarle saludos a mi padre. Recurrirían a mí para solventar cualquier problema que pudiera surgir, aunque Gornia se encargaba de ello cuando no había nadie de la familia presente.

En el negocio de una familia plebeya, las mujeres ocupan una valiosa posición. Comparten el trabajo con los hombres. Mi tía Maya ha llevado las cuentas de la casa de subastas durante años. Me pregunté si aparecería hoy, aunque ahora trabajaba sobre todo en casa, donde podía combinar la contabilidad con el cuidado de su marido, que estaba retirado. Alguien le llevaría un gran cesto con los recibos cuando terminara la subasta, y entonces Maya se sentaría con Petro y su jarra de vino en la terraza, donde se encargaría de los libros de cuentas, de enviar las facturas y de pagar los impuestos por las ventas.

En todo el imperio funcionaba igual, aunque en teoría las mujeres no servían para nada. Yo misma estaba bastante bien informada sobre arte y sobre las antigüedades que vendíamos. También sobre las falsificaciones. Me habían enseñado a distinguir las piezas falsas, los «matrimonios» de dos piezas distintas que se habían juntado para formar una nueva, y el excesivo envejecimiento artificial. También sabía cómo decepcionar a alguien con delicadeza cuando se presentaba con una horrorosa reliquia familiar, esperando que la agrietada pieza valiera una fortuna. Tendría incluso mucho cuidado con lo que decía porque, si se ponía a la venta una bazofia sin valor, podía aparecer algún idiota y pagar un buen dinero por ella, aunque no tuviera ninguna lógica.

Me gustaba que me permitieran formar parte de las subastas. Me habría gustado tener mi propio negocio familiar, pero eso implicaba tener un marido que lo dirigiera conmigo. En ambos casos me había dado por vencida. Me conformaría con ser investigadora, una profesión solitaria. Mi vida no me preocupaba. Ya tenía bastante con la frustración y la infelicidad que veía entre mis clientes.

* * *

Durante la aburrida espera antes de que empezara la subasta, me dediqué a examinar los lotes.

Los Calixto debían de tener el almacén del silo lleno hasta el techo. Gran parte de

su lista de artículos eran muebles, un par de ellos con daños por la erupción del Vesubio, pero en general se trataba sencillamente de piezas de las que se habían cansado. Tenían un gusto recargado: demasiados dorados y demasiadas patas de animales. Se desprendían de un arcón lleno de lámparas indecorosas; alguien había reunido una colección de lucernas con falos alados, que su esposa debía de haberle obligado a tirar. Un juego de dos mesitas de un alabastro aceptable había quedado arruinado por culpa de una mancha de agua derramada que no se había secado adecuadamente. (Gornia puso un optimista letrado en el que se aseguraba que se podía «restaurar»). Algún antepasado desafortunado les había obsequiado con arte chapucero. Yo había visto reproducciones de esculturas griegas casi mejores que las originales, obras espléndidas de la Campania, pero en el mundo sigue habiendo demasiados dioses inferiores y atletas en un mármol que no tiene nada que ver con el mármol de Paros, o que en ocasiones es simplemente yeso pintado.

Decíamos que era la subasta de Calixto, pero había lotes más pequeños de otras personas, incluso una única fuente de una anciana necesitada. Aceptábamos esas piezas porque mi padre es muy blando: siempre que venía una abuela de ojos tristes cargando con su patético tesoro, mentía después sobre el precio que había sacado por él y ponía la diferencia de su propio bolsillo. La abuela, insensible como una roca, iría a contarle a sus amigas que el bobalicón del hijo de Didio Favonio era un memo.

Como de costumbre, teníamos un par de piezas de nuestra propia herencia familiar; habían transcurrido varios años desde la muerte de mi abuelo, pero toda una vida de coleccionista entusiasta seguía guardada en casas y almacenes. De vez en cuando mi padre descubría algo nuevo, y se enfrentaba entonces con la penosa decisión de aceptar aquel legado tardío y pagar los impuestos de sucesión derivados de él. Muchas eran las horas que, al caer la tarde, pasaba un ceñudo Didio Falco luchando con su conciencia..., o eso decía él, mientras pedía otro vaso de vino de Falerno (de la bodega del abuelo) para que le ayudara a reflexionar. Celebraba subastas con piezas escogidas siempre que necesitaba dinero para financiar un proyecto. Refunfuñando, decía que era «dinero para dote», aunque de hecho esas subastas servían a menudo para pagar funerales, educación o viajes. Así era como había ayudado a mis tíos, los Camilo, cuando se presentaban al Senado.

Hoy mi padre vendía una espléndida urna de plata y otra más pequeña y aún más espléndida, además de unas cuantas alfombras orientales. Por lo demás, no había gran cosa que me llamara la atención, aunque me gustó bastante un banco de piedra desgastado con delfines en los extremos, que elegí para sentarme durante la subasta. Gornia dijo que podía apartarlo para mí, pero yo no tenía dónde ponerlo.

Oh, fíjate. Un optimista impenitente intentaba descargar una estatua de *Muchacho sacándose una espina del pie*. ¡Buena suerte, iluso!

* * *

Llegaron los de seguridad, hombres silenciosos y musculosos, de un gimnasio

cercano, trayendo panecillos para que desayunáramos todos. El día avanzaba. El pórtico se iba animando. Empezaron a acercarse algunas personas, al principio gente ociosa que se alarmaba y seguía su camino rápidamente si les dirigíamos la palabra, luego personas con verdadero interés, dispuestas a quedarse y pujar.

En cuanto logramos atraer una pequeña multitud, Gornia inició la venta. Aún era demasiado pronto, pero sería inútil esperar como vendedoras de gambas a la puerta de un barracón de gladiadores: necesitábamos que nuestra subasta pareciera animada, como si estuviera ocurriendo algo que nadie debía perderse.

Me instalé en mi banco con un montón de tablillas enceradas, el catálogo, en el que iba marcando las piezas que se vendían. Formaba parte del decorado. Lo ideal, para parecer la hija del subastador, habría sido prepararme con un complejo peinado y cosméticos. Habiendo tenido que abandonar mi apartamento en la oscuridad, me había limitado a ponerme una buena túnica con adornos en los dobladillos, grandes pendientes y varios collares; el tipo de atuendo que hace gritar a tu madre que pareces una trapecionista ambulante. Por lo demás, llevaba mi uniforme de trabajo habitual: una sencilla trenza y la cara lavada. Zapatos acordonados, un resistente morral y un vistoso cinturón entretejido. Helena se habría disgustado si me hubiera visto salir así de casa, pero a mí me parecía que era una buena mezcla de lo profesional y lo exótico... En el fondo, seguía teniendo quince años.

Una vez que empezó la subasta, nadie se fijó en mí.

Algunos asistentes se movían furtivamente como si albergaran intenciones siniestras, pero es lo normal cuando se congrega mucha gente. Había algunos rateros auténticos, zánganos taimados con grandes bolsillos, todos vigilados de cerca por nuestro personal. El resto parecía respetable, lo que difícilmente podía ser verdad. Estábamos en Roma.

Estaba convencida de que los responsables de meter al cadáver en el cofre se habrían enterado de que dicho cofre se subastaba hoy. Si sabían o no que habíamos encontrado el cadáver, planteaba una cuestión interesante. Nosotros no habíamos hablado. ¿Habrían dejado escapar algo los Calixto? ¿Creía el asesino que el cadáver seguía hecho un ovillo en el interior?

Estaba atenta por si veía a alguien sospechoso. Por desgracia para mí, muchas personas acuden a las subastas por curiosidad. Se convencen de que no van a pujar... antes de ofrecer más de lo que pueden permitirse, pujando impulsivamente por algo que en el fondo no quieren. Cuando vuelven a casa y la esposa dice que no le gusta, ya no tiene remedio...

Mi vigilancia no daba resultado. No divisaba ningún sospechoso potencial. Tenía que distraerme de alguna manera. Cavilando, desarrollé la ingeniosa teoría de que las subastas son como la política. En una subasta, te dejas engañar por las apariencias, te dejas llevar y te comprometes irreflexivamente; luego, en cuanto termina y te llevas a casa el objeto en que supuestamente has hecho una buena inversión, a este se le cae una pata. Igual que cuando te acercas a alguien y resulta un farsante sin talento ni

principios morales...

Pero estaba claro que Sexto Vibio Marino, amigo de mi honrado amigo Fausto, no era así. Debía intentar no mostrarme sarcástica con el buen Vibio. De lo contrario podría escapárseme una opinión incorrecta que ofendiera a su principal adepto. Chica mala, Albia.

Me aburría.

* * *

Hacia la mitad de la mañana, entramos todos en calor. Me había despojado de la capa y a los mozos empezaba a brillarles la piel al acarrear los objetos de un lado a otro. El pórtico de Pompeyo exhibía su máximo esplendor. El agua de las fuentes caía grácilmente. Los cortinajes dorados de la galería de arte resplandecían. El brillante e implacable sol inundaba ahora los jardines, donde cada soportal tenía su propia guarnición de paseantes y de mujeres que fantaseaban con una aventura, o que querían engañarse a sí mismas pensando que arriesgaban su reputación, aunque saldrían corriendo horrorizadas si cualquier osado pecador se acercara a ellas de soslayo. Incluso los esclavos jardineros parecían felices recortando los setos de boj.

Gornia había empezado ya con la venta de los mejores lotes. El chico del burro lo abanicaba. Ojalá me abanicara a mí.

Había ahora un gran interés. Las verrugas habían regresado y pujaban entre sí con vehemencia. Incluso los objetos más inverosímiles hallaban comprador. Una joven y agradable pareja se había hecho con una buena mesa que les gustaba, a un precio que pareció sorprenderles (los subastadores tienen corazón: nos complace más de lo que creen que los clientes se vayan felices). Además, la mesa no tenía defectos ocultos. Oh, dicha.

Examiné a un hombre que vestía una túnica morada mal teñida y merodeaba junto al *Muchacho* espinado. Fingía mirar la estatua, pero no dejaba de desplazarse hacia otro lado furtivamente.

Desde donde yo estaba parecía un hombre atractivo y fornido, aunque demasiado indeciso para ser un asesino. Aun así, podía ser un secuaz al que hubieran enviado a observar. No parecía que pudiera costar mucho contratar sus servicios. A mí no me habría costado nada porque lo habría mandado al cuerno. En cuanto vio que lo observaba, se apresuró a alejarse con expresión contrita.

Llegó Calixto Primus. Lo acompañaban dos hombres y se acercó para presentármelos, su hermano y su primo. Secundus, el hermano, era igualito a él pero unos años más joven. Se desplazaron hacia un lado, donde permanecieron en silencio observando sus pertenencias a medida que salían a subasta. Un buen precio no alteraba su expresión. Las pocas cosas que no se consiguieron vender, o no se consiguieron vender por lo que ellos esperaban, provocaron su visible disgusto. No me gustan los hombres así, pero son corrientes entre los clientes de una casa de subastas. La gente espera demasiado. Si no logran el precio que desean, culpan al

subastador.

Esa mañana Gornia estaba en buena forma. Había aprendido el negocio de mi abuelo, aunque nadie superará jamás a Gémino arrancando pujas a un público indeciso. Didio Gémino podía venderle mierda a un recolector de estiércol... y conseguir que fuera él mismo a buscarla con su propio carro.

* * *

Gornia sacó a subasta el *Muchacho sacándose una espina del pie*. El de la túnica morada no pujó. Se limitó a acechar ceñudo desde detrás de unos setos podados. La estatua no logró alcanzar el precio de reserva y no se vendió. ¡Sorpresa!

En aquel momento, Gornia me guiñó un ojo y agitó la mano para que me acercara a su estrado, la caja sobre la que permanecía de pie, para sustituirlo temporalmente. Cuando necesitaba usar los retretes del pórtico, todos sabíamos que debía considerarse cosa urgente. Era un anciano.

Le entregué el catálogo al chico que se encargaba de señalar los artículos vendidos. Gornia se fue corriendo con aire nervioso, tras pasarme el mazo; según se contaba en la familia, este instrumento procedía de un circo en África, donde se había usado para probar si los gladiadores estaban muertos o fingían.

Algunos del público se sorprendieron cuando me subí a la caja y compuse el semblante, pero no era la primera vez que me encargaba del mazo. Mi padre había empezado a llevarme con él tras la muerte de Léntulo para que no me quedara rumiando sola en casa. Falco decía que era lo bastante mandona como para dirigir una subasta. Y me enseñó a hacerlo.

Disfrutaba mucho con ello. Siempre me sentía nerviosa al principio, pero si se producía un murmullo entre el público, terminaba cuando me ocupaba del primer lote. Solo se necesitan maneras tranquilas y eficientes. A los clientes les da igual, sobre todo si están enardecidos por comprar.

* * *

—Gornia ha tenido que ir a aliviarse. El retrete está fatal últimamente. Tranquilos, amigos, esto no es una subasta griega, no hay peligro de que adquiráis una nueva esposa accidentalmente. Soy la hija de Falco. Buenas tardes.

Algunos respondieron obedientemente:

—Buenas tardes.

—El primer artículo es esta robusta estatua de un dios de jardín muy bien equipado en todos los sentidos. —Los malvados mozos me habían encasquetado un Príapo de piedra. Pero no me abochorno con facilidad. Alabé la estatua con descaro—. Una elegante pieza para impresionar a los amigos cuando celebréis fiestas en el peristilo. ¡La he examinado de cerca y su órgano muestra muy pocas señales de uso! —Los tenía en el bote—. Solo una leve mella en el prepucio, mejor no pensar cómo ocurrió. Admitámoslo, debe de haber mujeres aquí a las que hayan decepcionado con

visiones peores... Aceptaré mil.

Pujaron. No fueron mil, pero sí lo suficiente. Una mujer lo compró. Nos echamos unas risas. Tenía cincuenta años y se tomó bien el pitorreo. Tal vez fuera viuda. Ahora era libre para poner en su jardín lo que le diera la gana, sin que su marido la censurara.

Tenía al público en el bolsillo y los mozos habían disfrutado con su momento, de modo que podía continuar con mi propio estilo, mostrándome seria y directa. El trabajo es fácil, en mi opinión. Solo tienes que dejar claro qué puja aceptas.

—El señor de la túnica roja. ¿Alguien da más? Señor del fondo, gracias. ¿Nadie más?

«Deja caer el mazo con decisión. Sigue adelante».

—Siguiente, mozo, por favor. Qué preciosidad. ¿Quién me ofrece quinientos?

* * *

Vendí varios lotes rutinarios y todos se sintieron cómodos con mi presencia y mi ritmo. Los Calixto ya no parecían nerviosos. A los clientes habituales ni siquiera les había importado el cambio. Debía de ser casi la hora de comer. Teníamos mucho público e incluso había divisado un blanco resplandor en la periferia, como si se hubieran acercado a la subasta algunos candidatos a las elecciones. La gente se abanicaba, algunos bebían agua, un par de muchachos intentaban refrescarse en las fuentes.

El *Muchacho* de la espina volvió a aparecer cojeando. La venta fracasó por segunda vez.

—Oh, vaya. ¡Si nadie se lo lleva pronto a casa, este pobre muchacho herido acabará con gangrena! —Me estaba divirtiendo, elevándome como una gaviota en una corriente de aire caliente. Cerré la puja sin haberlo vendido. Casi sin pretenderlo, me oí decir—: A continuación ofreceremos un magnífico cofre.

Tal vez debería haber esperado. Pero, por Hades, en algún momento tenía que salir. Solo era un cofre chamuscado.

XIII

Algunas personas conocían su historia. Se produjo un murmullo de expectación. Los tres hombres de la familia Calixto conservaron la compostura, pero vi que se ponían tensos. Yo me encontraba en una posición privilegiada: al frente, sobre mi tribuna y, en virtud de mi tarea, mirando a todo el mundo directamente.

El de la túnica morada había vuelto y seguía acechante. Un par de individuos se acercaron al cofre. Es lo que hace la gente que no tiene intención de pujar, a la que le gusta acercarse al lote que se subasta y quedarse al lado mirando con la boca abierta. Ojalá se atragantaran con el olor.

—Tenemos aquí un espléndido cofre antiguo de tamaño y reforzamiento excepcionales, con la calidad de un trabajo realizado en el sur de la Campania. Solo ha pertenecido a una familia. Muestra algunas zonas chamuscadas; el comprador se lo lleva tal como se encontró. Los cierres funcionan y le acompaña una estupenda llave.

Todos a una, los fornidos Calixto se cruzaron de brazos, poniéndose involuntariamente a la defensiva. La gente les lanzaba miradas de reojo. Estaba claro que lo sabían.

Más allá del gentío, vi a Manlio Fausto con Vibio y Salvio Grato. Los brutos, Trebonio Fulvo y Aruleno Crescens, también formaban parte del grupo, sorprendentemente. Todos fingían llevarse bien entre ellos. Cualquier lugar del Campo de Marte era apropiado para que se dejaran ver los candidatos. Entrar paseando en un pórtico para presenciar una subasta era una actividad aceptable. Una y otra vez se volvían hacia las personas que tenían más cerca, les estrechaban la mano y armaban alboroto. Disfruté elevando la voz:

—Un poco de tranquilidad ahí atrás, por favor. ¡Dadles a los postores la oportunidad de decidirse!

Vi a Fausto y Vibio acercarse a los Calixto para estrecharles la mano, pero luego volvieron con el resto de los blanqueados.

Me concentré en el cofre. Establecí un precio muy por encima de su valor y no hubo quien pujara. Cualquiera que lo hubiera examinado bien habría visto que tenía daños considerables. Fui bajando el precio por etapas, tranquilamente, sin alharacas, como debe ser. El truco está en no parecer ansioso. Como en el amor, que dirían mis hermanas.

Los dos tarados que había junto al cofre se daban empujones como tontos de pueblo. Un comprador serio permanecería quieto. Si a aquella ridícula pareja la había enviado el asesino para observar, estaban llamando demasiado la atención. En algunas tribus que vivían en chozas circulares había visto un comportamiento más refinado.

—¿Alguien da más?

Cerca de mí se levantó una mano, apenas un movimiento de los dedos. Seguramente solo yo vi el gesto. Aunque era un profesional, al que reconocí, había

pujado demasiado pronto y seguramente acabaría por no comprar. Anuncié la puja, lo que animó a otro. El precio estaba demasiado bajo, pero había que darle tiempo. Se unieron a la puja un tercer y un cuarto hombre, aunque con escaso entusiasmo. El número tres se retiró enseguida. El cuatro tenía posibilidades. Procuré mantener el contacto con la mirada.

Los números dos y cuatro iniciaron una guerra de pujas. Aflojaron. Un nuevo postor entró en juego. El cuatro reaccionó y aumentó considerablemente su puja. Excelente. Otro postor pujó con una inclinación de la cabeza. Estaba junto al de la túnica morada, aunque no se percibía que hubiera relación entre ellos.

Una breve pausa y proseguí.

—Vamos, todavía no hemos terminado. ¿Alguien da más? En caso contrario, lo doy por adjudicado. Último aviso...

El silencio parecía prolongarse. Cuando levanté el mazo, retándoles, la puja se reanudó como yo esperaba.

Me encantan las subidas y bajadas. Me encanta la sensación de llevar el timón. Los días aburridos son deprimentes, pero hoy, a la luz del sol, nos estábamos divirtiendo. Comprendía por qué a mi abuelo le encantaba aquel trabajo.

Vendí el cofre por un buen precio. El mazo cayó tras una puja elevada, considerando lo dañado que estaba. Comprendí lo que quería decir el personal al hablar de notoriedad. Aquel viejo cofre había provocado la excitación que le había faltado a la subasta durante toda la mañana.

El comprador fue un hombre delgado con la cara granujienta. Llevaba una discreta túnica beige y se había unido a la puja hacia el final: un tipo fácilmente reconocible; casi seguro que no pujaba para sí mismo, sino para un comerciante o algún particular. Había esperado pacientemente y había pujado cuando los demás empezaban a cansarse. Muy hábil.

—¡Gracias! —dije al público, cortés pero con firmeza.

Gornia regresó. Musitó algo al pasar por mi lado.

Levanté la vista. Los Calixto, Primus, Secundus y sobrino, se marchaban, como si ya hubieran visto lo que querían ver. Era comprensible. El comprador, que aún tenía que completar las formalidades con la casa de subastas, ni siquiera miró en aquella dirección. Sin embargo, me creí lo que me había dicho Gornia: el hombre flaco era su negociador.

Los Calixto habían comprado secretamente su propio cofre.

XIV

No era nada excepcional, si bien eran pocos los que volvían a comprar lo que habían puesto en venta. Cualquier persona sensata que cambiara de opinión se limitaba a retirar el artículo en cuestión de la subasta.

Tras ser relevada al mazo, me acerqué al negociador mientras este pagaba. Quería darnos un efecto bancario, que precisaba de la autorización de la familia.

—Es aceptable —dije a nuestro administrador—. Señor, necesitaremos el pagaré para mañana. Guardamos la mercancía hasta que se produce el pago. —Felicité al hombre por su compra, utilizando comentarios rutinarios. Luego deslicé la pregunta —: ¿Tengo entendido que actúas en nombre de los propietarios?

Él frunció el entrecejo, pero no lo desmintió. Cuando concluyó con las formalidades, me incliné para hacerle ver que leía su firma. Se trataba de un tipo larguirucho y escuálido que atendía al nombre de Tito Níger. Me lo llevé a un rincón apartado.

—Si trabajas para los Calixto, Níger, ¿fuiste tú quien acudió a ese almacén que tienen y preparaste el inventario para la venta?

—Sí, eso hice.

—Dime, en el almacén, ¿miraste lo que contenía el cofre?

—No. —Parecía muy seguro de eso.

—¿Notaste algo extraño en el almacén donde estaba guardado?

—No.

Pese a sus sucintas respuestas, mantenía unos modales corteses. Tenía una voz más fina de lo que sugerían su posición de confianza y su seguridad en sí mismo. Atribuí su tono chillón a los nervios. Los Calixto le habían advertido de que yo le causaría problemas y de que debía vigilar sus palabras.

—¿Huellas de pasos en el polvo del suelo, por ejemplo? ¿O un olor desagradable? —insistí.

—Nada que llamara mi atención. Había poca luz. Llevaba una lámpara para redactar la lista, pero era tenue. Todo olía a mohó, como cabe esperar. Llevaba años en el almacén.

Le dije que seguramente ya sabía que yo había hablado del cofre con Calixto Primus.

—Te habrá contado lo que encontramos en el interior, ¿no? —Asintió. Debía de tener unos cincuenta años, con mucha experiencia—. Entonces, ¿puedo preguntarte en qué estaban pensando tus jefes cuando te han hecho pujar por ese viejo cofre?

—Cambiaron de opinión. Está permitido.

—¡Por supuesto! Pero si querían quedárselo, ¿por qué no nos han pedido a nosotros que canceláramos la venta? Cuando la gente cambia de opinión, mi padre nunca pone objeciones. Te aseguro que no habríamos pedido compensación.

Incómodo con aquella extraña compra, el negociador se rindió.

—Primus decidió no dejar que el cofre fuera a parar a manos de algún tipo morboso con la idea de encontrar manchas de sangre.

—No había nada que encontrar —repuse—. Nunca hubo sangre. La pobre víctima se ahogó.

—Primus pensó que la gente no sabría eso. Y cree que quien mató a esa persona y la dejó en su almacén de alguna manera los hizo responsables. —Desde luego esa no había sido la reacción de Primus cuando yo había hablado con él. Tal vez su hermano, y quizá su primo, le habían persuadido de que se lo pensara mejor, pero parecían todos del mismo tipo, poco dados al sentimentalismo—. Me ordenaron que lo comprara de incógnito. Cuando lo tengan en casa, alguien lo quemará y ya no podrá convertirse en un recuerdo abominable.

—Bueno, eso sería muy respetuoso con el fallecido. —Mi expresión siguió imperturbable—. Entonces, ¿por qué han venido hoy los Calixto, cuando quizás habría sido mejor no llamar la atención?

Níger me lanzó una elocuente mirada.

—Querían ver quién estaba interesado en su cofre.

Yo también lo miré con la boca apretada.

—Deberías decirles que, aunque el asesino tuviera la esperanza de que nadie encontrara el cadáver, nunca habría comprado el cofre él mismo, sería demasiado peligroso.

—¿Entonces no crees que estuviera aquí?

—¡Oh, desde luego que estaba aquí! Él, o alguien que actuaba en su nombre.

—¿Y quería comprar el cofre para recuperar el cadáver?

—Seguramente se ha dado cuenta de que encontramos el cuerpo. No; creo que los culpables querían averiguar hoy qué se sabe del muerto. Al fin y al cabo, si alguien lo identificara, quizás el dedo de la sospecha apuntaría hacia ellos.

El agente de Calixto paseó la mirada por el público. La mayoría estaban concentrados en Gornia, que subastaba las alfombras de mi padre.

—¿Y quién es, Flavia Albia?

—Yo diría que ya se ha marchado. Él o ellos.

El negociador se fue también, sin decir una palabra más.

Me pareció que Níger no tenía relación con el asesinato. Aunque, claro, ser creíble formaba parte de su trabajo.

Mi siguiente tarea consistió en pasearme entre el público, examinando más de cerca a los que habían pujado por el cofre sin éxito. Me hice acompañar por uno de los mozos para que me los presentara. Seguía pensando que habría sido una locura que el asesino intentara comprarlo, pero nunca se sabía. A veces los asesinos son estúpidos.

Descubrí que los que habían mostrado interés eran todos comerciantes habituales y que pujaban para sí mismos, aparte de un transportista con el que no habíamos tenido tratos anteriores, pero solo hacía dos días que había llegado a Roma, de modo

que tenía coartada.

* * *

Por cortesía me acerqué a saludar a Fausto y compañía. Aún andaban examinando la mercancía y congraciándose con todo el mundo. Ninguno de ellos se molestó en dedicarme un saludo cordial. Laia Graciana me obsequió con una expresión de austera repugnancia.

—¿Haces esto a menudo, Flavia Albia?

—¿Dirigir una subasta? No a menudo, pero, como has visto, sé hacerlo.

—¡Todo un talento! —exclamó Trebonio Fulvo, sin presentarse primero; daba por supuesto que todo el mundo lo conocía. Era el que tenía el ojo vago y los dedos repletos de ostentosos anillos. Se acercó a mí demasiado.

—Solo se necesita un poco de teatro —musité, apartándome.

—¡Me gustan las chicas capaces de contar chistes de Príapo! —dijo Trebonio, introduciendo una insinuación libidinosa.

—Como ella misma ha dicho, era todo teatro para los clientes —intervino Fausto—. Flavia Albia es modesta por naturaleza. —De alguna manera, sonó como si lo dijera en serio.

Laia soltó un bufido.

Miré a Fausto con agradecimiento.

—Aún saldrán algunas piezas soberbias. Espero que os quedéis todos a disfrutar de la subasta, ¡a lo mejor os apetece comprar algo! —Giré en redondo sobre un talón, apoyando en el suelo el pie sensible, y continué con mi ronda.

Avancé entre el público, representando a mi padre: estrechando manos, sonriendo a la gente, preguntando por negocios y familias.

—Lamentamos mucho lo de tu esposa, una mujer encantadora y tan joven para irse... Tu hijo menor debe de caminar ya... ¿Cómo le va a tu hermano con el nuevo negocio?

A veces me presentaba a los que habían venido por primera vez:

—Hola, soy la hija de Didio Falco. Espero que estéis disfrutando con la subasta. Nos tenéis aquí para cualquier cosa en que podamos ayudaros...

Estaba «circulando», igual que los candidatos. La única diferencia era que yo no pagaba a cambio de favores y tampoco hacía falsas promesas.

* * *

Volví al banco de los delfines. El chico del catálogo estaba allí, pero se fue cuando Manlio Fausto se acercó con la clara intención de hablar conmigo.

—¡Así que hoy es día de pendientes grandes! —Fausto era un hombre lleno de sorpresas; al parecer le gustaban mis joyas.

Se sentó a mi lado, pero al banco le había llegado su turno en la subasta. Cuando nos levantamos, él debió de ver mi expresión pesarosa y cómo acariciaba la cabeza

gastada de uno de los delfines.

—¿Te gusta?

—Sí, pero no tengo sitio para ponerlo.

—Puede que algún día lo tengas. Déjalo en el patio de tu edificio hasta entonces.

Gornia dio el precio de salida; Fausto alzó la mano. Fue un gesto firme; ningún subastador lo pasaría por alto, ni se preguntaría si simplemente estaba saludando a un amigo. Gornia vio que Fausto estaba conmigo y no esperó a oír más pujas. Nadie se mostraba interesado; el propio Gornia había dicho que el banco «había tenido su uso», lo que suele ser un eufemismo de estado ruinoso. Fausto se hizo con el banco.

—¡Por suerte puedo pagarlo! —musité.

—Tú no. Albiola, es un regalo de bienvenida para ti. Solo tienes que prometerme que me dejarás visitarte y sentarme en él.

—No deberías hacerme regalos —me quejé, pero la verdad era que me gustaba ese banco.

—Sí, sí que debo. —Sin explicarme aquel críptico comentario, se fue como si nada a formalizar la compra y luego regresó para informarme—: Te lo llevarán a última hora de la tarde. Intentaré estar allí para supervisar la entrega.

Agitó la mano para despedirse, antes de abandonar la subasta con Vibio y los demás.

Una figura inconfundible se acercó a mí desde el otro lado, haciéndome señas: Fundano, el enterrador.

—Vaya, Fundano, ¿tú por aquí? ¿Esperabas ver la famosa tumba de madera? Gracias por vaciarla.

Fundano era un tipo difícil de tratar, con una enorme panza y opiniones abominables. Las pústulas que desfiguraban su rostro sugerían un contacto quizás íntimo con cadáveres infectados por la peste. Jamás había visto prueba alguna de que practicara la necrofilia, pero no me habría sorprendido.

No tenía una gran opinión sobre los vivos.

—¿Cuál de los tipos repugnantes a los que habéis atraído hoy es el asesino? Supongo que habrá venido. No podrá evitarlo. Podría ser cualquiera, por el aspecto de sus feas caras. No querría dar a ninguno por su repugnante culo. Tu padre tiene que atraer mejores clientes si quiere ganar más dinero.

Habría preferido que bajara la voz, pero Fundano solía vociferar como si fuera el último hombre en el mundo.

Repasé con él lo que me había contado el encargado de las piras sobre el cadáver. Fundano torció el gesto al enterarse de que el muchacho había tenido la desfachatez de ayudarme a sus espaldas, a mí, una persona que pagaba por sus servicios, pero me fijé en que no lo amonestaba.

Fundano era un testigo malísimo. No aportó ningún dato nuevo, solo ideas estúpidas.

—El fiambre del cofre debe de haber sido un marido infiel que se tiraba a fulanas

en el mercado de ganado. —La inventiva de Fundano era tan vívida que se estaba convenciendo a sí mismo de que así era. La gente que hace un trabajo como el suyo siempre cree tener un punto de vista privilegiado sobre la naturaleza humana, a pesar de que la mayoría de seres humanos que tratan son incapaces de expresarse porque están muertos—. Lo descubrieron. Su mujer convenció a su amante para que lo ahogara, y ahora esos tortolitos están juntos disfrutando del dinero del marido. Será mejor que el amante se ande con ojo. En cuanto se les acabe el dinero, la mujer le va a dar el mismo trato que al otro.

—Bueno, eso nos dará una pista —dije, logrando por fin interrumpirle—. Dos muertes similares siempre ayudan. Podríamos dejar un cofre con la tapa convenientemente abierta en el almacén del silo.

Fundano me dedicó una sonrisa de condescendiente aprobación.

—Bueno, eso está mejor, muchacha. ¡Vas aprendiendo!

Me alegré cuando se alejó.

Miento: su gordo trasero, contoneándose a través del pórtico sobre sus gruesas piernas, que lo llevaban a comer, ofrecía un espectáculo nauseabundo.

La imagen de un hombre que tenía trato íntimo con los muertos comiendo me revolvió el estómago. Hurgaba en las vísceras humanas, y no parecía que se lavara nunca las manos.

* * *

El *Muchacho sacándose una espina del pie* volvió a ofrecerse en la subasta. Para entonces la mayoría de clientes se alejaban ya, pero el hombre de la túnica morada se armó de valor y lo compró. Eso era lo que quería desde el principio.

Aparentemente.

XV

El sol estaba en su cénit. Al calor achicharrante de primera hora de la tarde, empecé a flaquear. Los edificios revestidos de mármol del pórtico exudaban calor y empecé a notar palpitaciones.

Gornia se fijó en lo acalorada que estaba. Su cuerpo de noventa años también estaba agotado. Intercambiamos impresiones, realizando un inventario a ojo: quedaban suficientes artículos para continuar la subasta al día siguiente, cuando personal y compradores estuvieran más frescos, en lugar de seguir ahora de mala manera, cuando a nadie le importaba ya. De modo que dimos la subasta por concluida hasta el día siguiente.

Hice que Gornia volviera a la Saepa a lomos de *Moteado*. Nuestra gente se quedó en el pórtico para vigilar los lotes durante la noche. Yo inicié la marcha hacia el Aventino caminando pesadamente. Tras pasar por el refinado pórtico de Octavia, el cerrado teatro de Marcelo, los bulliciosos mercados de la carne y las verduras, llegué a la altura del Circo Máximo y me enfrenté con un dilema. La madurez se impuso. En lugar de acometer una ascensión suicida por la empinada colina, seguí por terreno llano a lo largo del espolón hasta la casa de mis padres. Descansaría allí.

Un esclavo me abrió la puerta y volvió a sus quehaceres; todos sabían que era la rara de la familia, a menudo huraña. Con la familia aún fuera, la casa vacía resultaba algo melancólica, pero supe aprovechar el sereno frescor que se respiraba allí. Al reflexionar sobre la subasta, me pregunté de nuevo por los interesados en el cofre, los que yo había visto y otros que quizás habían escapado a mi atención. Pensé en los dos zánganos que se habían apostado como estúpidos junto al objeto mientras yo lo subastaba: ¿acaso no eran tan estúpidos como parecían? Recordé otras caras. Incluso presté atención mentalmente al hombre de la túnica morada, el extraño bribón que había comprado la estatua de la espina en el pie.

Al no llegar a ninguna conclusión, empecé a rumiar sobre Manlio Fausto y por qué había comprado el banco. Tampoco conseguí resolver ese enigma... al menos no de un modo que me pareciera seguro aventurar.

* * *

Volví a casa en el agradable atardecer estival. En la plaza de la Fuente no vi ningún conocido. Limpié mi vivienda y realicé los quehaceres rutinarios. Reuní algunas sobras de comida para alimentar a un zorro que visitaba un cercado cercano, recogí la ropa para lavar, fui callejón abajo para dejarla, seguí hasta las termas de Prisca y pedí al entrenador de Prisca que me prescribiera algunos ejercicios, tomé un baño de vapor, compré provisiones. Luego me acordé de todos los muertos de Rodan cuando pasé por su lado al regresar a casa, solo para que supiera que la vida allí volvía a la normalidad.

—Han traído algo para ti —gruñó él. Mi banco nuevo. Por su expresión parecía

que no hubiera venido nadie, un transportista o una persona competente, para supervisar la entrega. Por supuesto que había venido: seguía allí, sentado en el banco, trabajando en un papiro. Estaba segura de que Rodan no había movido un dedo para introducir el banco de piedra en el patio. Se quejaba porque detestaba los cambios—. ¡Nunca antes habíamos tenido un asiento! La gente vendrá a sentarse en él.

—¡Por Juno, eso sería terrible! Es solo para mí. No quiero que nadie deje caer su sucio trasero en él.

—¡Pues díselo a él!

—A él se lo permitiremos. Es su banco.

El esclavo, Dromo, se había acomodado en el banco al lado de Fausto, pero este lo echó cuando entré en el patio. Habían colocado el banco donde se encontraban los soportes para el cardado cuando esto era la lavandería de Lenia, famosa por su afición a la bebida y por perder las mejores pertenencias de sus clientes; ambas cosas estaban directamente relacionadas. Ahora no había nada en el patio salvo mis delfines con su pícaro expresión, el hombre generoso que los había comprado y su horrible esclavo.

—¿Y adónde se supone que he de ir?

—Deja de quejarte, Dromo. Siéntate allí, en el porche.

—¡Oh, no! ¡No me hagas eso, amo! ¡Con el apestoso Rodan, no! —Dromo sabía que debía obedecer, pero se dirigió hacia allí lo más despacio posible, arrastrando sus desgastadas sandalias y volviendo la vista hacia atrás con hostilidad. Gritó—: ¡Al menos desde aquí no tendré que veros haciéndoos arrumacos!

—Piérdete o te daré una tunda. —Dromo sabía que eso era poco probable. Y su amo cometió el error de añadir—: ¡Albia y yo no nos hacemos arrumacos!

—Los haríais si no estuviera yo todo el tiempo vigilando para pillaros.

Manlio Fausto renunció a seguir discutiendo con su esclavo y se dirigió a mí con los dientes apretados:

—Lo siento.

—No te preocupes.

—Podría venderlo.

—Nunca lo harás.

—Tal vez no. Es mío. Es grosero e insolente, pero pertenece a mi familia.

—Cuenta como pariente. Es normal que resulte irritante... Cálmate, Tiberio.

Fausto hizo un gesto de aquiescencia. Sus principios eran elevados, pero era permisivo con quienes tenían motivos para mostrarse huraños. Creía que ser esclavo era un injusto accidente del destino. También era tolerante conmigo. Podía salirme siempre con la mía. Yo lo sabía.

—Apuesto a que ahora están diciendo: «¿Qué vamos a hacer con Dromo?» —dijo el chico en tono de mofa para que nosotros lo oyéramos. Fausto no le hizo caso. Sin embargo, le oí soltar un gruñido contenido.

El edil enrolló el papiro con nombres de senadores en el que estaba trabajando, demasiado cansado para seguir tomando notas. Hablamos de la subasta y de mis

inútiles esfuerzos por descubrir alguna pista.

—Por cierto, Tiberio, te he visto hablando con los hermanos Calixto y su primo.

—Por educación. Solo nos hemos saludado.

Explicué que, inexplicablemente, Calixto Primus había ordenado que volvieran a comprar el cofre reforzado.

—La familia lo quiere hacer pasar por una muestra de respeto, para evitar un interés impío por la víctima. Yo no me creo su explicación.

Fausto me miró con simpatía, pero no aportó ninguna idea.

—Creo que saben quién era el muerto, pero jamás conseguiré que me lo digan. — Cambié de tema—. El cofre es problema mío... Hoy Laia Graciana le ha lanzado una pulla a tu amigo y en realidad tenía sentido. Sexto está casado. ¿Por qué no vemos nunca a su mujer?

Fausto se encogió de hombros.

—Supongo que por el motivo que ha dicho él. No le gustan las multitudes. No puedes obligar a una persona tímida a disfrutar de una campaña para un cargo público.

—¿Conoces a «la querida Julia»? —pregunté, citando a Laia Graciana, aunque con un tono menos sarcástico. Cualquiera persona con quien Laia se mostrara malévola era amiga mía.

—La he visto. Una joven callada. Nunca tiene mucho que decir, pero siempre ha sido muy leal a Sexto, es conocida por ello.

—En ese caso —dije pensativamente—, sería de esperar que fuera más valiente y se dejara ver de vez en cuando para apoyarle. —Fausto no hizo ningún comentario—. ¿No forma parte de tus deberes como director de su campaña intentar persuadir a Julia de que se muestre en público entre sus partidarios?

—Puedo comentarlo. No la conozco muy bien.

—¿Fuiste a su boda? ¿Cuánto tiempo hace que se casaron?

—Sí. Unos ocho años.

—¿Tienen hijos?

—Un chico y una chica, creo.

—¿No lo sabes? Como viejo amigo de su padre, ¿no eres el jovial tío Tiberio, siempre malcriando a esas ricuras?

—¡Qué va! —Fausto se movió de repente, cambiando de posición en el banco como si mis preguntas le hubieran hecho sentir incómodo.

—Lo siento.

—Es tu trabajo. No puedes evitarlo... Pero, Albia, cuando empiezas a pincharme, temo que tengas algún problema en mente.

—Pues no.

—Bueno, bien... Eran dos críos pequeños, revoltosos, la última vez que los vi..., que no fue hace mucho —cedió Fausto, a la defensiva—. Sí que los visito. Sencillamente a Sexto y Julia les gusta preservar su intimidad. —Hizo una pausa y

sugirió—: Bueno, ya sabes, a veces una pareja casada no invita mucho a un amigo soltero.

—Entiendo.

—Inevitablemente tenemos menos cosas en común.

—Ya.

—Su vida social tiende a concentrarse en torno a familias jóvenes como ellos.

—Muy cierto. Y un soltero no querrá participar en esas veladas en que solo se habla de cómo llevar una casa y educar a los hijos —dije en voz baja, conmovida por la soledad que apuntaban sus palabras.

—Puedo soportar las charlas familiares.

—Sí, si no hay más remedio, pero yo he dicho que no lo pretendes.

—Tampoco lo evito —insistió él. Y al cabo de unos instantes añadió—: Debe de haber un tercer vástago. En una ocasión oí a Julia hablando de una hija mayor. Nunca he preguntado por ella, por si se trata de alguna tragedia. En cualquier caso, ahora mismo veo bastante a Sexto. Al fin y al cabo, acudió a mí para que le ayudara con su campaña. Trabajamos juntos diariamente.

Volvió a desenrollar el papiro a modo de signo de puntuación: un punto y final a mi agobiante interrogatorio.

Cambio de párrafo. Capto las indirectas.

Charlamos un rato, mientras él recorría con un dedo la larga lista de nombres. Así era como practicábamos el arte de la conversación: equilibrada, con un serio propósito, fructífera en ideas. Contribuíamos por igual, ambos resueltos.

Saqué la tablilla encerada que llevaba siempre conmigo, tomando notas para él. Dado que me había quedado sin pistas sobre el muerto del cofre, me ofrecí para acompañar a Fausto al día siguiente, primero para ver a los Camilo y luego para consultar al secretario de Peticiones, ya retirado, Claudio Laeta, con el que mi padre solía trabajar.

—O contra el que solía trabajar, debería decir; ese hombre era un audaz manipulador. Tan sutil siempre que nunca lográbamos adivinar su verdadero objetivo.

—¡Entonces serán todo respuestas directas!

Su broma se vio interrumpida por su esclavo Dromo.

—¡Amo! —chilló—. ¡Se supone que tengo que gritarte para avisar de la hora que has de ir a cenar!

—No, Dromo, se supone que has de acercarte discretamente y susurrarme al oído... Lo siento, Albia. —Fausto sonrió a modo de afligida disculpa, aunque en realidad yo no tenía ningún derecho a reclamar su tiempo—. Tiene razón. Debo irme. Hay que socializar. Una cena, seguramente horrible, con uno de los posibles senadores...

—Ya te he entretenido demasiado —dije. Por mi tono, pareció como si me alegrara de librarme de él. Seguramente mis verdaderos sentimientos eran patentes—. ¿También irá Sexto?

—Sí, iré a dejarse ver. Esa es la idea.

—¿Le acompañará su esposa?

—No estoy seguro.

—¿Y Salvio Grato, vuestro colega de coalición?

Alrededor de los grises ojos del edil se formaron arrugas al sonreír.

—Sí, y antes de que lo preguntes, Laia Graciana también se nos unirá, para demostrar que apoya a su hermano. —Adopté una expresión indiferente. Fausto me miró—. ¿Te gustaría venir como invitada mía, Albia?

Glup.

Contesté que llevar a su informante quizá no fuera bueno para Sexto Vibio. La nuestra es una profesión menospreciada. Me oí añadir que daría la impresión de que Fausto se presentaba con su amante, lo cual solo era útil si su amante tenía mucha influencia política y era sabido que se había acostado con hombres poderosos.

Fausto opinó que dependería del senador. Algunos, afirmó, me encontrarían muy interesante. Solté una carcajada irónica. Luego, sensatamente, aceptó mi negativa.

* * *

Lo acompañé hasta la portería y me tocó la mano brevemente. Luego lo vi alejarse por la plaza de la Fuente con Dromo caminando torpemente detrás de él, como un conejo lisiado. Esa manera de poner los pies que tenía Dromo me recordó al esclavo que levantaba piras para Fundano, caminando penosamente con las botas sisadas a un muerto.

Volví a cruzar el patio vacío y me senté en mi banco. El agradable sol del atardecer calentaba el sitio donde el edil lo había colocado, proporcionándome una agradable sensación de bienestar.

Mi nuevo asiento suscitó un vivo interés entre los demás moradores del edificio. Eran menos de los que solía haber en otro tiempo: mi padre tenía la intención de vender el decrepito edificio del Águila para una remodelación. Era una de esas ventas eternas que se prolongan años, con un comprador indolente que te tiene en ascuas; todo el mundo sabía que estaba prevista, pero los inquilinos proferirían gritos de indignación cuando el comprador se decidiera de repente y mi padre tuviera que desalojarlos.

La mayoría de ellos carecían de balcón, pero se asomaron a las ventanas y gritaron:

—¡Ooh, qué refinada, Flavia Albia! —Por tradición, todos los que vivían allí eran gente horrible.

Presentí que el banco era una adquisición decisiva. Uno de esos objetos que se convierten en fundamentales en la vida diaria, la estrafalaria posesión que salvarías sin dudar si se declarara un incendio... Absurdo: estaba en un patio y era de piedra. Solo tenía que mantener alejados a los ladrones, sobre todo a los más fuertes.

* * *

Yo era una investigadora. Vivía sola en medio de la mugre. Llevaba años viviendo así, sin esperar que cambiara jamás. Sin embargo, Manlio Fausto había plantado en mi cabeza la idea de que tal vez podría luchar por una vida mejor.

No obstante, se trataba de un político en plena campaña. Es lo que dicen siempre. Todo mentiras. Nunca ocurre de verdad.

XVI

Nos encontramos al día siguiente en casa de mi tío. Puesto que Fausto ya conocía a los Camilo, dejé que fuera solo hasta allí. Podría haberle sugerido desayunar primero en El Astrólogo, pero, después de haber cenado el día anterior en compañía de su ex mujer, sentía cierta frialdad hacia él.

Tuvimos que esperar. Mi tío, el muy noble Quinto Camilo Justino, estaba ocupado regañando a uno de los seis hijos que había engendrado. El niño debía de haberse portado tan mal que por una vez incluso Quinto y su esposa Claudia habían considerado necesario que él adoptara el papel de severo paterfamilias. Seguramente Quinto había tenido que mirar cómo se hacía. Como madre eficiente que era, sin duda su mujer poseía un manual sobre educación infantil.

Claudia se encontraba en alguna otra parte de la casa, intentando impedir que sus otros cinco diablillos se rieran. Cerca de nosotros oímos a un niño pequeño profiriendo gritos desafiantes, luego sollozos desconsolados y apagadas expresiones de arrepentimiento. Se hizo el silencio.

Fausto hizo una mueca como si no supiera muy bien si solidarizarse con el niño o con mi tío. Para llenar el vacío, le pregunté por la cena, a lo que él replicó que el cerdo del senador había prometido sus favores, pero que era obvio que lo decía para zafarse de ellos y que, sí, Laia Graciana estaba presente, pero no, él no había hablado con ella.

—Gracias a la amabilidad de la anfitriona. No me sentó a su lado. —La anfitriona conocía su historia, entonces.

—No te lo he preguntado.

—Pero te morías de ganas de saberlo. —Su tono era algo áspero, así que me pregunté si tendría resaca.

Quinto se reunió con nosotros con el semblante alterado. Al mismo tiempo llegó mi otro tío, el igualmente noble Aulo Camilo Eliano, que vivía en la casa de al lado, haciendo comentarios sobre los niños que se portaban mal, para pinchar a Quinto. Se suponía que estos hermanos enzarzados en una riña eran romanos influyentes recibiendo a los clientes que acudían al saludo de la mañana. Para recibirnos a nosotros no se habían puesto la toga, sino túnicas blancas informales. Ninguno de los dos parecía haberse peinado esa mañana, aunque en los demás aspectos estaban presentables.

Para mí, que los conocía desde que era una adolescente, seguían siendo los parientes de aspecto juvenil a los que había conocido cuando estaba a punto de cumplir los catorce años y ellos tenían veintitantos. A la sazón ambos estaban alicaídos e inquietos, debido a reveses en sus carreras respectivas incluso siendo Vespasiano emperador; a mí me habían parecido refinados, aunque ahora comprendía que ambos habían sido motivo de gran preocupación para sus padres antes de sentar la cabeza.

Conseguimos que los dos entraran en el Senado al mismo tiempo, hacía unos diez años. Estaban ahora cerca de los cuarenta, y eran típicos senadores de segunda generación que intentaban obrar bien, pero se sentían cada vez más constreñidos por el régimen actual. Domiciano desconfiaba del Senado y trabajaba en su contra siempre que podía: había matado o desterrado a muchos de sus miembros, algunos de ellos relevantes. Mis tíos habían querido formar parte de este organismo por ambición, por sentido del deber y, en ambos casos, por verdadero amor a la ley y al proceso de legislar. La Curia les parecía un lugar frustrante y poco seguro. No podían abandonar. Nadie dimitía. Domiciano se deshacía de la gente, pero su método era mortal.

Siguiendo la práctica tradicional para el saludo de la mañana, teníamos que halagar a nuestros anfitriones para que estos se mostraran benévolos, posiblemente mediante pequeños regalos. Pero Fausto y yo no éramos clientes corrientes y no esperaban eso de nosotros.

Quinto parecía tenso después de castigar al pequeño Constans; Aulo tenía el mismo aire taciturno de siempre. Dejé que Fausto hiciera campaña a favor de Vibio. Había preferido hablar en su nombre, en lugar de llevarlo consigo. Supo presentar bien sus argumentos. Se mostró elocuente y directo. Admitió que no podía ofrecer favores, pero sí prometer que Vibio Marino realizaría un buen trabajo y mantendría el orden en los distritos que se le asignaran. Se insinuaba implícitamente que Fausto lo supervisaría.

Los hermanos Camilo le aseguraron cortésmente que tendrían en consideración a su candidato. Todo el mundo sabía lo que eso significaba. Fausto no pudo disimular un suspiro de desaliento.

—¿Siempre es tan difícil conseguir respuestas? —pregunté compasivamente—. Debe de ser muy difícil despertar el interés de los senadores por simples magistrados de barrio. Es decir, no sacan mucho sus nobles narices de casa, por si acaso la plebe los insulta, así que, ¿por qué habría de preocuparles que las calles estén embarradas y que los jarrones metálicos colocados sobre columnas te caigan en la cabeza? Además, el cargo de edil es opcional en la carrera de honores del Senado, claro está.

—No son «de los nuestros», Albia —convino Aulo con su tono hosco habitual, aunque su intención era satírica. Eran los hermanos pequeños de mi madre; los habían educado en la misma actitud irónica.

Para resaltar los supuestos méritos de Vibio, relaté las escandalosas historias que había averiguado sobre sus rivales. Me pareció que los Camilo podrían apoyar a nuestro candidato al menos por defecto.

—Recuerda, a mi madre no le va a gustar que votéis por un hombre que proporciona enanos libidinosos a Domiciano. —La mención de Helena Justina provocó que ambos torcieran el gesto de un modo que me pareció estúpido. Típico de los hermanos.

—El resultado depende del orden de votación —dijo Aulo. De los dos, era el

estratega legal y el más puritano.

—Estoy de acuerdo. —Fausto se inclinó hacia delante, dispuesto a hablar largo y tendido sobre aspectos técnicos. Aulo le interrumpió.

—Se rumorea que primero tenemos que elegir a un títere llamado Volusio, «el candidato del César». —Entonces los hermanos sí se interesaron.

—Volusio Firmo lo ha dejado. Al parecer nadie sabe por qué. Yo no lo conozco personalmente, así que no puedo preguntarle.

Mis tíos se sentaron.

—¿Ha perdido el favor de Domiciano? —sugirió Quinto. Mis tíos se miraron el uno al otro. Si los conocía bien, harían preguntas a sus colegas, tratando de resolver el misterio. Así me ahorraría hacerlo yo.

Aulo caviló un poco más sobre la lista hasta que Fausto dijo que creía que, una vez fuera Firmo, el orden de los candidatos para que los votaran los senadores sería: Trebonio Fulvo, Aruleno Crescens (los dos matones), Dilio Suro (el borracho), Salvio Grato (el hermano de Laia Graciana), Vibio Marino y, finalmente, Ennio Verecundo (el niño de mamá). Al parecer, su tío había estado haciendo averiguaciones: la lista procedía de Tulio. Había cuatro puestos. Se votaba a cada uno de los candidatos por orden de lista. Cuando cuatro de los candidatos obtenían una mayoría, el resto quedaba fuera. Ninguno de nosotros comentó nada, pero eso significaba que, por muchos méritos que tuviera, hallándose en quinta posición Vibio podía perder.

Podía volver a presentarse, pero era caro y perdería la oportunidad de ocupar el cargo «en su año» (tenía treinta y seis años, justamente la edad mínima para ser edil); además, Fausto tendría que repetir todo el trabajo de campaña. Personalmente me parecía una mala idea. Necesitaba hacerlo ahora y olvidarse de ello.

—¿Y siempre votáis como os dice Domiciano? —pregunté a mis tíos.

—Aún no estoy preparado para morir —dijo Aulo, mostrándose taciturno.

—¿Quién os indicó que favorecierais a Volusio Firmo?

—Indirectas y susurros.

—El emperador no nos reúne en una taberna, nos ofrece una ronda de bebidas, nos dice a quién ha elegido ¡y nosotros lo aceptamos! Pero es verdad que el Senado hace lo que él quiere, incluso cuando no está en Roma. —No era de extrañar que los despreciara, pensé.

—Lejos, pero siempre cerca —dijo Aulo—. Volverá para la votación. No soportará un invierno en la Panonia.

Quinto me tranquilizó.

—Si nos dijeran que una tribu de dacios salvajes ha cruzado el Danubio para asesinar a nuestro líder, tal vez cambiáramos de opinión. Aunque le gusta tanto burlarse de nosotros que podría ser perfectamente que él mismo lanzara ese rumor para ver nuestra reacción. Para mayor seguridad, yo esperaría a ver llegar las andas. Puede que incluso necesitara echarle un vistazo al cadáver antes de sentirme libre para emitir un voto independiente.

Tendíamos a olvidar que Domiciano se hallaba ausente de Roma. Eso era porque su influencia seguía haciéndose notar. El pasado enero, más o menos cuando Manlio Fausto asumió su cargo de magistrado, el gobernador de Germania desafió al emperador. La revuelta no se había planeado bien y fue brutalmente reprimida. Todo acabó antes de que Domiciano en persona llegara allí. Mi familia había prestado especial atención a todo aquello porque la brutal represión la había dirigido Ulpio Trajano, el general hispano de pelo corto al que Falco intentaba vender el edificio de la plaza de la Fuente; por los dioses, no queríamos que el tal Trajano se distrajera antes de firmar el contrato de compraventa.

Domiciano solo había logrado llegar hasta la Panonia, donde tribus descontentas de allende la frontera se habían aprovechado de la rebelión del Rin. El emperador se hallaba ahora luchando contra esas tribus en el extremo occidental de la frontera del Danubio, al tiempo que alcanzaba un acuerdo extremadamente impopular con el rey de Dacia, un enemigo formidable situado más al este y que llevaba años hostigando a Roma. Tal como apuntaba Quinto, legiones enteras habían sido masacradas, habían derrotado a la Guardia Pretoriana, y altos funcionarios romanos habían sido asesinados por dacios que habían cruzado el río. Les gustaba decapitar a funcionarios relevantes, aunque habían fracasado con nuestro líder. Se rumoreaba que estaba fuera de su alcance, a salvo en una fortaleza, follándose a muchachos pecaminosos y comiendo ostras especialmente importadas para él.

Como se puede deducir de esto, a Domiciano le gustaba verse a sí mismo como un gran jefe militar a imagen de su padre y de su hermano Tito, aunque él tenía un planteamiento bastante distinto. Aquellos enemigos bárbaros eran tenaces. Podían mantenerlo ocupado lejos de Roma durante mucho tiempo. A pesar de esta distracción, su sombra macabra se extendía sobre nosotros. El tirano lo controlaba todo, incluyendo la elección de funcionarios menores.

* * *

Mis tíos cambiaron de tema. Animaron a Fausto a hablar sobre los progresos que había hecho hasta entonces. Él habló con elocuencia; y mencionó que había pedido el apoyo de varios senadores del extranjero porque, como dueño de almacenes, su tío Tulio tenía contactos entre los mercaderes de las provincias. A los senadores no se les permitía comerciar directamente; eso no les detenía, tan solo explicaba la abundancia de negociadores y agentes en la sociedad romana. El padre de Vibio Marino poseía tierras en la Galia, donde en otro tiempo había servido en el ejército, así que habían comenzado con los senadores galos.

Quinto y Aulo ofrecieron la posibilidad de interesar a un reducido número de senadores hispanos (aunque desde luego entre ellos no estaría Trajano, el comprador de nuestro edificio, que estaba lejos, gobernando Hispania cuando no aplastaba rebeldes). De joven, Aulo había sido ayudante de un gobernador anterior, y Quinto estaba casado con una mujer oriunda de la Bética. Claudia había venido a Roma para

casarse con Aulo, pero a nadie le extrañó que lo cambiara por su hermano, más apuesto y jovial. La primera mujer de Aulo era ateniense y aún seguía tratándose con ella, así que, inesperadamente, ofreció a Fausto presentarlo a los miembros griegos del Senado.

Yo empezaba a comprender cómo se planificaba una buena campaña. Ese planteamiento era tanto mejor, dijo Fausto, cuanto que la mayoría de candidatos raras veces se molestaban ya en buscar el favor de gente fuera de Roma, mucho menos de las provincias. Como consecuencia, los senadores extranjeros se mostraban agradecidos con quienes lo hacían.

Los romanos son muy pretenciosos. ¿Era eso lo que quería decir Quinto Cicerón cuando indicaba a su hermano que hablara incluso con aquellos a los que despreciaban? Por deferencia a mis tíos y sus esposas extranjeras, guardé silencio. Quinto parecía amar a Claudia. Desde el divorcio, Aulo se llevaba mejor con Meline que cuando estaban casados. (Bueno, desde que se había divorciado de las dos esposas posteriores, cuando Meline, por alguna extraña razón, había vuelto y le había ayudado a superarlo).

Seguramente también a mí me consideraban extranjera, aunque no podía ofrecerme a engatusar a ningún senador de Britania. Por Hades, me da miedo incluso pensar en cómo serán.

XVII

Los hermanos Camilo vivían un poco más allá de la puerta Capena, a una cómoda distancia de nuestra siguiente visita. Como muchos libertos imperiales, el antiguo contacto de mi padre, Claudio Laeta, había adquirido una elegante villa extramuros, no demasiado lejos de la ciudad. Era como si, incluso después de que se les permitiera retirarse, sintieran la necesidad de permanecer cerca de la corte. A menudo resultaba muy útil cuando se cometía un asesinato imperial, porque los leales libertos, hombres o mujeres, ofrecían sus hermosos jardines para unos funerales que, de otra manera, habría sido difícil celebrar. Faón había permitido a Nerón suicidarse en el jardín de su villa. De esa manera, emperadores desposeídos o parientes suyos caídos en desgracia no quedaban insepultos. Los libertos se ocupaban de todo cuando era imposible celebrar un funeral de Estado, evitando así que se cometiera una irreverencia con personas otrora tan importantes.

Casualmente a la villa de Laeta se llegaba siguiendo la Via Apia, que sale de la antigua muralla serviana a través de la puerta Capena. Tras despedirnos de mis tíos, Fausto y yo nos encaminamos directamente hacia allí. Yo llevaba conmigo a *Moteado*, el burro, pero caminaba al lado de Fausto. Fuimos paseando sin conversar bajo la cálida luz del sol, dejando atrás los jardines de Asinio Polio, hasta que llegamos a la hermosa finca del anciano.

Que yo supiera, aquella propiedad no había albergado aún una incineración, aunque tal vez algún día alguien tendría que rescatar el cuerpo ensangrentado de Domiciano... En otro tiempo, Claudio Laeta había sido el tipo de burócrata al que habrían recurrido para deshacerse de un gobernante despótico (mi padre siempre pensó que en su juventud Laeta había maniobrado en la sombra cuando expulsaron a Nerón). Todo eso había quedado muy atrás. Estando retirado, no debería temer nada de Domiciano; pero la verdad es que el emperador guardaba rencor a antiguos libertos, y tristemente los ejecutaba incluso décadas después de sus supuestos agravios. Un déspota bien podría inquietarse por cualquiera que en el pasado se hubiera involucrado en expulsar a déspotas.

Llegamos. Logramos con astucia que los guardias nos franquearan el paso y nos condujeron hasta donde estaba Laeta, en su diván. Puede que tuviéramos el aspecto de un par de conspiradores potenciales, algo a lo que nuestro anfitrión estaría habituado. Llevaba la intriga en la sangre.

Tiberio Claudio Laeta había disfrutado de una larga carrera como secretario principal, un puesto desde el cual él creía gobernar el imperio utilizando a Vespasiano como portavoz, mientras que el tolerante Vespasiano lo tenía en tan alta estima que le permitía creérselo. La edad de Laeta estaba entre los sesenta y los setenta años; superaba la media. En palacio había llevado una vida regalada. Conservaba todo el cabello (canas de aspecto áspero, estilo corto y liso); su rostro tenía un tono rojizo poco saludable; sus ojos eran apagados y llorosos. Vestía una túnica blanca que no se

ceñía bien a su flácido cuerpo. En una mano moteada por la edad lucía el ancho anillo de oro de la clase media, pero le daba vueltas nerviosamente como si a sus frágiles dedos les costara soportar su peso.

Mi padre me había dicho que los objetivos de Laeta eran siempre a largo plazo y sus motivos, taimados. Era inteligente y podía ser despiadado, un hombre que regularmente se deshacía de sus rivales, por lo general antes de que lo vieran llegar. Por ejemplo, con la ayuda de mi padre había liquidado una antigua enemistad con un peligroso jefe de espías, al que ningún otro podría haber expulsado. No me preguntes cómo, ni cómo lo sabía yo. Aún era peligroso hablar de ello.

Muchas de las maquinaciones de Laeta habían sido igual. Su relación con Falco había durado muchos años, con una mezcla de admiración renuente y desconfianza total por ambas partes. Si había un hombre en la tierra que había logrado averiguar la verdad sobre los problemas de mi padre con Domiciano, ese era él; pero, de ser esto cierto, no era Falco quien se lo había contado.

* * *

Ya nos conocíamos, aunque, viendo su fragilidad, volví a presentarme.

—Soy Flavia Albia, hija mayor de Didio Falco y la noble Helena Justina. Sé que mi padre y tú trabajasteis juntos.

Pareció que no iba a responder. ¿Recordaba siquiera a Falco? Al parecer necesitaba bucear en la memoria, pero de repente dijo con voz aguda:

—Tuvimos mucho en común. Y muchas desavenencias... Lo envié a la Bética.

—Habla de ello a menudo. —Oír «aceite de oliva» todavía provocaba los quejidos de Falco—. Y a Britania.

—¡Ja! ¡Nunca creí que las aventuras de Falco en Britania fueran ciertas!

Yo sí. Así era como había sido adoptada y convertida en ciudadana romana. Guardé silencio, por si a aquel hombre retorcido se le ocurría preguntar por mis documentos de ciudadanía. Él gustaba de conocer secretos de todo el mundo que pudiera usar contra ellos. Mi situación era legal, mi adopción había sido debidamente certificada, pero cuando uno ha vivido fuera de la sociedad aceptada, nunca llega a relajarse.

—¿Y quién es este? —Laeta miraba con expresión alerta e inquisitiva.

—Es mi buen amigo Tiberio Manlio Fausto, uno de los ediles plebeyos de este año. Quiere hablar contigo sobre las próximas elecciones.

—¡Uff! Ya nadie habla conmigo. No tengo la menor influencia.

—No obstante, Flavia Albia ha pensado que podrías aconsejarnos. Mejores consejos que los que podemos obtener de tu sucesor. —Al parecer, Fausto sabía cómo congraciarse con jubilados tercios—. Actúo en nombre de uno de los candidatos.

—Quieres que socave el poder de los senadores.

—No me atrevería...

—¡Entonces me alegro de que no actúes en mi nombre! —Aquello estaba

resultando más difícil de lo que esperaba—. Consigue que esos bastardos se pongan de tu parte. No creerás que votarán a tu candidato por su cara bonita. ¡Sobórnalos!

Fausto se envaró.

—Estoy al tanto del trabajo que realizaste en el pasado, señor, y de vuestro legado a los servidores públicos actuales.

—¡Maldito Abascanto! Idiota perfumado.

—Domiciano lo ha despachado, señor.

—¿Encadenado?

—Creo que no.

—¿Se le sugirió que se suicidara?

—Más bien una estancia temporal en la costa.

—¡Domiciano se ha vuelto blando! Abascanto volverá sigilosamente. Un pelagatos de pelo largo, sin respeto por la tradición. Dicen que su mujer lo tiene dominado. Ese hombre es increíble... —El viejo maestro del estilo y la tablilla añadió mordazmente—: Ya conoces el tipo: ¡los poetas lo encuentran maravilloso!

Sin duda Fausto sabía que todos consideraban a Abascanto, el liberto más poderoso de palacio hasta hacía poco, un joven con mucho talento. Mientras Laeta seguía burlándose de los poetas por lo bajo, mi amigo insistió valientemente:

—Señor, aunque su exilio resulte solo temporal, Abascanto no puede ayudarnos si lo han suspendido de su cargo. No encuentro a nadie de su calibre, y mucho menos de tu calibre. Se te echa mucho de menos.

Laeta bebió un brebaje para enfermos de un vaso de terracota. Lo tragó con estudiado cuidado, muy despacio, luego hizo una mueca.

—¿Qué quieres de mí? —Antes de que Fausto pudiera contestar, el anciano se respondió a sí mismo—: ¿A quién apoya Domiciano? ¿Por qué a ese? ¿Qué tienen de malo los demás? ¿Desechará a tu candidato? ¿Por quién se decantará el Senado? ¿Se atreve alguien a contrariar a Nuestro Amo que se cree un dios?

Fausto esbozó una leve sonrisa.

—En principio teníamos entendido que Nuestro Amo apoyaba a Volusio, pero inexplicablemente Volusio se ha retirado.

—¿Volusio Firmo? —Laeta se animó—. ¿La familia se dedica a fabricar remos o a otra actividad relacionada con el agua? ¿Casado con la hija de Verecunda? ¿O sea que tiene una suegra salida del Averno? Esa mujer es odiosa, y todas sus hijas son Furias; las educó deliberadamente para que crecieran llenas de odio.

—¡Sigues bien informado! —comenté.

—Me mantengo al día. Alguien tiene que hacerlo. Abascanto nunca tiene la menor idea de lo que pasa. Hace lo que le dice su mujer; ¡no es como yo! No tiene contactos. Carece de iniciativa.

—Y de sutileza —dije, sonriente. Laeta me lanzó una mirada penetrante como si sospechara que era sarcasmo. Manlio Fausto hizo lo mismo. Nuestras miradas se cruzaron. Fausto lo comprendió: para mí la sutileza equivale a fraude.

—Vaya, tendré que investigar a Volusio Firmo —decidió Laeta, inquieto, molesto, alterado por no conocer el chisme de antemano—. Esto no puede ser. ¿El favorito del emperador renuncia? Alguien debería haberlo previsto. Jamás debería haber entrado en la lista de candidatos. Está bajando el nivel...

—¿Y cómo llegó a ser el candidato del César? —pregunté—. ¿De qué lo conocía, Domiciano?

—Domiciano no lo conoce, puedes estar segura. —Laeta se mostró tajante—. Abascanto debió de favorecer a Firmo por alguna razón. —Supuse que por dinero que había cambiado de manos—. Ahora que se ha apartado a Abascanto, Firmo ha tenido la sensatez de retirarse. Por si acaso Abascanto ya no vuelve —añadió Laeta, claramente esperando que así fuera.

—¿Entonces apruebas que el Senado se deje guiar por el emperador? —preguntó Fausto, cambiando de tema.

—Siempre que antes se guíe al emperador con sabios consejos.

Me eché a reír.

—Claudio Laeta quiere decir que los libertos del emperador deberían guiar su elección. El gobierno de los secretarios. La democracia a través de la burocracia.

—Planear a largo plazo —sentenció Laeta—. Una nota informativa adecuadamente firme. —Debía de haber escrito centenares de esas notas—. ¡Lo necesitan! —se mofó.

—¿Y cómo ves el estado de ánimo actual en el Senado, señor? —preguntó Fausto.

—Terror abyecto. —Laeta decía esto a pesar de que hacía años que no visitaba el Senado—. Su nerviosismo se ha acrecentado desde el desastre de Saturnino. —Se refería a la revuelta militar de enero en Germania.

Fausto disfrutaba ahora de la conversación, cómodamente sentado en su banqueta.

—Pensaba que en general se creía que Saturnino falló porque no se había asegurado el apoyo del Senado. Que había sublevado a las legiones en Germania, pero no había reunido primero apoyos aquí, en Roma. Entonces, ¿todo el mundo supone que el emperador considera que, por una vez, el Senado es inocente?

—Solo porque el emperador no los haya pasado por la espada al amanecer, no creas que Domiciano los ha exonerado. Mis fuentes dicen que sus sospechas no han hecho más que aumentar. Cree que a los miembros del Senado sí los coaccionaron, pero que luego todo se tapó astutamente.

—¿Y Domiciano cree que Abascanto fue el responsable? —pregunté: eso explicaría el súbito exilio del liberto.

Claudio Laeta me miró con los labios apretados. Por mucho que despreciara a Abascanto, existía un vínculo entre ellos como burócratas. No le delataría.

Fausto le proporcionó entonces los nombres de los demás candidatos, a fin de obtener su opinión.

—¿Quién ha ideado esa horrible lista? —gruñó Laeta—. ¡Alguien merece una reprimenda! Es una pandilla del monte Celio, todos conchabados... cuando no andan a la greña. Debería haber hombres de otros distritos y orígenes. Más variedad. Más donde elegir. Esta lista no se ha elaborado correctamente. Una lista debería ser elegante, agradablemente simple para que los votantes puedan orientarse con confianza.

Me intrigó que Laeta considerara que una lista de candidatos debía ser supervisada por funcionarios. Creía que los candidatos decidían por sí mismos presentarse a las elecciones y luego cada uno trabajaba por su lado.

—No, Flavia Albia, hay normas, claro que las hay. Esa lista es un estúpido embrollo. Puede que vivamos en una ciudad donde la familia es importante, pero es mejor que tus magistrados no compartan todos la misma cama. Sobre todo si, cada vez que uno vuelve la cabeza en la almohada, el que está detrás le apuñala por la espalda.

—Supongo que te refieres a que mi candidato va emparejado con el hermano de mi ex mujer... —terció Fausto con inquietud.

El entusiasmo del liberto se apagó.

—¿He dicho yo eso? No. Gracias por contármelo. No lo sabía. Manlio Fausto..., ¿quién eres? No sé nada de ti. ¿De dónde sales? Hija de Falco, ¿ha investigado tu padre a fondo a este «buen amigo» tuyo? —me preguntó bruscamente. Recordaba mis palabras de presentación. También recordaba los métodos de mi padre.

—Ah, Falco siempre recela de los amigos de sus hijas. —Reí.

—¡Bueno, gracias a los dioses hay alguien que todavía tiene valores! La elección es más turbia. Tendré que pensar en las implicaciones. Todo esto es demasiado para mí hoy.

—¿Señor?

Lo habíamos perdido. En un momento Laeta se adormiló ante nuestros ojos; dando la impresión de ser un frágil anciano que ha perdido sus facultades mentales. Nos sentimos como intrusos que atosigaban a un hombre en sus años postreros.

Le quité el vaso de la mano. Salimos de puntillas de la estancia, dejando a Tiberio Claudio Laeta, en otro tiempo timón del gobierno en la sombra, hundido en su diván, dormitando, como una masa informe.

Yo no acababa de creérmelo. Por lo que sabía de su vida, lo de dormirse podía ser puro teatro. Me parecía que aún había vida, y malicia, en Claudio Laeta.

* * *

Pedí perdón a Fausto por aquel abrupto final de la entrevista. Él reflexionó sobre ello mientras caminábamos de vuelta a la ciudad entre las tumbas que flanquean la Via Apia. Me sorprendió diciendo que, en su opinión, volveríamos a tener noticias de Laeta. El viejo liberto no olvidaría nuestra visita. Después de irnos, Laeta recurriría a todos los contactos que sin duda conservaba. Luego, tarde o temprano, nos enviaría

información.

Recorrimos otro trecho. De repente Fausto preguntó, sin aminorar el paso:

—Bueno, ¿lo hizo?

—¿Quién hizo qué?

—¿Me investigó Didio Falco?

Procuré restarle importancia.

—Por supuesto. Inventó una excusa sobre la casa de subastas y volvió a Roma durante tres días expresamente para eso.

Fausto no dijo nada. Así era él.

—Le di estrictas instrucciones de que no lo hiciera —añadí.

Durante un rato, Fausto permaneció en silencio. No me atreví a mirarlo.

—Te quiere —dijo con voz tensa—. Quiere protegerte.

—Tonterías. Le dije que solo estás interesado en ser un amigo.

Entonces sí me volví para mirarlo, solo para descubrir que Manlio Fausto se estaba riendo.

—¡Oh, oh, no vas a dejar que me olvide de eso jamás! —Se refería, igual que yo antes, a la ocasión en que yo había querido acostarme con él, pero él me había rechazado—. ¡Debía de estar loco!

Fijé la vista al frente y seguí andando.

—Me gusta —murmuró él al cabo de otro rato.

—¿Qué?

—Tener una historia embarazosa sobre la que te burlarás de mí durante años.

—¿Años?

—Más vale que te acostumbres.

De nuevo, seguí andando sin replicar nada.

* * *

Poco después, inevitablemente, el edil quiso saber qué había descubierto mi padre sobre él. Le aseguré que Falco se había negado a contármelo.

XVIII

De vuelta en la puerta Capena, Fausto giró a la izquierda en dirección al arco de Dolabela y Silano ya que tenía intención de visitar a Sexto Vibio.

Laeta había dicho «la pandilla del monte Celio». ¿Qué quería decir? Pregunté a Fausto, pero no lo sabía o no quiso contármelo.

Continué recto en dirección al anfiteatro Flavio. Seguí por la Via Sacra hasta un punto en que mi padre tenía alquilado un espacio publicitario permanente. La subasta de Calixto prácticamente había ya terminado, de modo que restregué la pared para borrar los detalles, encontré la tiza que habíamos dejado detrás de un ladrillo suelto y escribí una descripción clara, todo lo que teníamos, sobre el cadáver del cofre. Solicitaba información sobre la identidad del hombre. Daba mis detalles de contacto y prometía gratitud, pero me abstuve de ofrecer una recompensa. No quería enfrentarme con todos los oportunistas que aparecerían en cuanto olfatearan dinero fácil.

La gente leería el anuncio. Al principio quizá cotillearan un poco y luego se olvidarían, ya no prestarían atención a mi solicitud. Aun así, valía la pena intentarlo.

De vez en cuando alguien responde. Yo misma lo hago. A Manlio Fausto lo había conocido al responder a un anuncio suyo pidiendo testigos de un accidente en la calle.

* * *

No tenía nada más que hacer, así que decidí seguir hasta el pórtico de Pompeyo para ver cómo había terminado la subasta.

La mayor parte de los lotes se había vendido. El trajín se había acabado. Los artículos del día anterior ya no estaban; los habían recogido los compradores en el momento de la compra, o se los había llevado Félix en nuestro carro de reparto antes del amanecer. Los comerciantes profesionales se habían marchado; solo quedaba un pequeño grupo de clientes ocasionales, ninguno de los cuales se interesaba demasiado por el último surtido de viejos trastos. Me adentré en el pórtico hasta donde un idiota se había encaramado a un tonel para contar chistes verdes; su público estaba formado por la mayoría de haraganes del pórtico. Por lo demás, si alguien se sintiera moralmente ofendido iría a quejarse a un edil, pero cuando este llegara con intención de multarle por obscenidad, el saltimbanqui se habría ido ya.

Pensé en Vibio, también en Grato, Aruleno, Trebonio, Dilio y Verecundo, preguntándome cómo resolvería cada uno de ellos una situación semejante. Mal, en mi opinión. A ver, era lo normal. Incluso al poderoso Vespasiano, futuro emperador, se le habían pedido explicaciones por faltar a su deber cuando era edil; en una ocasión le llenaron los pliegues de la toga con el barro de las calles que no había hecho limpiar adecuadamente.

* * *

Ya debía de ser la hora de comer. Hacía más calor aún que el día anterior.

Algunos de nuestros mozos estaban recogiendo; actuaban con discreción porque la subasta aún proseguía más o menos. Vi a Gornia con aspecto más agobiado que de costumbre. Le quedaban solo las últimas piezas, que se habían colocado alrededor de su tribuna.

Reconocí la apolillada osa embalsamada que llevábamos meses intentando vender, por la que nunca pujaba nadie, y sabíamos por qué: quienes se acercaban a examinarla reculaban por el olor a moho que desprendía. Hasta que encontráramos a alguien con sinusitis, *Ursa* seguiría en nuestro poder. Había unos cuantos fruteros de cerámica con el pie desnivelado, varias ánforas para pescado marinado incrustadas de percebes, una caseta para un perro pequeño al que no le importara que le lloviera encima, y un viejo amigo: el mediocre *Muchacho sacándose una espina del pie* había vuelto.

XIX

—¡No me lo puedo creer! —Gornia se enjugó la frente—. Bueno, era demasiado bueno para ser verdad.

—¿Qué ha ocurrido?

—Pues que no ha pagado.

—¿El tipo fornido de la túnica morada? No lo entiendo. Se pasó todo el día merodeando por aquí, esperando su oportunidad para pujar, esperando que nadie más lo hiciera.

—Pues ojalá lo hubieran hecho. Ojalá hubiéramos tenido un buen comprador con una puja baja al que le hubiera podido encasquetar esta maldita cosa... De hecho, estoy dispuesto a regalarla. —Gornia estaba cabreado—. Los compradores han de pasar por el encargado del registro. Todo el mundo conoce el procedimiento. Ese ni siquiera lo intentó. Pujó alegremente y luego se largó. No pagó señal ni dejó instrucciones de entrega, y no ha aparecido esta mañana. A veces ocurre —añadió el desdichado anciano—. Todos estábamos tan cansados que nadie lo vio marcharse. Tu padre lo comprenderá.

—Mi padre sin duda irá a pedirle cuentas, suponiendo que sepamos quién es.

—Falco no se tomará la molestia. No vale la pena. Cuando desaparecen así, no solemos ir a buscarlos. Nunca pagan. La mercancía sigue siendo nuestra. Venderemos la maldita estatua la próxima vez.

—Pero ¿lo sabemos? —insistí—. ¿Sabemos quién es?

—Ni idea —resopló Gornia—. No había visto a ese cerdo en mi vida.

Le dio un puntapié al *Muchacho* y volvió a subirse a su tribuna para intentar colocar a *Ursa*, la osa mohosa que ya llevaba siete intentos de venta.

Sin embargo, la mitad del personal nos había estado escuchando. Les encantaba ser testigos de estos contratiempos.

—Al de la túnica morada lo vi hablando con el tipo flaco —me dijo el encargado de las cuentas, interrumpiendo su almuerzo—. Sí, el que compró el cofre. Tito Níger.

Gornia dejó caer el mazo sin que se hubiera pujado por el oso. Se inclinó hacia mí desde la tribuna.

—Y ese es otro problema, Flavia Albia. Ayer tuvimos un mal día. El tipo flaco aún no ha enviado el pagaré bancario. Al parecer el viejo cofre de Calixto también se quedará con nosotros. Es la hora de comer. Ya no lo veremos aparecer con una bolsa de dinero.

Suspiré.

—Supongo que vas a decirme que esto es lo que ocurre cuando se celebran subastas en julio. —Lo dije en tono amable. No deseaba ofender a Gornia.

—A los malos pagadores les da igual cualquier mes —masculló él. Parecía un afable anciano, pero tenía su genio—. Me gustaría saber qué está pasado. ¿A qué juegan esos listillos?

Pero todo aquello era más complejo que un simple juego. Me pareció sospechoso que dos compradores fallidos hablaran entre sí. ¿Se trataba de un timo convenido entre ambos? Cualquier cosa relacionada con el cofre me parecía relevante, y el de la túnica morada me daba mala espina desde el principio, no solo por el color de su túnica. Si el negociador de Calixto y él se conocían, desde luego debía investigarlos.

—Siempre he creído que el *Muchacho* se quedaría con nosotros para siempre. Pero lo del cofre es indignante —se desfogó Gornia—. Tenía buenas pujas sobre él.

Ninguna de las dos ventas fallidas era culpa nuestra. Se procura dirigir la subasta lo mejor posible, pero ha de existir una relación de confianza entre el subastador y el pujador. Los pujadores que no pagan son una amenaza; cuando es viable, se les prohíbe que vuelvan. Tradicionalmente, en Roma se permite que los compradores se lleven de fiado las piezas a casa, pero algunos subastadores no lo permiten. Hay muchos desconocidos y compradores extraños.

Seguía sintiéndome obligada a actuar como agente de la familia. Anuncié que iría a ver a los Calixto y, aunque no pudiera descubrir lo que pasaba, al menos les diría cuatro cosas bien dichas.

—¡Ten cuidado!

Gornia me había oído despotricar y envió a uno de los mozos a acompañarme, Lappio, el más corpulento. Los Calixto estaban acostumbrados a llevar la voz cantante en sus negocios, no a que alguien les tosiera. Sobre todo alguien como yo.

Pero primero fui a ver a su escuálido negociador. Al contrario que el de la túnica morada, el muy imbécil nos había dejado una dirección.

XX

Níger vivía cerca del barrio de la Tusculana, en una corta calle secundaria al pie del monte Oppio. No era del todo idiota: se había ido, por si recibía alguna visita airada.

Por suerte para mí, la suya era una de esas extrañas esposas que gustan de pasarse todo el día en casa, fregando suelos. Procuré no pisar en la parte húmeda.

Ancha de caderas y de facciones, la explotada mujer me aseguró que no tenía la menor idea de dónde se encontraba su marido, ni de cuándo volvería a casa. Yo sabía que muchos matrimonios (¡no el mío!) siguen esta patética dinámica que degrada vergonzosamente el concepto de matrimonio, según el cual dos personas acuerdan vivir juntas y compartir sus cosas. Cuando él sale, debería llevarte consigo si tú quieres acompañarlo, o al menos dejarte claro adónde va, aunque en este caso corre el riesgo de que luego puedas pillarlo abrazado a una tabernera rechoncha. En fin.

Le comenté educadamente que tenía la casa muy bien arreglada para su marido, y ella dijo que así debía ser, ¿no? Adopté el estilo de Manlio Fausto en las discusiones y no repliqué. Si esa mujer hubiera tenido más luces, habría tomado mi silencio por desacuerdo.

Logré sonsacarle que Níger se había alterado mucho la noche anterior cuando los Calixto le enviaron la escueta orden de que no pagara lo que había pujado. Dijo que su marido estaba tan enfadado que se pasó toda la noche echando pestes, protestando a voz en cuello por el trato que le habían dado; lo que significaba que al menos su mujer se había enterado de cuál era el problema. Me lo explicó. A Níger le preocupaba que la casa de subastas le pidiera cuentas a él. Si le reclamábamos el dinero (y mi presencia allí apuntaba a que tal vez lo haríamos), él podría reunir esa suma. Y aunque pudiera pagarlo, tendría que cargar con un cofre viejo y chamuscado.

Aunque lo dejáramos pasar, no pagar lo pujado en una subasta era una mala práctica; Níger tenía una reputación que mantener. Era importante porque no era un asalariado de los Calixto, sino que trabajaba por su cuenta; dependía de tener buena reputación y buenas referencias para obtener otros trabajos. Necesitaba parecer un hombre que sabía lo que se hacía.

Expresé mi simpatía por ese camarada en apuros; ella no lo entendió. La esposa de Níger no concebía que una mujer trabajara, y mucho menos por su cuenta. Pensaba que no era más que una mensajera.

—Supongo que Calixto Primus ha contratado a tu marido en otras ocasiones, ¿no?

—Bueno, creo que esta es la primera vez. Níger esperaba que le llevara a cosas más importantes.

—Me pareció una persona con mucha experiencia.

—Oh, sí.

—Entonces podrá vivir sin los encargos de los Calixto. La gente que te deja tirado es una pesadilla... ¿Para quién más trabaja?

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

—Lo haré, si puedo encontrarlo.

—Actúa como agente de algunas personas muy finas —me aseguró la mujer, aunque no me fie—. La gente fina es muy difícil de encontrar. Y la mayoría son buenos pagadores. —Seguramente era cierto. El presupuesto doméstico dependería de los ingresos del marido, así que ella debía de estar muy pendiente—. Todos tienen muy buena opinión de mi marido como agente. Julia Terencia nos regaló un precioso juego de vasos de cristal durante las Saturnales. —No le servirían de mucho si Níger nunca estaba en casa para utilizarlos.

—Fue muy considerado por parte de esa señora... No estoy segura de conocer a Julia Terencia.

—Oh, tienes que conocerla. Es de ese grupo del Celio. Esa rica tan mandona. Níger te lo dirá. Pregúntaselo a él.

Le dije que volvería más tarde. Quería que Níger me proporcionara toda la información sobre lo que Laeta había llamado «la pandilla del Celio».

La esposa de Níger no me había contado gran cosa. En mi trabajo mantengo muchas conversaciones frustrantes; he aprendido a no perder la paciencia con los testigos. No vale la pena. Si te sacan de quicio, puedes desahogarte más tarde en casa, arrojando un balde contra la pared. Solo tienes que asegurarte primero de que esté vacío. No sea que luego tengas que ponerte a fregar el suelo.

* * *

Al salir me reuní con Lappio, el fornido guardaespaldas que me había impuesto Gornia. Lo había dejado en la calle esperando mientras yo subía a la vivienda del negociador. Ahora que lo había visto, sabía que era decente, tanto en tamaño como en comodidades, y no en un piso alto, sino en el segundo. Encajaba con lo que acababa de descubrir. Trabajara para quien trabajase, aparte de los Calixto, Níger se ganaba bien la vida. Así que tenía una reputación, una bonita casa adornada con regalos de clientes agradecidos, y una mujer servicial que no tenía queja. Esa es la vida que ambiciona todo profesional que trabaja por su cuenta. No somos muchos los que la conseguimos.

Alguien que disfrutaba de semejante posición no ganaría nada matando a un hombre y metiéndolo luego en un cofre, sobre todo porque el propio Níger había preparado el inventario y sabía que el cofre iba a ser subastado, por lo que su contenido quedaría al descubierto.

Lappio y yo echamos a andar hacia la casa de los Calixto.

XXI

Calixto Primus no estaba en casa. Me pregunté si estaría con Níger, aunque parecía improbable teniendo en cuenta que el agente estaba enfadado con él. Resultaba tentador suponer que Calixto quería evitarme, al igual que Níger, pero los investigadores no debemos dar por supuesto que la vida de otras personas gira en torno a la nuestra. Calixto tenía todo el derecho a salir de casa para ocuparse de sus asuntos. Seguramente había olvidado que yo existía.

Su hermano y su primo también habían salido. Tampoco estaban en casa en mi visita anterior, de modo que su ausencia parecía rutinaria. No conocía al padre, pero no vi motivo para preguntar por él. No estaba en casa. Lo deduje por mí misma.

Le dije al portero que esperaría en el banco de piedra como cualquier cliente matutino hasta que volviera a casa alguno de ellos. Ya que era una visita recurrente, me trajo un vaso de agua. Esto iba mejorando.

En realidad no tenía intención de esperar mucho tiempo, pero sí de sentarme un rato. Había caminado mucho hoy: colina abajo hasta la puerta Capena, extramuros por la Via Apia, de vuelta a Roma, al otro lado del Foro hasta el pórtico de Pompeyo, y ahora de vuelta, primero hasta el Oppio y luego hasta aquí rodeando el Celio. El banco era una simple losa de piedra, pero ofrecía una buena vista al otro lado de la calzada, desde el Foro hasta el gran altar a la diosa Fortuna Respiciens que se encuentra al pie del Palatino. Fijé la vista en el templo para ahorrarme la contemplación del nuevo y ostentoso palacio de Domiciano, enclavado más arriba, con su elitista estadio y sus jardines privados ocupando todo el peñasco.

Sentía un cauto respeto hacia la diosa de la fortuna, patrona de la buena o la mala suerte, que reparte sus dádivas al azar. *Respiciens* significaba «mirando hacia atrás»; una mujer sabia. En el pasado había hecho recaer muchas desgracias sobre mí, sin embargo, de vez en cuando me enviaba algunas alegrías inesperadas. Como todas esas serias diosas romanas de anchas caderas, Fortuna tenía sus excentricidades. Me iba bien. Me enorgullece decir que yo también poseo unas cuantas.

Mientras me reponía en el banco, me fijé de nuevo en el gran espacio publicitario que había en un muro de la casa de los Calixto. Antes había consignas escritas, pero ahora estaba en blanco. Estaba segura de que se trataba de un anuncio político, por lo que quitarlo parecía un poco prematuro. ¿Había algún candidato que se dedicaba a borrar furtivamente la publicidad de sus rivales? (Eso me dio ideas). Lo más probable era que alguien hubiera pintado subrepticamente un anuncio sin pagar por el alquiler del espacio. El propietario del muro habría borrado el anuncio ilícito y el culpable se habría ido en busca de otro espacio vacío.

Reflexionando aún sobre ello, pensé en lo que había dicho Claudio Laeta sobre que los candidatos de este año estaban demasiado unidos. Tendría que indagar al respecto, porque a mí los vínculos no me parecían tan evidentes. Fausto tampoco había entendido a qué se refería Laeta, o eso afirmaba, aunque a veces yo tenía la

sensación de que Fausto y su amigo Vibio me ocultaban cosas.

No sería la primera vez que un cliente se callaba información vital. Luego, cuando por fin descubres la verdad y les haces notar lo importante que es, se ponen nerviosos o incluso se vuelven contra ti: se defienden diciendo que no creían que tuviera importancia; no querían herir los sentimientos de su madre; querían protegerte de información desagradable; la verdad era embarazosa; simplemente se habían olvidado...

Lo primero que hay que saber sobre los clientes es que jamás se ayudan a sí mismos.

* * *

A veces vale la pena esperar a que ocurran cosas. Mientras cavilaba, el portero de los Calixto salió de la casa, profirió una exclamación al verme aún allí (aunque estaba claro que había salido a propósito), recogió el vaso vacío y me dijo que si estaba realmente desesperada, Julia podía recibirme.

El hombre tenía una extraña expresión; me fijé en ello y me di por avisada. Cuando me condujo al interior de la casa, otros dos esclavos andaban merodeando por el atrio, como esperando a ver qué ocurriría. Me recordaron al personal de la casa de subastas justo antes de abrir el cofre, con el cuerpo apestado todavía dentro.

Al recordar que la esposa de Níger había hablado de una «Julia Terencia» que le había regalado el juego de vasos por las Saturnales y vivía en el Celio, me pregunté si por casualidad sería ella. No lo era. Esta era Julia Laurentina, la esposa del primo de los hermanos Calixto. Según el portero, se encontraba echando una cabezada después de comer.

Me apresuré a decirle que esperaría a que se despertara. Lo último que deseaba era entrevistar a una persona irritada. Pero el portero ya había enviado a alguien a despertarla.

En cuanto la vi, supe que no habría supuesto ninguna diferencia. Julia Laurentina estaba siempre enojada, razón por la cual sus sirvientes se habían estado lanzando miradas y, sin duda, ahora se hallaban escuchando detrás de la puerta, para ver hasta qué punto sería grosera conmigo su temperamental ama.

—Cuánto lo lamento —le solté rápidamente—. No he llegado a tiempo de impedir que tus sirvientes te molestaran. —Aquellos taimados merecían cargar con la culpa.

—¡No creo que te hayas esforzado mucho!

Oh, dioses.

Me senté sin que me lo pidiera y me preparé, juntando las manos sobre el regazo. Si descargaba su furia sobre mí, dejaría que me resbalara sin afectarme.

Tenía unos treinta años y, recién levantada de un arrugado diván, se la veía aletargada. «Echar una cabezada después de comer» podría significar que le había dado al vino, aunque no detecté ningún indicio. Iba vestida de blanco con bordados

dorados. Cuando sacudió la cabeza para despejarse, los pendientes que tintinearón contra su largo cuello eran dos preciosas lágrimas, cada una con un par de grandes perlas y lo que parecía un pesado granate. Imaginé que le ofrecerían muchos regalos buscando hacerla feliz. No lo conseguían.

—¿Quién eres y qué quieres?

Me limité a decir que era hija de Falco, que actuaba en nombre de la casa de subastas y que parecía haber un malentendido sobre el pago de la pieza por la que habían pujado.

—Oh, mi marido apoya a sus ridículos primos. Al parecer ahora no vamos a recuperar la pieza. —Por lo visto, Julia Laurentina despreciaba a sus parientes masculinos más que a mí. Al menos eso se infería de sus quejas.

Levantó una mano para mirarse la manicura, que parecía profesional. Dijo que se había peleado la noche anterior, algo que sucedía a menudo en su casa.

—Eso sí, la de ayer superó a todas las anteriores.

—¿Y eso por qué?

Me examinó por encima de su larga y afilada nariz y esta vez decidió desairarme. ¿Era cautela o terquedad?

—No es asunto tuyo —me espetó.

Pero precisamente ese era mi asunto.

—Los tres hombres parecían estar de acuerdo en la subasta. Supongo que habían concertado de antemano que pujaría su agente. En ese momento tenía que haber consenso entre ellos; ¿ocurrió algo después que les hizo cambiar de opinión?

—Primero lo querían recuperar, ahora no quieren ni verlo. ¿Quién entiende a los hombres?

—Julia Laurentina, normalmente estaría de acuerdo contigo, pero este súbito cambio me parece extraño, aun contando con la terquedad masculina.

La mujer me lanzó una mirada desagradable.

—¡No creo que debas venir a nuestra casa a llamar terco a mi marido!

No, la terca era ella, que de repente lo defendía. Dominé mi genio, por si lograba sonsacarle alguna otra información.

—Por favor, créeme si te digo que no tengo intención de ofenderte. Tan solo trato de descubrir qué ha ocurrido y qué quieren que hagamos con el cofre los miembros de tu familia.

—¡Ese maldito cofre!

—¿Y bien?

—Haz lo que quieras con él.

Se notaba que sabía bastante sobre la pelea y que la exasperaba lo que había ocurrido la noche anterior.

—Puede que no sepas que ese cofre tiene una historia —expliqué, haciéndome la inocente.

—Sé que encontrasteis un cadáver dentro.

Pero bueno...

—En efecto, señora. Yo misma vi al pobre hombre. Fue una experiencia horrible. Ella me miró con recelo. Se irguió en el asiento y soltó abruptamente:

—¿Cómo era?

La entrevista había dado un giro. Como si fuera ella la que me interrogara a mí.

—De cincuenta y tantos años, corpulento, con una túnica azul.

—¿Cincuenta y tantos?

—No pude mirar mucho tiempo el cadáver. A mí me pareció un poco más joven; el enterrador me dijo que había vivido bien y que se había cuidado, así que calculaba que tenía entre cincuenta y sesenta. He utilizado antes al mismo enterrador, así que confío en su veredicto.

—¿No hay ninguna pista sobre su identidad? —Julia Laurentina parecía simplemente curiosa, pero yo sospechaba que existía algún otro motivo.

—Toda pista se había eliminado cuidadosamente; llevaba una alianza de matrimonio corriente imposible de rastrear, pero había indicios claros de que solía llevar un sello que alguien le había quitado, sin duda sus asesinos, para impedir que fuera identificado. —No me molesté en preguntarle por qué estaba interesada; jamás me lo diría. Lo que hice fue observarla. Todo era una pose, fingía indiferencia, pero yo vislumbraba un estado de ánimo sombrío—. ¿Reconoces la descripción? ¿No habrá desaparecido alguno de tus conocidos que encaje con esa descripción?

Julia volvió a mirarme fijamente.

—No —contestó. Y repitió—: No. Nadie.

—¿Estás segura? —Detecté cierta intranquilidad. Asintió con la cabeza tan rápidamente que no me pareció oportuno presionarla.

Mientras ella parecía sumirse en la introspección, formulé discretamente unas preguntas más.

—¿Conoces a Níger, el agente?

—Nunca lo he visto ni he hablado con él, pero venía recomendado por una de mis hermanas.

—¿Ella lo conoce?

—Trabajó para su marido y ahora para ella.

—¿Por qué todos los hombres de la familia quieren que se retracte de la puja?

—Mi marido dice que no necesitamos un cofre viejo y medio quemado; precisamente por eso queríamos deshacernos de él en una subasta. Primus perdió los estribos y dijo que no quería saber nada más del cofre, pero tampoco iba a permitir que pasara a manos de unos extraños. Su hermano Secundus pensaba que Níger había pujado demasiado.

—La puja fue muy dinámica. —Preferí no mencionar que yo había dirigido la subasta. Se habría sorprendido, igual que la esposa de Níger. No creía que las esposas de Primus y Secundus se preocuparan por el negocio de transporte fluvial que les proporcionaba el dinero para sus elegantes ropas. El marido de Julia Laurentina era

propietario de un astillero, pero seguro que ella nunca había ido allí. Estaba convencida de que ninguna de esas mujeres reconocería a los patronos de sus propias embarcaciones, y mucho menos entenderían un conocimiento de embarque. Eso no habría sido aceptable en mi familia—. A Níger le habían dado instrucciones de comprar el cofre. Si hubiera dejado de pujar demasiado pronto, lo habría perdido —aventuré—. Pagó bastante, pero no más de lo que vale, en mi opinión.

Julia no respondió.

—Dado que hubo otras personas interesadas —mencioné fríamente—, tenemos intención de acudir al que perdió la puja para ver si aún sigue queriendo el cofre.

—Bueno.

Bueno, ¿qué? Enarqué las cejas. Mis cejas tienen una bonita forma. La chica que arreglaba las cejas en las termas de Prisca tenía talento e incluso lo hacía sin que te doliera. Bueno, un poco sí, pero era mejor que las habituales, que causaban estragos.

Julia llevaba las cejas depiladas perfilando dos finos arcos; a mí eso siempre me ha parecido artificial. Debía de haberle dolido bastante, pero parecía una mujer que no admitiría sentir dolor.

—Por una vez mi marido tiene razón. Ese cofre se ha utilizado para algo terrible, y no nos hace falta para nada. —Se encogió de hombros, exagerando el gesto. No estaba acostumbrada a fingir. Supongo que normalmente se encolerizaba y soltaba lo que le venía en gana, y entonces los demás reculaban. Yo era una materia prima distinta: no podía manejarme.

—Lo que no entiendo es el cambio de parecer —insistí—. Me dijeron que el cofre se recompraría discretamente y luego se quemaría para evitar un interés morboso. Una muestra de respeto, lo llamó Níger, el agente. Por piedad hacia el difunto... quienquiera que fuera.

—¡Me da la sensación de que hablas demasiado con los agentes de otras personas!

—Pertenezco a la casa de subastas —respondí prudentemente—. Suelo hablar con los agentes. Además, realizar averiguaciones sobre artículos que parecen sospechosos o clientes con un comportamiento irregular forma parte de una buena práctica comercial.

Julia hizo un esfuerzo por dominarse.

—Bueno, es tu trabajo —replicó, también con prudencia.

Aquel comedimiento impropio de ella resultaba muy interesante. Esperaba sarcasmo. Era una mujer que difícilmente se habría mostrado tan contenida en toda su vida. Julia Laurentina sentía una secreta fascinación por el cadáver. Seguro que había oído a los hombres hablando de ello. ¿Sabrían ellos quién era el muerto?

Tenía la sensación de que a Julia no se lo habían dicho, de ahí que hubiera preguntado por su aspecto. En todo caso, albergaba sus sospechas. ¿Ocultaba su curiosidad ante su marido y los hermanos Calixto? ¿Intentaba descubrir por sí misma qué había ocurrido, quizá para encararse luego con ellos?

Fuera cual fuere la verdad, Julia Laurentina estaba visiblemente nerviosa. No daba la impresión de ser una mujer que se alterara con los problemas familiares. Sin embargo, me pareció que la identidad del muerto y lo que le hubiera ocurrido le importaban más de lo que querría admitir.

* * *

Me despidió. Me sorprendía que hubiera tenido la paciencia para dejarme quedar tanto tiempo. Este hecho no hacía más que confirmar que tenía un interés personal en el cadáver del cofre.

Cuando yo abandonaba la estancia, entró en ella una chica de unos trece años. Sin que la anunciaran. Cuando las puertas se cerraron detrás de mí, oí un bajo murmullo de voces femeninas. Su tono era apagado, como si estuvieran hablando sobre mí. En mi negocio es algo que cabe esperar. En todo caso, el cuchicheo parecía bastante amistoso.

Pregunté al portero si se trataba de la hija de Julia Laurentina. Me dijo que no, que era la única hija de Calixto Primus con su primera mujer, de la que se había divorciado hacía mucho tiempo; se llamaba Julia Valentina y vivía con su padre. Él quería criarla personalmente.

No era habitual, pero los padres tenían derecho a quedarse con los hijos después de la separación marital, y a veces ocurría. Algunos hombres estaban resueltos a ejercer su derecho de posesión, incluso sobre una hija muy joven. A veces yo ayudaba a madres divorciadas a pelear por la custodia.

También pregunté al portero sobre el anuncio del muro exterior. Me dijo que el espacio pertenecía a la familia; para la elección de edil, habían apoyado a Volusio Firmo, el candidato que había renunciado. Entonces era normal que hubieran borrado el anuncio.

* * *

Cuando salí de la casa, me crucé con otras dos esposas de la familia Calixto que llegaban en silla de manos. Vestían con el mismo estilo de túnica bordada que Julia. Estaba claro que habían ido de compras; era obvio por el séquito de esclavos que portaban cestos y paquetes. Las saludé con una formal inclinación de la cabeza, pero no interrumpí su apresurada y alegre entrada en la casa, pidiendo bebidas frías y que la esclava del abanico de plumas las reviviera.

—¡Menuda compra! —Señalé los paquetes con la cabeza, sonriente.

—Tendrá que devolverse todo —musitó el portero enigmáticamente.

Yo fingí ajustarme la sandalia para demorarme un poco más.

—¿Primus y Secundus son tacaños con el dinero?

—Cuando lo tienen no, pero ahora mismo no les sobra. Han ordenado a todo el mundo que reduzca los gastos. Es evidente que las jóvenes esposas no oyeron el mensaje.

—¿Ha ocurrido antes? —Recordé a Gornia diciendo que los hombres apostaban fuerte en las carreras de cuadrigas.

—De vez en cuando. Siempre acaba cayéndoles dinero del cielo, y entonces todo vuelve a ser alegría.

—Deberían comprarse un gran cofre donde guardar unos ahorros para momentos de crisis —dije con ironía.

El portero no entendió la broma.

No malgasté mi compasión con los Calixto. Debían de haber elegido a la cuadriga equivocada. Pronto recibirían las ganancias de la subasta para aliviar sus problemas de liquidez. Si andaban cortos de dinero, imaginé que no admitirían abiertamente que no sabían administrarse. Querrían evitar que se hiciera público, incluso tratar de embaucar a un nuevo agente. El bochorno de no disponer de dinero podía explicar por qué habían anulado la puja de Níger por el viejo cofre.

Habría sido más sensato avisarle de que no pujara tan alto. Pero ¿cuándo actúa con sensatez la mayoría de las personas?

XXII

Me convencí de que necesitaba ver a Fausto. Había un corto paseo hasta la casa de Vibio rodeando el Celio, así que fui hasta allí, con la excusa de que no habíamos acabado de hablar sobre lo que nos había contado Claudio Laeta.

La excusa fue innecesaria. Fausto estaba escribiendo un discurso. Me dio la bienvenida, sabiendo que lo ayudaría a ordenar sus pensamientos y haría buenas sugerencias. El discurso tendría que haberlo redactado el candidato, que sería el orador, pero a Vibio no lo vi por ninguna parte.

—¿Dónde está?

—Oh, ya aparecerá. Vamos a acabar el discurso. Ha llegado el momento de darle un toque personalizado.

—¿Insultos?

—Sí, ya imaginaba que eso te gustaría.

Me habría gustado insultar al amigo Sexto por usar a Tiberio injustamente, pero no me convenía hacerlo.

Teníamos que mancillar la reputación de los rivales. Usaríamos la información que yo había recopilado, adornada con la retórica teatral que Fausto aportaba. Puestas por escrito, la mayoría de mis averiguaciones parecían involucrar a Dilio Suro; no solo bebía, le mantenía una esposa rica que había entregado a Domiciano una compañía de enanos obscenos, tenía la solitaria, era impotente, le había puesto un pleito a un hombre por un huerto, y por si eso fuera poco, era el dueño del perro que había mordido a la sacerdotisa de Isis (el día de su cumpleaños).

—No, eso es incorrecto —precisó Fausto—. Según las últimas informaciones...

—¿Fue la sacerdotisa la que mordió al perro?

Por un momento pensó que hablaba en serio, pero dio una palmada en un cojín al darse cuenta del chiste.

—Oh, y era el cumpleaños del perro... No; he buscado al malévolo can. Uno de mis colegas tuvo que atender la queja de la sacerdotisa sobre el orden público. El verdadero dueño del perro es Trebonio Fulvo. Es una horrible bestia de caza con un collar de púas. Trebonio lo utiliza para intimidar.

—¿Para qué quiere un perro de caza en Roma? ¿Para cazar ratas?

Fausto incorporó mis palabras al discurso. Para mayor mofa, lo cambió por «cazar ratones».

A Trebonio y Aruleno los describiría conjuntamente como ciudadanos antisociales. Sexto los acusaría a los dos, no solo de no respetar edad, religión, decencia o control de animales, sino de ser físicamente unos degenerados. Uno hacía demasiada gimnasia, el otro era gordo y afeminado, un doble motivo de bochorno. Fausto afirmaba que en una ocasión había visto a Aruleno vestido con una larga túnica a rayas que tenía flecos en las mangas, atuendo que ningún hombre varonil llevaría.

Sonreí.

—No imaginaba que esos dos patanes anduvieran persiguiendo muchachos.

—No, pero podemos hacer que el mero hecho de que estén tan unidos lo insinúe por sí solo. Esos dos prácticamente se pasean por el Foro cogidos de la mano; ¡es un insulto a las piedras por las que caminaron nuestros antepasados!

—No sabía que fueras tan ingenioso, Fausto... ¿No podrían decir lo mismo de Vibio y Grato?

—Cualquiera se da cuenta de que a Grato le daría miedo causar un escándalo, y Sexto tiene toda la apariencia de hombre honesto.

—¡Espero que lo sea! —murmuré.

—Confía en mí. También señalaremos que Trebonio debe sus músculos a un ejercicio excesivo en algún sórdido gimnasio.

Para un romano resultaba difícil hallar el equilibrio entre cuidar el cuerpo y no cuidarlo. Un político necesitaba estar sano y fuerte; sería admirado si cuidaba de sí mismo, pues implicaba que podía confiarse en que cuidaría bien su cargo. Sin embargo, hacer demasiadas pesas lo ponía al mismo nivel que los gladiadores, brutos sanguinarios que eran proscritos. A ojos de los romanos, exhibir tanto músculo solo podía indicar algún sórdido propósito; se insinuaba que lo que ocurría en los gimnasios (con su siniestro origen griego) podía ser sexualmente escandaloso.

Miré a Fausto, que se removió en su asiento mientras yo evaluaba su físico.

—¡Muy bien!

Él disimuló toda turbación.

—Si Aruleno viste ropas exóticas, significa que es un bruto que vive para los placeres físicos... Un blanco muy fácil. Todo el mundo sabe que gente ataviada de manera extravagante asiste a banquetes que duran toda la noche, con bailes y cantos, y que conducen a lascivos juegos sexuales. Llevan perfume y se depilan el cuerpo, todo para atraer a parejas sexuales inapropiadas. Cuando se empieza llevando túnica larga, no hace falta mucho para que acabe así un hombre que ha malgastado su fortuna...

—Cinturones flojos implican una moral relajada; los flecos equivalen a fornicación... Pero lo de los flecos son habladurías —añadí—. ¿Lo han visto alguna vez con algún apuesto mancebo?

—¡Yo vi los flecos! Colgando de sus muñecas velludas.

—Tiberio, no dudo de tu vista. Pero, por favor, que Sexto diga que esto se lo contó «un amigo digno de confianza». Esos dos serán enemigos peligrosos. No me extrañaría que Trebonio y Aruleno te enviaran a unos matones de cabeza afeitada para darte una buena paliza.

—Gracias por preocuparte.

Sonreí.

—Trebonio Fulvo lleva túnicas corrientes..., aunque prácticamente les revienta las costuras. También lleva los dedos enjorados. Los anillos parecen atascados en sus

dedos rechonchos, así que si Sexto los señala, Trebonio no podrá hacer nada más que moverlos en vano, mientras todos lo miran. Aruleno parece mucho peor, totalmente inmoral..., ¿no es ese el que engañó a una amante, prometiéndole matrimonio, y luego le robó las joyas? Y al parecer abandonó a una esposa embarazada.

—Sí, es pura ponzoña. Podemos insinuar que los hipotéticos mancebos son el motivo de que reniegue de un matrimonio decente. Le rompe el corazón a una mujer inocente..., bueno, un poco inocente. Se dice que la mitad del Senado se ha acostado con ella. No es capaz de convertirse en un marido respetable dispuesto a engendrar hijos, o cuando los engendra, deja a la madre en la estacada. Un depravado. ¿Sería excesivo sugerir que sus guapos mancebos son eunucos?

—Demasiado —le advertí—. Teniendo en cuenta que te los has inventado.

—¿Yo? Glico y Hespero, mancebos apuestos que se doran los pezones, todo el mundo sabe que ese dúo de degenerados...

—Te los has inventado.

—Es oratoria.

—Sé sensato. Vuelve a Trebonio. ¿Es demasiado masculino?

—¡Un animal! —exclamó Fausto—. Buscando una comparación, he leído sobre Catilina, el que fuera el hombre duro y despiadado de la política de la República. Cicerón dijo que Catilina se entrenó para soportar frío, hambre, sed, falta de sueño..., pero eso se volvió en su contra, porque se dijo que era demasiado peligroso para confiar en él.

—Mi padre despotrica contra él por intentar derribar la República utilizando las penurias de los pobres en su propio beneficio egoísta. Muchos pobres aún le admiran, pero esos idiotas no son los que votan. Los senadores que recuerdan quién fue Catilina pensarán que pretende atacar a la aristocracia. Les entrará el miedo y votarán en su contra, esperemos que a Sexto.

—Cicerón asegura que Catilina es una figura enigmática —dijo Fausto pensativamente—. Un buen líder, pero libertino e interesado.

—Lo enigmático se considera siempre peligroso. Eso sí, seguramente algunos senadores pensarán que la lujuria es encomiable en un político fuerte.

Fausto se echó a reír.

—No puedo decir que Trebonio sea ambiguo. Su ambición de poder personal es muy transparente.

—Pues di eso. Y no olvides mencionar que Trebonio y Aruleno agasajaron a los banqueros para prometerles que aumentarían las tasas de interés. Muchos senadores están fuertemente endeudados. Eso los encolerizará. —Fausto tomó notas—. ¿No tiene ese cerdo desalmado de Dilio un pleito feroz contra su propio abuelo moribundo? No puede esperar a la herencia porque está desesperado por disponer de más dinero para sus exóticos vinos griegos.

—¿De verdad son griegos?

—Tienen que serlo. Muy poco patriótico, ignorar los caldos italianos.

»Bueno, pues no es él —dije—. Mis últimas informaciones apuntan a que ese es Grato, así que no puedes usarlo.

—¡Ah!... Una lástima.

El único candidato contra el que no teníamos munición era Ennio Verecundo, el solitario que iba por ahí sonriendo demasiado y tenía a su madre dirigiendo la campaña.

—La madre de un candidato —señaló Fausto—, si vive, debe apoyarlo, aunque un hombre necesita apoyos masculinos visibles. Dado que Roma reverencia a las madres fuertes, no podemos decir que lo suyo sea reprochable. Pero podríamos insinuar que si eligen a Ennio Verecundo tendríamos a una mujer dirigiendo una magistratura.

—¡Qué inaceptable! —me burlé con fiereza.

—Depende de la mujer, en mi opinión. Pero esa idea aterrorizará a los viejales. Muchos le tienen miedo a su propia madre, y habrán visto a la feroz mamá de Ennio llevando a su hijo prácticamente de una correa. Cuando Sexto hable, esa temible mujer no tendrá más que estar allí fulminándolo con la mirada para corroborar lo que decimos.

Después de haber visto a la mamá, estaba de acuerdo.

—Detesto esa sonrisa de Ennio Verecundo que lleva siempre puesta. Y me pregunto dónde está el resto de su familia, Tiberio. ¿No tiene otros parientes? Ten cuidado, o su mamá y él se convertirán en la valiente viuda sola y el pobre niño huérfano de padre por el que ella hace todo lo que puede amorosamente... Intentaré averiguarlo. Si tiene otros parientes, ¿les pone nerviosos estar cerca de su dominante madre? Dudo de que pueda probar que lleva una vida disoluta; no parece que ella le haya permitido jamás salir de casa para disfrutar de la vida.

Fausto lo anotó todo.

No teníamos nada más con lo que trabajar, y en ese momento se reunió con nosotros la madre de Sexto Vibio. La anciana de cabellos grises nos ofreció un refresco de menta casero que traía en una bandeja con delicados vasitos.

No me la habían presentado formalmente. Vestía bien, pero parecía consumida. A su marido le fallaba la cabeza. Solían sacarlo para que mostrara su apoyo a Sexto, pero nunca abandonaba la litera. Me pregunté entonces por aquellas hipotecas que Sexto había sacado del almacén; ¿realmente su padre tenía capacidad legal para firmar documentos financieros? ¿Era realmente consciente de los recursos que se estaban gastando en la campaña de su hijo, era siquiera consciente de la campaña?

Marcela Vibia se pasaba el día cuidando de él, casi nunca lo dejaba solo. Era una esposa anticuada que se ocupaba de su marido personalmente, aunque tenían servicio doméstico. Le había oído a menudo impacientarse y a ella tranquilizarlo. Vibia parecía una persona que pasaba sus días temiéndose lo peor.

Ahora se sentó con nosotros como si le alegrara disfrutar de otra compañía: nos dijo que por una vez el anciano dormía. Afectada por el calor, se abanicó suavemente

con la mano. Me incliné para servir el refresco. Luego, mientras Marcela Vibia sonreía y bebía de su vaso, retomé lo que antes había llamado mi atención y pregunté:

—¿Y tú disfrutas siendo edil, Tiberio?

Él asintió, pero no dio explicaciones.

—Le ha cambiado notablemente, Flavia Albia —opinó Vibia—, en tan solo unos meses. La magistratura ha ayudado a este joven a descubrir por fin de qué es capaz.

Tiberio no tenía madre y se notaba que a veces esta bondadosa mujer lo tomaba bajo su protección. Hablaba libremente sobre él y él se lo permitía.

—Quieres decir —apuntó Tiberio— que era un bribón ocioso, pero he aprendido a ser útil.

—¡Nos sorprendió a todos un poco! —bromeó ella—. Por eso queríamos ver a Sexto siguiendo tus pasos.

Me pregunté si eso significaba que los padres de Vibio también consideraban a su hijo un bribón ocioso... Personalmente, si lográbamos que saliera elegido, no creía que fuera a resultar tan bien.

—Conozco a Tiberio Manlio desde niño —dijo entonces Vibia, más seriamente, dirigiéndose a mí—. Su familia poseía la finca contigua a la nuestra cerca de Fidenas, y los chicos fueron justos a la escuela. Tuvimos un disgusto enorme cuando murieron sus padres, unas personas encantadoras. Los dos sucumbieron a la misma plaga estival. Su tío se lo llevó entonces, lo que por supuesto fue lo mejor, nunca diría lo contrario, pero Tiberio vino a Roma a temprana edad y casi lo perdimos de vista.

—Bueno, ahora estamos todos juntos en la ciudad —le dijo Fausto para apaciguarla.

—¡Pero Tulio te tiene ahí arriba en el Aventino, lejos de todo el mundo!

Fausto rio entre dientes.

—Todo el mundo no. Flavia Albia también vive ahí.

—Obviamente es uno de sus principales atractivos —replicó Marcela Vibia con un deje sarcástico—. Espero que no merodees por las calles en busca de chicas a las que seguir, Tiberio.

A Fausto le gustaba burlarse de las mujeres severas; le había visto hacerlo antes con mi madre. Posiblemente lo hacía incluso conmigo.

—¡Ventajas del trabajo! Aún recuerdo cuando veía a Flavia Albia correteando de un lado a otro, ocupada en sus asuntos. Me alegraba el día. —Sus palabras me sorprendieron. Me gustaba Fausto, pero no la idea de que me hubiera seguido regularmente. Me costaba creerlo. Sin duda yo lo habría notado.

—Así que te dijiste a ti mismo «esto es vida» —repuso Vibia con frialdad—. ¿Calles llenas de mujeres hermosas?

—Bueno, desde luego no paré hasta averiguar quién era esta mujer. —Fausto se volvió hacia mí, consciente de que lo miraba con el ceño fruncido—. Esconde las garras. Por descontado que no te seguía.

—¡Daría miedo! —convine—. Y creo que es un delito... Entonces, ¿te gusta

ejercer tu poder? —le pregunté para restarle importancia al tema. Él no contestó—. No, eso es injusto. Quieres que Sexto tome el relevo porque crees en el buen gobierno de la ciudad, en que sus barrios estén limpios y sean seguros, en que sus habitantes estén contentos porque viven en un entorno decente, en honrar a sus dioses dirigiéndola como es debido.

—Tiberio es extremadamente capaz y necesita mantenerse ocupado —declaró Vibia—. Su tío nunca le ha empleado lo suficiente en sus negocios. Sabes que tengo razón —dijo a Fausto con firmeza cuando este se disponía a discutirlo—. Ahora te has alejado de él y has aprendido a disfrutar con las responsabilidades. No querrás volver a estar bajo su control. Él tendrá que cambiar, o tú tendrás que romper con él.

—Llegaremos a algún arreglo. —Fausto estaba violento.

—Sí. Estás preparado. Y la cuestión es —le dijo Vibia— que te conozco desde hace mucho tiempo, y jamás te había visto tan feliz.

Manlio Fausto agachó la cabeza con aire avergonzado.

* * *

Se ahorró un nuevo sermón porque en ese momento entró una criada que parecía nerviosa: dijo que el amo se había despertado. Marcela Vibia se puso en pie rápidamente y fue a atender a su marido, como temerosa de lo que pudiera ocurrir si no acudía. Al pasar delante de Fausto, le alborotó el pelo cariñosamente.

Una vez a solas, él y yo permanecimos sentados en un delicado silencio.

Se alisó los cabellos y dijo:

—Vibia es una buena mujer. Se preocupa por su marido. Él se siente frustrado por su estado y tengo la leve sospecha de que la pérdida de memoria y lucidez lo vuelven irascible. Son raras las veces en que Vibia puede relajarse como hacía ahora.

Comprendí que esa era la razón por la que Fausto se había involucrado tanto en la campaña para las elecciones. Sí, Sexto era un viejo amigo, pero sus padres no podían serle muy útiles en aquel momento: el padre no recobraría jamás sus facultades mentales y la madre estaba agotada. Por eso había intervenido Fausto.

Razón de más para que la mujer del candidato estuviera a su lado.

¡Mmm!

XXIII

Ahora comprendía mejor el apoyo de Fausto a Sexto, pero sabía que le estaba robando demasiado tiempo y que sufría por sus deberes, así que me ofrecí a pulir el discurso por él para que pudiera irse al Aventino a trabajar.

—Ve a poner unas cuantas multas. Inspecciona las termas. Ordena que reparen el pavimento. Registra a más prostitutas. Puede que nuestros rivales hayan recurrido a ellas y podremos hacerlo notar... No temas —añadí con seriedad—. Sé que a Sexto no le gustará pensar que una investigadora le ha escrito el discurso. Le pediré a uno de los escribas de sus padres que haga una copia a mi dictado. Él no necesita enterarse.

Fausto apretó los dientes, pero admitió que yo tenía razón.

—Piensas en todo —dijo. También sabía que yo no lo culpaba de los prejuicios de su amigo.

Se marchó. Yo terminé el discurso. Pedí prestado a un secretario, que escribió la versión final y luego prometió entregársela al joven amo para que se lo aprendiera esa noche.

Era contundente. Fausto y yo formábamos un buen equipo. Él había redactado un borrador bien estructurado y con fuerza; yo convertí el esqueleto en una sólida pieza. La lectura era tan fluida que a Sexto no le costaría nada recordarlo todo y decirlo con naturalidad. Nadie que le oyera imaginaría que el discurso se lo habían escrito otros. Tal vez él mismo se convencería de que era obra suya.

Me pregunté si habría sido así también cuando esos dos eran colegiales. ¿Realizaba Tiberio las tareas que les imponía su maestro, y luego Sexto lo plagiaba, cambiaba unas cuantas frases de sitio y fingía que las había redactado él?

Apuesto a que su maestro lo sabía.

* * *

Me encontraba a solas en la sala de campaña, pensando.

Me alegraba de que Fausto me hubiera confiado la redacción del discurso. También debía de haber intuido lo que podía hacer si me dejaba sola en casa de Vibio. Estaba resuelta a conocer a la esposa del candidato, la esquivada Julia. Pero Fausto se pondría furioso si andaba husmeando. Eso no me detuvo.

* * *

Era la media tarde y hacía un calor sofocante. La mayoría de la gente se encontraba descansando. En las estancias de la planta baja, espléndidamente amuebladas, reinaba el silencio; todo el mundo intentaba conservar las fuerzas hasta que el sol bajara y disminuyera la temperatura. Los esclavos reposaban. Allá donde Marcela se encontrara con su esposo, seguramente él volvía a dormir, calmado por su presencia; quizás ella también había cerrado los ojos con alivio mientras lo vigilaba

pacientemente.

Sexto no había aparecido desde mi llegada. Quizás estaba arriba, en su propio aposento, pero de todos modos me arriesgué.

Ahora que empezaba a saber cosas sobre esta familia, comprendí que la vivienda de la planta baja que ocupaban los padres, tan bulliciosa durante la campaña, debía de ser bastante tranquila en otros tiempos. Una urna vacía adornaría la magnífica mesa de madera veteada, a la que no se daría ningún uso. Marcela Vibia y su marido ocupaban solo una pequeña porción del elegante espacio que seguramente era de alquiler. Un dormitorio donde él pasaba la noche durmiendo a ratos, mientras ella solo se permitía dormir por si acaso él se despertaba y se iba. Una sala donde tenían unos cómodos divanes y un par de mesitas auxiliares. No había visto señales de que ocuparan ninguna otra habitación regularmente.

El atrio central estaba bien cuidado, pero apenas se usaba. En una esquina había una escalera que conducía a los aposentos de arriba. Me había fijado en que Sexto Vibio subía por esa escalera algunas veces, así que yo también subí. Los escalones eran de piedra natural, todos uniformes y bien colocados. Pequeñas ventanas proporcionaban iluminación. Una barandilla, tan rara en las destartaladas casas de vecindad romanas, facilitaba la ascensión. Aquellos escalones eran lo bastante seguros como para que Vibio y Julia permitieran a sus hijos pequeños bajar a visitar a los abuelos (estaba convencida de que Marcela Vibia era de las que guardaba pequeños juguetes y pasteles caseros para ellos).

Seguro que aquellos niños subían y bajaban por allí a cada momento. Llevarían consigo tesoros para enseñárselos a sus abuelos, y para Vibia sus visitas serían un agradable descanso de la solitaria rutina de cuidar de su marido. Era extraño que yo aún no los hubiera visto.

Bueno, quizá los viera ahora.

El agradable edificio del Clivus Scauri tenía una altura aproximada de cuatro pisos. Desde el patio solo se accedía a la vivienda del primer piso, como si estuviera diseñada para una familia extensa. Otras habitaciones menos elegantes disponían de modestas escaleras exteriores. Los aposentos de Sexto eran seguros, estaban protegidos por el portero de sus padres en la planta baja. Tal vez por esa razón no se había molestado en cerrar con llave. Lo sé porque, cuando nadie respondió a mi débil llamada, accioné las manijas de la decorada puerta de doble hoja.

Entré, me detuve y cerré detrás de mí. Carraspeé. Al no haber reacción a ese sonido, llamé, con el mismo resultado.

¿Dónde estaban los esclavos? En una casa como esa normalmente había gente por todas partes. Desde luego, en la planta baja la había de sobra. Cuando se convirtiera en edil, si llegaba a suceder, Sexto Vibio también contaría con un amplio séquito para cumplir con todos los deberes del cargo. Entonces, ¿dónde estaba la gente que cuidaba de Sexto y de Julia?

Debían de estar todos ocupados o echando una cabezada. Pero el profundo

silencio en que se hallaba sumido aquel lugar lo desmentía. Allí no había nadie.

Me envalentoné para echar un vistazo. Mi padre me había enseñado a no perder nunca una oportunidad.

Había cinco habitaciones y un par de antecámaras para el servicio. Las habitaciones estaban bien pintadas, con molduras de yeso color crema en el techo. Diversas alfombras cubrían los suelos de madera, todas centradas, sin arrugas. Divanes y mesitas se alineaban pulcramente contra las paredes. No se veía ningún mueble torcido o fuera de su sitio. Los cojines estaban ahuecados. No había desorden.

Ni ninguna señal de vida. No encontré platos usados, ni fruta fresca en la encantadora cesta gastada que había sobre un aparador. Nadie había dejado un papiro desenrollado ni un tintero abierto. Nadie volvería para apurar la bebida de una copa. Nadie había practicado con la lira en un momento libre. Desde luego, no había ningún indicio de que allí vivieran niños.

Deduje que Sexto dormía en el dormitorio principal. La cama estaba hecha, pero el cobertor y la almohada estaban ligeramente más arrugados de un lado que del otro. Me costaba creer que Sexto se hiciera la cama, pero quien la hubiera hecho por él se había limitado a estirar el cobertor. En una mesita de noche había un vaso para agua; estaba vacío, con el fondo seco, y no había jarra alguna. Una túnica masculina colgaba con una vara de hombro a hombro. Bajo una banqueta había unas sandalias de hombre. Cuando levanté la tapa de dos arcones para ropa, en uno encontré las pertenencias y los accesorios de un hombre (¿por qué todos los hombres creen que necesitan cuatro cinturones idénticos y un juego de navaja con cuchara?). El otro estaba vacío. Se detectaba un leve rastro de perfume de mujer. No encontré joyas, ni absurdos zapatos ni finos pañuelos, tampoco encontré un juego de llaves de la casa, ni un delicado aro del que colgaran pinzas, limpiador de uñas o un mortero para machacar cosméticos. Tampoco había cremas ni maquillajes. Ni siquiera un espejo de mano o un peine.

Otro de los dormitorios contenía dos camas pequeñas, pero estaba tan limpio y ordenado que parecía una habitación de invitados.

* * *

De vuelta en la antesala, me quedé escuchando el silencio. Intenté imaginar a la joven familia que supuestamente tenía aquellos aposentos como hogar. Solo me vino una idea a la cabeza: no iba a conocer a Julia.

Ahora ya sabía cómo estaban las cosas. Sexto comía con sus padres, o bien salía a comer fuera. Siendo época de elecciones, Fausto se lo llevaba a hacer campaña, así que le resultaba fácil disimular lo que ocurría en su casa. Sexto dormía solo allí arriba, al menos dormía allí a veces. No me sorprendería que su madre le permitiera quedarse abajo, en la habitación que ocupara cuando era más joven.

Estaba segura de que Fausto no tenía la menor idea; Sexto se lo ocultaba a él y, por supuesto, a mí. Eso significaba que probablemente la situación era reciente. No

sabía dónde estaban los niños, ni quién cuidaba de ellos. En cuanto a Julia, tenía una conjetura lógica: debía de haber vuelto a casa de su madre, o, según la definición legal romana, a la casa del padre. Los indicios eran claros: la esposa de Sexto Vibio Marino lo había abandonado.

XXIV

Cerré cuidadosamente la puerta y regresé a la planta baja. De haberse tratado de otra persona, lo habría abordado sin pensármelo dos veces. Pero siendo Sexto tan buen amigo del edil, tenía que considerar lo que querría hacer Fausto. Él se mostraría circunspecto. Lo sabía sin preguntárselo.

Marcela Vibia se acercó caminando por la columnata mientras yo seguía mirando el atrio, perpleja.

—¡Albia! ¿Todavía aquí?

—Ya me iba. Estaba descansando, espero que no te moleste.

—¡Por supuesto que no!

Tuvo la cortesía de acompañarme hasta la salida.

—Marcela Vibia —dije como de pasada—, creo que no he visto a tus nietos.

¿Detecté en Vibia cierta vacilación? En todo caso, respondió con calma:

—Van a una pequeña escuela cercana a la puerta Capena. Nuestra nietecita solo tiene cinco años; el niño tiene seis, casi siete. Su padre los traerá a casa dentro de nada. Por supuesto, tienen un tutor que los acompaña, les lleva sus pequeñas carteras y evita que puedan sufrir daño por el camino, pero a Sexto le gusta recogerlos él mismo y pasar un rato con ellos.

—Eso es maravilloso. —En realidad era bastante inusual.

—Los cuida muy bien.

No mencionó a la madre. Pensé tristemente en las damas ancianas. Incluso esta mujer afable y civilizada mentiría, por omisión al menos, si le convenía.

Sin embargo, me había contado una parte de la verdad: mientras charlábamos, Sexto Vibio regresó a casa, en efecto, precedido por dos niños despeinados, llenos de toda la energía acumulada durante las clases. Se abalanzaron sobre su abuela con abrazos jubilosos, y luego se fueron corriendo a una habitación de la planta baja, de la que salieron con juguetes.

Vivían abajo. Los cuidaba su abuela. No se había dicho nada al respecto.

Marcela Vibia fue en busca de bebidas para los niños y una ciruela damascena con miel para cada uno.

—¡Una! Lucio, solo una, que luego no cenas.

Los pequeños se sentaron uno al lado del otro en una baja balaustrada para beber de sus vasos bajo la supervisión de la abuela. Estaban bien educados. Eran vivaces y alegres. No se les veía alterados por la ausencia de su madre; lo comparé con la angustia que solía invadirnos cuando Helena Justina se ausentaba de casa, aunque fuera solo un día. Quizá cuando llegara la hora de acostarse, lloriquearían y echarían de menos a Julia, pero de momento se estaban portando muy bien.

Me pregunté qué les habrían dicho. Por supuesto, ningún investigador con ética intentaría abordar a unos niños tan pequeños a solas e interrogarlos...

Terminaron de comer y se fueron corriendo a jugar. Retrasé mi partida, deseosa

de ver qué ocurría en esta familia. Mientras estábamos todos de pie contemplando a los niños, expliqué a Sexto por qué Fausto se había ido antes, y añadí que yo solo me había quedado para ocuparme de unas «notas». Sexto prestaba mucha atención a sus hijos; estaba claro que era un buen padre. Se mostraba simpático y espontáneo con ellos, recogía las pelotas que le lanzaban o les advertía que tuvieran cuidado cuando trepaban por las balaustradas.

De repente se volvió hacia mí, sonriente.

—Esta es la primera ocasión que tengo para curiosear. ¡Desde luego a Tiberio no hay quien le saque nada sobre ti!

No me molesté en contestar. Lo prefería cuando se mostraba más estirado con respecto a mi profesión.

—¡Confiesa! —me apremió Vibio—. ¿Cuánto tiempo hace que dura vuestra aventura?

Era normal que la gente malinterpretara nuestra extraña amistad; yo misma no tenía demasiado claro cómo interpretarla.

—No hay ninguna aventura. Trabajamos juntos algunas veces.

—¡Oh, entonces aún no ha dado el primer paso! —exclamó su amigo, sonriendo de oreja a oreja.

Su actitud me fastidió. Estaba muy seguro de que Tiberio era mi amante; no había manera de convencerlo de lo contrario.

Me arreglé un poco, disponiéndome a volver a casa. Me alisé la túnica, me coloqué bien las joyas y me recogí un mechón suelto.

—Tienes dos hijos encantadores, Sexto Vibio. Es una delicia contemplarlos. Me encantaría conocer a tu esposa también.

Era un buen político. Sonrió como si le hubiera hecho la pregunta más natural del mundo.

—Por supuesto —contestó, tan suave como unas natillas de almendra—. Tenemos que organizarlo.

—Estoy impaciente —repliqué con jovialidad.

Si se estaba preguntando qué había averiguado yo sobre su mujer, no lo dejó traslucir. Su madre nos escuchaba desde cerca sin aparentarlo; era imposible descifrar qué pensaba.

Vibio tuvo la desfachatez de guiñarme un ojo cuando me fui.

—¡Recuerda, quiero ser el primero en saberlo! ¡Ya sabes: Tiberio! —aclaró al ver que me quedaba en blanco. Al parecer se había convertido en una broma privada—. Tienes que contármelo en cuanto dé el primer paso.

XXV

Vibio me desconcertaba, pero no iba a quejarme a su amigo.

Consideré urgente ver al legendario Tiberio, ese hombre refinado que jamás había dado el primer paso, para hablar con él sobre la esposa desaparecida de su candidato. Cualquiera que fuera el motivo, una separación perjudicaba los derechos electorales de Vibio, que afirmaba ser un hombre felizmente casado y, como tal, tenía prioridad sobre los solteros en la votación. A juzgar por los comentarios mordaces que hacía ya la gente (incluyendo el proyectil que le había arrojado Laia Graciana), estaba a punto de ser descubierto. Cualquier adversario que se enterara podía presentar una queja al Senado: Vibio Marino mentía sobre su estado civil.

Aunque no fuera culpa suya que le hubiera dejado su mujer, tenía todas las de perder. A ojos del público, habría sido un intento de engaño por su parte, y a los senadores les encantaría censurar a un hombre tan poco digno de confianza.

Me zumbaban los oídos mientras marchaba a lomos de *Moteado* a su tranquilo paso en dirección al Aventino. Debería haberme encarado con Vibio yo misma, pero era preferible que fuera Fausto quien se ocupara del asunto. Que preguntara él a su querido Sexto a qué estaba jugando.

Estaba dando por supuesto que Fausto no estaba al tanto de la situación. Detestaba la idea de que quizá lo supiera, quizá lo había sabido siempre, pero no me lo había dicho. ¿Le importaría más la relación con su amigo íntimo de la infancia que ser sincero conmigo? En el fondo, quería ser yo su confidente. Me había engañado creyendo que ya lo era.

Si no lo sabía, Fausto querría enterarse de inmediato.

Estaba trabajando, así que podía encontrarse en cualquier parte. Fausto no se quedaba nunca en la oficina de los magistrados firmando documentos lánguidamente. Él interrogaba a los delincuentes en persona, y si no había ninguno al que reprender cuando llegaba, salía e intentaba pillar a alguno. Fui a su oficina, situada junto al templo de Ceres, pero él se había marchado. El personal de la oficina creía que iba a volver, pero no estaban seguros, y además pronto sería la hora de cerrar. Dejé un mensaje para él, avisándole de que necesitaba hablar con él.

Podría haber dado una vuelta por ahí para buscarlo, pero cuando hacía una ronda por su zona, se mimetizaba con el entorno. En los atestados callejones del Aventino podía pasarlo por alto. Además, seguramente se habría ido ya a las termas y luego a algún sitio a cenar.

* * *

De nuevo en la calle, mientras cavilaba sobre qué hacer, la pícara diosa de la fortuna puso en mi camino una nueva oportunidad. Arriba, en el pórtico de estilo griego del templo, donde se hacía notar como miembro prominente de las matronas patricias que rendían culto a Ceres, divisé a Laia Graciana. En otra circunstancia me habría ido en

la dirección contraria. Pero había oído a Laia insinuando aparentemente que sabía que la esposa desaparecida se había ido. «¿Cuándo veremos a tu esposa, Sexto Vibio...? ¡La querida Julia!».

Ella lo sabía. Aquella zorra sabía que la mujer de Sexto no iba a aparecer.

La llamé por su nombre y subí los escalones del templo. Laia se encontraba en posición ventajosa y podía mirarme desde arriba en el sentido más literal. De pie entre las gruesas columnas, disfrutaba contemplando su reino, el Aventino. Mientras tanto, en la colina la gente iba a lo suyo sin preocuparse por su escrutinio.

—¡Vaya! ¡Aquí está la última fresca de Fausto!

Debía de haber insultado de manera parecida a la mujer con la que Tiberio había tenido una aventura. Se trataba de la esposa de un hombre rico, muy hermosa y supongo que, con independencia de su moral, también culta. En cualquier caso, la gente de miras estrechas siempre me miraba por encima del hombro.

No queriendo parecer ofendida, al llegar a su nivel le repliqué con brusquedad.

—Tú no me gustas y yo no te gusto, pero creo que sientes afecto por tu hermano, así que deja de ser mezquina conmigo y escúchame.

—¡Menudo arrebató! ¿Qué tiene que ver contigo mi hermano, Flavia Albia?

—Nada. Ni siquiera le sacaría al perro a pasear. Pero se ha asociado con Vibio Marino en una candidatura conjunta, y sospecho que tienen un problema de estatus, así que escucha.

Una ristra de brazaletes de plata tintineó con indignación a lo largo del brazo de Laia. Con el mentón alzado, yo la miraba a la cara; seguramente Laia creía que debería mantener la vista baja por deferencia a ella. Tenía unas facciones regulares. Su cara habría sido bonita, si su expresión hubiera sido más amable. Me miró con ira; un alma cruel que era un castigo para sí misma. Jamás había tenido que sufrir como había sufrido yo, y aun así nunca sería tan despreocupada como yo. Quizá lo percibía. Quizás era eso lo que la molestaba.

—Laia Graciana, ¿conoces a la mujer de Sexto Vibio?

—Me la han presentado.

—Mi impresión es que ninguno de los amigos de Vibio ha tenido muchas oportunidades de conocerla.

—¿Amigos? Mi hermano solo conoce a Vibio a través de Manlio Fausto y de su tío. Tulio sugirió que nos asociáramos con él para la campaña. —Estaba haciendo un esfuerzo por contestar, y se debía únicamente a que se moría de curiosidad—. ¿De qué va todo esto?

—Lo sabes tan bien como yo —repliqué—. La ausencia de la esposa de Vibio ha adquirido relevancia.

—Le resta valor a nuestra campaña. ¡Debería darle vergüenza! También a él debería darle vergüenza presentarse a unas elecciones cuando sus asuntos personales son un desastre.

—¿Qué desastre?

—Tú eres la investigadora. Averígualo.

—¡Lo haré! Pero dime: ¿admites que compartes mis sospechas sobre Julia?

Laia se sorbió la nariz con aire melodramático.

—Solo se necesita inteligencia, Flavia Albia. No necesito que me paguen para darme cuenta de que algo anda mal.

Sentí deseos de arrancarle los ojos.

—¿Crees que lo ha abandonado?

—Bueno, no creo que él la haya golpeado en la cabeza y enterrado en el jardín — repuso ella con desdén.

Tampoco yo. Aun así, para estar segura del todo, quizá me daría una vuelta por el patio en mi próxima visita y buscaría zonas con la tierra removida...

—¿Qué sabes sobre su relación?

—Nada.

—Fausto dice que es una esposa obsesivamente devota.

—¡Ja! ¿Y qué sabe Fausto de devoción? —Más de lo que imaginaba Laia, según mi experiencia—. Bueno, he oído algo similar. Pero quizá Julia se enteró de algo que la cambió.

—¿Sabes de cierto que había algo por descubrir?

—¡No, no me refiero a eso! —Laia se enojó, inquietándose de pronto por lo que me estaba diciendo. Esparcir insinuaciones escandalosas no era digno de una devota de Ceres. La gente podría pensar mal de ella, y Vibio demandarla por difamación—. Un matrimonio puede acabarse por muchos motivos.

—Entonces, ¿compartes mis sospechas de que se ha acabado? He estado en su casa, y desde luego ella no vive ahí.

—¡Recuérdame que no te deje entrar nunca en mi casa, Flavia Albia! —No le hice caso—. Esto podría ser un desastre —refunfuñó—. Mi pobre hermano se ha comprometido con ese hombre. ¿Cómo pueden presentarse en la campaña como personas respetables si Vibio oculta su separación matrimonial?

—¿Tu hermano está casado? —pregunté; suponía que no.

—No. Su esposa murió. No tuvieron hijos. Pero mi hermano va a anunciar en breve una nueva y feliz boda. Lo hará a tiempo para que su compromiso se anuncie en la *Gaceta Diaria* el mismo día en que los nombres de los candidatos pasen al Senado.

—Perfecto. ¡Qué romántico! —Qué calculado—. Me gustaría descubrir adónde se ha ido la mujer de Vibio. Posiblemente le haré una visita. —Si lograba averiguar su paradero, lo haría sin duda—. ¿Conoces a sus padres? Supongo que ha vuelto con ellos. De hecho, eso espero. Si se ha fugado con un amante, el escándalo sería aún peor. Y no te digo si Julia, ¿Julia qué?, si Julia se ha ido con un gladiador o un actor.

—He estado con ella. Es una mujer agradable y decente, no de las de esa clase — afirmó Laia, irradiando arrogancia.

—¡Oh, qué aburrida! —le espeté, sintiéndome malévola.

Ella adoptó un aire glacial.

—Se llama Julia Optata.

—Es un comienzo. ¿Conoces a sus padres?

—No.

—¿Ni siquiera sus nombres?

—No —respondió al instante, mostrándose agresiva conmigo por puro instinto—.

Bueno, en realidad, sí. El de su madre al menos. Es Julia Verecunda.

—¿Verecunda? —¿Dónde había oído ese nombre recientemente? «¿Casado con la hija de Verecunda? ¿Es decir, que tiene una suegra salida del Averno? Esa mujer es odiosa, y todas sus hijas son Furias...». ¡Gracias, Claudio Laeta! Al quejarse de los vínculos que tenían todos los candidatos entre sí, había mencionado a aquella mujer—. Volusio Firmo, el candidato que ha renunciado, también está casado con una hija de Verecunda. Entonces, ¿Julia Optata es su cuñada?

—No lo había pensado —dijo Laia, que al parecer no le concedía importancia.

—Es importante en un sentido. Mis fuentes afirman que Julia Verecunda es una mujer odiosa. Así que es probable que Julia Optata haya levantado el vuelo con un amante que la consuele, en lugar de volver a casa de su horrible madre.

—¡Bueno, eso sería muy egoísta! —exclamó Laia. Juzgaba a las personas y los acontecimientos de una forma muy sencilla: el efecto que tenían en Laia Graciana.

—¿Y tienes alguna idea de dónde puedo encontrar a la madre de Julia?

—Ninguna. Ese es tu trabajo, ¿no?

* * *

No tenía nada más que decirme, así que la dejé en el templo y decidí irme a casa.

La tarde era cálida y serena, soleada aún, pero sin que el calor resultara opresivo. Se oían alegres voces por todas partes. Olores y ruidos amigables. Llegué a la plaza de la Fuente y dejé a *Moteado* con el chico en un establo cercano. Luego enfilé la pintoresca ruta por nuestros maravillosos charcos de barro pestilente hasta el lúgubre edificio del Águila. Necesitábamos un edil que se interesara por nuestro callejón. No había ocurrido nunca, y la posibilidad me parecía remota.

Saludé a Rodan. Él me contestó con un eructo.

Me dirigí a mi banco; el asiento de piedra era cálido y confortable tras un día entero cociéndose al sol de julio. Si tuviera una vivienda como es debido, con su atrio, podría ir por unos cojines y un refrigerio. Quien viviera conmigo saldría a charlar un rato antes de cenar...

Fantasías, Albia.

* * *

Aquí, si quería cenar, tendría que subir a mis aposentos a la caza de sobras rancias. Aplacé un momento tan poco atrayente y me sumí en mis pensamientos. El día había sido muy intenso y estaba agotada.

Mientras divagaba, me vino a la cabeza una nueva idea. Reclinada en el banco, con el sol del ocaso sobre mi cansado rostro, de repente se me ocurrió una nueva conexión. Verecundo, Verecunda. Dos nombres iguales eran demasiada coincidencia. Claudio Laeta no nos había dicho a Fausto y a mí que, además de varias hijas, la tal Julia Verecunda también tenía un hijo.

Ahora lo veía claro. El hijo debía de ser el candidato «niño de mamá». Debía de llamarse Ennio por su padre, y luego Julia le había dado su nombre. El apoyo resuelto y protector de la madre sugería que no tenía hermanos varones. Era el favorito de mamá. ¡Qué mala suerte, pobre! Fácilmente podría haberse convertido en un cruel y enfermizo asesino en serie. Podría haber pasado de arrancarles las alas a los pájaros a torturas sexuales y asesinato degenerado... Él, en cambio, parecía un pusilánime que jamás había sabido defenderse.

Así pues, aquí tenía un dato curioso: la enérgica madre del siempre sonriente Ennio Verecundo era también la suegra salida del Averno, una de cuyas hijas era la esposa de Volusio Firmo, el favorito transitorio de Domiciano, mientras que otra era la esposa ausente de Vibio Marino, nuestro candidato. Me pregunté si tendría más hijas y, en caso afirmativo, quiénes serían.

No tenía la menor idea de si eso sería importante, ni de por qué.

El día había sido muy largo. Entré en casa, encontré unas sobras para comer. Luego, mientras las tabernas del Aventino estaban aún abarrotadas de juerguistas y los mirlos aún se desafiaban unos a otros con sus trinos en las viejas y escasas arboledas, me fui a la cama.

Sola otra vez. Demasiado cansada para que me importara.

Error, Albia. Sí te importaba.

XXVI

Desayuné en El Astrólogo y no me sorprendí cuando Manlio Fausto se dejó caer por allí. Siempre atendía a los mensajes que le dejaba. Por eso se había dado cuenta de que yo no aparecía por ninguna parte, fue a mi casa, me encontró enferma y me salvó.

—¡Tiberio! ¿No deberías estar con Sexto?

—Ya se las apañará él solo. Me han dicho que necesitabas hablar conmigo.

El camarero, mi primo sordo Junilo, trajo más pan y salchichas a la rústica mesa que ocupábamos. No era que Junilo hubiera memorizado nuestro plato favorito, sino que no había mucho más que elegir. Algunas tabernas populares tienen un menú limitado porque solo sirven los productos frescos que haya ese día en el mercado. El Astrólogo te servía lo que hubiera dos días antes en la tahona más barata y los puestos venidos a menos que frecuentaba mi tía en busca de ofertas sin demasiado moho.

Tía Junia no creía en mimar a los parroquianos con una variedad de productos. Decía que si no regresaban jamás, habría menos gente molestándola para que les sirviera. Ella servía en El Astrólogo muy raras veces. Decía que la gente era grosera con ella. Aunque nosotros le habíamos explicado por qué, no captaba el mensaje.

El edil y yo comimos los panecillos con salchicha. Eligiendo las palabras con cuidado, le hablé de mis hallazgos sobre la ausente Julia, sobre su madre y el resto de su parentela. Sus lazos familiares con Volusio Firmo y Ennio Verecundo pillaron a Fausto por sorpresa. Observándolo, me convencí de que tampoco sabía que la mujer de Sexto lo había abandonado.

—Soy un idiota. Oh, Albia, debería haberme dado cuenta de que pasaba algo raro. Llevo semanas visitando esa casa. Él no me ha dicho nada. Y tampoco su madre.

—Pero es obvio que ella lo sabe.

No sería la primera vez que una suegra se confabulaba con su hijo para deshacerse de la nuera, aunque me abstuve de señalarlo. Fausto sentía un gran afecto por Marcela Vibia.

—No lo entiendo.

—Los aposentos de arriba están limpios, los niños parecen felices —le dije—. Ocurriera lo que ocurriese, todos se han adaptado a una nueva rutina. No hay indicios de que Sexto esté inquieto o que se preocupe por cómo reconciliarse. —Bajé la voz y pregunté—: ¿Vas a hablar con él?

—Debo hacerlo. Si esto sale a la luz, necesitamos tener una respuesta preparada... ¿Estás absolutamente segura?

—Ella se ha llevado todas sus cosas. Los niños volvieron de la escuela y ni siquiera preguntaron por ella. Al parecer, comen y duermen abajo con los abuelos, y Sexto también, hasta cierto punto.

A continuación le conté mi encuentro con Laia Graciana. Fausto dejó escapar un quejido.

—Bueno, no te enfades conmigo. Sé que se lo contará a su hermano, pero, Tiberio, ¿no es mejor decir la verdad en lugar de dejar que Laia y Grato lo descubran por otros?

Fausto decidió ir a hablar con Sexto inmediatamente, antes de que Grato y Laia se presentaran en su casa echando chispas. Quería abordar a Sexto de camino hacia el Foro, antes de que pronunciara su discurso.

—¿No deberíamos cancelar el discurso? —sugerí.

—Sería complicado. Hemos suscitado el interés del público. Es demasiado tarde.

Le dije que podía tomar prestado el burro. A *Moteado* debió de gustarle: Fausto se alejó cabalgando como un espléndido jinete a lomos de una yegua hispana purasangre. El chico del burro corría detrás de él, manteniéndose cerca a duras penas. Dromo ni siquiera se molestó en intentarlo.

* * *

Me terminé los restos de la salchicha que el edil había dejado. Junilo me trajo un pepinillo, pero no logró animarme.

Solo entonces, demasiado tarde para mencionarlo, recordé lo que había dicho Nothokleptes sobre Vibio Marino: «¿Es el que pega a su mujer?».

XXVII

Tuve un sobresalto. ¿Sería cierto? ¿Pegaba Sexto a Julia? ¿Ella lo había abandonado por ese motivo?

No lo tenía claro. Vibio Marino se había mostrado grosero con los investigadores (¿quién no?), pero en general parecía demasiado soso; carecía de esa fogosidad que yo asocio con los hombres violentos (había conocido a bastantes de ellos para saberlo). Yo lo describiría como impetuoso, aunque solo en el sentido de irreflexivo. Obraba sin pensar. Carecía de medida y seriedad, pero eso no es lo mismo que estallar de rabia y usar los puños.

Le había visto con su madre, con sus hijos. Aun así, ¿cuántos hombres violentos parecen comportarse con normalidad a ojos ajenos? En público, ocultan su brutalidad bajo una apariencia de decencia absoluta. ¿Cuántos amigos y vecinos te dicen, después de una tragedia, que no tenían la menor idea, que se sienten atónitos? Jamás habrían permitido que continuara ocurriendo..., o al menos eso aseguran.

¿Y cuántas veces he oído decir eso mismo ante la pira funeraria de alguna mísera víctima, después de que el enterrador me hubiera dicho en privado que la pobre mujer tenía cicatrices de heridas y huesos rotos sufridos a lo largo de los años, antes de la agresión que la había matado?

Si Vibio pegaba a su mujer, eso explicaría por qué ella lo había abandonado, pero ¿cómo era posible que una madre dejara a unos hijos tan pequeños con un maltratador?

Aunque Vibio golpear a Julia, bien pudiera ser que Roma no lo considerara censurable. Históricamente, los hombres romanos tenían derecho a castigar a la esposa y los hijos, incluso matarlos si habían cometido crímenes que avergonzaran a la familia. El paterfamilias había sido rey, juez y verdugo en su propia casa.

En teoría seguía siéndolo. Las esposas encontraban modos de sortear el sistema, principalmente no haciendo caso de las supuestas reglas.

Ya no vivíamos en épocas tan tradicionales. La crueldad estaba mal vista, al menos si los moratones eran visibles; se aplaudía el amor, o al menos la apariencia de amor. Incluso en casos de adulterio, legalmente no se permitía a un marido o un padre pasar por la espada a su esposa o hija, aunque si la pillaba con un amante en su propia casa, podía matar al amante. Este tenía que ser rápido escapando por la ventana. Las mujeres tenían la sensatez de mantener sus aventuras amorosas en casas de amigos. Los amigos tenían que fingir que no sabían nada, porque proporcionar un nido de amor era proxenetismo.

Supongamos que un hombre va demasiado lejos y mata a su esposa o hija. En la práctica puede librarse si ha sido en un arrebato pasajero. Sin embargo, se condena a los maridos que golpean a su mujer por mero gusto, o sin motivo, o para ocultar su propia culpabilidad por yacer con una prostituta, o cuando están demasiado borrachos para saber lo que hacen o para que les importe. Los maridos tienen que proteger a los

miembros más débiles de su casa. Al fin y al cabo, si un hombre necesita de verdad desfogarse con alguien, se supone que tiene a los esclavos para darles una paliza.

Las esposas pueden marcharse del hogar conyugal. El divorcio es sencillo. Los padres tienen que aceptar el regreso de las hijas que no soportan la vida conyugal. Hoy en día somos civilizados. Puede que los padres maldigan su mala suerte, pero, al fin y al cabo, siempre pueden encontrarle otro marido a la hija pródiga y deshacerse de ella otra vez. Bajo las rígidas leyes matrimoniales de Augusto, se suponía que una mujer tenía que volver a casarse rápidamente. De lo contrario perdía el derecho a recibir herencias, suponiendo que eso le importara. Las esposas realmente desgraciadas podían considerar que el dinero era lo de menos.

También existe un código moral. Si la gente cree que Vibio provocó la ruptura de su familia, el tipo de familia que la ley alienta directamente, perderá votos. Tiene dos hijos; se supone que debía convencer a su Julia de que le permitiera engendrar por lo menos tres. En el tipo de Senado que tenemos, algunos desaprobaban la violencia, pero otros envidiarían a un hombre que se atreva a castigar a su mujer. Los padres, en cambio, jamás permitirán que se vaya de rositas.

* * *

¿Y los demás candidatos?

En general, estaba tan segura de que el matrimonio era la norma habitual para los aspirantes a políticos que ni siquiera se me había ocurrido preguntar. Para ser edil, un candidato ha de tener treinta y seis años; dado que los hombres tienden a casarse por primera vez con veintipocos, era muy probable que todos lo hubieran hecho al menos una vez. El único del que había confirmado que estaba casado era Dilio Suro, del que se sabía que vivía de su esposa rica. Dado que ella pagaba sus facturas, cabía suponer que él la respetaba, aunque quizá bebía tanto para soportar tener que mostrarse agradecido a una mujer que algunos tildaban de desagradable. A Aruleno Crescens lo acusaban de negarse a contraer enlace con su amante, así que ahora debía de estar soltero, pero había estado casado y había abandonado a una esposa embarazada; era posible que se hubiera deshecho de la última amante (una mujer de mala reputación) porque quería una esposa más adecuada para aparentar. El hermano de Laia, viudo, iba a casarse de nuevo, lo que era inusual solo por la calculada coincidencia con las elecciones.

Decidí determinar más hechos, comprobándolos de nuevo con la hermandad de los banqueros. Ninguna otra persona tenía un interés más vivo en el historial doméstico de un hombre. Podía volver a visitar a los Nothokleptes, o visitar a mi propia banquera, Claudia Arsínoe. Me decanté por esto último. Podía contar con que Arsínoe me ofrecería té de menta.

* * *

Arsínoe no vivía y trabajaba en la basílica Emilia, ni cerca del Foro, sino sobre una

de las tranquilas librerías que ocupan la Via Etrusca, por detrás de los tribunales. Su banco tenía una mesa de cambio entre la crema y nata de los banqueros en el Clivo Argentario, pero a los clientes privados los recibía en su casa. Era como visitar a una tía. Recogí flores y mandé que ataran el ramillete con una cinta.

Había que cumplir con las formalidades orientales. Primero, fingimos que se trataba de ponerse al día sobre parientes y amigos. Pidió que nos sirvieran té de menta. Mientras bebía, habló bien de mi madre y yo le pregunté por su salud. Luego repasamos brevemente mis inversiones. El tiempo salió a colación; nos abanicamos un poco. Di mi opinión sobre su nuevo proveedor de pasteles. Insistió en que tomara más té. Y otro pastelillo.

Arsínoe era una ateniense de cuarenta años que iba ganando peso. Como viuda, vestía ropas apagadas y discretas. Sin embargo, raras veces se cubría el pelo, que a todos los efectos conservaba un tono oscuro natural, y se lo sujetaba con una puntiaguda diadema de oro que cualquier diosa habría codiciado para la estatua de su templo. Era profundamente religiosa, pero disfrutaba de los placeres terrenales. Esperar a su prometido desaparecido nunca interfería con su activa vida social griega. Me había invitado a esas reuniones. Había risas, música de lira, manjares, vino resinoso y canciones melancólicas. A Arsínoe le gustaba una buena llorera. (Sí, lo sé: es difícil imaginarse a un banquero llorando).

Era una buena fuente de información. Por ella supe que Trebonio Fulvo llevaba años felizmente casado con la misma mujer; ella no se dejaba intimidar, cosa que él valoraba, como tantos otros hombres rudos. El libertino de Aruleno Crescens había tenido un par de esposas y varias amantes de larga duración, que había superpuesto unas con otras sin la menor vergüenza y a las que había abandonado con hijos. Dilio Suro era el segundo marido de una mujer que primero había hecho un matrimonio muy bueno..., al menos bueno en opinión de Arsínoe: el marido poseía una envidiable fortuna que había legado enteramente a su viuda.

—Un marido muerto es bueno. ¿Por qué lo estropeó todo casándose con un idiota? —se preguntó Arsínoe.

Ennio Verecundo tenía una joven y dulce esposa desde hacía unos años y un bebé.

—Apuesto a que viven con la madre de él, ¿no?

—Creo que sí, Flavia Albia.

—Un desastre.

—Alguna suegra buena tiene que haber. Mujeres bondadosas que ayudan a una recién casada mientras aprende y se hacen amigas de ella.

—¿Eso es ironía? En este caso la bondadosa mujer se llama Julia Verecunda.

—¡Oh, esa bruja! —Arsínoe hizo un signo para ahuyentar el mal de ojo. Bueno, eso es lo que yo supuse.

—¿La conoces?

—¿Y quién no?

—¿Tiene dinero?

—Nada digno de mención.

—Está apoyando la campaña de su hijo para las elecciones.

—El que tiene dinero es él. De su padre Enniano. A Verecunda no le está permitido tocarlo. He oído decir que la prudencia de su marido le resulta mortificante.

Salvio Grato estaba a punto de anunciar su compromiso con la hija de un importador de pieles del Aventino. (Arsínoe conocía los detalles, a pesar de que Grato aún tenía que anunciarlo). Y Vibio Marino, como yo sabía, estaba casado y tenía dos hijos.

—Ah, sí. Arsínoe, ¿has oído algún rumor?

—¡Vaya, no! Cuéntame el chisme.

—Se dice que uno de los candidatos pega a su esposa. Dado que su esposa Julia ha desaparecido de casa, ¿podría ser Vibio Marino? Al menos eso es lo que afirma Nothokleptes.

Arsínoe profirió un sonido de repugnancia.

—Nothokleptes es un cabrón inútil.

—¡Cierto! —Reí alegremente—. ¿Has oído algo que apunte a que Julia Optata pueda haber abandonado a Vibio?

—No, nada.

—Por una extraña coincidencia, la madre de Julia Optata también es Julia Verecunda.

—¡Por Palas Atenea! —exclamó Claudia Arsínoe—. Entonces la suegra ha provocado la ruptura. Es famosa por sus disputas. Hace que sus hijas traten mal a sus maridos, que los dejen por otros mejores. Le encanta ver cómo se desintegran las familias sabiendo que ella es la responsable.

—¿A qué se debe que sea así?

—Una naturaleza malvada. Odiar es su carácter.

—¿Y educó a sus hijas para que fueran igual que ella? ¿Son todas agresivas?

—No necesitó enseñarlas —se mofó mi banquera—. El veneno les llegó con su leche, como si fuera una hechicera. Pero el carácter familiar ya estaba ahí antes de su nacimiento. Su propia sangre está emponzoñada.

Aun dejando aparte la teatralidad griega, todo esto no auguraba nada bueno para Vibio. Sentí lástima por el otro yerno, Volusio Firmo, y más aún por Ennio, el hijo varón de una familia que parecía tan desgraciada.

—Ya conoces tu camino —declaró Arsínoe. Le gustaba declamar como una pitonisa, pero sus honorarios eran más bajos y no tenía que verla toqueteando mollejas momificadas—. Será mejor que vayas a ver a esa horrible arpía. Dile que le enviaré a una Furia desatada si te toca un solo cabello.

—Gracias, querida.

Arsínoe se abalanzó sobre mí y me estrujó con abrazos como si creyera que quizá no volvería a verme. Me lo tomé como una muestra del amor de los atenienses por el teatro. Si realmente hubiera sido una pitonisa, tal vez me habría preocupado.

XXVIII

¿Qué estaba intentando probar? Y ¿alguien me lo agradecería? Concluí que no, así que opté por la cautela.

Era media mañana. Bajé por el Clivus Tuscus, pasando por el templo de Augusto en dirección al Foro. Un incendio había destruido ese templo y Domiciano lo había reconstruido; el pulcro edificio se había desembarazado recientemente de su andamio, así que me detuve para admirar sus flamantes ocho columnas y vislumbrar las estatuas interiores de Augusto y Livia.

Tras reflexionar sobre mi siguiente movimiento, pensé en hacer más indagaciones sobre los candidatos, incluyendo a Vibio, que ahora resultaba problemático.

El Foro parecía muy tranquilo. Si los adversarios estaban haciendo su ronda diaria, o bien llegaba siempre demasiado tarde para encontrármelos, o se habían marchado a otro lugar. No vi a ninguno de ellos en la Rostra, la tribuna de las arengas, donde Sexto Vibio iba a pronunciar hoy su discurso. ¿Lo había hecho ya? ¿Sus pullas habían dañado tanto a los demás que habían vuelto a casa arrastrándose para lamerse las heridas, como atletas derrotados? No lo creía. Soy una persona realista.

—¿Ha ocupado alguien la tribuna hoy?

—Uno de esos idiotas ha estado ahí parlotando. No le he prestado atención.

Fantástico.

A la porra mi carrera como redactora de discursos políticos. Nadie te lo agradece. Ni siquiera el títere que lee las frases entiende tus mejores chistes; tus elevados sentimientos se ven desplazados por los acontecimientos y al día siguiente ya se han olvidado; en cualquier caso, la muchedumbre ni siquiera te escucha. No impresionas a nadie. Búscate una nueva carrera. Vendedora de pescado encurtido.

Quizá porque estaban siempre algo aislados del grupo principal, acabé encontrando a Ennio Verecundo y su madre. Si los demás rivales se habían ido todos juntos, aquellos dos no habían recibido invitación para la merienda campestre. Ennio era el chico con quien nadie quería jugar.

Lo observé prodigando sus sonrisas a todos los que se cruzaban con él. Tenía una cara rectangular con la barbilla puntiaguda y algo de entradas que hacían su frente realmente cuadrada. Sus ojos parecían más inteligentes de lo que indicaba su humilde actitud. Si alguien se lo encontraba sin su toga para las elecciones, lo tomaría por un secretario desilusionado. Uno al que hubieran mandado al retiro por inútil.

Mamá no manejaba a su hijo tan descaradamente como yo había creído en un principio. Él se movía por su propia cuenta, aunque ella no dejaba de vigilarlo. Debía de saber que su retoño no tenía verdaderas aptitudes. Ennio abordaba a la gente y estrechaba manos obedientemente; esa sonrisa suya no era del todo falsa, pero carecía de significado. Si alguien le hubiera llamado embustero, habría seguido sonriendo.

Me sorprendió ver que la gente se mostraba extrañamente paciente. Ennio se

acercaba a un grupo y posaba mientras estrechaba la mano del cabecilla y sonreía a los demás. Actuaba como si todos fueran del mismo parecer. Ellos se lo permitían.

Al menos, ningún exaltado se encaró con él haciéndole preguntas agresivas sobre los problemas de su vecindario. Nadie esperaba que hiciera gran cosa. En un caluroso día, nadie tenía ganas de enfrentarse con él. Nadie le lanzó huevos de ganso. Simplemente esperaron a que siguiera su camino.

La verdad es que su malévola madre parecía una mujer a la que no convenía enojar. Ello se debía en parte a su atuendo y su porte decididamente anticuados. Hoy llevaba de nuevo la estola, esa prenda sin mangas que va sobre la túnica y que antiguamente se reservaba para las matronas respetables, pero que ya no se ponían las mujeres jóvenes. Su pelo, recogido hacia atrás en un moño, con tres ondas perfectamente colocadas a cada lado de la cabeza, también recordaba la estatua de culto de la emperatriz Livia que yo acababa de ver en su templo.

Tal como la representaba el arte imperial, Livia llevaba la estola y frecuentemente se cubría la cabeza con un velo. Tenía una cara extrañamente dulce; sin embargo, aunque uno pusiera en duda los relatos horripilantes sobre su afición a envenenar gente, había sido otra dama a la que convenía tratar con cautela: una esposa que, estando embarazada, había dejado a su primer marido al darse cuenta de que Augusto era mejor partido. A partir de entonces se había dedicado infatigablemente a pulir la reputación de Augusto, a hacerse con el sello imperial y gobernar en su nombre cuando él no estaba. Una matriarca que helaba la sangre. Otra madre que había defendido los derechos de su hijo, el extraño Tiberio. Esposa, madre, abuela, bisabuela de emperadores (algunos malvados, otros locos). Divinizada, pero aún observada con nerviosismo.

Julia Verecunda había conjuntado atuendo y peinado. Sus grandes ojos y su expresión irreprochable eran una réplica de los de Livia. Tenía unas facciones rollizas, y podrían haber sido dulces de no ser por los labios firmes y apretados. «Respétame o te rompo las piernas».

Por supuesto, su imagen pública era de sumisión al varón. La campaña era de Ennio y para Ennio, y en apariencia la conducía él, como debía ser. Nadie podía dudar de que recibía los consejos de su madre, lo que seguramente significaba que le atosigaba.

Pero aunque Ennio se limitara a hacer lo que se le decía, no daba muestras de sentirse mangoneado, de ser un calzonazos. Había aprendido bien la lección. Sabía evitar los problemas.

Arsínoe me había dicho que disponía de su propio dinero. Era de suponer que su madre sabía que, si alguna vez él reunía el valor suficiente, tendría una vía de escape.

Me fijé en que les seguía un reducido y callado grupo de allegados. Entre ellos, una mujer joven, pálida y de aspecto decente, probablemente la esposa y madre de su hijo. No habían llevado consigo al bebé para atraer a la multitud, por muy mono que pudiera ser. Hoy hacía demasiado calor; el bebé no habría hecho más que lloriquear.

La esposa pálida o algún otro tenía sentido común. Seguramente la decisión no había emanado de Julia Verecunda, la abuela salida del Averno; alguien como ella, sin duda, esperaba que los niños se comportaran de manera impecable en todo momento, o haría que la pálida esposa se sintiera como una madre incompetente si un bebé inquieto lloraba.

La esposa vestía una bonita túnica azul celeste que realzaba con elegancia su esbelta figura. Aunque pálida, desprendía una taciturna serenidad. Claro, los oprimidos aprenden a mantener la compostura para evitar crearse más problemas. Tal vez Ennio y ella formaban la pareja perfecta de sumisos.

Me animé cuando Ennio, que hablaba con un hombre que también tenía allí a su esposa, llamó a su lado a la pálida joven y la presentó; las dos mujeres se pusieron entonces a charlar. Sin duda hablaban de bebés. La esposa de Ennio no se mostró precisamente locuaz, pero adoptó los modales corteses de la pareja de un político. Tuvo todo el rato la mano de Ennio sobre su hombro. Casi parecía un gesto de cariño.

Representar el papel de pareja del político era lo que Julia Optata, la supuestamente devota esposa de Vibio, debería estar haciendo.

* * *

El resto del grupo parecía compuesto de esclavos y libertos de la familia. Tal vez hubiera algunos parientes y amigos pero, en ese caso, se mostraban muy discretos.

Llamé la atención de una liberta. La habían adiestrado para responder a preguntas del público y me saludó como a una influencia potencial en los votantes masculinos de mi familia. (No me conocía, ni a mí ni a mi familia). Me presenté por mi nombre, que no mi profesión, y hablé admirativamente de Julia Verecunda. Le dije que me parecía que era una mujer importante en estas elecciones.

—He oído decir que no solo es la madre de Ennio, sino que tiene dos hijas casadas con otros candidatos. ¿Le resultará difícil saber a qué séquito de adeptos unirse!

—Oh, ella apoya a su hijo, por supuesto.

—Pero sería todo un premio para cualquier familia tener a más de un candidato elegido en el mismo año, ¿no?

—Puede, pero Julia Verecunda no piensa en eso.

Ya; según se decía, despreciaba a sus yernos.

—Estoy segura de que tu joven amo saldrá elegido.

—Sí, eso es lo que desea su madre para él.

La liberta se volvió para irse, pero la retuve por el brazo sin perder los buenos modales.

—Disculpa, ¿podrías contestarme una cosa? Alguien me dijo que una de sus hijas, con la que necesito hablar, vive ahora con su madre. Julia Optata. ¿La encontraré en vuestra casa?

—Oh, no. ¿Quién te ha dicho eso? Julia Optata está casada con Vibio Marino.

Debes preguntar por ella en casa de él.

—Vaya. ¿Por qué me habrán dicho eso? Claro que, como una buena hija, iré a visitar a Julia Verecunda, ¿no?

—Hace tiempo que no la vemos, pero es normal, con todo el trabajo que hay ahora.

—Debe de estar muy ocupada en estos momentos, apoyando a su marido, ¿no? — sugerí con los ojos muy abiertos.

—Seguro que sí.

Su tono era despreocupado y consideré que se creía lo que decía. ¿Nadie de ese grupo se había dado cuenta de que, cuando se cruzaban con Vibio, nunca iba acompañado de su esposa? Yo diría que una madre perspicaz lo habría notado enseguida, pero tal vez Julia Verecunda era una mujer reservada.

¿Discutiría con su hija? ¿O aprobaría su comportamiento, tal como habían sugerido tanto Claudio Laeta como Claudia Arsínoe? «Le encanta ver cómo se desintegran las familias sabiendo que ella es la responsable...». ¿Había dejado Julia Optata a Sexto porque su madre la había alentado a hacerlo?

Aquí, en el Foro, Verecunda continuaba como siempre, desplegando orgullosamente la admiración maternal por su hijo. Nunca volvía la cabeza, pero sus ojos se movían. Se posaron en mí. Había detectado mi conversación; su desconfianza era corrosiva.

La liberta lo notó y se alejó de mí. Apenas dejó traslucir que estaba nerviosa, pero cuando se ajustó el chal vi que le temblaba la mano. También yo fingí no haberme fijado en Verecunda y eché a andar.

Me dirigí al otro extremo del Foro y, créeme, caminaba muy deprisa.

XXIX

Un nuevo destello blanco me atrajo hacia la basílica Julia, donde encontré a Fausto con Sexto Vibio. Avanzaban resueltamente por la Via Sacra hacia la Rostra, que se hallaba bajo la alta sombra del Capitolio.

Con ellos había más personas que de costumbre. No quise separar a Fausto de aquel amplio séquito de simpatizantes, pero él me vio y se acercó por decisión propia. Parecía afligido. No necesitaba preguntarle por qué. Caminamos juntos.

—Se lo he preguntado —dijo deprisa y en voz baja—. Alega que Julia Optata no está en casa. Al parecer está fuera, de visita, con su consentimiento.

¿En serio? ¿Su mujer se había ido de viaje en un momento tan crucial, llevándose todas sus pertenencias? Seguí convencida de que ocurría algo raro, mas no quise insistir. A veces, cuando uno se entromete, sale escaldado.

—Tengo una noticia tranquilizadora, Tiberio. He descubierto que no está en casa de su madre, el lugar más obvio al que habría ido si hubiera puesto fin a su matrimonio. —Percibía frialdad en sus maneras, y quería congraciarme con él—. Olvida que te pregunté por ella. Me disculpo. Y discúlpame ante Sexto. No volveré a entrometerme. Pero de todas formas tendrás que preparar una declaración pública satisfactoria.

—Al final se sabrá, ¿verdad? —Fausto tenía un humor sombrío. Ojalá recordara que la gente inquiría ya a Sexto por su mujer antes de que yo empezara a indagar. Me sentía culpable igualmente.

—¿No estás enfadado conmigo?

—No, Albia. —Suavizó su expresión—. Nunca.

Y me atrajo hacia sí entre la muchedumbre de personas que querían oír a Sexto. Nos encontrábamos en el extremo norte del Foro, en el exterior de la Curia. La Rostra discurría de lado a lado del Foro, casi en toda su anchura. Detrás estaba el Umbilicus de Roma, una estructura de mármol que representaba el ombligo de la ciudad. Delante se encontraba el Milliarium Aureum, el poste dorado donde confluían todas las calzadas que conducían a Roma. Era un lugar sagrado.

La alta base de la Rostra estaba adornada con espolones de navíos, recuerdos de batallas navales; algunos pertenecían realmente a galeras capturadas al enemigo, pero muchos otros se habían confeccionado especialmente. Una balaustrada rodeaba la parte posterior y los lados de la amplia plataforma, dejando abierta la parte delantera. Los oradores subían a esta tribuna, desde donde se veía el Foro lleno de monumentos y estatuas, en dirección al templo del Divino Julio, cuyo panegírico se había dado justo allí.

Muchos discursos famosos e infames se habían pronunciado desde la Rostra, mucha oratoria brillante y también muchas tonterías. Abrumados por aquel escenario, en cuanto sus pies tocaban aquella legendaria tribuna, muchos oradores sucumbían a los tópicos y la verborrea. Todos se creían Marco Antonio. Ninguno se le acercaba

siquiera. Eso nunca les impedía hablar. Muy pocos se dejaban intimidar por las groseras interrupciones de la plebe romana.

Vi a Sexto encaramándose con impaciencia a la gran plataforma. Cuando se situó en el lugar elegido, pareció empequeñecer junto a las columnas que servían de sostén a las estatuas conmemorativas. Personajes con coronas de laurel, con bastones de mando o pergaminos, con narices romanas poco afortunadas y feísimos pies con sandalias, posaban noblemente a su alrededor. Había demasiadas, así que de vez en cuando el Senado tenía que insistir en que se redujera el número.

Era la primera vez que veía a Sexto Vibio Marino en acción. No estuvo nada mal. Le habíamos proporcionado un potente discurso, que él debía de haber memorizado durante la noche anterior. Habló sin notas. Era el procedimiento correcto, tanto en la política como en la magistratura. Por lo que pude ver, no recurría a ningún apunte entre los pliegues de la toga. Si los tenía, debía de ser solo para mayor tranquilidad, porque en ningún momento miraba hacia abajo como para leer notas ocultas.

Tenía el estilo adecuado: miraba a su público y hablaba en un tono casi de conversación. Daba la impresión de ser simpático y digno de confianza. Me alegró comprobar que tenía madera de político, aunque pudiera ser chapucero en ocasiones.

Fausto se había asegurado de que todos sus adeptos se mezclaran con la multitud, sobre todo frente a la tribuna. Los demás candidatos se habían agrupado; la mayoría gozaba de una vista inmejorable desde los empinados escalones del templo de Saturno. Ennio tenía una posición mucho peor en el templo de la Concordia, como si los demás le hubieran negado el sitio. Se había propagado la noticia sobre las intenciones de nuestro candidato; nadie podía permitirse el lujo de perderse el discurso, por si necesitaba proferir alguna refutación. Todos se habían hecho acompañar de sus propios adeptos, que empezaron pronto con los abucheos. Solo unas cuantas personas eran miembros imparciales del público. Por lo que yo sabía, incluso a algunos de estos podían haberles dado incentivos para que asistieran.

Divisé a Grato y su hermana. Por alguna razón, estaban solos en los escalones del templo de Vespasiano, que se había levantado bajo el Capitolio, metido entre el templo de la Concordia y el pórtico de los Dioses Consentes. Se hallaba casi a la vuelta de una esquina y desde allí apenas se veía la Rostra. Ocultarse allí no era la mejor manera de resaltar que se presentaban en coalición con el orador del día.

* * *

Al principio todo fue bien. Las historias que había recogido yo provocaron alegres y estrepitosos gritos, y los chistes que había escrito Fausto hicieron reír a todos, incluso a los partidarios de los rivales insultados. Sexto percibió el entusiasmo y su discurso se hizo aún más apasionado. Todos estaban con él, disfrutando de su perorata, y estaba claro que él se lo pasaba bien ofreciéndola.

Fausto y yo escuchábamos, lanzándonos miradas cuando el candidato llegaba a una de nuestras mejores frases.

—¿Para qué necesita nadie un feroz perro de caza en Roma? No creo que su intención sea atacar a venerables sacerdotisas. ¿Será para cazar ratones? Os lo sigo en serio, amigos míos, qué patético ha de ser un hombre que depende de un perro para lograr notoriedad pública. Si ese animal significa tanto para él, ¿por qué no elegimos al perro en lugar del amo, como un nuevo *Incitato*? —Era el caballo de carreras que en otro tiempo un emperador loco había designado como cónsul.

La muchedumbre reía y algunos impostaban ladridos. Criticar a Trebonio Fulvo era fácil: entrenamiento con pesas indecoroso, actitud de matón, un perro peligroso que no respetaba la religión, sus anillos extravagantes... Trebonio Fulvo escuchaba con una leve sonrisa, aguardando su oportunidad. En cuanto Sexto hizo una pausa para tomar aire, él bramó con su atronador vozarrón:

—¡No debo de ser tan malo si tengo una esposa leal! Día tras día me acompaña orgullosamente para apoyarme en mi empeño. Al ofrecerme para un cargo público, yo al menos estoy respaldado por una firme relación doméstica.

La esposa leal se encontraba a su lado; él la tomó de la mano y la sujetó al modo tradicional que indicaba el compromiso matrimonial, mientras ella lo miraba con adoración y una sonrisa afectada, típica de las esposas leales de los políticos cuando se presentaban ante el público. Parecía mayor que Trebonio, una respetable mujer de cuarenta años, que olvidaba sus decepciones maritales y cometía el horrible error de perdonar al descarado farsante de su marido.

—¡Qué asco! —musité a Fausto—. Debe de haber calado a su marido hace años.

—Repugnante, sí, pero eso no significa que cuando estén en su casa ella no se queje de que a él le apestan los pies, o que no le diga que no eructe delante de su madre porque solo lo hace para fastidiar a la vieja bruja...

Trebonio prosiguió con su contraataque:

—Bueno, Vibio Marino, ¿y dónde está tu esposa hoy? ¡Como de costumbre, miro a mi alrededor y no la veo! ¡Empiezo a preguntarme si la encantadora Julia Optata no te habrá abandonado cruelmente! ¿Se ha acabado tu matrimonio?

Sexto supo apañárselas. Lanzó a Trebonio una mirada compasiva, como si su rival estuviera imprudentemente desinformado.

—Trebonio, qué amable por tu parte preguntar por mi esposa. Amigos, permitidme que os diga que soy muy dichoso con Julia Optata, pero a veces uno ha de hacer sacrificios. Mi querida esposa ha ido a acompañar a su hermana, que dará a luz por primera vez y está aterrada. Echo de menos a mi amada esposa, pero debo soportar su ausencia. Se trata de un acto de bondad por su parte, con el que puede contribuir a un parto seguro. Julia Optata y yo tenemos hijos, por lo que puede ofrecer sus útiles experiencias.

Después de aquella respuesta, Trebonio acabó pareciendo mezquino y falso, y Sexto pasó audazmente a ridiculizar a Aruleno Crescens. La multitud sabía que eso sería aún más divertido. Adivinaban que oirían chistes verdes sobre fiestas y eunucos, temas favoritos del populacho.

Volvió a crecer el entusiasmo, mientras yo pensaba que Sexto podría habernos contado lo de la nerviosa hermana embarazada..., si es que era cierto. Su actitud huidiza seguía fastidiándome. Incluso Fausto murmuró:

—Vaya sorpresa. Cuando hablé con él, Sexto solo me dijo que Julia se había ido de visita.

Decidí dejar que Fausto asumiera esas dos historias contradictorias a su manera. Lo que haría yo sería profundizar en el asunto.

—¿Sabía Trebonio Fulvo que Julia no está en su casa?

—¿Cómo podía saberlo? —refunfuñó Fausto—. ¡Trebonio no puede entrar en la casa, subir e inspeccionar los aposentos de arriba como hiciste tú!

Entonces lo recordé: se lo había contado a otra persona ayer. Miré hacia donde estaban Laia y su hermano. Laia se dio cuenta. ¿Se sentía culpable? Entre su hermano y ella se produjo un fugaz indicio de comunicación. Estaban demasiado lejos para ver si ella le decía algo, pero me pareció que no.

Respiré hondo.

—¿Has hablado hoy con Laia Graciana o con su hermano?

—No. —Fausto me miró—. Grato nos ha dejado solos cortésmente para trabajar el discurso. Sabía que estábamos nerviosos.

—¿Crees que...? —Observé a Fausto tomar la decisión de no enfadarse, aunque compartía mis sospechas.

—No creo nada —afirmó—. Esto es la política.

* * *

Laia debía de haberle contado a su hermano que Julia se había ido. Era censurable que Grato le hubiera proporcionado semejante munición a Trebonio; seguramente quería empezar a defender su propia posición. Ya sabíamos que era un oportunista. Quizá Grato pretendía retirarse de una asociación con Sexto que ahora le resultaba embarazosa. Antes de romper con él abiertamente, tal vez sembrara más cizaña haciendo preguntas inconvenientes para ver qué ocurría, tratando de afianzar su postura.

—Siento habérselo contado a Laia.

—Tú no tienes la culpa. Ella ya andaba soltando insinuaciones.

—¡Menuda lealtad!

Fausto adoptó una expresión contrita. Conociéndolo, se culpaba a sí mismo y a su vieja enemistad con Laia.

Sexto estaba llegando al final de su discurso. Un clamor de aprobación surgió del extremo norte del Foro.

—¿Qué te parece, cómo ha ido el discurso? —pregunté con cautela.

Fausto sonrió y yo sentí alivio.

—¡Ha ido bien! —respondió. Ladeó la cabeza y me observó con una sonrisa que desprendía su habitual cordialidad—. Gracias por tu ayuda.

Sexto se bajó de la Rostra, enardecido por su éxito. Se abrió paso entre la multitud, estrechando manos mientras caminaba, hasta que llegó a nosotros. La gente le palmeaba la espalda y levantaba el polvo blanco de la toga. Incluso él empezó a toser.

En ese momento una gente estuvo a punto de chocar contra nosotros. Era el grupo de Ennio Verecundo. Para mi asombro, su madre se plantó justo delante de nosotros.

—¡Menuda sarta de sandeces, Sexto Vibio!

Vista de cerca, su piel tenía el aspecto del cuero y sus ojos negros lanzaban destellos. Su alto moño al estilo de Livia parecía casi lacado. Nos examinó, impasible y recta como un ariete, mientras Sexto se inclinaba para darle un beso de saludo en la arrugada mejilla. Me pregunté hasta qué punto la conocería antes de casarse con su hija, si había llegado a conocerla, y hasta qué punto se habían conocido después. Fuera cual fuere su relación, o la relación de Sexto con Julia, al menos en público él mostraba el respeto debido a su suegra. Ella mantenía una expresión de enojo, pero aceptó el saludo como un derecho.

Sexto estaba siendo doblemente atento, porque era evidente que Julia Verecunda no lo soportaba. Le hincó el dedo índice en el esternón con tanta fuerza que, sin duda, le dejaría un moretón. Parecía que intentaba abrirle un agujero, pero él se limitó a recular un poco.

—¡Yerno! ¡Dile a esa hija mía que espero verla inmediatamente!

—Le escribiré para comunicarle tus deseos —convino Sexto con tono educado y apacible.

—¡Tráela de vuelta! —La voz de Julia Verecunda sonaba como el rechinar del carbón en una parrilla caliente—. Quiero oír su explicación sobre tu embuste. ¿Visitando a una hermana aterrada? No pronuncias más que tonterías, Vibio Marino. Alguien debería decírselo a esos idiotas que aplaudían tu discurso. Ninguna de mis hijas está embarazada. ¡Yo sería la primera en saberlo, créeme!

XXX

Parecía probable que mi trabajo para la campaña de Vibio hubiera concluido. Si Fausto lo necesitaba, volvería a ayudarlo, pero solo si me lo pedía. Sentía curiosidad por el enredo doméstico en que debía de estar metido su amigo, pero me retiraría con elegancia.

Fausto y yo no acordamos una nueva cita para vernos, pero nos despedimos amistosamente. Él se fue con Vibio por la Via Sacra y yo giré hacia la basílica Emilia. Adopté una actitud despreocupada, como si tuviera asuntos que tratar allí. De hecho, me encontraba en uno de esos puntos bajos que por lo general me impelen a dar por terminado un caso, y aunque me encontrara con Nothokleptes y me contara algo nuevo, tenía la sensación de que ya no deseaba oírlo.

Bueno, quizá sí, si era algo turbio.

¡Maldición! Había olvidado preguntar a Fausto qué había hecho con mi burro. Confías a un magistrado tu único medio de transporte y el muy cerdo se olvida de que se lo prestaste y ya no vuelves a verlo.

Pronto tuve otras cosas en que pensar. Cuando me acercaba a la elegante hilera de tiendas del pórtico de Gayo y Lucio, me paró Ciro, el mensajero de la casa de subastas. Me dijo que llevaba al cambista el dinero de la subasta de Calixto; mi tía Maya había pagado a los clientes sus ganancias tras restarles nuestros honorarios. Nos había ido bien. Mi padre se sentiría complacido. Como solíamos decir en la familia, el dinero serviría para que se comprara una nueva vela para su barca de pesca ridículamente recargada.

Nothokleptes se tomó su tiempo para contar las bolsas de dinero. Luego lo guardó, fingiendo que lo destinaría a un fondo de alto rendimiento (en otras palabras, su habitual sistema de honorarios elevados, interés bajo con el que se costearía la jubilación). Confortado por la perspectiva de sus futuros beneficios, se echó hacia atrás y me preguntó:

—¿Has descubierto qué ocurre con los Calixto?

—No del todo. Problemas de liquidez, al parecer. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada.

—¡Mentiroso! Dime por qué te interesa. ¿Se han quedado sin dinero?

—Tienen de sobra, ¡gracias, amada Isis!

—Y más ahora con las ganancias de la subasta.

—¿Les enviarás el dinero a su casa o directamente a sus cambistas? —preguntó Notho, ansioso por saberlo.

—Ni idea. Maya Favonia lo arreglará todo. ¿Por qué? ¿Les deben dinero a su banquero?

—Oh, tiene los ahorros de la familia a su cargo. No va a salir perdiendo.

—No me extraña. Entonces, ¿qué pasa?

—No puedo decirlo. Confidencialidad con el cliente.

—Pégale eso a los testículos de un sátiro con aceite de romero y luego se los asas a fuego lento.

—Flavia Albia, tu pobre madre se estremecería si te oyera.

—Ella me alentaría. ¡Venga, Notho!

—Oh, no es nada.

—¿Tendré que rociarte con aceite de romero y asarte a ti también?

Hizo una mueca.

—Es solo que el anciano Calixto es de la vieja escuela. No ha hecho lo necesario para que sus hijos se independizaran. No es avaro. Tienen a su disposición todo el dinero que quieran, pero su banquero solo está autorizado a dárselo con una autorización firmada por el padre. Incluso cuando Calixto Valens se va al campo, lo que suele hacer en esta época para evitar el calor, envía un mensajero a Roma cada semana para decir cuánto dinero se puede entregar.

—¿Y?

—Pues que ahora el viejo no envió al mensajero. Primus fue a pedir dinero en efectivo, pero se lo negaron.

—¿Una disputa familiar? —Estaba intrigada.

—Aparentemente, no. Primus no se lo esperaba. Se fue hecho una furia, pero no está emancipado, así que no podía hacer nada. Los hijos alardean mucho, pero su banquero respeta los deseos del padre.

—¿Y eso es todo lo que sabes?

—Sí. Debe de haber sido un error.

—¿Me aseguras que no hay nada más?

—Los banqueros nunca hacen promesas. Sabemos demasiado sobre las incertidumbres de la vida.

Son casi tan sabios como los investigadores.

* * *

—Esto huele mal —le dije a Ciro cuando nos fuimos—. Empiezo a pensar que los Calixto pudieron organizar la subasta para lograr unos ingresos directos sin depender del padre. ¿Se habrán peleado con él? ¿Pudieron vaciar el viejo almacén sin que él se enterara? Parecían ansiosos por recibir el dinero de la subasta. Deben de alegrarse de que haya terminado.

—No ha terminado —repuso Ciro, y me explicó que la venta continuaba—. Gornia ha reunido unas cuantas piezas para alargarla un día más. La mayor parte podía esperar hasta la próxima gran subasta, pero quiere deshacerse de ese cofre.

—¿Lo intenta vender otra vez? ¿Qué pasó con el que perdió la puja?

—Ya sabes cómo es la gente. Cuando Gornia fue a ofrecérselo, el idiota perdió la confianza y dijo que ya no lo quería.

—Por supuesto —gruñí—, el idiota aparecerá y volverá a pujar en cuanto vea a otros interesados. Se lo tiene bien merecido si al final acaba pagando más por él.

—Gornia le ha tomado aversión a ese cofre. Está impaciente por verlo desaparecer. —Ciro hizo una pausa—. Podrías pasarte hoy por allí; tu padre querría que hubiera alguien presente. A Gornia no le gusta nada el ambiente. Ha llegado incluso a pedirle a Lappio que envíe a más hombres por seguridad.

—Lo está intentando superar. El cadáver del cofre lo puso muy nervioso.

—Pues tenemos que animarlo —dijo Giro.

Bueno, ya tenía algo que hacer. En un puesto compré pan sin levadura para Giro y para mí; luego nos dirigimos hacia el Capitolio, lo rodeamos para llegar al Campo de Marte y entramos en el pórtico de Pompeyo.

* * *

Cuando llegamos, solo se había congregado un pequeño grupo. Gornia ocupaba la plataforma e intentaba vender un aparador de madera veteada; cualquiera a quien le gustara el acabado, seguramente pasaría por alto la puerta sujeta con un cordel y el pomo que faltaba.

La estructura encorvada con la piel raída de *Ursa* protegía los objetos sin vender. El *Muchacho* de la espina hacía las veces de un segundo centinela. El cofre aguardaba. Nadie se fijaba en él. Todo parecía de lo más normal.

A Gornia le gustaba acondicionarlo todo. Con los artículos que se subastaban había dispuesto el mobiliario necesario para una estancia, con diván, mesas, aparadores, banquetas. De los candelabros colgaban lámparas supuestamente eróticas. Incluso había un tablero de juego con fichas de vidrio. Eso atraía la atención de la gente; un tipo del público se acomodó en el diván. Los hombres que pasaban cerca del tablero de juego intentaban hacer una jugada. Y luego trataban de hacer sonar las campanillas del tintinábulo. Era una grosería; todos eran unos groseros. La gente bruta que cree que un falo desnudo puede ahuyentar el mal debe de saber muy poco sobre la vida.

La subasta empezó con unos divanes de piedra a los que debían de haberles quitado los cojines cuando sus dueños decidieron remodelar el jardín. Eran divanes para tres personas muy básicos; se cubrían con cojines cuando alguien los usaba. Pero eran muy interesantes porque venían a juego con una enorme fuente decorada con conchas y mosaicos. Tenía un modesto *Nacimiento de Venus* (senos pequeños, grandes caderas, tapándose sin mucho remilgo con unas finas algas), flanqueado por un par de caballitos de mar musculosos, que se divertían agitando una resplandeciente espuma de cristal. Una pieza espléndida; se comprendía por qué se había salvado de la piqueta de los sagaces obreros.

Cinco de ellos estaban presentes. Hombres corpulentos con polvorientas túnicas sujetas en un solo hombro y pesadas botas de trabajo, todos con aspecto de sentirse fuera de lugar, pero todos muy concentrados en las pujas sobre su lote. Llevaban un gran odre con *mulsum*, esa vigorizante mezcla de miel y vinagre, y sus propios vasos. Cada vez que alguien pujaba, los obreros hacían una mueca y se echaban un trago al

coleto. Era de puro asombro por el dinero que estaban a punto de conseguir, una fortuna para ellos.

Esos hombres trabajaban largas jornadas que se pagaban muy mal, en comparación con los prósperos dueños de las casas y los modernos diseñadores que los contrataban. Por una vez les caería dinero del cielo. Gornia debía de haberlos interrogado exhaustivamente, pero todos sabíamos que había cantidades ingentes de desechos cuando se reformaban las casas. A menudo se tiraban piezas muy hermosas y a nosotros nos gustaba ver que salía algo bueno de un basurero, sobre todo porque en una ocasión mi padre había encontrado un bebé en uno de ellos, que ahora era mi dulce primo Junilo. Salvar cosas era algo que llevábamos en la sangre.

Cuando se adjudicó su lote, los obreros echaron más *mulsum* en los vasos, con expresión atónita.

* * *

Me acerqué a ellos para explicarles qué debían hacer a continuación. Estaban más que dispuestos a transportar tanto los divanes como la fuente en su resistente carro hasta la casa del nuevo dueño, e incluso le ofrecieron un precio de ganga por la instalación. Les dije que aceptaríamos gustosamente cualquier otro objeto rescatado de la basura que nos trajeran, siempre que pudieran demostrar que tenían derecho a venderlo: nuestra casa de subastas no aceptaba objetos robados.

En ese momento aparecieron los Calixto: Secundus y el primo, bien acompañados por unos agresivos escoltas. Gornia me lanzó una mirada; ellos se situaron inocentemente detrás del público asistente.

Apenas habían tenido ocasión de enrarecer el ambiente con su sombría presencia, cuando la mujer de Níger se adentró agitada en el círculo de la subasta, seguida por un hombre harapiento que chorreaba sudor y llegaba también agitado.

—¡Detened la subasta! —exclamó ella. Abrió los brazos de lado a lado como si guiara a unas traviesas cabras—. Ese cofre pertenece a mi marido. ¡No estáis autorizados para venderlo!

Gornia apaciguó los ánimos anunciando que subastaría unas vasijas de vino, mientras yo me ocupaba del problema.

Todos los presentes se animaron. Los obreros decidieron quedarse para mirar. Nadie prestaba atención a las cráteras de vino que, a decir verdad, eran decepcionantes. Una tenía una enorme grieta. La gente compra estas cosas porque se dejan impresionar por su tamaño, pero nadie utiliza después esas enormes vasijas para mezclar agua y vino y llenar las copas: incluso vacías, no hay quien las levante. La mayor parte regresan a su debido tiempo para venderse otra vez. Les damos la bienvenida como hijos pródigos y las ofertamos como «rarezas antiguas».

Me llevé a un rincón a la histérica esposa de Níger, hablándole en voz baja. Los subastadores nos encontramos con situaciones como esta de vez en cuando, pero sabemos cómo defender nuestros derechos.

—Es cierto —expliqué—, tu esposo pujó por este cofre, pero no lo pagó. El cofre por tanto volvió a sus dueños originales, que nos han autorizado para subastarlo por segunda vez.

—¡Tito Níger es el propietario!

—Solo si lo hubiera pagado. Deja que te lo vuelva a explicar. —Endurecí el tono, pero mostrándome aún razonable. El abuelo, un hombre encantador e implacable, me habría jaleado—. Si afirmas que el cofre es tuyo, debes mostrarme una prueba, nuestro resguardo en el que se dice que Níger nos entregó el dinero.

La mujer estaba frenética.

—No quieren pagarle sus honorarios. Está furioso por el tiempo que ha perdido.

—Entonces podría quedarse cualquier otro objeto que tenga en su custodia como garantía, pero no el cofre. Nadie nos lo pagó, así que vamos a volver a subastarlo.

—Pero...

—A ver si lo entiendes: el cofre pertenecía a los Calixto, y Níger debe zanjar la cuestión con ellos. —No hacíamos más que dar vueltas a lo mismo—. En todo caso —exigí saber, levemente irritada—, ¿dónde está el famoso Níger? ¿Qué puede decirnos el moroso en su defensa?

La mujer adoptó una actitud esquiva. Su agente clavó la vista en el suelo y no hizo ningún comentario.

—Mi marido está fuera de la ciudad ahora mismo.

—¿Dónde? —Comprendí que la mujer no tenía la menor idea. Me pareció extraño.

—Yo actúo como árbitro —intervino el hombre sudoroso—. Reclamo el cofre como prueba hasta que se haya establecido quién es su verdadero dueño.

Era un miserable que debería haber aconsejado mejor a la mujer desde el principio y no dejar que viniera a la subasta. Supuse que se trataba de alguien con quien Níger tendría tratos por su trabajo, y de ahí lo conocería su mujer. Pero el propio Níger estaba ausente.

—No acepto tu reclamación —manifesté con firmeza—. Níger faltó a su palabra. Pedimos instrucciones a los dueños originales y aquí estamos, vendiéndolo de nuevo. Para cualquier pregunta, ahí tenéis a los Calixto. Podéis presentarles vuestras quejas. —Mientras se producía este altercado, Calixto Secundus y su primo no se movieron del sitio, pero oyeron todo lo que se dijo.

—Esto es un problema legal —dijo el agente. Tenía la cara roja y un tono pomposo, pero el tic nervioso del ojo delataba que no estaba nada seguro de su posición.

—Te equivocas. —Sonreí con frialdad—. Esto es una subasta y vamos a proseguir con ella.

—Iré en busca de los vigiles.

—Ve. —Hice una seña a Gornia para que subastara el cofre sin más demora.

El sudoroso agente estaba tan ocupado con sus bravatas que no se dio cuenta de

mi señal.

—¡Voy ahora mismo a por ellos y nadie debe tocar ese cofre hasta mi regreso!

—Entendido. —Pensaba ignorarlo.

El agente salió corriendo para molestar a los chicos de la ley y el orden. Seguramente se negarían a venir en el acto, aunque vendrían mañana, cuando todo fuera más seguro y no necesitaran hacer nada. La mujer lanzó una mirada asustada hacia los Calixto, pero no reunió el coraje suficiente para hablarles. Lo que hizo fue salir disparada y lanzarse sobre el cofre. Tumbada encima cuan larga era, se pegó a la tapa como una lapa, gimoteando sobre la madera chamuscada.

—¡No babeas sobre esa valiosa pieza, señora! —Gornia hizo un gesto con la cabeza a Lappio, nuestro guardaespaldas más fornido, un hombre grande y pacífico con la cara picada de viruelas, que se acercó y la levantó del cofre.

Llevó a la mujer, que se debatía, hasta más allá del público. Ella lanzaba puntapiés en todas direcciones con sus grandes pies calzados con sandalias, pero Lappio la depositó en el suelo (porque los encargados de la seguridad son hombres educados..., al menos los nuestros), y luego la sujetó rodeándola con sus grandes brazos. Le dijo que cerrara la boca. Ella chilló. Él se hizo el sordo. Ella gritó pidiendo ayuda, así que todos los que estaban cerca se apartaron. Ella se tranquilizó, pero solo un poco.

* * *

Gornia cerró la puja sobre las cráteras de vino, que no se habían vendido y volverían al almacén, y anunció la venta del cofre. Los cinco obreros que habían vendido la fuente acababan de colocar sobre el cofre sus vasos de *mulsum*, que levantaron rápidamente.

El cofre era demasiado pesado para levantarlo y mostrarlo, así que uno de los mozos portadores más jóvenes, que se creía un saltimbanqui del circo, hizo unas cabriolas a su alrededor con gestos de «¡mirad qué maravilla de cofre!». Era un pícaro bobalicón.

—Gracias, Lucio —dijo Gornia solemnemente.

Fue entonces cuando apareció Calixto Primus, atravesando el pórtico con varios escoltas; matones patiocortos y sin cuello. Vi a nuestros guardaespaldas deliberar entre ellos. Solían pasar largas horas aburridos, pero ahora la cosa prometía pendencia. Secundus y el primo susurraron algo a sus propios matones.

Gornia seguía a lo suyo:

—Aquí tenemos un espléndido cofre antiguo de tamaño excepcional, muy reforzado, que solo ha estado en posesión de una familia...

Primus llegó hasta nosotros. Detrás de él, con toda la prisa que les permitían sus altos tacones de corcho, venían las dos maquilladas esposas de los hermanos, además de Julia Laurentina, la esposa del primo. Traían criadas para que les cuidaran los rizos, les llevaran el pañuelo y actuaran como asistentas.

Ahora fue Calixto Primus quien alargó el brazo sobre el cofre y proclamó:

—¡No aceptéis ofertas por este cofre! ¡Prohíbo su venta! ¡Esto es un acto de horrible impiedad!

Con eso habría bastado. Su familia era la propietaria del cofre; no habríamos puesto objeciones.

Pero Secundus se lanzó sobre el cofre inesperadamente y apartó a Primus de un empujón y lo hizo caer sobre una pila de festones y cortinas apolilladas (algunas grises, otras a rayas de colores, todas horribles).

—¡No lo sabes! —gritó Secundus a Primus, al tiempo que caía sobre él.

—¡Yo creo que sí!

—Nos dijeron que no era él. —El primo tiró de Secundus para ponerlo en pie.

Caído aún entre los viejos cortinajes, el tono de Primus sonó lleno de tristeza.

—Sois los dos unos ingenuos, sordos a todo. No soportáis oír la verdad.

—¡Ignorad a este hombre! —bramó Secundus—. Está loco. ¡Seguid con la subasta del cofre!

—¡Vendedlo! —gritó el primo, chillando como un nervioso hámster sirio.

—¡No lo vendáis! —chilló la esposa de Níger, zafándose de pronto de Lappio para precipitarse hacia ellos.

—¿Qué me ofrecéis? —preguntó Gornia, esperanzado, desde su plinto—. ¿Alguien quiere pujar?

Solo un lunático habría pujado por un objeto enredado en semejante disputa. Los prudentes comerciantes así se lo hicieron saber lacónicamente.

* * *

Incluso en circunstancias normales el momento no podría haber sido más embarazoso para que se uniera a él un grupo de candidatos a las elecciones con sus inmaculadas togas blancas. Pero, cómo no, allí aparecieron todos, entrando en el pórtico de Pompeyo, caminando tranquilamente, sonrientes. Los respetables candidatos estaban a punto de participar en circunstancias que nadie calificaría de ordinarias.

XXXI

Lo que era una situación difícil derivó en espectacular.

Los roncós ladridos de un enorme perro anunciaron que, enardecido por las pullas que Vibio le había lanzado antes, Trebonio Fulvo había mandado traer a su mastín de caza. El nuevo *Incitato* jamás había tenido un día de paseo tan fantástico. Se soltó de su adiestrador por el simple método de sacar la cabeza del horrible collar de púas que llevaba. Exultante, *Tinta* empezó a dar brinco; orinó en los lotes que aún no se habían vendido, hizo trizas todo lo que logró atrapar en sus fauces babeantes y, finalmente, corrió hacia su amo y saltó sobre él cariñosamente.

El perro tenía una altura de metro veinte con las cuatro patas en el suelo. Era un animal caro y pesado, que al parecer habían adiestrado para derribar toros salvajes, demasiado fuerte para Trebonio. Al intentar esquivar los frenéticos lametones de su mascota, Trebonio cayó al suelo con su toga blanqueada. Como giraba la cabeza para eludir la lengua del perro, aterrizó boca abajo o, como vio el chuchó con gran deleite, culo arriba. El perro se excitó con él. La empalagosa admiración de su esposa no sería nada en comparación. Ahora, cuando quisieran insultarlo, Trebonio sería el hombre cuyo perro había intentado copular con él a la vista de un público que lo jaleaba.

La entusiasmada multitud pensó que el espectáculo era mejor que comprar viejas fuentes y divanes desvencijados. Los comerciantes se abrieron paso a empujones para ver mejor y derribaron las dos cráteras metálicas de vino (de falsa plata, con falsos grabados celtas, decididamente una chapuza); ambos grandes recipientes cayeron de sus inestables soportes y rodaron de un lado a otro. Tiraron a todos los que golpearon por detrás, los que su vez arrastraron a otros en su caída.

Los hermanos Calixto se habían enzarzado en una violenta pelea a puñetazos. Invadieron la zona cuidadosamente dispuesta por Gornia como una habitación, y siguieron aporreándose, trastabillando con los muebles. Primus rompió una mesita auxiliar. Secundus hizo añicos unas lámparas. Su primo intentó intervenir antes de que ambos se volvieran contra él. Uno de ellos gritó:

—¡Sujetad a este idiota! —Matones con garrotes se lanzaron sobre el primo, que pronto se encontró tambaleándose con media oreja colgando. Cada vez que alguien salía despedido, nuestros vigilantes lo levantaban del suelo entre risas y volvían a arrojarlo hacia la refriega.

Las tres esposas se habían hecho a un lado y chillaban; era imposible determinar si querían que la pelea terminara o continuara.

Junto a una columnata, Trebonio seguía debatiéndose para librarse del mastín, resollando con impotencia mientras la chusma lanzaba vítores. A pesar de su aspecto afeminado, Aruleno Crescens era leal a su compañero candidato y tenía, literalmente, mucho peso. Agarró a Dilio para que le ayudara. Dilio bizqueaba, aparentemente borracho, pero entre los dos lograron rescatar a Trebonio.

El mastín salió corriendo. Lo vimos dirigirse a la galería de arte donde, como

perro que era, empezó a arrancar cortinas. Sí, me refiero a los legendarios cortinajes de brocado sobre los que tal vez hayas leído en las reverentes guías. Pronto se oyeron los gritos desgarradores de los horrorizados amantes del arte.

En la subasta, Vibio y Ennio demostraron su potencial como hombres de ley y orden haciéndose cargo de los Calixto, que aún peleaban. De pronto, los dos candidatos forcejearon con los hermanos hasta que llegaron otros para ayudarles. Las esposas de ambos Calixto se plantaron cada una frente a su marido para chillarles por haber quedado en ridículo. El primo se encontraba maltrecho después de haber recibido mamporros de los escoltas. Doblado sobre sí mismo, mareado, empezó a vomitar en una de las cráteras de vino; sospeché que había sufrido una conmoción. Su airada esposa, Julia Laurentina, le decía que era repugnante, pero unos comerciantes preocupados le atendieron. Finalmente se apoyó en la enorme vasija de vino, haciendo torpes esfuerzos por incorporarse, como si no tuviera la menor idea de dónde estaba.

Mientras Ennio sujetaba aún a Secundus, Julia Verecunda tuvo que decidir si aprobar la iniciativa de su hijo o reprenderle por unirse a la trifulca.

—¡Mantente alejado y deja que se maten entre ellos! —Él fingió no oírla. Un tipo valiente.

Sexto soltó a Primus porque el hermano mayor se desmoronó de repente, y tuvo que sostener su corpulenta figura sacudida por estremecedores sollozos, presa de una pena insoportable que todos pudimos ver.

¿Por quién?

Las tres esposas se juntaron con inquietud. Me acerqué a ellas resueltamente.

—¿Qué demonios está pasando? —Nadie respondió.

Llegaron más personas. Una de ellas era Manlio Fausto, que me traía a *Moteado*. Dromo y el chico iban a lomos del burro, golpeándole los flancos para azuzarlo con sus torpes pies. *Moteado* chocó contra *Ursa* al intentar desmontar a los dos muchachos. La osa embalsamada se bamboleó hasta que cayó al suelo. Se le desprendió la cabeza. Nuestros mozos porteadores profirieron exclamaciones de pesar. *Ursa* llevaba mucho tiempo con nosotros.

En su camino hasta la subasta, a Fausto se le había acercado una mujer llamativa. Llevaba una jarra en la mano izquierda y un sistro en la derecha; no era lo que habrían elegido la mayoría de mujeres como complementos. Un velo cubría sus bucles, coronados por una pequeña palmeta dorada, y sobre la larga túnica plisada le caía un chal con flecos de innumerables pliegues, sujeto con un gran nudo de elegante diseño en el centro del busto. (Sí, claro, demasiado recargada. Mis hermanas habrían cambiado todo su atuendo entre exclamaciones de horror).

A la mujer se la reconocía al instante como sacerdotisa de Isis. Solo le faltaba la serpiente enroscada en torno a la cintura, pero ese día se la había dejado en casa, seguramente porque llevaba un brazo vendado desde la base del pulgar hasta el codo. Recordé que el perro de Trebonio la había mordido, como todo el mundo sabía.

Isis era una diosa extranjera respetada en Roma, favorecida por Vespasiano y Tito, que habían estado en Oriente, y por Domiciano, que en una ocasión se había refugiado entre los seguidores del culto, al estar su vida amenazada. Domiciano había reconstruido el templo de Isis y Serapis en un fabuloso estilo, y su sacerdotisa se comportaba como si personificara a la diosa: Isis, la madre universal, señora de todos los elementos, hija primordial del tiempo, soberana de todos los asuntos espirituales, reina de los muertos, reina del mar, reina también de los inmortales, diosa triple del inframundo, reina celestial... Una vecina a la que es mejor no ofender. Para eludir la ira de Isis puede que se necesite algo más que unas campanillas movidas por el viento de un tintinábulo fálico.

En cuanto la maltrecha sacerdotisa divisó a Trebonio Fulvo entre el grupo de candidatos, soltó un escalofriante chillido acusatorio. El falso *Incitato* la oyó. Se volvió, vio a alguien a quien reconocía y salió disparado hacia ella para saludarla. La asustada sacerdotisa intentó detenerlo golpeándole en el hocico con el tintineante sistro.

El perro volvió a morderla.

Manlio Fausto lanzó una estentórea orden:

—¡Que alguien atrape a este maldito sabueso! —Como edil, era responsable de los animales peligrosos que aparecieran en sitios públicos. Por desgracia, como edil su persona era sacrosanta, así que nunca llevaba una escolta que pudiera ayudarle.

Los cinco obreros vieron que nadie más tenía el valor para ocuparse del bicho, así que decidieron hacerlo ellos. Los hombres recogieron sus vasos de *mulsum* (lo único que tenían a mano) y avanzaron hacia el perro.

—¡Aquí, chico!

La bestia mordisqueó a tres de ellos, luego metió su enorme hocico en un vaso y lamió el vinagre con miel con avidez. Yo crecí rodeada de perros. Agarré un cordel de los festones de cortinas que se subastaban, me acerqué despacio y, mientras bebía, lo acaricié entre las orejas. Tenía el pelaje liso, pero se notaba rasposo; no era un animal al que cepillaran jamás. Gruñó mientras sopesaba si las caricias ofendían su dignidad, pero me permitió seguir.

—Buen perro, buen perro... —Él meneó la cola y derribó una pila de fuentes de cerámica, que se hicieron añicos—. No parece amenazador —dije a los obreros. Todos sonreímos, permaneciendo muy quietos y cautos. Hice un lazo con el cordel y se lo pasé por el robusto cogote.

—¡Cuidado, muchacha!

—Se le dan bien los animales. —Era la tranquila voz de Fausto, a mi espalda—. Albia, aléjate ahora.

—Es solo que tiene demasiado calor y necesita beber, ¿no es verdad, precioso? — El perro dejó de beber para pasarme su cálida y áspera lengua por la mano. Lo tenía bajo control, aunque estaba agarrotada por el miedo.

Los obreros habían encontrado trozos de cuerda en alguna parte, como es propio

de ellos; formaron un arnés y con cuidado lo colocaron alrededor del mastín, que se calmó. Se sentó cuando se lo ordené. Hasta aquí, todo bien.

Manlio Fausto tiró de Trebonio Fulvo para sacarlo de entre la multitud. Fausto preguntó a la llorosa sacerdotisa qué compensación exigía: con celeridad egipcia, la servidora de Isis mencionó una suma considerable. Fausto dictaminó que era justa (la sacerdotisa sangraba bastante) y la dobló porque era el segundo mordisco que recibía. Ella restañó la sangre serenamente usando su enmarañado chal. Las grandes cifras no perturban a las hijas primordiales del tiempo.

Fausto ordenó a Trebonio que pagara y evitara la necesidad de acudir a los tribunales.

—¡No tienes elección, hombre! Compensa a la mujer sagrada, o acabarás pagando lo mismo como multa.

Trebonio aceptó, pero no consintió en llevarse al animal a casa. Informé a Fausto sobre el modo en que el perro había saltado sobre su dueño al caer este al suelo. Fausto logró mantener la expresión seria, a duras penas.

—No culpes a tu perro —le dije a Trebonio—. No es culpa suya. Necesita un adiestrador al que le gusten los perros difíciles y los comprenda. Solo tienes que pensar en cómo te domina tu esposa. —Ella me oyó, pestañeó y no sonrió—. Tú puedes dominarlo a él.

—En Roma no —declaró Fausto—. Esta ciudad no es para perros peligrosos. Trebonio Fulvo, te prohíbo que le permitas seguir campando a sus anchas por nuestras calles y espacios públicos. Te ordeno que lo lleves a tu finca del campo.

Trebonio siguió negándose a llevárselo. Su esposa también, lo que seguramente se debía a que el perro causaba estragos en la que, sin duda, era su comfortable casa. El adiestrador que conducía antes al perro se había esfumado. Para resolver el dilema, me ofrecí a llevarme aquella bestia a mi casa, pero solo por una noche. Si se comportaba bien, Trebonio tendría que aceptar llevárselo. Si no, sería sacrificado. Manlio Fausto anunció que la solución era aceptable, y sugirió a Trebonio que debería pagarme por acoger a su perro durante la noche..., además de un dinero por el peligro que corría.

—¿Cómo se llama?

—*Cónsul*.

—¡No es de extrañar que se dé ínfulas!

En ese momento, todo el mundo estaba tranquilo y se mostraba amigable. No iba a durar.

XXXII

Los obreros se iban y se ofrecieron a llevar a *Cónsul* a la plaza de la Fuente. Gornia había reunido solapadamente a un grupito de comerciantes alrededor de su pequeña tribuna, y una vez más pidió que pujaran por el cofre de Calixto.

Manlio Fausto vigilaba todo cuanto ocurría, los brazos cruzados sobre el pecho. Era la primera vez que yo me daba cuenta de que la zona que le había sido asignada, un distrito de la ciudad, debía de incluir una parte del Campo de Marte.

Vibio había sentado a Calixto Primus en el diván de la habitación recreada por Gornia. Secundus consolaba a su hermano mientras Vibio iba a ver cómo estaba su conmocionado primo. Este se encontraba en serias dificultades; intentó ponerse en pie, pero se deslizó hasta el suelo, donde empezó a sufrir convulsiones. Vibio gritó pidiendo una camilla. El pórtico de Pompeyo tenía asistentes; Fausto salió de inmediato en su busca.

Mientras el hombre herido yacía en el suelo retorciéndose por las convulsiones, su esposa se arrodilló e intentó ayudar a Sexto Vibio a sujetarlo. Su madre, Verecunda, se acercó con paso resuelto y le dijo que no se molestara.

—¿Cuándo vas a aprender de una vez? —Realmente era una arpía despiadada que se daba aires con su atuendo y su peinado al estilo de Livia, aunque no era mejor que cualquier vieja amargada, egoísta y sin amor. Si hubiera llevado una mala vida, quizás habría tenido una excusa, pero se notaba que no era el caso.

—¡Oh, cállate, madre! —Julia Laurentina se incorporó y se abalanzó sobre ella. No tenía entrenamiento y perdió el equilibrio al intentar darle una bofetada; simplemente giró sobre sí misma sin llegar a tocar a mamaíta.

Verecunda soltó un bufido desdeñoso. Al abandonar el lugar y pasar por delante de los hermanos Calixto, no pudo evitar lanzarles una pulla.

—¡Os habéis lucido! Habéis gastado todo vuestro precioso dinero intentando que eligieran a ese pelagatos. No conseguisteis mantenerlo en la campaña, ¡y ahora habéis hecho que lo mataran!

Me quedé perpleja unos instantes. Hasta que todo adquirió sentido. Aquel primo sin nombre de los Calixto, el marido de Julia Laurentina, tenía que ser Volusio Firmo. El portero de la casa de los Calixto me había dicho que el nombre que aparecía en la propaganda del muro era Firmo. No me había dicho que se tratara de un pariente; supongo que pensaron que yo ya lo sabía.

Así pues, habían sido los Calixto quienes habían gastado dinero a manos llenas para sobornar a Abascanto. Seguramente estábamos subastando los viejos cachivaches guardados de los Calixto porque la familia se había arruinado en su fútil empeño, y ahora Primus y Secundus corrían el riesgo de haberle causado un daño irreparable a su primo.

* * *

La subasta se interrumpió durante la urgencia médica. Con el rabillo del ojo vi a Dromo, el esclavo de Fausto, hurgando entre los restos de *Ursa*. Se había puesto la cabeza a modo de casco. Dromo nunca era oportuno y carecía de tacto. A continuación se la quitó y la arrojó todo lo lejos que pudo, chillando:

—¡Aaaggg! ¡Gusanos!

Esto causó la diversión de unos vigiles de túnica roja que acababan de llegar con el agente de la esposa de Níger. Olvidando por qué los habían llamado, rieron y empezaron a dar puntapiés a la cabeza. La gente se apresuraba a apartarse. Los que estaban más cerca veían los gusanos reptando.

El juego se detuvo cuando Manlio Fausto regresó con un médico y camilleros. Tras un rápido examen, levantaron el flácido cuerpo de Volusio Firmo y se lo llevaron a toda prisa. Sensatamente, Julia Laurentina se quitó las sandalias de tacón para correr descalza tras ellos, como una esposa devota.

El grupo de candidatos también se alejó, lo que desgraciadamente concitó la atención de los hermanos Calixto.

Calixto Primus se levantó por fin, enjugándose los ojos. Extrañamente, la visión de Aruleno y Trebonio le enfureció. Se abalanzó hacia ellos, señalando el fatídico cofre.

—¡Cabrones! ¡Cabrones desalmados! ¿Cómo os atrevéis a aparecer por aquí?

Estaba tan enfadado que pensé que le estallaría una vena.

—¡Levantad la tapa! —ordenó a sus escoltas—. ¡Levantadla, os digo! ¡Y luego ayudadme a meter dentro a este par de asesinos a ver si les gusta!

No sirvió de nada decirle que el cofre estaba cerrado y la llave en la Saepa Julia. Ordenó a sus hombres que lo abrieran como fuera. Ellos empezaron a sacudirlo violentamente de lado a lado sobre las cortas patas chamuscadas. Nuestros mozos protestaron, en vano.

Una pata cedió. Los hombres empujaron con más fuerza. El cofre cayó de lado. La cerradura se zafó y la tapa se abrió, golpeando en el suelo con estrépito. Algo cayó del interior.

Todo el mundo reculó. Se hizo un silencio de estupefacción.

—¡Por las tripas de un titán! —exclamó un vigil—. Tenemos un cadáver.

Corrección, mi digno agente de la ley: teníamos otro cadáver.

XXXIII

Primero se desplomó un brazo masculino desnudo. El resto del cuerpo lo siguió con varias sacudidas, espeluznantemente afectado por el rigor mortis. El cadáver cayó al fin y dio contra el suelo boca abajo.

Los vigiles empujaron a todo el mundo hacia atrás. Sin duda estaba muerto, se notaba. Un vigil le palpó el cuello para asegurarse, en un gesto rutinario.

—Está frío.

Lo pusieron boca arriba. Los presentes estiraban el cuello para mirar. Yo me colé entre la gente para ver si a este muerto sí podía reconocerlo. Así fue. Era delgado y larguirucho, llevaba una túnica beige y tenía la cara con marcas de granos. Níger, el agente desaparecido.

Su mujer soltó un grito ahogado y se desmayó.

XXXIV

Manlio Fausto se hizo cargo de todo. Cualquiera habría creído que los candidatos se quedarían para observarlo todo, pero fueron los más rápidos en marcharse. Otras personas también desaparecieron, no querían verse involucradas en ningún lío.

Los vigiles no se atrevieron a largarse delante de las narices de un magistrado. Fausto les ordenó que comprobaran si el cadáver había sido víctima de algún delito. Ellos examinaron de cerca a Níger y anunciaron que mostraba los signos propios de haber recibido una paliza poco antes de morir. El cadáver tenía menos de un día. Fausto dictaminó que se trataba de un asesinato.

Los hermanos Calixto se abrieron paso entre los presentes para examinar los restos de su antiguo agente. Fausto les pidió que lo identificaran formalmente. La esposa de Níger se recobró de su desmayo; muy indignada, reclamó esa tarea como suya, alentada por la bola de grasa que le hacía de agente. Así pues, Fausto dejó que lo hicieran todos, mientras él tomaba notas.

Preguntó a los Calixto por qué habían acabado enemistándose con Níger; ninguno de los dos quiso responder. Les dijo que se fueran a casa y aguardaran su próxima visita, además de aconsejarles que urdieran una historia satisfactoria si no querían acabar señalados como sospechosos.

El agente de la esposa de Níger se plantó a su lado. Debía de estar pensando en aquella vivienda del primer piso bien cuidada, por no mencionar los ahorros que habría acumulado Níger, como cualquier agente autónomo precavido. Pronto ese hombre estaría «ayudando» a su clienta a preparar el funeral, tras lo cual seguramente consolaría a la aturdida viuda hasta conseguir casarse con ella...

Sugerí que mandáramos llamar a Fundano. Le aseguré a la esposa que trataría el cuerpo con respeto. Con una viuda respetable tal vez lo hiciera. Además, me pasaría cualquier información útil. Quería saber qué había tras los dos cadáveres aparecidos sucesivamente en aquel cofre. Ni pensar en abandonar ahora mi investigación sobre la primera muerte.

Fausto intentó interrogar a la llorosa esposa. Le preguntó si Níger tenía enemigos, pero ella aseguró que lo quería todo el mundo, en especial sus maravillosos y generosos clientes. Y explicó que los hermanos Calixto lo habían contratado recientemente, no solo para pujar en la subasta, sino también, antes de eso, para realizar un encargo en el campo. No sabía en qué había consistido dicho encargo, solo que sus clientes no habían quedado satisfechos.

Entre sollozos añadió que Níger no había vuelto a casa la noche anterior. Era algo inusual en él, por lo que a la atribulada esposa no le sorprendía del todo que estuviera muerto.

Me escabullí para hablar en voz baja con Gornia.

—Ya sabes lo que voy a preguntarte. Si tuvimos el cofre cerrado con llave y con escolta toda la noche, ¿cómo demonios algún malvado lo ha abierto y ha metido

dentro a Níger?

Como temía, la noche anterior nuestro personal había ido a cenar. Habían pedido a los vigilantes nocturnos del pórtico que echaran un ojo por ellos «durante una horita». Ya sabía yo lo que significaba eso.

—Así que los vigilantes asintieron, pero luego se fueron a lo suyo y dejaron nuestras cosas desatendidas, ¿no?

Gornia admitió que debía de haber ocurrido así.

—¿Durante horas?

Gornia se mostró abatido.

—¿Se llevaron algo?

—No, por supuesto que no, Albia. El pórtico se cierra con llave al ponerse el sol.

—La gente entra igual. Es notorio como lugar de citas clandestinas.

—Los amantes están demasiado ocupados para dedicarse a robar cosas.

—¡Pero extrañamente no parecen demasiado ocupados para abandonar cadáveres!

—Oh, vamos, Flavia Albia. No me machaques. Soy un anciano.

Examinamos la cerradura del cofre y encontramos marcas de una palanqueta, rayas nuevas en el metal viejo. Alguien había forzado la cerradura.

Fausto se fijó en que estábamos hablando y se acercó.

—El que hizo esto, edil, debía de saber que el cofre se iba a subastar de nuevo — le dije—, que iba a ser hallado. ¿Es un mensaje de los asesinos de Níger para los Calixto?

Fausto sopesó mis palabras en silencio.

—¿Qué mensaje? —preguntó Gornia. Al no responder nadie, cambió de tema malhumoradamente—. Bueno, ¿y qué se supone que debo hacer con este maldito cofre?

Fausto pasó por encima del cadáver para echar un vistazo al interior. Esta vez se mostró tajante.

—No hay pistas. Es hora de poner fin a esto. Te ordeno que lo quemes. Si los Calixto protestan, diles que vengan a verme. Destrúyelo lo antes posible, por favor.

Gornia contuvo las emociones contradictorias que lo embargaron con respecto a los honorarios que habríamos cobrado vendiendo el cofre y el odio que le tenía; se avino a quemarlo. Por el pícaro guiño que me lanzó al tiempo que tiraba de la cerradura rota, comprendí que primero le arrancarían todos los herrajes; valían dinero.

Llegó Fundano, más pronto de lo esperado. Tenía olfato para las muertes. El acuerdo con la viuda se cerró en un momento, a través de su agente, y luego se llevaron el cadáver. La acongojada mujer se fue a casa, acompañada por su agente, cada vez más persistente.

Fundano se quedó. Sintióse inseguro ante Fausto, me llevó aparte.

—¿Te interesaría saber que había visto antes a este tipo?

—¡Desde luego, Fundano! ¿Cuándo?

—El día que quemamos el primer fiambre que sacamos del cofre. El tipo apareció

y pidió verlo. Llegó justo a tiempo. Una hora más tarde ya tenía la pira ardiendo. Según él, podía ser un conocido suyo.

—¿Le enseñaste el cadáver? —terció Fausto, a quien no era fácil engañar. Un edil tenía que detener las apuestas ilegales; Fausto había aprendido a detectar los tejemanejes subrepticios.

—Espero no haber hecho nada malo, señor —se lamentó Fundano, humildemente.

—Sigue con tu historia.

—Por supuesto, señor. —Esta era una nueva faceta del pomposo enterrador. Lo prefería cuando fanfarroneaba—. Bueno, le echó un vistazo, pero no mucho rato porque, como puede confirmar Flavia Albia, el primer muerto estaba en un estado, digamos, considerablemente malo.

—¿Pudriéndose?

—Algo líquido ya, señor. Lo arreglamos lo mejor que pudimos, pero... —Fundano meneó la cabeza pesaroso.

—¿Níger le puso nombre? —inquirí, dominando mi impaciencia.

—Pues no. Declaró que se había equivocado, que no lo conocía. Y se fue rápidamente, tapándose la nariz. Luego vimos que vomitó fuera, en la calle.

—No necesitaba ese detalle —musitó Fausto con su expresión más adusta.

El enterrador se volvió hacia mí.

—Te habría contado esa visita, Flavia Albia, pero como no reconoció al muerto, supuse que no tenía interés.

—Te había dicho que necesitaba saber si alguien se interesaba por el cadáver.

—Y aquí estoy contándotelo, Flavia Albia.

—¡Bueno, pues gracias!

—Es posible —le advirtió Fausto con tono ominoso— que si Flavia Albia hubiera conocido antes tu historia, este nuevo cadáver estuviera vivo ahora.

—¡No veo cómo! —repuso Fundano, más agresivo y mostrando su verdadero carácter.

—Y quizás habríamos podido ponerle nombre —prosiguió Fausto. Trataba regularmente con irascibles propietarios y mujeres que regentaban burdeles. No se dejaba intimidar.

Fundano se dio prisa en marcharse.

* * *

El ambiente en el pórtico cambió a medida que caía la tarde. La noticia de un nuevo segundo cadáver pronto atrajo a los morbosos a nuestro rincón, ansiosos por echar un vistazo al cofre de siniestra historia. También se acercaron parásitos que esperaban encontrar artículos desatendidos tras la subasta. Nuestro personal se apresuró a guardarlo todo, sabiendo que caerían sobre nosotros los saqueadores. Félix había llegado y estaba en la puerta esperando con su carro para llevarse los artículos no

vendidos. Algunos mozos estaban fuera cargando los lotes y nuestras propias pertenencias. Dentro quedaba poco personal.

Unos gamberros encontraron los restos de *Ursa*, con el resultado que era previsible. Unos ladrones desvergonzados intentaron arramblar con las dos cráteras de vino, a pesar de su peso. La mayor parte de los escoltas de otras personas se habían ido ya, así que ahora solo quedaba nuestro propio personal de seguridad y unos vigiles. Algunos de estos se habían ido ya con la excusa de que estaban de guardia contra incendios. Por suerte quedaban los suficientes para silbar pidiendo refuerzos.

Se produjo una fugaz impresión de amenaza, un amago de desagradable tumulto, hasta que llegaron refuerzos. Parecían de las cohortes urbanas, los encargados de aplacar disturbios, a los que siempre se tomaba muy en serio. Las cohortes urbanas estaban acuarteladas junto con la guardia pretoriana, y aparecían periódicamente para aporrear a la gente. No se pagaba indemnización aunque sus víctimas murieran.

Las cohortes urbanas empezaron a repartir mamporros sin miramientos y los alborotadores se dispersaron rápidamente. Por un momento temimos incluso que las cohortes se volvieran contra nosotros, pero su centurión se cuadró ante el edil; era evidente que lo reconocía como magistrado. Manlio Fausto echó un vistazo a Gornia, que estaba horriblemente cansado y parecía haber vivido al raso durante diez años. Fausto se volvió entonces hacia mí.

—Flavia Albia, hija de Falco, esta subasta ha sido una auténtica vergüenza, y en el sagrado pórtico de Pompeyo, además. Se han incumplido los términos de la licencia que posees, que tendré que revisar. No pienso tolerar semejantes desmanes en mi administración.

Luego les ordenó a dos vigiles que me montaran sobre *Moteado* y me llevaran al Aventino, a la oficina de los ediles. Solté un gruñido de sorpresa.

—¡Lleváosla! —zanjó Fausto.

Gornia me dijo que no me preocupara, que se lo diría a alguien.

También yo estaba cansada y me costó caer en la cuenta: Tiberio Manlio Fausto, mi supuesto amigo, ese edil presumido y aficionado a pontificar, que carecía de sentido común y discreción, me trataba como a uno cualquiera de los que aparecían en las listas de sujetos a vigilar por la autoridad.

Me habían arrestado.

XXXV

No tardé en maldecir a Gornia. Él creía que obraba correctamente, pero yo habría sobrevivido sin la ayuda que decidió solicitar. Llevaba más o menos una hora en el edificio de los ediles. Me trataban cortésmente. Todo el mundo sabía que yo conocía a Fausto. Él se había quedado en el pórtico para zanjar el asunto con las cohortes urbanas.

Yo me había tranquilizado ya y estaba dispuesta a reírme con él por el ingenio con que me había sacado de una situación delicada. Estaba sentada en un patio con vegetación. *Moteado* se estaba atiborrando de los arbustos artísticamente podados, así que, cuando me pareció que acabaría poniéndose enfermo, lo envié de vuelta con el chico con el recado de que Gornia podía llevárselo a casa si quería. Sabía que, en cuanto se fueran del pórtico Fausto y los soldados, Gornia y los muchachos harían una hoguera con el cofre, que aprovecharían para prepararse una cena a la parrilla. Lamenté perdérmelo.

Fausto se tomó su tiempo. Mientras lo esperaba, oí una voz horriblemente familiar en el portal. Petronio Longo, el mejor amigo de mi padre, camarada de armas y antiguo colaborador, marido de tía Maya e investigador retirado de los vigiles, un hombre que últimamente no tenía mucho que hacer. A Gornia le había parecido la persona más obvia para liberar a alguien de un arresto. Yo no era de la misma opinión.

—¡Un mocoso que no sabe ni limpiarse el trasero tiene retenida a mi sobrina aquí!

Buena forma de empezar, viejo tío. Con un tacto exquisito.

Lo dejaron entrar. Era alto, robusto y seguro de sí mismo. Sus cabellos antaño castaños se habían agrisado, pero su paso seguía siendo brioso y visitaba al barbero con frecuencia. Sus botas eran del tipo que llevan los vigiles para patear a la gente. El retiro no lo había ablandado, solo le había dado más tiempo para convertirse en una molestia cuando creía que molestar era necesario. Lo que ocurría en la mayoría de ocasiones, en opinión de Petro.

Tenía la edad de mi padre, casi cincuenta. Al igual que Falco, estaba convencido de que el mundo estaba lleno de idiotas y perversos.

No se molestó en abrazarme, simplemente se despatarró en un banco como si estuviera en su casa.

—¡Así que te has metido en un lío! ¿Qué ha pasado?

Por desgracia, en ese momento vi a Fausto entrando en el patio discretamente. Debía de haber pasado por su oficina y ahora vestía de manera informal. Hice unos gestos indicando «ten cuidado con lo que dices», que podía haberse aplicado a cualquiera de los dos, y me preparé para presentarlos.

No me hicieron ni caso.

—Lucio Petronio Longo, veterano de la Cuarta Cohorte de Vigilantes. Puedes

llamarme «señor».

—Manlio Fausto, edil plebeyo. Deberías llamarme «señor», pero no insistiré.

—¡Conque eres un listillo! ¿Eres su último amante? —gruñó Petronio, incorregible.

—Mejor pregúntaselo a ella.

—¡Por Juno! —Furiosa, lancé una mirada de disculpa a Fausto—. Debo pedirte perdón en nombre de mi tío.

—Espera a conocer al mío. —Fausto fingía divertirse. Por lo que yo sabía, su tío Tulio tenía fama de vulgar.

El mío siguió hablando, imperturbable.

—La última vez que lo vi —me dijo—, tu padre estaba investigando a un forastero. ¿Es este sujeto?

—Supe que me habían investigado —intervino Fausto—. ¿Alguna idea de lo que descubrió Didio Falco?

Tío Petro rio, sugiriendo que era algo terrible. Seguramente no tenía la menor idea.

—Deja en paz al edil. Me salvó la vida —protesté.

Petro lanzó una mirada penetrante a Fausto.

—¿Eso es cierto, hijo?

—No es necesario hacerme un panegírico —repuso Fausto, restándole importancia—. La encontré en el suelo moribunda, así que la alcé en brazos, la metí en la cama y cuidé de ella hasta que llegó su madre. —Olvidó decir que no había mandado noticia a mi madre hasta una semana más tarde.

—Eso fue cuando Helena Justina te encontró en el dormitorio de su hija, ¿no? —le dijo mi tío.

—¿Oh, no se lo tomó bien? —Fausto parpadeaba como un muchacho recién llegado a la ciudad.

—¡Deberías haberla oído, muchacho! Sin embargo, Albia ya es mayorcita.

—Tengo veintinueve años, soy una viuda independiente..., ¡y estoy aquí sentada! —me quejé.

—Eso es cierto —admitió Petro, siempre impertérrito—. Una mujer capaz de meterse en toda clase de problemas, y lo bastante mayor como para saber dónde buscarlos. —Divertido con su ingeniosa réplica, se repantigó cuan largo era—. Así que ahora estás en un lío y yo tengo que sacarte de él.

—Ya que estás aquí, supongo que querrás beber algo —le ofreció Fausto.

—¡Por fin dices algo inteligente!

Por las sagradas vestales, los chicos congeniaban.

Fausto hizo una seña al único esclavo que seguía por allí, ya que los demás se habían ido al hacerse de noche. Tras susurrarle algo al oído, el chico se fue. Para matar el tiempo, Petro preguntó:

—¿Con quién sueles tratar en la Cuarta? —Para él, su antigua cohorte era la única

que valía la pena mencionar.

—Con Tito Morelo, aunque ahora está de baja por enfermedad.

—Recibió un rasguño en el desempeño de su cargo, he oído decir, ¿no? —Morelo había heredado el cargo de Petro, lo que permitía a mi tío sentirse superior y mofarse de la supuesta flojera de su sucesor—. ¿Lo hace bien?

—Bien, cuando está disponible. Fue víctima de un envenenador, casi la palma. Albia y yo trabajamos en ese caso.

Petronio me miró, meneando la cabeza.

—Eso fue cuando destrozaste el viejo balcón, ¿no? Muchos recuerdos se perdieron ese día...

—Entre ellos, tú y mi padre trasegando vino y hablando de mujeres.

—¡Bebíamos a la salud de las mujeres que amamos y admiramos! —replicó Petronio, pero no había terminado de interrogar a Fausto—: Entonces, ¿tienes jurisdicción sobre los distritos Doce y Trece aquí en el Aventino?

—Además del Transtiberino —le informó Fausto.

—¡Buena suerte con eso!

—Sí, es muy bullicioso. También me ocupo de la mitad del Campo de Marte, sobre todo teatros y pórticos. Un colega se ocupa del Panteón y la Saepa, y de todo lo que queda al norte. Para el Transtiberino y el circo Flaminio colaboro con los de la Séptima Cohorte, que, entre nosotros, son unos pesados.

—¡No te lo discuto! ¿Has tratado con Escauro, de la Cuarta?

Fausto se limitó a emitir un sonido de ahogo. Cuando se valoraba al tribuno de una cohorte, el desprecio era la respuesta correcta. Petro se animó aún más cuando el esclavo volvió con una jarra y dos vasos. Debía de traerlo de la oficina; no había tenido tiempo de ir a una taberna.

—Me gustan los hombres que tienen una reserva en su oficina... y están dispuestos a compartirla. Ve por otro vaso, hijo —pidió al criado, señalándome con la cabeza. Guiñando el ojo a Fausto, añadió—: No apruebo que las mujeres beban, pero después de quince años en esta familia ya estoy curado de espanto.

—¡La experiencia enseña! —Amablemente, Fausto nos sirvió a mi tío y a mí y se quedó esperando el vaso extra.

Lucio Petronio bebió un largo trago y luego comentó lo bueno que era el vino del edil.

—¿Setino?

—Nunca defrauda —reconoció Fausto con modestia.

Petronio estiró sus largas piernas como si se dispusiera a pasar toda la noche allí. Fausto le imitó. Sin haberlo ensayado, mi supuesto amante se estaba convirtiendo en un partido aceptable. Ya solo faltaba que quisiera cortejarme de verdad.

Petro estaba por fin listo para iniciar la auténtica discusión.

—Entremos en materia. Ni a ti ni a mí nos gusta lo que hace Albia, pero mira, ella es feliz así, qué remedio. Gana algo de dinero para sus gastos, aunque no lo necesita.

¡Su padre es un subastador, por Júpiter! Pero descuida, Falco y yo le hemos enseñado a no meterse en problemas. A lo más, ayuda a unas cuantas almas patéticas por las que nadie se preocuparía. Entre nosotros, sé que puede parecerle sospechosa, pero todo lo que hace es inofensivo, créeme.

Solté un gemido. Lucio Petronio se comportaba como el típico soldado retirado. Creía que soltando una monserga empalagosa me libraría.

—Petro, deja que me ocupe yo de esto, ¿quieres? —le espeté—. No hay nada peor que un veterano con ínfulas de sabiondo.

—Dice lo que piensa, ya ves —le dijo él a Fausto—. ¿Crees que podrás manejarla?

Fausto se encogió de hombros con resignación..., exactamente lo que se requería. Discutir con Lucio Petronio era inútil y el edil tuvo la inteligencia de aceptarlo.

—Deja que te ponga al corriente. Yo estaba en Londinium cuando Falco y Helena sacaron a esta chavala de las calles —le confió Petro, como si hablara con un amigote de taberna—. Los dos pensaron que habían encontrado a una pobre niña a la que podían civilizar. Son buenas personas, pero fantasiosos.

—¿Crees que es imposible civilizar a Albia? —preguntó Fausto tranquilamente. Sabía jugar al despiste, y la sombra de una pérgola velaba convenientemente sus ojos grises. Los ediles disfrutaban en sus oficinas de lo mejor en paisajismo civil.

—Bueno, creo que hicieron un buen trabajo —respondió Petro—. No es una maldita druida. No cuelga muérdago ni canturrea a la luna. Sabe leer, viste bien, tiene buenos sentimientos. Puedes llevarla a cualquier parte. Bueno, casi. Es una chica, puede ser impredecible. Una vez al mes se convierte en una arpía. Créeme, tengo varias hijas y sé de lo que hablo... Lo que quiero decir es que, venga de donde venga, ahora Albia es de los nuestros, así que trátala con decencia.

Fausto estaba extrañamente callado.

—Albia está a salvo conmigo —dijo.

—Ah, pero ¿estás tú a salvo con ella?

El edil esbozó una leve sonrisa.

—Quién sabe. Lo que temo es que me rompa el corazón... Pero creo que otorga su lealtad a muy pocos y que, cuando lo hace, es tenaz.

Mi tío sopesó sus palabras. Yo también.

Me pregunté si serviría para algo que hablara por mí misma. Decidí que no y me serví más vino. Fausto alargó el brazo para que le llenara también el suyo. Nuestra familiaridad se detectó al instante.

—Bien, ¿y cuál es tu plan, edil? —preguntó Petro—. ¿Arrestarla? ¿Para qué? Eres un tipo atractivo, no creo que sea la única forma que tienes de conseguir a una mujer.

Fausto dejó que se burlara.

—Petronio Longo, ya sabes cómo se desmadran las cosas en el pórtico de Pompeyo al caer la noche. El sitio pretende ser refinado, pero no lo es. —Ahora le

tocaba a él hablar de colega a colega. Dos hombres de ley y orden, camaradas en la lucha contra el crimen—. Había gamberros por ahí buscando armar bronca. A la escoria de la sociedad le encantan los tumultos, y la tensión sube con el calor del verano. Las trifulcas están servidas. —Mi tío pareció lamentar habérselo perdido—. Alguien encontró un cadáver, lo que siempre provoca comportamientos estúpidos. Así que puse a Albia bajo custodia para protegerla.

—Vaya. ¿No la acusas de nada, entonces?

Fausto se sorprendió.

—¿De qué iba a acusarla?

—A algunos magistrados ya se les ocurriría algo, ya me entiendes.

—Espero que no. Y no tengo ninguna gana de redactar un maldito informe.

—Te entiendo, son un maldito incordio... —convino Petronio. Había apurado su vino, así que ya podía marcharse—. Todo parece bastante tranquilo.

—Desde luego, aquí arriba sí. Bien, si te parece, puedo llevar a Flavia a su casa y asegurarme de que Rodan cierre bien la puerta...

—¡Buen intento, aspirante a Cupido! —se mofó tío Petro—. No, gracias. Albia es una joven respetable y yo soy su pariente masculino. La llevaré a nuestra casa para que cene, y luego la acompañaré a ese horrible antro donde vive. No es necesario que te molestes, edil. Descuida.

XXXVI

Porras. No solo me alejaban del edil, sino que me arrastraban a comer en casa de Petro y Maya. Mi tío intentó sacarle otra jarra de vino a Fausto para llevárnosla, pero sufrió una decepción.

No tan grande como la mía. Estaba segura de que esa noche Manlio Fausto, en palabras de su amigo Sexto, iba a dar el primer paso. Cuando nos despedimos, me besó en la mejilla para fastidiar a tío Petro; fue un beso formal, pero me acarició la muñeca con la punta de los dedos, lo que desde luego no formaba parte de la etiqueta. Noté que estaba agobiado por el largo día. A solas conmigo, Fausto habría compartido su cansancio; se habría consolado, y habría ofrecido consuelo a su vez. Así pues, otra oportunidad perdida; era como un círculo vicioso.

Soltando una imprecación, fingí estar molesta porque Fausto y yo teníamos cosas que hablar. Mi tío entonces me atosigó para que le dijera qué cosas eran esas, ofreciéndome además sus consejos, con la mayoría de los cuales estaba en desacuerdo.

Por suerte mi tía era buena cocinera.

* * *

Su casa les quedaba pequeña, tomando en cuenta que tía Maya tenía dos hijos varones y una hija que aún vivían en casa y otra hija casada que la visitaba diariamente, y ahora además compartían la vivienda con la hija de Petro y su bebé. Petronio era un padre severo y protector, así que nadie se sorprendió cuando su adorada Petronila se rebeló y acabó embarazada de un desconocido. Bueno, ella sí que lo conocía. Mientras cenábamos, de vez en cuando Petro soltaba un comentario insidioso buscando que ella nombrara al culpable para que él pudiera matarlo, pero la muchacha guardaba un obstinado silencio. Petronila había vivido con su madre hasta su deshonor, pero, mira por dónde, la madre la echó de casa y fue el padre quien le dio refugio. Nadie se lo esperaba.

Petro ignoraba a su nieto cuando había alguien mirando, pero Maya lo había pillado haciéndolo botar sobre las rodillas en secreto. Se consideraba un tipo duro, pero era un blando.

Petronio suponía que Petronila se había dejado preñar solo para fastidiarlo. Mi sensata tía Maya opinaba que había sido un mero accidente y se alegraba de que Petronila hubiera tenido la sensatez de no atarse al sabandija que la había metido en aquel lío. Ella quería a su padre y siempre había sido la niña de sus ojos. Lucio Petronio era increíblemente tradicional, pero al producirse una crisis, no había dejado a su hija en la estacada.

Lo mismo podía decirse de mí, eso lo sabía. De haberme metido realmente en un lío con el edil, Lucio Petronio se las habría arreglado para sacarme de allí. Esta noche había hecho el tonto, pero solo porque no se requería hacer nada más.

Cuando estaba con Petronila no paraba de despotricar. Al final Maya le dio una colleja y lo mandó a la terraza. Las hijas se ocuparon de recoger la mesa, lo que le dejó tiempo para interrogarme sobre Fausto.

No dije nada. ¿Qué podía decir?

—Petronio dice que tu amigo parece un buen partido.

¡Por Juno y Minerva! Contraataqué con preguntas sin el menor tacto sobre su menopausia, hasta que también a mí me dio una colleja.

—¡Ay! Pero si te encanta hablar de cosas de mujeres...

—No me vengas con esas, Albia.

Nos acomodamos y nos pusimos a hablar de la subasta. Le expliqué nuestras aventuras del día.

Maya era rolliza (demasiado últimamente) y atractiva, con los cabellos aún oscuros. La ayudaba su hija Cloelia, que era peluquera, y de las buenas, aunque ni siquiera ella había logrado domesticar los rizos de su madre. Llevaba bien lo de ser abuela por su hijastra, pero conservaba su espíritu juvenil. A Maya siempre la habían considerado testaruda. Tenía ideas propias y expresaba sus opiniones. A mí eso me parecía bien, salvo cuando hablaba de mis opciones con Manlio Fausto, un hombre al que no conocía y no podía juzgar, aunque yo deseara tener una oportunidad con él. Le dije que no tenía ninguna.

—Perfecto —comentó Maya—. Entonces no hay riesgo de que Falco tenga que matarlo por no ser capaz de mantener el manubrio bajo la túnica.

—Es un hombre pío.

—¡Entonces es una rareza!

—¿Quieres que te cuente el nuevo incidente con el cofre o no? —Y se lo conté.

—Vaya. Parece un recipiente mágico. Cada vez que se levanta la tapa, aparece un cadáver hinchado. ¿Lo sabe mi hermano? Se meterá a investigar tan rápido como una cabilla en el ojete de un marinero.

A saber dónde había aprendido Maya esas guarradas náuticas. Era yo la que había estado casada con un antiguo marino; su primer esposo era veterinario de caballos.

—Ya me ocupo yo. No le digas nada a Falco... ni a Helena.

—Tienes razón, Helena es igual que él. ¿Cuál es tu plan?

Le expuse mis opciones. Puestos a elegir, prefería oír las opiniones de Fausto, pero mi tía también podía serme útil como oyente. La primera línea de investigación tendría que ser descubrir qué había alterado tanto a Calixto Primus. Tenía mis sospechas.

—¿Crees que el primer cadáver era su padre? —Mi tía lo soltó sin que le preguntara.

—¡Oh, gracias, Maya! Me encanta descifrar un misterio y que luego alguien se me adelante en las conclusiones.

Ella sonrió con suficiencia. Siempre había sido la más inteligente de la familia, y lo sabía.

—Es obvio —dijo—. Las instrucciones para la subasta las dio el padre, pero desde entonces solo los hijos han estado involucrados. Y Primus y Secundus insistieron en que les enviaran el dinero obtenido directamente a ellos. Si su padre ha muerto, supongo que no pueden tocar nada más. Sencillamente, se han quedado sin blanca; ellos mismos admitieron ante mí que habían usado todo el dinero que tenían bajo el colchón para la campaña electoral de su primo.

—No conseguirán que resulte electo. Ha perdido el favor del emperador y ahora está gravemente herido. Podría morir.

—¡Así que no podrán ingresar sobornos ni multas procedentes de esa lucrativa magistratura! —Maya tenía una visión cínica de la administración pública—. Supongo que tu pretendiente estará sacando buen provecho de la suya, por cierto. De acuerdo: Manlio Fausto es demasiado perfecto para aprovecharse... Bueno, ¿y por qué habría de ponerse a llorar Primus por un cofre chamuscado, a menos que sepa que está relacionado con alguna horrible tragedia?

—Tal vez le traía malos recuerdos. Por ejemplo, la propiedad que perdieron hace diez años por el Vesubio —aventuré, tratando de ser imparcial.

—¡Tonterías! Debía de haber un significado más profundo. —Maya siempre era así de brusca.

—Tal vez perdieran a algún pariente durante la erupción, como nosotros.

—¿Y por qué querría vender el cofre si tiene un valor sentimental que todavía le hace llorar? —preguntó ella.

—Quizá Secundus y Firmo lo incluyeron en la subasta sin decírselo a Primus.

Maya se negó a aceptarlo.

—¿Acaso no fue a ver la puja la primera vez, con los demás? ¿Estaba bien cuando Níger se adjudicó el cofre?

—Ese día parecía muy tranquilo —confirmé, recordando que los dos hermanos y Firmo habían estado atentos a la subasta del cofre—. ¿Y qué me dices de Níger? ¿Lo conocías de antes?

—Sí. Actuaba como agente para varios clientes. A algunas personas no les gusta asistir a las subastas, tal vez por timidez o miedo de dejarse llevar y pujar demasiado. O simplemente el día y la hora no les van bien.

—¿Había ocurrido antes que alguien faltara a la palabra dada por su agente?

—No. A veces a alguno le reprochan no conseguir adjudicarse tal o cual pieza, o pagar demasiado. Son roces habituales entre cliente y agente —dijo Maya. Y añadió—: Jamás había visto que alguien volviera a comprar sus propias pertenencias después de sacarlas a subasta.

Pensé en ello.

—Si realmente Primus cree ahora que su padre era el primer muerto, supongo que en la subasta original quería ver si alguien se tomaba un interés excesivo, lo que significaría que podría estar involucrado en la muerte de su padre. Quería que todo pareciera normal, pero no que el cofre fuera a parar a otras manos.

Maya siguió mi razonamiento.

—O sea, al principio quería que se vendiera el cofre, por el dinero. Siguí pensando lo mismo después de que tú le dijeras que había un cadáver en su interior. Pero después de pensar que el muerto podía ser su propio padre, vio el cofre bajo una nueva y horrible luz. Nadie más debía tratar el último lugar de reposo de su padre de manera impía. Así que intentó recuperarlo discretamente, utilizando a Níger.

Asentí con la cabeza.

—Y luego se pelearon todos. Secundus y Firmo no querían conservar el cofre, bien porque no creen que el padre hubiera estado ahí, o porque consideran que es un trasto inútil. Por lo que se han gritado hoy el uno al otro, Secundus y Firmo no admiten que el primer difunto fuera Calixto Valens. Creen que Primus está obsesionado sin motivo, mientras que él les echa en cara que se obstinen en negar la verdad.

—¿No pueden averiguarlo simplemente reconociendo el cadáver?

—Lo intentaron. —Y le conté a Maya lo que había dicho Fundano sobre la visita de Níger para ver el cadáver—. Níger afirmó que no lo reconocía. Así que luego volvió al Celio y dijo a los tres jóvenes Calixto que no era su padre.

Maya frunció el entrecejo.

—Entonces, ¿por qué Primus está tan seguro de que era Valens? Y ¿por qué iba a decir Níger que no lo era?

—No lo sé. Podría ser un simple error. Hace poco que Níger empezó trabajar para ellos. Quizá no conocía al padre lo suficiente para reconocerlo. El cuerpo estaba en un estado repulsivo, Maya.

—Esos tres hombres —dijo mi tía pensativamente— tienen motivos para temer que el viejo esté muerto.

—Todos parecen sentir afecto por él. ¿Tú qué opinas?

—Que se trata de un buen hombre —respondió Maya—. ¡Algo poco frecuente!

—Entonces les preocupa de verdad que le haya pasado algo... La mujer de Níger dice que lo enviaron al campo con un encargo. La semana anterior a la subasta el padre dejó de enviar mensajes, así que supongamos que contrataron a Níger para que investigara. No descubrió nada. Cuando aparezco yo para decir que se ha hallado un cadáver, Primus empieza a inquietarse. Le dice a Níger que compre el cofre. También lo envía a ver el cadáver; yo le había dicho a Primus dónde estaba. Níger afirma que no es Valens, lo que Secundus y Firmo aceptan, quizá con excesiva presteza. Primus no se lo cree. Se pelea con los otros dos; todos están muy alterados.

—¿Por qué no fue Primus a verlo por sí mismo? —preguntó Maya.

—Demasiado tarde. Ya se habían llevado el cadáver fuera de la ciudad para incinerarlo. Se lo llevaron inmediatamente después de la visita de Níger.

—¿Hemos de creer que el viejo ha desaparecido realmente? —preguntó Maya, queriendo asegurarse.

—Eso parece. Calixto Valens siempre se va al campo en julio para evitar el calor.

Esta vez al banquero dejaron de llegarle las autorizaciones para que entregara dinero a los hijos, lo que al parecer no es normal.

—¡Claro que no! No es ningún avaro. Reparte el dinero con generosidad.

—Eso encaja. Me dijeron que no había emancipado a sus hijos económicamente, pero que era generoso con ellos. Apuestan en las carreras de cuadrigas; sus esposas se atavían con elegancia.

—Ahí tienes tu respuesta. Valens la ha palmado. Primus tiene razón. —De repente, como tenía por costumbre, Maya Favonia perdió el interés—. Bueno, ¿estarás bien si vas sola hasta la plaza de la Fuente? No quiero que ese tonto mío te acompañe; se metería en las tabernas en el camino de vuelta a casa.

Le dije que no se preocupara y me marché sigilosamente mientras Lucio Petronio echaba una cabezada en la terraza.

Tenía una relación mucho más cercana con Maya, Petronio y sus hijos que otros miembros de la familia. Maya y Petro añoraban el tiempo en que se habían convertido en pareja. Estaban en Britania con Falco y Helena cuando mis padres adoptivos me encontraron; vinimos todos juntos a Italia, así que llegué a conocerlos bien. En algunos aspectos eso era bueno. Llegué a Roma con unos firmes vínculos familiares, y admito que eso me ayudó a mantener el tipo ante parientes más suspicaces, pues cuando se te ofrece la posibilidad de iniciar una nueva vida, no necesariamente quieres que todo el mundo esté al corriente de tu antigua existencia.

* * *

Había un corto trecho hasta la plaza de la Fuente. Como de costumbre, fui prudente y logré llegar sin incidentes. Las calles estaban oscuras, pero era demasiado temprano para encontrarse con borrachos pesados e insistentes. Los ladrones estaban inquietos. En la calle del Armilustrio pasé por detrás de un grupo de vigiles. No se fijaron en mí. Ninguno de ellos le echaba un vistazo siquiera a nuestro callejón; si por ellos fuera, la plaza de la Fuente podía arder entera. Me paré en la esquina y agucé el oído por si se oía algo raro, luego caminé con cuidado sobre los adoquines rotos y crucé la oscura entrada de mi edificio.

—¡Ya era hora de que aparecieras! —gritó Rodan, nuestro apático portero—. Ha venido un hombre que quería hablar contigo.

—¿Quién era?

—Ni idea.

—¿Manlio Fausto? —aventuré, recordando el tacto de sus dedos en mi muñeca.

—Una persona muy importante de palacio, según él. Un auténtico capullo, si quieres saber mi opinión.

—No quiero. ¿Qué quería ese Príapo de palacio? Deja que adivine: no tienes la menor idea.

Al final Rodan sacó su grasienta cabeza de su insalubre cubículo. Tras él llegaba flotando un olor a cebollas fritas. Su cuerpo grueso y desaliñado tapaba la luz de las

lámparas que había a su espalda. Nunca ponía demasiado aceite en las lámparas que iluminaban las escaleras, pero usaba montones para sí mismo.

—Muy graciosa —refunfuñó—. Ha dicho que traía un mensaje de parte de su padre.

—¿Te ha dicho cuál era el mensaje, o te lo ha escrito?

—Era demasiado largo. Volverá.

—Si supiera quién era, podría ir a verlo yo misma.

—Eso no —me previno Rodan—. Me ha dicho que no debes hacerlo. No puede ser visto con una investigadora en su domicilio oficial.

—¡Qué cabrón!

—Ya le he dicho yo que dirías eso —sonrió Rodan.

* * *

Tenía intención de sentarme un rato en mi banco para pensar. Un ronco gruñido me lo desaconsejó. *Cónsul*. Al menos estaba atado, gracias a los obreros, pero le oía corretear de un lado a otro todo lo que le permitía la cuerda, deseoso de hincarle el diente a alguien.

—¡Tranquilo, *Cónsul*!

Como si fuera a hacerme caso. Era una de esas intensas noches romanas en que el calor apenas varía con respecto al día. Todos los del edificio darían vueltas y más vueltas en la cama sin poder dormir. Incómodo como todos, el mastín se pasó toda la noche ladrando y aullando.

XXXVII

La mayoría de mis conocidos esperarían que le diera un hogar a ese perro. ¡Error! Me gustaban los perros, y en general sentía lástima por las criaturas abandonadas a las que nadie quería, pero a pesar de mi historia personal, o quizá precisamente por eso, no pensaba acoger a ninguna más. Ya había tenido pulgas suficientes para toda una vida. No tenía margen para dedicarme a cuidar huérfanos, y jamás viviría con ninguna criatura que me diera miedo. *Cónsul* era más que difícil, era tan grande que podía resultar peligroso. En fin, que no era estúpida.

Desperté a Rodan con las primeras luces del día.

—¡Joder, necesito dormir! —se quejó él del chucho.

—No te preocupes. Hoy vuelve a casa. Necesitaré tu ayuda.

Fuimos por el perro; Rodan era lo bastante fuerte para sujetarlo y, para un perro, su olor era muy interesante. Tenía la dirección, así que fuimos directamente a casa de Trebonio Fulvo. Dejamos allí a *Cónsul*. Era cosa suya disponer de él como mejor le conviniera. Quizá lo enviaría a una granja, como había sugerido Fausto. En caso contrario, no quería saberlo.

Rodan se fue a casa. Yo me quedé e insistí en que me recibieran. Por suerte, los candidatos se levantaban temprano.

Trebonio acudió por fin a la habitación donde yo me dedicaba amablemente a quitar pelos de perro de los cojines del diván. Había formado una pequeña pila sobre el brazo de bronce del mueble.

Resultaba obvio que ya había desayunando y ni siquiera había pensado que yo podría tener hambre después de cuidar de su mastín durante una larga noche. Trebonio era grueso y musculoso, con una cabeza grande, casi afeitada, y una cara ancha de nariz aguileña, con un ojo estrábico de iris opaco. De haber sido más esbelto, podría haber pasado por un senador republicano de tiempos pretéritos, pero carecía de las arrugas de la experiencia y de papada flácida. Era un moderno buscavidas, ambicioso y consentido. Los anillos de oro lo confirmaban.

—Trebonio Fulvo, tu perro se ha pasado toda la noche ladrando y estoy demasiado cansada para ser cortés. Quiero saber una cosa: ¿por qué Calixto Primus cree que mataste a su padre?

Trebonio no vaciló. Se mostraba muy seguro de sí mismo, era ideal como político; al menos esa es mi opinión.

—¿A eso se refería Primus ayer? Yo no sabía que su padre hubiera muerto. ¿Cómo voy a ser responsable de su muerte? —Bajó un poco la voz—. ¿Me estás diciendo que el cadáver que encontrasteis era su padre?

—¿El primero? No lo sabemos. Al parecer es lo que cree Primus. El único testigo que podría haberlo confirmado o desmentido era la segunda víctima, el hombre que ayer cayó del mismo cofre.

—¡Qué coincidencia! ¿Y a él lo mataron por eso?

—Eso parece.

—He oído decir que el primero estaba podrido.

—En efecto.

—¿Tú lo viste? A la gente le encanta lo macabro.

—Por desgracia.

—¿Y por qué estás aquí haciendo preguntas en lugar de las autoridades? —quiso saber Trebonio con brusquedad.

No me dejé amilanar.

—Me atrevería a decir que las autoridades vendrán aquí cuando les venga bien. No voy a esperarlos. Se han hallado dos cadáveres en el transcurso de una subasta dirigida por nuestra familia. Eso lo convierte en asunto mío.

—Estás saliendo con Manlio Fausto, ¿no? Ese hombre es tan entrometido con los vivos como con los muertos.

—Lo conozco. Volvamos al grano, por favor. ¿Puedes arrojar alguna luz sobre por qué Calixto Primus sospecha de ti?

Trebonio soltó un resoplido.

—¿No está claro? Mi colega y yo, Aruleno y yo, llevamos ventaja en la campaña. Por méritos propios. Primus y su familia se han arruinado en un vano intento de conseguir que Volusio Firmo resulte electo. La acusación de Primus contra mí se basa en pura envidia. Puede ser comprensible, pero no tiene sentido. No teníamos necesidad de atacar a su familia, ni ha sido nunca nuestra intención. No hay ninguna prueba, ¿verdad? —Trebonio apenas me concedió tiempo para responder—. Olvídalo. El pobre hombre cree que ha perdido a su padre; es el dolor lo que le lleva a mostrarse morboso e insensato.

Suspiré. Ni siquiera sabíamos con seguridad que el primer cadáver fuera Calixto Valens. Aun así, no había nada que relacionara al muerto con Trebonio o Aruleno. De hecho, no había nada que relacionara ese cadáver con nadie.

—Primus y compañía nos amenazaron con violencia —añadió Trebonio, ensuciando aún más el nombre de Calixto.

—¿Te importa explicarlo?

—Unas cartas anónimas nos conminaban a retirarnos o sufrir las consecuencias, nos matarían incluso.

Esto era nuevo.

—¿Conservas esas cartas?

—Las quemamos.

¿Por qué las víctimas de intimación son siempre tan obtusas?

—¿Qué te hizo pensar que las había escrito uno de los Calixto?

—Firmo aún era candidato. Siempre ha sido una nulidad. Necesitaba toda la ayuda que pudieran proporcionarle sus ridículos patrocinadores.

—Ya veo. ¿No se os ocurrió que esas amenazas podían proceder de Dilio, Ennio, Grato o Vibio Marino?

Trebonio soltó una carcajada burlona.

—¿Un borracho, un pelele, un mojigato y un saco de grano humano?

—Ya. Una cosa más. ¿Has trabajado alguna vez con el agente que también ha muerto, Tito Níger?

—Nunca. —Trebonio estaba viendo que me quedaba sin preguntas. Viéndose libre de la presión, se volvió más razonable, incluso servicial—. Sabía quién era. Podría proporcionarte los nombres de sus clientes. Y que algunos de ellos hablen contigo.

Sonreí con ironía.

—¡Espero que no sea solo una promesa electoral! —Él ignoró mi comentario, admitiendo tácitamente mi pulla—. Me sería muy útil. Gracias, Trebonio.

—Soy un hombre razonable. Por favor, transmítele a Calixto mi deseo de que encuentre a su anciano padre sano y salvo en Crustumero, demasiado ocupado tirándose a una bonita cabrera para escribir.

* * *

Me guardaría el comentario sobre la cabrera, para que no enardeciera más los ánimos. Estaba cansada. De lo contrario tal vez no habría agradecido tanto su cooperación, ni me habría apaciguado con su insustancial ofrecimiento de proporcionarme nombres.

Empecé a desconfiar de Trebonio Fulvo en cuanto me fui. Dos hombres que claramente trabajaban para él se encontraban fuera, en la calle, con cubos y trapos, lavando la silla de manos que debía de usar la mujer de su patrón para pasearse por la ciudad. Tal vez fueran sus porteadores: eran lo bastante fornidos. Visto de cerca, el más corpulento parecía capaz de levantar un cerdo con una sola mano. Aunque menos, el otro también era corpulento.

Los reconocí. Eran los dos idiotas que se habían colocado junto al cofre cuando yo lo estaba subastando el primer día.

XXXVIII

Cuando llegué a El Astrólogo, Junilo expresó con mímica su asombro por mi temprana llegada. Era sordo, pero sabía interpretar una irascible respuesta, así que cuando Fausto llegó un poco después, Junilo volvió a gesticular para advertirle de que le aguardaba una bestia salvaje con colmillos.

Fausto se inclinó y me dio un leve beso en la mejilla antes de sentarse conmigo, moviéndose con suma cautela. Junilo sonrió y le sirvió una ración doble de olivas. Fausto tomó una y la colocó entre mis labios delicadamente, fingiendo dar de comer a un loro malhumorado.

Mastiqué antes de saludarlo.

—Tiberio.

—Albiola. —Fausto ladeó la cabeza mientras saboreaba también una oscura aceituna kalamata—. ¿Qué te ocurre, cariño?

Terminé de chupar el hueso de mi oliva y lo arrojé a un platillo, mientras pensaba en el cariñoso apelativo.

—Estoy cansada. *Incitato* nos ha tenido despiertos a todos. Lo he llevado a su casa, lo que me ha servido de pretexto para interrogar a su amo. Trebonio niega haber matado a Valens, dice que los Calixto le amenazaron y prácticamente acusa a Primus de inestabilidad mental. Luego se mostró muy amable y servicial, pero cuando salí de su casa tras recibir tranquilizadoras promesas de ayuda, por Júpiter, me encontré con que es el amo de dos sabandijas que se comportaron sospechosamente en la subasta del cofre. Si el primer cadáver era Calixto Valens, no creo que Trebonio lo metiera en el cofre, pero quizás adivinó de quién se trataba.

—¿Tiene algún motivo para haber matado a un Calixto?

—La verdad es que no. Parece un matón, pero ¿para qué molestarse? Sí, los Calixto apoyaron con mucho dinero a un candidato rival, pero este se retiró porque perdió a su patrocinador en palacio. No tuvo nada que ver con Trebonio. Ahora Trebonio y Aruleno tienen el terreno allanado, les basta con seguir adelante tratando de no mostrarse demasiado arrogantes y confiados.

—¿Has interrogado a esos dos hombres que trabajan para él?

—No; primero necesitaba sopesar lo que esto significa. Y hablar contigo.

Fausto empujó el plato de aceitunas hacia mí.

—Puedo interrogarlos. ¿Qué aspecto tienen? —Se los describí. Un porteador como un armario y otro menos corpulento—. ¿Has hablado con los Calixto?

—Ahora iré a ver a Primus.

—¿Quieres que te acompañe?

Negué con la cabeza.

—Si Sexto no te necesita, podrías hacer una visita oficial a Trebonio y hablar también con Aruleno. Tenemos dos cadáveres y a esos hombres los han acusado públicamente de matar a uno. Le dije a Trebonio que pronto recibiría la visita de las

autoridades.

—¿Trebonio conocía a Níger?

—Él dice que no personalmente. Pero podría estar mintiendo. Es un político..., lo digo sin ánimo de ofenderte.

—¡Gracias!

En ese momento le sirvieron la comida a Fausto, que empezó a tomarla sin dejar de observarme. No trató de tranquilizarme con palabras huecas. Yo habría estallado airadamente si lo hubiera intentado. Sin embargo, su presencia me calmó. Como siempre, él parecía disfrutar de la mía.

Ninguno de los dos habló sobre Petro o Maya.

—Alguien de palacio me buscaba anoche, Tiberio. Me pregunto si sería un mensaje de Claudio Laeta. La persona en cuestión dejó instrucciones estrictas de que no debía molestarle en el trabajo, para que su reputación no se viera empañada por el contacto con una investigadora.

—Podría ir yo en tu lugar —dijo Fausto, sonriendo.

—Gracias, pero ya tengo suficientes hombres metiéndose en mi vida.

Fausto, que estaba mojando pan en aceite de oliva, se limpió las manos con una servilleta. No era buena idea hacer eso en El Astrólogo, a menos que uno mismo llevara su servilleta. La mayoría de clientes se frotaban las manos grasientas en la túnica de trabajo. Además, la taberna acogía a gatos pulgosos que solían dormir sobre las servilletas de la cesta de ropa limpia. Iba a mencionarlo cuando Tiberio me cogió una mano y se quedó así, sentado y sujetando mi mano.

* * *

Mi primo Junilo estaba a punto de venir a recoger los platos, pero decidió no hacerlo. Su incapacidad le había vuelto muy observador. En eso era único en la familia.

Aunque no me hubiera sentido soñolienta esa mañana, podría haberme quedado largo rato allí sentada, dándonos la mano. Al final, no pude aguantarme más y le solté:

—¿Estamos enamorados?

Esta pregunta no deberías hacerla nunca. En mi cabeza podía oír a Julia y Favonia gritando de dolor por tener una hermana que quebrantaba gravemente las reglas.

—Por supuesto. —Tiberio pareció sorprendido de que yo necesitara preguntarlo.

—¿Y ya está? ¿Sin dudas ni malentendidos? ¿Sin quebraderos de cabeza? ¿Sin analizar una y otra vez palabras y acciones? ¿Sin marcharse airadamente dando un portazo, sin escribir poesía lacrimógena?

—No es nuestro estilo.

Respiré hondo para llenar los pulmones, que parecían oprimidos por barras de hierro.

Tiberio Manlio me sonrió. Era su sonrisa especial para mí. Así lo había hecho aquel día, cuando vio que por fin yo despertaba y supo que había sobrevivido a mi

enfermedad gracias a sus cuidados.

* * *

Me soltó la mano para pagar a Junilo. Ambos teníamos cosas que hacer en el Celio, así que fuimos caminando hasta allí, codo con codo pero sin hablar. Luego cada uno se fue por su lado. Había preguntas que debían hacerse y nosotros éramos quienes debían formularlas. Después nos reuniríamos para comparar nuestros respectivos descubrimientos. Así era como trabajábamos juntos.

Volvía a hacer un día de mucho calor y sol. El espléndido sol de Roma: brillando, brillando, brillando.

A veces algunas personas me preguntaban si me alegraba de que me hubieran sacado de las calles húmedas y fangosas de mi infancia para traerme a Roma. Claro que me alegraba. Aunque no hubiera tenido otro motivo (y tenía muchos), hoy Tiberio Manlio Fausto era el principal.

Luego me recordé que era un político. Debía tener cuidado con todo lo que me decía. Aunque ese hombre tan reservado hubiera sido sincero al expresar sus sentimientos, al final haría lo más conveniente para su posición social y su propia carrera.

Pero ¿qué más daba? Todo el mundo creía que teníamos una relación. Tarde o temprano la tendríamos.

XXXIX

Cuando visité a Calixto Primus, hizo referencia al incidente del día anterior, cuando había sollozado. Se comportó como si creyera que yo estaba allí para preguntar por su primo Firmo, ya que la subasta había propiciado que resultara herido. En un momento de obnubilación, Primus pareció sopesar la idea de ponernos un pleito. Le lancé una mirada fulminante y le recordé para quién trabajaban los escoltas que habían golpeado a Firmo y quién les había ordenado que lo hicieran, como yo misma había oído. Así que se apaciguó y me dijo que Firmo se estaba recuperando lentamente, y yo le conté que Trebonio negaba haber matado a Valens.

—Trebonio afirma que fue él quien recibió amenazas de muerte, y da por sentado que se las envió alguien de tu familia.

—Pues se equivoca.

—¿Lo dirías bajo juramento?

—Pongo a los dioses por testigos.

—¿Respondes de tu hermano y tu primo?

—Sí. Y de mi padre. ¿Por qué íbamos a amenazarlo?

—Ya. Habría sido una estupidez. Cuando era candidato, Volusio Firmo era el favorito. No necesitabais chantajear o dar una paliza a nadie. Y que yo sepa, tampoco hubo nadie que os presionara injustamente. Firmo renunció a la candidatura debido a...

—Razones que escapaban a nuestro control.

—Tratándose del emperador, Primus, las razones escapan siempre al control de cualquiera, como incluso el admirado Abascanto ha podido comprobar... Así que, por favor, sé sensato y dime por qué sospechas que han matado a tu padre. Empieza por decirme cuándo abandonó Roma.

Primus confirmó la mayor parte de lo que yo ya suponía. Su padre se había ido a su finca del campo, en Crustumerio, como era habitual cada verano. Cuando dejó de enviar mensajes como solía, los hermanos despacharon a un esclavo, que regresó para decirles que Valens no había llegado siquiera a la finca.

—Algo malo había sucedido, ¿no? —lo animé cuando Primus se quedó callado, pensativo—. Estabas asombrado e inquieto, así que decidiste enviar a alguien de más relevancia que un esclavo. ¿Contrataste a Níger para que hiciera averiguaciones? Pero ¿por qué no fuiste tú mismo o tu hermano, si tan preocupados estabais?

—No imaginábamos que fuera algo tan grave, y teníamos asuntos que tratar aquí. Mi padre nos había dejado trabajo con la intención de compensar nuestras pérdidas después de la inútil apuesta por mi primo. Firmo también tenía muchas tareas pendientes en Roma. La subasta solo era una más, y recuerda: fue mi padre quien dispuso que se hiciera.

—Así que elegiste a Níger, un hombre que trabajaba como agente para diversas personas, aquí, en el Celio. Tenía una buena reputación, pero no había trabajado

nunca para vosotros. ¿Cómo te pusiste en contacto con él?

—Mi cuñada, Julia Laurentina, consiguió su nombre de alguien que se lo recomendó. Parecía fiable, eficiente, diplomático. Fue a nuestra finca por nosotros, pero volvió con malas noticias. Era peor de lo que pensábamos: no solo mi padre, sino todo su séquito, parecían haberse desvanecido durante el viaje. Níger ni siquiera logró encontrar la litera en que viajaba. Alguien afirmaba haberla visto vacía junto al camino, pero cuando Níger fue hasta allí, había desaparecido. Se la habrá llevado algún mozo de labranza para usarla como leña, o la habrán convertido en un carro para el heno —concluyó Primus con amargura.

No me parecía imposible encontrar al mozo de labranza en cuestión. Ahora que conocíamos la gravedad de la situación, con interrogatorios más severos tal vez lograríamos descubrir a alguien. Fausto podría organizarlo todo.

—¿Quién viajaba con tu padre? ¿Esclavos? ¿Crees que se habrían vuelto contra él?

—Qué va.

—Si les ocurrió algo malo, como una emboscada o un asalto, quizá simplemente huyeron.

—Es posible.

—¿Llevaba objetos de valor en su equipaje?

—Nada importante. Tiene todo lo que necesita tanto aquí como allí. Viaja con mucha frecuencia y no lleva casi equipaje. Es solo un día de viaje si se apura bastante. Esperaba dormir en su cama esa misma noche. No necesitaba llevar dinero encima.

—Eso los salteadores no lo sabrían.

—Ya, pero ha hecho ese mismo trayecto infinidad de veces durante cuarenta años. Primus estaba tan abatido que me mostré amable con él.

—Lo siento. Siento lo de tu padre, y siento tener que presionarte para obtener respuestas. Pero tú también quieres saber qué ocurrió, ¿verdad? Así que, dime, ¿qué te hizo temer que el cadáver del cofre fuera el suyo?

—Cuando me dijiste que se había descubierto un cadáver, supe que algo terrible tenía que haberle sucedido a mi padre. Si está vivo, ¿por qué no hemos sabido nada de él? Si hubiera enfermado, habría enviado a un esclavo para informarnos. Si lo secuestraron, ¿cómo no llegaba una petición de rescate? Ha de estar muerto. Y quienquiera que lo matara sabía cosas sobre nosotros, como que teníamos un cofre en un almacén. Nuestro pobre padre metido en nuestra vieja caja de caudales: a alguien muy retorcido pudo haberle parecido ingenioso.

—Eso parece. Pero ¿quién? ¿Tan confuso estabas por la desaparición de tu padre, que creíste en serio que Trebonio y Aruleno podían ser los responsables?

—Bueno, antes de que Firmo tuviera que renunciar a su candidatura, se dedicaron a lanzar bravatas y amenazas. Aruleno se ofreció a romperle las piernas a mi primo. Mucha gente lo oyó.

—Podrías haber presentado una denuncia formal.

—¡Lo hicimos! Mi padre quería demandar a ese cerdo. Aruleno sabía que pensábamos hacerlo. Nos abstuvimos solo porque todo el mundo sabe que Aruleno está arruinado por culpa de los pleitos legales que le ha puesto esa amante de la que se aprovechó y a la que mintió. Pero el miedo a tener que ir a los tribunales parecía otra razón por la que esos dos podían haber hecho algo a mi padre.

Yo no estaba de acuerdo. Un demandado no suele matar al demandante si espera obtener un veredicto favorable.

—Bueno, ellos lo niegan. Yo solo he hablado con Trebonio Fulvo, pero parecen apoyarse el uno al otro. Se interrogará a Aruleno formalmente. ¿Tenía tu padre otros enemigos?

—Deja que te diga una cosa: mi padre era el hombre más amable de todo el Celio. Primus se expresaba con tal devoción que resultaba creíble.

—Sí, a todos con los que hablo parecía caerles bien. Y ya veo que su ausencia te ha afectado mucho, Primus.

En parte para distraerle, le pregunté si su madre vivía. Había muerto hacía un par de años. Antes de eso, sus padres habían estado más de treinta años casados, una larga y cariñosa relación que había tenido como resultado una familia unida y feliz. Era obvio que los hijos eran personas decentes. También el sobrino; Firmo siempre había vivido con ellos porque Calixto Valens y su padre, que se llamaba Calixto Volusio, eran hermanos; tras la muerte de sus padres, Calixto Valens había tratado a Firmo como a un tercer hijo.

Como ya sabía, los tres jóvenes Calixto estaban casados. Secundus no tenía hijos. Julia Laurentina, esposa de Volusio Firmo, esperaba su primer hijo, aunque por el momento solo lo sabía el círculo familiar más íntimo.

—Aún tiene que decírselo a su madre —comenté, recordando que Julia Verecunda le había dicho a Sexto Vibio que no tenía ninguna hija embarazada.

—¡Laurentina no se lleva bien con su madre! —replicó Primus.

—Tengo entendido que pocas personas se llevan bien con ella. Cuando se encontraron en la subasta, tuve la impresión de que la feroz Verecunda no siente gran aprecio por su yerno. —Me refería a Firmo, aunque en el Foro se había comportado igual con Vibio.

Primus expresó su desaprobación y me dijo que estaba en lo cierto. Comenté que eso lo habría dificultado todo aún más cuando Firmo optaba a ser elegido como edil, como adversario de su hijo. Primus admitió que así había sido, aunque también dio a entender que nadie consideraba que Ennio tuviera posibilidades, ni antes ni ahora.

—¿Te importa si te pregunto cómo llegaron a casarse Firmo y Julia Laurentina? ¿Fue contra los deseos de su madre, o se han deteriorado las relaciones desde la boda?

Me pareció que una extraña expresión asomaba a su cara.

—Hubo un breve período de deshielo —respondió—. Pero Julia Laurentina se

convirtió en una esposa leal, lo que irritó sobremanera a su madre. Ha tenido otros embarazos, pero por desgracia se malograron. Si esta vez nace un bebé sano, se cortará toda relación con Verecunda. Ninguno de nosotros querría que su maligna influencia afectara al niño. —Esto lo dijo con tono tajante.

Para finalizar mi investigación, comenté que sabía que Primus tenía una hija.

—Sí —fue su escueta respuesta.

Aun así, pregunté si su hija estaba unida a su abuelo desaparecido. Calixto Primus tuvo que volver a contener las lágrimas. Me contó que su hija, Julia Valentina, había estado a punto de irse también al campo. Su abuelo y ella estaban muy unidos (a ella le habían puesto su nombre) y Valentina le habría hecho compañía.

Primus no quería ni pensar en tan horrible posibilidad. Si su joven hija se hubiera ido de vacaciones con su abuelo, seguramente habría sufrido el mismo destino que él. De haber viajado en la litera con Valens, quizá también ella habría terminado maniatada con su frágil cuerpo metido en el viejo cofre. Recordé a la inofensiva y normal joven de trece años que había visto brevemente en mi anterior visita a la casa, y comprendí la agitación de su padre.

Eso sí, me extrañó que la joven fuera otra Julia, pero ya había hecho demasiadas preguntas. Las ramas más jóvenes del árbol familiar de los Calixto no tenían demasiada relevancia para mi investigación.

* * *

Los dos hombres a los que había interrogado esa mañana, Primus y Trebonio, tenían similitudes. Los dos eran los típicos plebeyos. Ambos dirigían negocios, con toda la sencillez y honradez masculina que implicaba, hombres rectos, seguros de sí mismos. Sabían hacer su trabajo y que era necesario desempeñarse correctamente, impresionar a sus colegas y sus clientes. Era un papel que también yo había representado, de un modo más discreto, más femenino, como convenía. Trebonio Fulvo había manejado hoy la situación tan bien como siempre, y Calixto Primus estaba desmoralizado, momentáneamente destrozado por el dolor de una pérdida. Me caía mejor que Trebonio, y más de lo que me había gustado la primera vez que lo había entrevistado.

Antes de irme, le recordé esa entrevista.

—Vine a preguntarte por el cadáver inmediatamente después de que lo encontráramos. Me dijiste: «¿Por qué no os limitáis a arrojar los restos a la basura como haría cualquier persona sensata?». Creo que ahora entiendes el porqué.

Calixto Primus se mostró de acuerdo con tristeza.

Me dijo que si yo podía ayudarles a descubrir cuál había sido el destino de su padre, la familia me lo agradecería. Le prometí hacer cuanto estuviera en mi mano y contarles todo lo que averiguara.

XL

A continuación debería haberme armado de valor para acudir a la oficina del hombre que había ido a verme la noche anterior, pero no lo hice. Si visitas a alguien que está ausente, dejas un mensaje escrito en una tablilla. Las personas ocupadas como yo necesitan algo físico que les recuerde lo que deben hacer. Así que me olvidé de él por completo y lo que hice fue entretenerme con los detalles, volver sobre mis pasos buscando pistas que hubiera pasado por alto, repasar mentalmente si mis deducciones eran lógicas y..., la verdad, ir a comer.

La gente se lo toma a guasa, pero yo aseguro que una gran parte del trabajo más útil de un investigador se realiza durante la comida. Te pasas la mañana esforzándote por averiguar cosas; cuando te relajas con tu trozo de pan y tu ensalada, nuevas y brillantes ideas inundan tu cerebro. Al menos, hasta que reparas en que el pinche de cocina se ha dejado una babosa en tu plato.

Puesto que me hallaba en el Celio, donde parecía que vivía todo el mundo, me pareció lógico ir hasta la casa de Vibio para ver si Fausto estaba allí. Me alegré al comprobar que era así. Sexto se había ido a hacer campaña, pero el edil estaba hablando con la madre de su amigo, Marcela Vibia, y con su padre, aunque este no intervenía en la conversación. Casualmente estaban comiendo.

—Oh, ¿ya es la hora de almorzar? —exclamé inocentemente, tras lo cual me invitaron a unirme a ellos.

Al principio guardé silencio. Unos discretos esclavos me sirvieron un cuenco de comida ligera, y luego rellenaron los cuencos de los demás. Hoy los dos nietos se encontraban en casa. Estaban jugando en un rincón alejado del atrio, absortos, pero vinieron corriendo hasta nosotros para que les dieran tortas de pan sin levadura rellenas, que se llevaron a su rincón para seguir jugando.

—Ahora mismo estábamos hablando sobre la esposa de Sexto —explicó Fausto cuando los esclavos se retiraron. Marcela Vibia adoptó una expresión apenada, pero no intentó cambiar de tema—. Sexto está en el Foro, para interrumpir a otros con preguntas. Yo les estaba explicando que seguramente recibirá más ataques por la ausencia de Julia Optata. Sin obrar a sus espaldas, le preguntaba a su madre si puede explicarme la situación.

Pero sí obraba a espaldas de su amigo. No obstante, difícilmente Sexto podría echárselo en cara.

—Comprendemos que resulta difícil —dije a Vibia, intentando mostrarme compasiva, aunque en mi opinión ya era hora de que se dijeran las cosas claras—. Sé que puede haber una explicación para todo. Por ejemplo, me quedé perpleja ayer cuando Sexto dijo que Julia Optata está visitando a una hermana que va a dar a luz, y luego su madre afirmó que ninguna de sus hijas está embarazada. Verecunda sostiene que ella sería la primera en saberlo. Sin embargo, esta misma mañana, y por favor que esto quede entre nosotros, me he enterado de que Julia Laurentina, la esposa de

Volusio Firmo, también está esperando su primer hijo. Y no se lo ha contado a su madre. De hecho, me han asegurado que si todo va bien en el parto, la familia Calixto cortará toda relación con la abuela para que no pueda ejercer su maligna influencia. Así pues, ¿está Julia Optata cuidando de otra hermana que se halla en una situación similar?

—Creo que ellos preferirían que no dijera nada —respondió Vibia, confirmando mis suposiciones—. Nuestra Julia se muestra reservada sobre ese tema.

—Procede de una familia difícil. —Fausto quería explorar la situación.

—Ya. —Pero Vibia no estaba dispuesta a compartir chismes.

—En la que la madre parece agresivamente desagradable —comenté.

—Ya.

Marcela Vibia se distrajo para ofrecer a su marido unas rodajas de huevo duro. El hombre estaba demacrado, no hacía más que darle vueltas a la comida. Se notaba que había perdido interés por la comida, y seguramente por el cuidado personal en general. De haberlo dejado a su suerte, habría muerto de inanición. Su pobre esposa se pasaba el día esforzándose con él.

Intercambié una mirada solapada con Fausto. Él alivió la tensión sirviéndome más ensalada, luego yo serví a Vibia.

—También tú debes comer, Marcela Vibia.

—Oh, no os preocupéis por mí.

—Nos preocupamos —insistió Fausto.

—Tengo que cuidar de mi marido, ¿no es así, querido? —El anciano farfulló algo y sonrió; no estaba siguiendo la conversación—. Siempre tengo algún que otro momento de tranquilidad para comer un bocado. Bueno... —Para no tener que seguir hablando de sí misma, Vibia abordó el tema que en realidad nos inquietaba—. ¿Qué querías preguntarme sobre Julia, Fausto?

—No pretendo fisgonear. Simplemente intento comprender.

—Claro.

—Háblame de Sexto y Julia. A mí siempre me han parecido muy felices.

Estuve a punto de soltar que lo que las parejas casadas «parecen» nunca es buena guía de lo que realmente son, pero intentábamos sonsacar información, así que me limité a preguntar con seriedad:

—¿Fue un matrimonio por amor? —Era normal que lo preguntara, ya que no conocía a la familia de antes, mientras que Fausto ya debía de saberlo.

—Siempre he creído que sí. —Vibia hizo una pausa estratégica antes de proseguir—. Cuando se conocieron, Julia estaba loca por él. Él lo era todo para ella. Nunca cupo la menor duda de que él era el centro de su mundo, y por supuesto Sexto le correspondía, si bien con más mesura. —Otra pausa—. Es una joven dulce y encantadora. Tienen dos hijos maravillosos.

—¿No tiene Julia una hija mayor? —preguntó Fausto.

—Así es —contestó Vibia sucintamente, sin mirarlo.

—Entonces, ¿Julia Optata estuvo casada antes?

—Era muy joven. Debió de ser uno de esos desastrosos enlaces concertados. Por supuesto, no se permitió que se prolongara; el divorcio fue muy rápido.

—¿Con quién estuvo casada? —pregunté, como buena investigadora.

—Oh, alguien que estaba relacionado con su madre, según tengo entendido.

—Ah. —A veces una familia está tan empeñada en reforzar una conexión, que se convencen de que un matrimonio funcionará aunque la pareja sea incompatible—. Al parecer se impuso el sentido común. ¿Y dónde está su hija?

—Vive con el padre. Julia la ve de vez en cuando. Ahora que las cosas se han tranquilizado.

—¿Tranquilizado? —preguntó Fausto rápidamente.

—¿Qué edad tiene la hija? —pregunté, al no haber respuesta.

—Unos doce años por lo menos. El matrimonio fue hace ya tiempo.

—¿La conoces?

—No, nunca ha estado aquí. —Mientras yo observaba a aquella mujer tan hospitalaria y razonable, Vibia se sintió obligada a añadir—: Yo la recibiría de buen grado, pero Julia se disgustaría. No queremos presionarla. Pero yo la invitaría; debería conocer a nuestros nietos. —Desvió la mirada hacia los niños, que seguían concentrados en sus juegos—. Sé que parece duro, pero cumplimos con los deseos de Julia.

—¿Te cae bien?

—¿Julia? —Vibia parpadeó—. Por supuesto que sí.

Fausto soltó una risita.

—Vamos, vamos —dijo burlón—, ¿no forma parte de la tradición que la nuera y la suegra no se entiendan?

—Hay muchas cosas que se consideran tradicionales —replicó la madre de Sexto Vibio con frialdad—. Desde luego, Julia Verecunda se muestra desagradable; aunque creo que es así con la mayoría de la gente, sean o no parientes. —Y pasó al contraataque—: ¿Cómo te llevabas tú con tu suegra, Fausto?

—Mal. —Ahora le tocaba a él ser breve—. Murió hace años. No quiero insultarla. —Me pregunté si culpaba a la madre de Laia Graciana de cómo había resultado Laia—. ¿Cómo se lleva Julia Optata con su madre?

—Por suerte nunca hemos tenido mucho contacto con ella.

—Ayer Julia Verecunda fue muy dura con Sexto en el Foro.

—Siempre he creído que él le mostraba una cortesía que ella no merecía. Pero así es como le eduqué —repuso, como una madre orgullosa.

Traté de avanzar del modo más diplomático posible.

—Pasara lo que pasase con el primer matrimonio de Julia, ¿Sexto y ella tienen ahora una buena relación? Eso es lo que nos desconcierta, Marcela Vibia. Ni Fausto ni yo comprendemos por qué Julia Optata prefiere la compañía de una hermana cuando, si ama a Sexto, su sitio está al lado de su marido. Si su hermana tanto la

necesita, ¿por qué no invitarla a venir aquí?

—Quería estar en el campo —explicó Vibia.

—Sin embargo, ¿cómo puede Julia haber abandonado a Sexto en un momento como este? ¿Cómo es posible que él se haya avenido y que aparentemente no le importe?

La madre volvió a presentar los mismos argumentos.

—Solo sé que los dos estuvieron de acuerdo en el viaje al campo. «Es lo mejor», así lo describieron.

Exasperada por tantas evasivas, decidí mencionar lo impensable.

—¿Puedo ser sincera? No es fácil de decir... Alguien me contó que corre el escandaloso rumor de que tu hijo pega a su esposa.

—¡Jamás! —La madre pareció sorprendida e indignada. Miró a su marido pidiendo ayuda, pero no la encontró—. Esa es una terrible acusación, Flavia Albia. ¡Fausto, ayúdame!

Antes de que él pudiera hablar, yo misma asumí la responsabilidad.

—Solo quiero que comprendas por qué estamos tan preocupados. Corren feos rumores. Fausto y yo aceptamos que puede tratarse de un error. Pero la extraña ausencia de Julia Optata ha dado pie a historias hirientes, invenciones de rivales indignos. Ya has visto a los candidatos rivales; algunos son hombres horribles. Pero, Marcela Vibia, como amigos de tu hijo, tenemos que preguntarlo.

Marcela Vibia era una mujer anticuada, que intentaba resistirse a hablar de su hijo a sus espaldas.

—Debo admitir que el matrimonio es inestable —reconoció en voz baja, frunciendo el ceño con tristeza.

—¿Ah, sí? —preguntó Fausto con tono suave, pero mirándola fijamente.

—Los dos tienen un carácter fuerte.

—¿Quieres decir que se pelean a menudo? —Fausto parecía asombrado. Presumiblemente por el aprecio que tenía a Sexto desde hacía muchos años.

—Oh, yo no sé qué pasa ahí arriba. Nunca me inmiscuyo.

Al oír esto, sonreí.

—Por lo general, las madres que afirman que no se meten en nada es porque encubren alguna cosa.

La madre de Sexto seguía indignada por la acusación contra él.

—Nunca ha tenido mal genio. Le enseñé a respetar incluso a sus esclavos... ¡y mucho más a su mujer! No puedo creer que la gente vaya diciendo por ahí que le pega.

—Por favor, contéstame con sinceridad —pidió Fausto, bajando la voz—, ¿alguna vez has visto a Julia con contusiones?

Vibia puso ojos como platos.

—Las personas tienen accidentes. El propio Sexto tuvo un ojo morado en una ocasión. Tienen sus enfados. A veces hay incómodos silencios. Alguien deja la casa

con una rabieta. Alguien se niega a aparecer en el desayuno. Hay excursiones que se cancelan inesperadamente sin que se dé un motivo real. Le pasa a todo el mundo en su vida conyugal. Nunca hablamos de ello. ¡Oh, me siento tan desleal diciendo esto! —Finalmente Vibia admitió a regañadientes—: Sé que ha habido unas cuantas tormentas de las que no he querido saber nada... ¡Bueno! ¿Quién quiere fruta de postre?

Dejó claro que no nos diría nada más sobre el tema.

XLI

Observé a los niños durante un rato, sorprendida por el poco efecto que parecía tener en ellos la separación de sus padres. La gente cree que los niños pequeños son muy fuertes, pero la experiencia me dice que las cosas les afectan profundamente. Lo ocultan por miedo a meter la pata si hablan. Por supuesto, también hay muchos adultos que no encaran los problemas con la esperanza de que así no sufrirán.

Podía existir una razón muy buena por la que estos niños jugaban tan felices en este momento, o se mostraban tan efusivos con su padre el otro día, a pesar de la ausencia de su madre. ¿Quizás había demasiada tensión cuando sus padres estaban juntos? ¿Odiaban esa situación? A los niños les gusta que su casa sea un lugar pacífico y ordenado. Las peleas les asustan. La tensión constante hace que vivan bajo la sombra del miedo.

—¿Y qué me dices de tus nietos? —pregunté a Vibia, extrañada aún por el hecho de que Julia Optata se hubiera ido sin ellos. Debía de estar muy segura de que estaban a salvo en casa de sus suegros. De hecho, yo misma había comprobado que, fuera cual fuese la situación de su madre, los niños parecían absolutamente a salvo con su padre.

—Oh, estoy acostumbrada a cuidar de ellos —replicó Vibia rápidamente—. Los jóvenes de hoy esperan que los abuelos se ocupen de todo mientras ellos siguen con sus cosas. Nunca nos ha importado. Nos encanta tenerlos. Nos mantiene jóvenes.

¡Ese viejo y anticuado mito!

Ya no hubo forma de sacarle nada más a Vibia: se excusó diciendo que debía acomodar a su marido para la cabezada de después de comer, y nos dejó, llevándoselo con ella.

* * *

Fausto y yo guardamos silencio mientras los esclavos recogían los platos.

Yo permanecí callada incluso después, abanicándome suavemente con una mano. Al final fue él quien inició la conversación con un murmullo.

—No te has creído una sola palabra, ¿verdad?

Suspiré.

—Es amigo tuyo. ¿Qué piensas tú?

—No quiero creerlo.

No podía mostrarme dura con él.

—La gente nunca se lo cree —me limité a decir.

No hubo discusión entre nosotros, ni siquiera sobre este tema tan delicado. Yo tenía muy claro lo que opinaba sobre la situación y, aun yendo en contra de sus afectos, Fausto pensaba lo mismo.

* * *

Seguimos charlando en voz baja sobre todo lo que habíamos averiguado ese día. Le informé sobre mis dos visitas, a Trebonio y Primus. Fausto había ido a ver a Aruleno, que se atenía a la misma versión que su colega: no tenían ningún motivo para haber atacado a Calixto Valens y no lo habían hecho. Por su parte, los Calixto habían emprendido acciones legales para demandar a Aruleno por difamación, y también se habían quejado al Senado de que había proferido violentas amenazas contra ellos, contraviniendo las normas electorales. Todo se había acallado tras la renuncia de Volusio Firmo, por lo que Aruleno esperaba eludir nuevos problemas.

—Conspiración. —Resoplé—. Exactamente lo mismo que me ha dicho Trebonio. ¡He aquí un raro ejemplo de dos políticos que están de acuerdo en algo!

—Solo para impulsar su carrera. —Fausto era tan escéptico como yo.

Él había visitado también a la esposa de Níger. Su pomposo agente se comportaba ya como si estuviera en su casa, y había hecho imposible que Fausto pudiera volver a interrogarla. El agente se escudaba en el tópico de que «las mujeres debían tener protectores que hablaran por ellas». Me alegró comprobar que no se había granjeado el favor de Fausto.

—Por los dioses del Averno, ¿cómo puede saber ese ridículo patán lo que se decían marido y mujer? —exclamó airadamente—. Por lo que he podido deducir, en casa no se hablaba mucho. Aun así, si alguna vez consigo interrogarla debidamente, tal vez logre obtener algún detalle útil. Níger no la tenía completamente aislada.

—Yo quiero preguntarle si conocía al hombre al que se vio hablando con Níger en la subasta. Se adjudicó una estatua y también se esfumó sin pagar. Y no se le ha vuelto a ver.

—¿Un ardid? ¿Un doble ardid, si Níger y él habían urdido un plan?

—No estoy segura. Puede que solo sean conocidos que esa tarde se encontraron por casualidad. Al fin y al cabo, en principio Níger tenía intención de pagar el cofre, y sabemos que se mostró consternado cuando los Calixto cambiaron de opinión. Echarse atrás perjudicaba su reputación.

—¡Oh, todo eso ya lo he oído en boca de la viuda! —exclamó Fausto, haciendo una mueca—. La pena que la tiene postrada no le impide seguir insultando a los Calixto.

—Creo que se equivoca —repliqué—. Después de todo, me parece que son buena gente. El padre desaparecido parecía muy querido por todos.

* * *

En ese momento, Sexto Vibio regresó a casa. Se dejó caer pesadamente en una silla, lo que provocó que se desprendieran nubecillas de polvo blanco de su túnica. Parecía contrariado.

Para mi sorpresa, Fausto lo encaró de inmediato y sin ambages.

—¿Qué ocurre? Déjame adivinar: ¿más pullas sobre la ausente Julia?

—La gente puede ser muy ruin. —Sus palabras eran contundentes, pero su tono

era tranquilo.

—Bueno, has puesto de manifiesto tu punto débil —le dijo Fausto—. En política, eso es una invitación a atacarte. Mira, tenemos que hablar de esto. Es inaceptable que tus rivales estén siempre machacándote con la ausencia de Julia Optata. Están lanzando acusaciones muy graves contra ti, dicen que supuestamente tú has provocado que se fuera.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo? —Vibio estaba perplejo.

Al parecer era uno de esos hombres que se obstina en su ceguera. Cuantos más chismorreos corrían sobre él, menos parecía enterarse de nada. Ningún político puede permitirse ser tan obtuso. Era algo a lo que yo no estaba acostumbrada. Todos los hombres cercanos a mí eran tan brillantes como condecoraciones militares. Padre, tíos, y ahora Tiberio Fausto. Mantener una conversación con ellos era como forcejear en una carrera constante por llegar primero a la meta. Aunque no estuvieran de acuerdo contigo, no solo entendían qué estabas diciendo, sino también por qué lo decías.

O bien Sexto era estúpido, o bien ocultaba algo.

—Prepárate —lo instó Fausto con tono sombrío—. La gente dice que Julia se ha ido de casa para alejarse de ti. —Su amigo siguió haciéndose el tonto—. Muy bien, Sexto, tendré que ser más directo. La gente cree que te ha dejado porque eres violento.

Se produjo un silencio. Permanecí inmóvil, observando a Vibio. No se encolerizó ni lo negó todo inmediatamente, como hacen muchos hombres violentos. Tampoco afirmó que entendía por qué la gente podía pensar una cosa así y ofreció luego una explicación verosímil, como hacen los hombres inteligentes. Ni gimoteó, gracias a los dioses. Ni echó la culpa a algún comportamiento inapropiado de su mujer.

Manlio Fausto lo miraba fijamente. Su viejo amigo le sostenía la mirada.

—Vibio Marino, por favor, dime que no pegas a tu mujer.

—Manlio Fausto —replicó con tono solemne—, te doy mi palabra de que no es cierto.

—En ese caso, lamento haberlo sacado a colación. —Sin embargo, Fausto no iba a aflojar. Yo me mantuve al margen. La conversación era cortés en las formas, pero debía de resultar dolorosa—. Y te daré un consejo, amigo mío: debes traer a Julia Optata de vuelta a Roma.

—No puedo hacerlo. —Sexto parecía inamovible.

—O la traes de vuelta o no podré seguir siendo tu mentor. No puedo y no quiero continuar con una situación que tanto daño te hace inútilmente.

Su amigo se inclinó en el diván, presa de la indignación.

—Pero ¡te necesito! Sabes perfectamente cómo está mi padre. Mi madre es leal, pero esto es un trabajo de hombres. No tengo hermanos ni tíos. ¿A quién puedo recurrir, si no a mi más viejo amigo?

—Nada de chantajes, por favor.

—¡Pues tú tampoco me chantajees!

—No es mi intención. Me es imposible aconsejarte otra cosa.

—Fue ella la que decidió irse.

—Entonces debe decidir volver.

Vibio se desplomó en el diván con aire abatido.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunté entonces en voz baja—. ¿Cuánto tiempo hace que se fue? ¿Cuándo recibiste noticias suyas por última vez? —Él pareció agradecido por mi intervención, pero no contestó. Me arriesgué un poco más—: Si Julia y tú os habéis peleado, ¿nos permitirías hablar con ella? Lo harías por él, ¿verdad? —pregunté a Fausto.

Él mantenía su firme actitud, pero me apoyó.

—Estoy dispuesto a ir a verla, sí. —Sexto empezó a flaquear—. Tú no puedes abandonar Roma, Sexto. Como candidato, debes permanecer en la ciudad. Deberías escribirle una carta. Pídele que vuelva a casa. Yo le llevaré tu carta y hablaré con ella de tu parte. Eres un buen hombre y deberías salir elegido. La Julia que yo conozco sin duda lo sabrá ver.

—¡Ella lo entiende! —aseguró Sexto.

—Entonces le rogaré que vuelva para ayudarte. Si Albia acepta, la llevaré conmigo. Puede hablar con Julia de mujer a mujer.

—Puedo hacerlo, en efecto —acepté, aunque me sorprendía que me lo hubiera pedido.

—Entonces no hay tiempo que perder. Iremos mañana.

Supuse que tenía prisa por si acaso Sexto cambiaba de opinión.

XLII

Iniciamos nuestro viaje antes del amanecer, pugnando por avanzar con los últimos carros de reparto. Fausto puso el transporte, un *carpentum*, el rápido carro de dos ruedas tirado por dos mulas que su tío usaba para ir a Ostia por negocios. Había espacio para llevar carretero. Esto nos permitía conversar más que si Fausto se hubiera hecho cargo de las riendas, aunque él casi no habló cuando emprendimos la marcha.

Me recogió en la plaza de la Fuente. Yo estaba soñolienta, gustosamente me habría quedado en la cama. Fausto me instaló en la parte posterior del carro y me arrojó con una manta. Él se sentó delante con el taciturno carretero, encorvado bajo su capa. Noté las sacudidas colina abajo, luego oí imprecaciones y sentí que me mareaba con los continuos arranques y paradas circulando a través de Roma, donde todos los vehículos parecían querer cruzarse en nuestro camino o toparse con nosotros de frente.

Nos dirigíamos a Fidenas, a quince kilómetros de Roma. Era una cómoda excursión de un día, pero desde el Aventino primero era necesario atravesar la ciudad o rodearla para llegar a la Via Salaria, el antiguo camino de la sal que se dirige al norte. En lugar de salir de la ciudad y rodearla, el carretero la atravesó. Bajó hasta el espolón, luego cruzó el Campo de Marte, siguió a lo largo del monte Quirinal y así encontró la Via Salaria, cerca del nuevo templo de Domiciano, erigido a mayor gloria de la dinastía Flavia. Yo no habría elegido ese camino. Pero ¿quién escucha a una mujer?

Al cabo de un rato, cuando llegamos a campo abierto y el ritmo se hizo más regular, me entró sueño. El aire parecía más fresco. Empezaba a despuntar la luz del día, pero yo me quedé dormida.

Más tarde, percibí que estaban comiendo. Gateé hacia delante y me encaramé al pescante, un estrecho banco. Fausto me hizo sitio y me tendió un aromático panecillo de un cesto, que había comprado a un panadero. Siempre organizado, también sacó jamón casero al perfume de clavo para acompañar el pan.

El día avanzaba. Pastos y cultivos brillaban con reflejos dorados al sol estival. Oscuros cipreses salpicaban el paisaje, solitarios, en parejas o en hileras que parecían plantadas así sin motivo. Pasamos junto a olivares y viñedos en dirección a los ondulantes montes Sabinos, aunque nos detendríamos mucho antes de Reate, lugar natal de Vespasiano. De vez en cuando aparecían a lo lejos antiguas poblaciones etruscas apiñadas en la cima de una colina, todas bajo la protección de un templo, todas llenas de color con sus techumbres de tejas rojas, sobre rocosas escarpaduras grises.

Avanzábamos a buena velocidad. Fausto me había dicho que llegaríamos a la finca de Vibio ese mismo día; una de las ventajas de salir tan temprano era que, si forzábamos el paso, casi tendríamos tiempo para regresar esa misma noche. En parte

dependería de Julia, de si estaba dispuesta a aceptar nuestra petición y de la rapidez con que se preparara para el viaje.

Pero aunque el tío de Fausto tenía unas mulas espléndidas, no lo íbamos a conseguir. Sufrimos un largo retraso al poco de salir de Roma. Habíamos llegado al puente del Anio, que baja desde el Tíber. Ese río, famoso por sus límpidas aguas, discurre serpenteando, cruza la Via Nomentina y la Via Salaria antes de desviarse en dirección al mar y desembocar en el fangoso Tíber.

Fausto llevaba un rato estirando el cuello para mirar alrededor, supuse que porque a menudo hay molestos mendigos acechando bajo los puentes. Cuando los vehículos aminoran la marcha, aprovechan para saltar sobre ti, contándote tristes historias con tono quejicoso y pidiendo dinero. A veces también cogen paquetes de la parte trasera del carro, sin que lo adviertan los carreteros y pasajeros.

Había un par de ellos bajo la arcada, aletargados. Cuando nos gritaron, ya habíamos cruzado el puente, dejándolos atrás. De repente Fausto ordenó al carretero que se detuviera. Él era reacio a hacerlo tan cerca del puente, pero conocía al sobrino de Tulio de toda la vida y obedeció a regañadientes.

Fausto pasó sobre mí, saltó al suelo y salió corriendo por un campo cercano. Seguramente quería mear. El carretero y yo intercambiamos una mirada, y también descendimos para aliviarnos. Por pudor, elegimos arbustos en lados opuestos del camino, sin alejarnos tanto como nuestro compañero de viaje, sino lo bastante cerca como para vigilar el carro.

Hacía un buen rato que Fausto se había perdido de vista. El carretero se levantó sobre el estribo para intentar divisarlo. También lo llamó a gritos, a lo que se oyó una débil respuesta. El carretero se encogió de hombros y volvió a sentarse. Sintiendo curiosidad, bajé y atravesé el campo cubierto de maleza en la dirección tomada por Fausto. Me pareció distinguir una especie de sendero, pero era una de esas inseguras sendas que abren las gentes del campo al andar y que van desapareciendo de manera exasperante. Pese a que llevaba zapatos en lugar de sandalias, el barro y las ramitas que me arañaban eran un incordio.

¿Cómo es posible que incluso en terrenos resacos del campo haya siempre charcos y rodadas llenas de repugnantes aguas estancadas en las que uno siempre mete los pies? Es mucho más seguro andar por la ciudad, donde ves por donde pisas.

¿Cómo mantienen las cabras las pezuñas limpias? Nunca se ve a una limpiándose el cieno en una mata de hierba, frunciendo el ceño con asco.

En realidad no había cabras a la vista, aunque animales con hábitos poco higiénicos habían pasado por allí regularmente. Mi chico de granja, mi marido, se habría reído de mis remilgos, pero también era un muchacho fuertote que me habría aupado en brazos para sortear los trechos más irregulares y apestosos. Siempre le pareció cómico que, aun procediendo de una provincia mítica de tan remota, fuese una chica de ciudad. Londinium está llena de chozas, pero tiene calles con puestos de venta y porches para protegerse de la lluvia. Quiero productos frescos y normas. Y no

quiero encontrarme con gente que, según dice mi padre, tiene vello en los dedos de los pies y tres orejas.

Por allí habían pasado unos palurdos. Fausto se encontraba en un claro que habían dejado pisoteado y lleno de inmundicias. Mientras intentaba descubrir qué hacía el edil, dije:

—Este es uno de esos sitios a donde los chicos de la aldea, suponiendo que haya una aldea cerca de aquí, traen a las casquivanas para fornicar en grupo a la luz de la luna.

—No te preocupes, no es eso lo que planeo para ti.

—¡Qué lástima!

—Ya te llegará tu turno...

Fausto estaba concentrado en algo.

Los aldeanos debían de acudir allí a menudo para divertirse. Habían dejado cenizas de varias fogatas. Fuera del círculo, aunque no muy lejos, vi excrementos humanos. En un lado del claro había una pila de basura. Era lo que había atraído a Manlio Fausto, que revolvía en la pila y examinaba cada objeto que sacaba de ella. Estaba ordenando de un modo meticuloso (por eso le estaba llevando tanto tiempo) maderos viejos, ruedas, retorcidas ramas de árbol, ánforas, botas sueltas, cabos de cuerda, calabazas, pan mohoso y medio esqueleto de una oveja, formando pulcros montoncitos. Cualquiera noche, los locales que fueran allí iban a asombrarse al descubrir aquel despliegue.

Me senté en lo que tomé por una rama caída para limpiarme los zapatos con unas hojas.

—Cuéntame cuál es tu plan, querido edil —ronroneé.

—Tú misma lo verás.

—De momento no veo nada. Pero tengo fe en ti, Fausto.

Él levantó la vista brevemente, sujetando una vieja y sucia prenda con la punta de dos dedos.

—¡Sabía que debía traerte a ti! —Se fijó en lo que estaba haciendo—. ¿Dónde te has sentado?

—En una rama caída, ¿no?

—No lo creo, mujer de ciudad.

Rápidamente me puse en pie, por si era algo horrible.

Manlio Fausto puso la túnica sucia donde consideró que era su sitio en su extraña colección, luego se acercó a mí. Se sentó a mi lado y me rodeó la cintura con un brazo, maravillosamente cómodo. Apoyó la cabeza en su hombro. Él se apartó.

—¡Tu pelo me hace cosquillas! —Aun así, seguía rodeándome.

Examinamos mi asiento. Entonces vi que era una pértiga recia y larga, desgastada, pero la forma y el acabado eran obra de un buen carpintero. Los colores que antes exhibía se estaban desconchando a causa de la exposición al rocío. Cuando Fausto apartó la broza con el pie, descubrió un soporte de metal hueco en el que la

pértiga habría ido encajada cuando se utilizaba para levantar la litera a la que pertenecía. Fausto recogió pértiga y soporte y los llevó hasta uno de los montones que había clasificado cuidadosamente. Comprendí entonces que había reunido distintas piezas que antes estaban unidas: tres listones verticales, una pata con un elegante pie, otra pértiga, un techo curvo con extremos decorados semicirculares, partes de una base de listones para un colchón, un respaldo, varias cortinas rasgadas y las varillas que las sostenían. Incluso estaba el colchón, aunque parecía haber sido utilizado por los aldeanos para algún sucio propósito y Fausto no me permitió acercarme a él.

—Esto es todo lo que he podido encontrar, así que el resto deben de haberlo usado como leña. Si llevo yo el techo, ¿podrás apanártelas con esa pata, Albia? Quiero llevarme las piezas suficientes para una identificación segura cuando las llevemos de vuelta a Roma.

Recogí la pata con cautela. Sin que Fausto dijera nada, sabía que era parte de la litera en que Calixto Valens había emprendido su infausto viaje hacia su finca campestre.

XLIII

Es una verdad inexorable que cuando dos desconocidos, corteses pero con aire ligeramente oficial, preguntan: «Disculpa, ¿vives por aquí?», todos los lugareños responderán que no.

Esto nos retuvo allí. Dedicamos el resto de la mañana intentando conseguir que alguien hablara con nosotros. Las cosas no mejoraron hasta que encontramos un puesto de comida junto al camino. Al puestero le dijimos que éramos unos viajeros hambrientos y dispuestos a comer unas sabrosas albóndigas y dejar que la salsa nos manchara la túnica, ningún problema. Difícilmente podía negar que vivía cerca de allí. Las albóndigas estaban calientes; las había traído de su choza, que se veía desde el puesto.

Sabía quiénes eran las aves nocturnas, jueguistas alborotadores que iban allí y encendían fogatas. Se reunían en las largas noches estivales para beber, cantar, tocar toscos instrumentos musicales, pelearse y apuñalarse unos a otros por alguna mujer, además de intercambiar bienes robados que mangaban de carros que pasaban por allí o de granjas cercanas. El puestero creía que habían encontrado la litera de Calixto y la habían sacado del camino por diversión. Dudaba de que hubieran participado en la posible emboscada. Fausto se mostró de acuerdo, porque si se hubieran producido robos en el puente con frecuencia, las autoridades habrían tomado medidas. Cuando menos habrían apostado un vigil en el puente.

* * *

Aunque para mí el campo es un desierto, encontramos a mucha gente. Una vez conseguimos sonsacar información a un individuo, hubo otros que también hablaron. Seguimos un rastro de mozos de labranza y peones camineros que nos llevó a una pequeña finca rústica cercana al río Anio, donde los trabajadores del campo admitieron que habían sido testigos de lo ocurrido. Su historia la corroboraron los mendigos instalados bajo el puente. Apoyados en la azada o tumbados bajo un pino, los lugareños lo habían visto todo. Por supuesto, nadie había ayudado a la víctima ni se había molestado en denunciar el incidente después. No tenía que ver con ellos. Según dijeron, todos los involucrados eran de la ciudad.

Un grupo de «extranjeros», es decir, de Roma, que estaba a unos ocho kilómetros de allí, había llegado una mañana temprano. Habían ahuyentado a los mendigos y se habían apostado en el puente. Eran cinco o seis, o bien diez o quince, dependiendo de quien lo contara. Antes de que los mendigos hubieran tenido tiempo de reunir refuerzos para recuperar sus derechos de ocupación, apareció la litera de Calixto con sus porteadores y acompañantes. Los hombres emboscados saltaron sobre ellos. Lanzaron amenazas e insultos a grandes voces, blandiendo palos y posiblemente dagas. Al principio los esclavos mantuvieron la posición, pero su amo asomó la cabeza fuera de la litera y les ordenó que se salvaran, así que todos huyeron campo a

través. Una vez solo, al anciano lo habían sacado a rastras de la litera.

—¿Le hirieron? —preguntó Fausto—. ¿Le pegaron?

Los testigos dijeron que no, que se limitaron a rodearlo y gritarle. Él se mantuvo firme con valor, replicándoles airadamente. Desde luego estaba vivo cuando los testigos lo vieron por última vez, porque los asaltantes lo ataron y obligaron a emprender el camino de vuelta a Roma.

—¿Cómo lo ataron exactamente? —pregunté yo.

Maniatándole los brazos con cuerdas.

Fausto preguntó a los testigos si podían describirlo. Así obtuvo la imagen de un hombre maduro o anciano, robusto, lo bastante ágil como para caminar y que parecía capaz de llegar a Roma por su propio pie.

—¿Qué llevaba puesto?

Una túnica azul (esto lo decidieron tras una discusión sobre diferentes colores) y buenas botas (sobre esto no hubo disputa). Fausto me miró; yo asentí. Concordaba con el hombre del cofre.

—¿Qué pasó con su equipaje?

Nadie lo sabía. Los lugareños juraron que los extranjeros debían de habérselo llevado todo. Fausto y yo recelamos, pero jamás lograríamos identificar a los que habían saqueado la litera. Primus había dicho que su padre viajaba con poco equipaje y sin objetos de valor. Así pues, no insistimos sobre ese punto.

La litera había quedado abandonada a la vera del camino, pero al día siguiente ya no estaba allí. Les mostramos las piezas que habíamos encontrado, lo que provocó reacciones diversas. Nadie quería comprometerse diciendo que pertenecían al mismo vehículo, por miedo a que los acusaran de ocultar algo.

Era extraño que se hubieran llevado a la víctima del asalto. Reunimos a varios lugareños para que nos ayudaran e inspeccionamos la zona en busca de un cadáver o alguna señal de una tumba reciente. No encontramos nada. Parecía evidente que habían obligado a Calixto Valens a regresar a Roma. O bien lo asesinaron allí, o murió por el esfuerzo durante o después de su dura prueba: el sobresalto de la emboscada, la agotadora caminata en un día muy caluroso. Luego sus atacantes se habían deshecho de su cadáver metiéndolo en el cofre que la familia tenía almacenado.

Sabían lo del cofre y, por tanto, también sabían quién era él. El ataque y el secuestro habían sido planeados.

* * *

Fausto compró cuerda a un hombre que tenía una mesa junto al camino, donde vendía clavos y pequeñas herramientas para reparaciones de carros. Por el peso y el color, la cuerda parecía la misma con que estaba atado el cadáver del cofre. El vendedor negó haberles vendido cuerda a los asaltantes y alegó que estaba durmiendo cuando se produjo el ataque. Fausto se limitó a asentir con expresión severa. Luego se dispuso a

atar las piezas de la litera que habíamos encontrado al techo de nuestro *carpentum*, ayudado por el carretero.

Dimos las gracias a todo el mundo. Ellos nos despidieron con saludos efusivos, como viejos amigos.

—¿Ya lo tenías en mente? —pregunté a Fausto, cuando por fin reanudamos nuestro viaje—. ¿Querías buscar huellas del asalto?

—No creía que fuéramos a encontrar ninguna pista, pero pensaba que valdría la pena mantenerse ojo avizor. Calixto debió de circular por esta carretera si se dirigía a Crustumero. Eso está más lejos que donde vamos nosotros. Es un largo viaje para un solo día, pero se puede hacer esforzándose. Conozco esta carretera. Y el puente sobre el Anio es un buen sitio para una emboscada.

Fue entonces cuando comprendí la importancia de lo que decía.

—Vamos al sitio donde te criaste, ¿verdad? —Él asintió—. ¿Veré tu antiguo hogar?

—No.

Un monosílabo no me bastaba como respuesta. Habría presionado a un sospechoso que me respondiera así, pero no a Fausto.

Al cabo de un rato, se sinceró por voluntad propia, como yo esperaba. Me dijo que la finca donde había pasado su infancia la había vendido su tío tras la muerte de sus padres. Yo ya sabía que sus padres habían fallecido en poco tiempo, uno tras otro, cuando Fausto tenía dieciséis años. Por un momento, pensé que Tulio había sido insensible, pero Tiberio me aseguró que la venta se había realizado a petición suya.

—No podía volver allí. Tío Tulio quería esperar por si cambiaba de opinión. Yo insistí.

A mí me pareció extraño renunciar así a la infancia, aunque yo nunca había tenido raíces ni recuerdos felices.

—Se aprende a vivir el presente —comentó él cuando se lo expresé así—, para que el ayer no resulte demasiado doloroso. A los dieciséis años parecía el fin del mundo. No esperaba un mañana. —Bueno, eso era algo con lo que podía sentirme identificada. Más dispuesto ahora a hablar, añadió—: Esa es en parte la razón por la que Marcela Vibia se queja de que me veían muy poco. Aparte del hecho de que vivíamos en el Aventino, cuando otras personas venían al campo a pasar el verano, yo me quedaba en Roma. Tulio tiene una villa al lado del mar en Neápolis. Algunas veces voy a reunirme con él allí.

Aproveché la oportunidad para hablar sobre temas personales, cosa que raras veces hacíamos.

—Entonces, ¿esa finca de más allá de Fidenas fue tu herencia, o parte de ella?

Tiberio rio de buena gana.

—¿Quieres comprobar si soy solvente?

Le di un codazo en las costillas.

—Ya lo sabía. Fuiste objeto de una de las investigaciones de mi padre.

Se volvió hacia mí.

—Bueno, di. ¿Qué te ha dicho?

—Ahora te cuento..., pero solo porque has mencionado a Marcela Vibia. Ella quiere que hagas algo con tu vida. Si realmente intentas desplegar tus alas, necesitarás un aval.

—No me faltan recursos.

—Podrían faltarte —repuse—. El veredicto de Falco es que tu tío ha absorbido completamente tu herencia en su negocio. La gastó aumentando su colección de almacenes, y él tiene todo el control. —Fausto asintió pensativamente—. Puede que eso parezca normal en una familia, pero ¿te entregará algo a ti? Tal vez te sea difícil tratar con él, si alguna vez le pides fondos. Por suerte, mi padre dijo que si él había conseguido descubrirlo tras una investigación superficial, la verdad sería fácilmente demostrable ante un tribunal. Para estar seguro, deberías hacerte con los viejos registros y obtener copias.

—¡No nos imagino a mi tío y a mí ante un tribunal!

—Ya. Evita recurrir a la ley. Mi padre dice que solo tienes que convencer a Tulio de que podrías hacerlo.

—Tío Tulio siempre ha sido generoso, sobre todo cuando me apoyó para convertirme en edil.

—Aun así, haz que reconozca que una parte del dinero es tuya.

—Entiendo.

—Bueno, tú me has preguntado.

—Eso es cierto. —Al principio no supe si Tiberio estaba enfadado, pero añadió—: Coincido contigo. Pero es de suponer que un día mi tío fallecerá y yo lo heredaré todo, así que no necesito preocuparme ahora... Como sea, no soy un idiota del todo, ¿sabes?

—Nunca he dicho eso.

—No, pero crees que Tulio se ha apoderado de todo y que solo me pasa calderilla.

—Nunca has pedido prestado para pagar en la taberna... Pero no tengo ni idea de cómo llevas tu economía cotidiana. ¿Cómo iba a saberlo?

—¿Te importa?

—Me importa si te está engañando. Como buena amiga tuya, claro que me importa.

—No es lo mismo que con los Calixto, que no están emancipados —me aseguró—. Yo no soy su hijo. Mi tío Tulio no me ha adoptado, lo que ciertamente facilita las cosas. El cabeza de mi familia era un pariente masculino muy remoto de mi padre, pero también él murió no hace mucho. Así que soy totalmente independiente.

—¡Eso es bueno! —dije con tono alegre.

—¡Lo es! —convino él.

—Entonces, si vas al banquero de tu tío, ¿te entregará todo el dinero que le pidas?

—La verdad es que sí, así es.

—Pero tú nunca pides mucho —adiviné.

—¡No estés tan segura! —repuso y sonrió repentinamente—. El mes pasado compré una casa.

Mientras yo me reponía de la sorpresa, explicó que durante el tiempo que yo había pasado en la costa, convaleciente, se había encontrado sin nada que hacer. Buscando en qué ocuparse, compró una propiedad como inversión, y tenía intención de reformarla. Su tío se sorprendió tanto como yo, pero no puso ninguna objeción. Estaba en un lugar que yo conocía: en el Aventino, una casa junto a un negocio de construcción, en la Via Loreti Minoris. Había pertenecido a una clienta mía, una mujer ya fallecida. Fausto y yo conocíamos a su heredero, un fabricante de quesos del que ambos éramos clientes.

—¿Lo ves como un pasatiempo? —sugerí.

—Tulio lo vio así.

—¿Para ampliar horizontes? —pregunté con cautela—. ¿O como aportación al negocio familiar?

—Las escrituras de propiedad están a mi nombre. —Fausto mantenía la vista fija en la carretera—. Un pequeño proyecto para impedir que me meta en líos... Bueno, eso es lo que piensa mi tío —musitó.

XLIV

La larga demora en el puente sobre el Anio había trastocado nuestros planes. Al acercarnos al pequeño pueblo de Fidenas, discutimos lo que debíamos hacer. Si continuábamos hasta la finca de Vibio, llegaríamos tan tarde que tendríamos que pedir alojamiento durante la noche. Dado que quizá Julia Optata no nos diera una calurosa bienvenida, decidimos que sería más cortés enviar a nuestro carretero a avisarle de nuestra llegada, mientras nosotros pernoctábamos en una posada y nos dirigíamos a la casa a primera hora de la mañana siguiente.

—Así tendrá tiempo para pensar.

—Mejor dicho, ¡para largarse! —le advertí.

Fausto aceptó el riesgo de enviar la carta de Sexto a Julia. Nerviosa por el efecto que podía tener en ella, le pregunté si él la había leído.

—Sí, me la enseñó. Es muy sosa. ¡No es lo que yo te escribiría a ti!

—Ya me has escrito. —Habíamos intercambiado breves notas un par de veces cuando yo estaba en la costa.

—¿Y qué te pareció? —Era como un muchacho flirteando.

—Me pareció que tu redacción era demasiado cuidadosa, como si temieras que toda mi familia lo leyera.

—¿Y lo hicieron? ¿Se metieron a hurtadillas en tu habitación y miraron bajo la almohada?

—He enseñado a mis hermanas a temerme —respondí con altivez—, y a mi hermano no le interesaría. Mi padre deja estas cosas a mi madre. Mi madre se comporta de un modo irreprochable, de lo que no te puedes fiar, así que guardo mis cartas en una caja bajo llave.

—¡Ah, entonces las guardaste! —repuso sonriendo.

Yo ya estaba demasiado cansada por el viaje para dar con una réplica adecuada.

* * *

Nos alojamos en una parada oficial de la calzada, que desde entonces conocemos como «La Vaca sin Rabo». Esa es la versión educada. Su nombre real era más prosaico: Mansio de Fidenas o algo similar. Realmente era una *mansio* de lo más corriente, nada de categoría, una *mansio* que no tenía baños ni cocina, solo un dormitorio común con seis camas duras. Tuvimos que compartirlo con varios viajeros de la Via Salaria que no paraban de roncar, durmiendo con la ropa puesta sobre ásperos cobertores, sin almohada, tratando de ignorarnos unos a otros. Nos lo facilitó el hecho de que no hubiera más que un ventanuco pequeño, por lo que el dormitorio estaba a oscuras, aunque el calor era sofocante. Fausto me instaló en un rincón y él se colocó al lado por si alguno de los bultos de las otras camas intentaba molestarme. Tras una velada allí, su humor era demasiado sombrío para intentarlo.

Habíamos cometido la temeridad de comer allí. Habían pasado un codillo de

cordero por un caldero lleno de caldo vegetal; el resultado provocó que protestaran mis tripas, aún debilitadas. Fausto dijo que incluso él tenía indigestión. Cuando se dio cuenta de que yo me encontraba mal, juntó su cama contra la mía. Yo estaba hecha un ovillo. A pesar del calor sofocante, temblaba. Él se pegó a mí, rodeándome con sus brazos y compartiendo conmigo su calor.

—¡No intentes nada!

Solo él podía haber dicho algo así. Y solo yo podía haber encontrado al último hombre casto de Roma. ¿Por qué entonces me pareció que estaba a punto de soltar una risita?

—¿Por qué no? —pregunté al cabo de un rato, en voz baja. Silencio—. ¿Porque no me deseas?

Noté un cálido aliento en el cuello cuando él me susurró su respuesta.

—No quiero que un recuerdo entrañable quede vinculado para siempre con una sórdida posada en una tediosa población a la que no querría volver jamás para realizar un encargo que me incomoda, con tres velludos vendedores de clavos de Nórico escuchándonos.

Desde luego eran vendedores de clavos: se habían pasado toda la velada discutiendo sobre el mejor modo de vender clavos de Nórico. Mi compañero se había acercado a ellos para intercambiar unas palabras, momento en que había obtenido una bolsa de tintineantes muestras. Le pregunté al respecto. Parecía muy complacido con el regalo y dijo que los buenos clavos siempre eran útiles. Me dije que, sin que antes fuera consciente de ello, el edil Fausto era un hombre típico. Ahora, a pesar de la presencia de los noricanos, me susurró:

—Jamás creas que no te deseo, Albia.

Acepté la situación y me relajé entre sus brazos. Sin nada más que hacer, ambos nos sumimos en un profundo sueño.

* * *

Los vendedores de clavos noricanos reanudaron la marcha antes del amanecer. Mi recuerdo de ellos era ahora benevolente.

Cuando una rendija de luz logró por fin abrirse paso a través del ventanuco, nos despertamos. Durante la noche debíamos de haber ajustado nuestra posición, quizá más de una vez. Fausto estaba tumbado de espaldas y yo pegada a su lado. Aún me rodeaba con un brazo. Fue una sensación natural y familiar, como si hubiéramos dormido juntos en la misma cama durante años.

—Deja de pensar.

—¿Qué?

—Cada vez que alguna inquieta idea te pasa por la cabeza, mueves los ojos y tus pestañas me hacen cosquillas.

Todo parecía hacerle cosquillas. Era como un bebé. Pelo, pestañas... Yo parecía provocarle reacciones ridículamente agudas.

La habitación estaba en silencio. Solo quedábamos nosotros. Me moví, inquieta, y me rasqué el brazo. Criaturas que vivían en la paja del colchón habían emergido durante la noche y me habían picado. Tiberio interrumpió mi frenético rascado poniendo una mano suavemente sobre mi muñeca, impidiendo que me hiciera sangre. Se escupió en un dedo y lo aplicó a mis ronchas para que la saliva calmara la irritación.

Yo necesitaba desperezarme y debí de pegarme más contra su cadera. Fue más un empujón que un movimiento. No intentaba nada. Fue él, todo fue culpa suya, fue su elección.

Se dio la vuelta. Ahora estaba sobre mí, muy cerca. A la tenue luz, su rostro familiar parecía suave y juvenil tras el sueño. Le había visto enfrascado el día anterior, pero eso no había sido nada comparado con la determinación que mostraba ahora. Suspiró, pero si era resignación, se había rendido de buena gana.

—Fausto...

—No hables.

Sé de gente que pensaría que la situación requería medio rollo de diálogo cómico como en una obra de teatro griega. Sin embargo, no dije ni mu.

Él bajó la cabeza y empezó a besarme. Nos habíamos besado en otra ocasión, fingiendo que era para disimular, estando de vigilancia. Tenía el mismo sabor, pero esta vez era deliberado, era él tomando la iniciativa y yo demostrándole abiertamente mi respuesta. No sé cuál era su intención, pero ninguno de los dos pudo contenerse más. Apenas cambiamos de posición. No llegamos a desvestirnos. La Vaca sin Rabo no era lugar para la desnudez. Hicimos los ajustes necesarios, luego contuvimos el aliento para lo que ocurriría de prisa y con profunda intensidad.

Mi espera había terminado. Tiberio Manlio Fausto había dado el paso.

XLV

Nuestro carretero había decidido pasar la noche en la finca de Vibio. Había visto los establos de la *mansio* y se había imaginado el resto. Los establos no eran lo bastante buenos para las espléndidas mulas de Tulio, así que las instalaciones para los humanos serían repugnantes. Volvió por nosotros bastante temprano. Si nos encontró extrañamente silenciosos, no comentó nada.

Por la noche había entregado la carta para Julia Optata, pero no la había visto personalmente. Eso quedó para nosotros. Era una mujer contenida, de pelo oscuro, joven aún, aunque debía de estar más cerca de la edad de Sexto de lo que solían estar las esposas. Era la mayor de todos los hijos de Julia Verecunda, la primera hija que había sido sometida al odioso régimen de su madre. Vestía con sencillez, tal vez porque estaba en el campo, pero en honor a nuestra llegada se había puesto pendientes y un collar de plata.

Decían de ella que era reservada y también dulce. Yo no vi nada de eso. Me pareció una mujer cauta e inexpresiva.

Guardaba cierto parecido físico con la hermana que yo conocía, Julia Laurentina, la mujer de Firmo. Esta me gustaba más, aunque se hubiera mostrado tan agresiva, me había parecido más sincera. Esta hermana tan reservada saludó a Fausto inclinando la cabeza fríamente, luego nos miró a los dos con suspicacia.

* * *

Tal vez no fuera muy prudente visitar a una mujer con problemas maritales cuando todavía estás evocando una recién estrenada plenitud sexual, pero ya no tenía remedio.

Julia se atuvo al guion: había ido al campo por su temerosa hermana, que no apareció. Pero existía y había tenido un bebé, pues lo oíamos llorar. Deduje lo que estaba pasando.

—¿Tu hermana tiene problemas con su marido? ¿Ha abandonado el hogar conyugal y no quiere que su marido la encuentre?

Julia Optata lo confirmó con nerviosismo, rogándonos que no reveláramos a nadie que su hermana estaba allí.

Durante el embarazo pueden darse peleas. No quiero decir, como aseguran los hombres de la medicina, que las mujeres padezcan emociones turbulentas mientras sus pobres úteros histéricos se dilatan. Mi trabajo me ha enseñado que los hijos por nacer hacen que los hombres se replanteen su vida. No siempre por buenas razones.

Una mala reacción del marido de la madre primeriza respecto a la paternidad explicaría el misterio que rodeaba el exilio de Optata. No querían que él supiera dónde estaba su mujer. También explicaría por qué la hermana embarazada había huido a la finca de Vibio. Si el marido se había comportado mal, Julia y Sexto le estaban proporcionando un refugio secreto y seguro.

Interrogada por Fausto, Julia Optata dijo que su hermana se llamaba Julia Pomponia y su marido, Aspicio. Fausto no lo conocía. Julia bajó la voz y nos confió que, unos años atrás, su hermana había abandonado un primer matrimonio concertado, y había escandalizado a todo el mundo escapándose con Aspicio, un hombre de extracción social mucho más baja. Lo que la pretenciosa Laia Graciana llamaría «algo inadmisible», supuse.

El tipo resultó demasiado rudo. La pareja nunca había tenido dinero suficiente y Aspicio era un malvado. Los parientes de Julia Pomponia se habían regodeado en general, pero un par de ellos la habían ayudado; su madre no.

Pregunté si por eso Julia Verecunda ignoraba que iba a ser abuela.

—Es de suponer que no le haría la menor gracia que una de sus hijas optara por, digamos, el populacho, ¿no? —añadí. Optata admitió que así era. Pomponia se había distanciado de su madre—. ¿Qué es su marido, un soldado? No me digas que cayó en el horrible tópico de enamorarse de un gladiador.

Julia Optata se escandalizó.

—¡No, trabaja en artes decorativas! Aunque en realidad me temo que Aspicio se dedica a acarrear capazos de obra.

Contuve un bufido ante su soberbia.

—¿Qué tiene de malo un trabajo honrado? —Una de las cosas que quizás iban mal era que la pareja no podría permitirse tener un hijo con el salario de un obrero. Es un trabajo mal pagado e inestable, que depende de lograr ser contratado cada día—. ¿Debo suponer que tu cuñado cargador de ladrillos tiene buena planta? —Julia se ruborizó y dijo que podía decirse que sí. Pero no cargaba ladrillos, sino yeso para hacer frescos.

Me pregunté si Julia Optata habría lanzado miradas lujuriosas demasiado evidentes a su fornido y apuesto cuñado, y eso había provocado una riña con Sexto. Claro que Sexto no parecía un tipo celoso. Bah, era cosa mía. No hacía más que pensar en sexo esa mañana.

* * *

Julia Optata abordó el motivo de nuestra visita. Había leído la carta de su marido. Ahora que el bebé de su hermana había nacido sano y salvo, Optata aceptó regresar a Roma con nosotros y que el viaje se realizara ese mismo día. La acompañaría una doncella. Sin embargo, su hermana no iría con ella.

—Se está preparando para marcharse al extranjero en cuanto se recupere y pueda viajar.

Enarqué las cejas.

—¿No es un poco excesivo? —dije, y lo suavicé—: Por supuesto, depende del miedo que le tenga a su marido. Lo entiendo.

—Un conocido nuestro le ha ofrecido un lugar seguro en una finca donde podrá vivir. El bebé podrá corretear entre los olivos de la Bética, y si Pomponia se

encapricha allí de algún otro guapo ejemplar de hombre, dará igual.

Sin darse cuenta, quizá, Julia Optata había desvelado adónde se iba su hermana. Por suerte, Fausto y yo sabíamos guardar un secreto. Él me miró, pero no hicimos ningún comentario.

* * *

Realmente la hermana, Julia Pomponia, no era un fantasma. Después de que la esposa de Sexto nos dejara solos diciendo que debía supervisar cómo preparaban su equipaje, aduje que tenía que ir al retrete. Mientras me paseaba por allí «perdida», vi a las dos hermanas juntas. Se encontraban en una habitación lateral que se abría a un pequeño patio. Desde mi posición no veía bien a ninguna de las dos, o me habrían descubierto. Pero Pomponia era otra mujer de pelo oscuro con la misma figura, similar también a la tercera hermana, Julia Laurentina, que vivía con los Calixto. Supongo que las tres tenían cierto parecido con su madre, aunque todas vestían con un estilo más moderno. Pomponia parecía la más joven.

Con las cabezas juntas, ambas discutían en voz baja si Julia Optata debía regresar con Sexto. Daba la impresión de que era la misma conversación que estaban manteniendo la noche anterior al recibir la carta, y posiblemente en ocasiones previas.

—No puedo seguir discutiendo sobre esto. Será mejor que ahora vuelva a casa. Ya le he dicho a esa pareja que lo haré, así que está decidido. No ocurrirá nada.

—¿Lo prometes? —preguntó su hermana, no muy convencida.

—Lo prometo.

—Y si me quedo aquí, ¿nadie descubrirá mi paradero? —La hermana estaba asustada.

—Si es tu deseo. En cualquier caso, volviendo yo a casa alejaré la atención de aquí. Sigo sin entender por qué has de esconderte, cuando no has hecho nada.

—¡Jamás volveré con él! Después de lo que hizo... Y no volveré a verla ni a hablar con ella nunca más.

—Ella se imaginará el motivo. Ya sabes que creo que es peligroso.

—Ahora tengo un hijo en el que pensar.

—Ya —dijo Julia Optata con voz hueca—. Descubrirás que eso cambia muchas cosas..., aunque otras nunca cambian. Bueno, yo también quiero ver a mis hijos; supongo que lo entiendes.

—Ve. Vuelve con ellos —la instó la fugitiva Julia Pomponia. Y con voz temerosa añadió—: Pero, por favor, piensa en lo que te he dicho. Intenta no ver a tu hija mayor hasta que las cosas se tranquilicen. No insistas. Si vas a su casa, habrá muchas posibilidades de que la familia intuya que sabes algo.

—¡Oh, no será por mí! —Por una vez, Julia Optata habló con resolución—. No tengas miedo, Pomponia. ¡Nadie sabe ocultar tan bien un secreto como tu hermana mayor!

Se despidieron poniéndose en pie para abrazarse. Yo volví apresuradamente para sentarme en el diván donde la anfitriona nos había dejado, con aire inocente, al tiempo que me preguntaba cuándo y cómo encontraría una oportunidad durante el viaje para informar de aquella críptica conversación a Fausto.

XLVI

No se habló gran cosa en el camino de regreso. Tardamos bastante en salir y no nos apresuramos: no tenía sentido llegar a Roma antes de que acabara el toque de queda para vehículos rodantes. Para mí, el viaje podría haber sido un bucólico paseo campestre. Sin embargo, se cernió sobre él una continua sensación de agobio.

Cuando nos disponíamos a subir al *carpentum*, Julia Optata preguntó por los maderos atados al techo. Le dijimos que procedían de la litera de Calixto Valens, que había sufrido una emboscada, y pareció tan asustada como antes su hermana.

Optata no deseaba relacionarse con nosotros. Aunque había accedido a venir con nosotros, seguía comportándose como si viajara de mala gana. A veces la pillaba mordiéndose el labio mientras rumiaba con inquietud. ¿Le preocupaba cómo irían las cosas cuando se reuniera con Sexto?

Durante una parte del camino fui sentada en la parte trasera del carro con Optata y su doncella, esperando averiguar algo útil. Pero ella no había exagerado al jactarse ante su hermana de tener los labios sellados: jamás conversaba con los sirvientes y a mí me había colocado en la misma categoría excluyente. Yo sabía perfectamente que la doncella no iba a cotillear delante de su ama, y no se presentó ninguna oportunidad de hablar con ella a solas en las paradas para descansar. Julia la mantenía a su lado, seguramente a propósito. Me di por vencida y me permití el lujo de viajar delante, junto a Manlio Fausto.

No era un hombre que besuqueara o hiciera manitas delante del carretero de su tío. No me sorprendió. Y conociéndolo, tampoco me sentí decepcionada.

Gente con la que nos cruzábamos se mostraba intrigada por los trozos de litera atados al techo. La gente de los carros nos saludaba incluso. En cierto momento, un descarado joven nos adelantó, mirando fijamente, en una cuadriga modificada que debía de haberle costado muchos quebraderos de cabeza a su padre; dio media vuelta, volvió hacia nosotros para echar un segundo vistazo, y luego preguntó a Fausto si vendía las piezas. Insistió, pero Fausto lo rechazó educadamente.

Se necesita ser un auténtico pícaro para deshacerse de unas pruebas. Mi abuelo, por ejemplo: él lo habría vendido todo por un precio adecuado.

—Parece que tienes aptitud. Si quieres emprender una nueva carrera —dije a Fausto entre risas—, podrías hacerte trapero.

Él se preguntó si eso no ahuyentaría a las mujeres. Le aseguré que les encantaría a la clase de mujeres que le gustaban a él. Entonces afirmó que la remodelación de la casa de la Via Loreti Minoris lo había hecho reflexionar. En lugar de cerrar el negocio de construcción, tal vez debería continuar adelante. Le señalé que los dueños anteriores se dedicaban a reformar tabernas. Replicó que para un plebeyo todo era aceptable, siempre que fuera lucrativo. Sonreí. Al menos ahora sabía de primera mano cuánto se necesitaba para sobornar al edil del distrito.

Ese fue el episodio más emocionante del viaje. Llegamos a Roma demasiado

pronto para que dejaran entrar el carro. Eso nos concedió una excusa para persuadir al carretero de que rodeara las murallas de la ciudad en busca de una entrada más práctica que la puerta Pinciana. Conseguimos que iniciara la vuelta alrededor de la ciudad, pero se inquietó al llegar al cuartel de la Guardia Pretoriana, aunque estaban todos dentro «descansando» (con pellejos de vino, por el ruido que hacían). En cuanto los guardias abrieron, se metió rápidamente por la puerta Tiburtina y atravesó a buen paso los jardines del Quinto Distrito. Al pie del Esquilino, donde el Quinto se une con el Segundo y el Tercero, pasamos por delante del enorme santuario de Isis y Serapis. Entonces pensé que debía de ser allí donde el perro de Trebonio Fulvo había mordido la primera vez a la sacerdotisa, y no en el otro templo de Isis, junto a la Saeptha Julia. Podríamos haber entrado para interesarnos por su salud, pero estábamos ya impacientes por llegar a casa.

A quien sí vimos fue al fiero *Cónsul*. Correteaba por allí, ladrando a las ruedas de los vehículos.

—¡No lo llames! Nos reconocerá y nos saltará encima.

Un hombre recio lanzó un contundente silbido. Al oírlo, el mastín paró y regresó cautelosamente hacia donde estaba su nuevo adiestrador, que le arrojó un palo para que fuera a buscarlo. *Cónsul* parecía agradecido por las alabanzas que recibió por recogerlo.

Una vez en la casa del Clivus Scauri, observamos detenidamente el encuentro de Julia Optata con su marido. Él oyó el *carpentum* y salió a recibirnos en el atrio. Sexto abrazó a Julia; ella se aferró a él. Sus hijos llegaron corriendo, lanzando chillidos de alegría por el regreso de su madre. La de Sexto apareció muy sonriente. Incluso el padre se presentó con una leve expresión de deleite al verlos a todos juntos.

Todo fue normal.

Absolutamente normal.

Tan normal, que me habría avergonzado de mí misma por haber dudado de ellos..., de no ser por la reveladora conversación que había oído entre las dos hermanas.

Finalmente logré contárselo a Fausto de camino hacia el Aventino, aunque no recordaba todos los detalles de lo que había sido una conversación vaga y llena de alusiones.

—Ellas sabían de lo que hablaban, pero no lo dijeron en voz alta por si alguien las escuchaba.

—Te creo —me dijo él.

Poco después llegamos a la plaza de la Fuente. Allí se produjo uno de esos momentos delicados en los que tenía que decidir si lo invitaba a entrar, como si esperara que ocurriera algo en particular, mientras que él tendría que decidir lo que iba a hacer con respecto a una invitación que quizá no deseaba...

Postergando el momento, dije que estaba agotada. Fausto también parecía cansado; vaciló pero acabó sugiriendo que nos encontráramos al día siguiente para

desayunar en El Astrólogo. Después recogeríamos las piezas de la litera rota de casa de Vibio, donde Fausto las había dejado por comodidad, y llevaríamos aquellas trágicas reliquias a los Calixto para mostrárselas. No nos habrían dado las gracias precisamente si les hubiéramos llevado la desgarradora prueba del destino de su padre a aquellas horas de la noche.

Por una vez, Rodan estaba en la entrada, papando moscas. Fausto me ayudó a bajar para dejarme en el frío porche del edificio del Águila, olvidando casi despedirse de mí. Yo me di la vuelta, me incliné y lo besé en la mejilla.

—Tengo barba —musitó él como disculpa, pasándose una mano por el mentón. Con el cansancio, parecía inseguro de sí mismo; tratándose de otra persona, habría creído que se estaba arrepintiendo.

—El tipo ese del Palatino volvió otra vez —gruñó Rodan.

—La próxima vez dile que iré yo a verlo.

Las mulas querían irse a su establo y el carretero estaba harto de nosotros. Mientras yo hablaba con Rodan, el carro se llevó a Fausto.

Subí a mi vivienda. Al entrar, me alegré de estar sola. Necesitaba pensar. Quería reflexionar tranquilamente sobre lo que había ocurrido en la *mansio*; si tendría importancia en nuestras vidas o solo resultaría un milagro de una noche. Tenía la sensación de que conocía las respuestas, pero eso era peligroso. Ya me habían roto el corazón una vez, hacía muchos años, por creer que sabía cuáles eran las intenciones de otro hombre.

Mis hermanas me habrían dado ánimos. «¡Haz que espere, Albia! Que se ponga nervioso...». Julia y Favonia jamás se habían enamorado, así que tenían muchas teorías. Ridículas jovencitas.

Así que por fin había logrado que Fausto se metiera en la cama conmigo, y menuda cama había sido. Las picaduras de las chinches me escocieron nuevamente solo de pensar en ello. Mi cama, sobre la que me tendí, era un mueble caro y hermoso que había aparecido en una subasta hacía tiempo y se había reservado para la venta privada, especialmente para mí. La había compartido con mi marido. Había habido algunos amantes, ninguno que me importara. No podía fingir: ahora había alguien que me importaba. Mi corazón y mi cuerpo lo deseaban.

Eso es lo que más echas de menos cuando eres viuda. No son las relaciones sexuales en realidad, porque eso siempre puedes conseguirlo, sino poder apoyarte en alguien firme y tolerante. Alguien que te eche un brazo por encima durante la noche o por la mañana, para asegurarse de que sigues ahí.

Todo en mi cama era cómodo; solo me faltaba que Tiberio estuviera en ella conmigo.

XLVII

Una doble ración de olivas me aguardaba en El Astrólogo.

Cuando Apolonio, que servía ese día, agitó el pulgar en dirección al sitio dispuesto ya para mí, el hombre que se sentaba delante empujó la banqueta con el pie para que pudiera sentarme con mayor facilidad. Sus ojos grises me dieron una tranquila bienvenida. Ya me había visto venir por la calle. Por una vez, había disfrutado siendo observada.

Llevaba una túnica azul que me gustaba y resultaba cómoda, y unos mínimos adornos. Cuando te encuentras con un nuevo amante, es mejor no parecer cara de mantener. Se asustan muy fácilmente.

A pesar de la temprana hora, Manlio Fausto parecía recién afeitado. Había optado por la pulcritud. Sujetaba la túnica en la cintura con un cinturón atado en el centro. Se había peinado hacia delante de un modo poco natural. Hoy iba acompañado; al pasar había visto a su esclavo sentado fuera, en el bordillo, masticando tenaz y sonoramente.

—¿Por qué no llevamos a Dromo a Fidenas?

—Estaba dormido como un tronco cuando salí. Me dio pena despertarlo.

—¡Qué encanto!

A Apolonio se le cayó mi panecillo. Lo recogió y lo limpió con la mano antes de servirlo decorosamente en una servilleta. Fausto alargó la mano y cambió mi panecillo por el suyo. Sopló sobre el que se había caído y consiguió quitarle el polvo y los pelos de gato que se le habían adherido de la servilleta.

Sonreí y él me correspondió. Los dos seguimos sonriendo mientras comíamos.

* * *

Después de pagar a Apolonio y salir de la taberna, Fausto se detuvo en la calle y me dio un prolongado beso.

Fuimos caminando juntos hasta el Celio, contemplando la Roma de primera hora de la mañana, limpia y llena de maravillas, como una ciudad extranjera cuando acabas de desembarcar tras una larga travesía. Con ese primer embeleso en que, aunque veas una rata muerta en el arroyo, no se lo comentarás a tus compañeros extasiados.

Llegamos al Clivus Scauri, donde reclamamos nuestras pruebas. Los niños salían en dirección a la escuela con su preceptor. Julia Optata les preguntaba por las clases, mostrando más animación que en Fidenas o durante el viaje. Apareció Sexto.

—¡Sabes que dije que no quería esa escuela! —le espetó ella. Su tono resultaba embarazoso en nuestra presencia. Se fue en dirección a la escalera que conducía a su apartamento.

Sexto nos miró, encogiéndose de hombros en silencio, luego fue tras ella.

Por lo visto, había una riña en ciernes. Estaba claro que no era la primera vez que

discutían sobre la educación de los niños. Sentí un escalofrío, preguntándome hasta dónde podía llegar. Noté que Fausto también tenía sus dudas sobre el acierto de traer de vuelta a Julia Optata. Si nos equivocábamos y Sexto era proclive a la violencia, todo lo que pudiera ocurrirle a ella sería responsabilidad nuestra. En todo caso, Sexto parecía más resignado que furioso.

Nos fuimos con las pruebas para los Calixto, quizá más deprisa de lo que pretendíamos en un principio. Nuestra dicha de pareja era demasiado reciente para querer presenciar la disputa de otras personas.

* * *

Caminamos en silencio, volviendo por la misma calle, doblamos la esquina y seguimos hasta la casa de los Calixto. Dromo nos seguía arrastrando los pies, cargado con las piezas rotas, quejándose.

Me asombró ver sentado en el banco de piedra delante de la casa, esperando a ser admitido, a Fundano, el enterrador.

—¡Fundano! Me extraña encontrarte en una casa después de haber celebrado el funeral.

En cuanto nos detuvimos delante de la puerta, Dromo dejó caer los pedazos de litera con estrépito.

—¿Tan rápido vuelan las noticias? —preguntó Fausto a Fundano, señalando el montón—. ¿Ya sabes que el cadáver era de Calixto Valens? ¿Aunque no hayamos comprobado aún formalmente si sus pobres herederos identifican las pruebas?

—Me dan igual las horribles pistas que hayáis desenterrado —replicó el enterrador—. He traído las mías propias. Vosotros esperad y dejadme entrar a mí primero, por si acaso muestran alguna gratitud. Le he dedicado mucho tiempo a esto, y no quiero que me robéis mi éxito.

—Todo tuyo.

—¿Qué has encontrado, Fundano? —quise saber—. ¿Qué tiene de especial?

Él no pudo resistir la tentación de presumir.

—¡Pues las botas, qué si no! Apuesto a que no te fijaste en las botas, Flavia Albia. Se necesita alguien inteligente para darse cuenta de su significado. —Se veían las suelas asomando de un hatillo que sostenía entre las manos.

Lo desengañé con frialdad.

—Sí vi las botas. Supongo que vas a decirnos que son botas hechas a medida. El fallecido tenía un defecto en el andar. Su calzado se hacía expresamente para contrarrestar que metía los pies hacia dentro, ¿verdad?

—¡Se llama pronación! —exclamó Fundano, que usaba los términos técnicos como armas arrojadas.

—Supongo que estás muy familiarizado con los pies. Has doblado muchos, mísera rata, para meterlos a la fuerza en ataúdes demasiado cortos. Por supuesto que me fijé en sus botas, Fundano. Tu esclavo para las piras se las puso y se notaba que

casi no podía andar con ellas. Supongo que al final incluso tú te diste cuenta de su cojera.

—¡He ido a cuestras con esas botas para ver a la mitad de los zapateros de Roma, para enterarme de quién las fabricó y para quién!

—Podrías haber preguntado a quienes creen que el muerto es pariente suyo. Toma el camino fácil, Fundano. —Sonreí con suficiencia—. Como haré yo.

—¡Me dijiste que no se sabía su identidad!

—Y no se sabía..., entonces. Tienes que mantenerte al día, Fundano. Si hubiera sabido que te importaba, te habría enviado boletines diarios.

Ayudado por Dromo, al que le encantaba golpear puertas con las aldabas, Fausto había logrado despertar al portero.

—¿Entramos?

Mis palabras, sin duda, habían confirmado la opinión del enterrador de que las mujeres eran arpías incontrolables. Le mostré la mano con los dedos crispados como garras dispuestas a arrancar almas, pero él se mantuvo imperturbable. Sabía que yo estaba con Fausto, al que lanzó una mirada corrosiva para indicarle que no me castigaba lo suficiente. En este caso, castigo tanto correctivo como sexual.

—¡Después de ti! —ofreció el edil, sonriendo cortésmente. A Fundano era imposible apabullarlo con buenos modales, aunque Manlio Fausto lo intentó.

* * *

Era temprano, así que Primus, Secundus y Firmo todavía estaban en casa. Dos de las esposas se habían apresurado a ponerse presentables (una en dos tonos de turquesa, la otra en colores ámbar y azafrán); tras hacernos esperar un poco mientras elegían atuendo, aparecieron caminando con ligereza entre delicados tintineos de brazaletes. No las acompañaba Julia Laurentina, que padecía náuseas matutinas.

Como esperábamos, toda la familia reconoció los trozos de litera cuando los vieron amontonados en su atrio. Dromo los removió y les dio la vuelta, como mostrando los artículos de una subasta; debía de haberse fijado en cómo se hacía en el pórtico de Pompeyo.

Se oyeron gritos de congoja y luego brotaron las lágrimas. Después de que se hubieran consolado unos a otros, de llorar un poco más y enjugarse los ojos, por fin pudimos hablar. Nos apretujamos en el salón de recibir, que se llenó de hombres robustos de anchos hombros. Manlio Fausto no era un jovencito, pero los tres Calixto y Fundano lo hacían parecer esbelto.

Las botas se desarrollaron cuidadosamente. Como era de esperar, Calixto Primus confirmó que su padre llevaba calzado con plantillas especiales. Identificó las botas y las estrechó contra su regazo como un preciado tesoro, pero no se desmoronó. Saber la verdad, por exigua y trágica que fuera, le consoló más que no saber nada.

Fausto relató en voz baja todo lo que nos habían contado sobre la emboscada. Los hijos y el sobrino lo cosieron a preguntas: ¿Quién se había llevado al padre? ¿Adónde

se lo habían llevado? ¿Cómo había muerto? ¿Era esa la intención desde el principio? ¿Por qué habían metido su cadáver en el cofre?

Seguían sin noticias de los esclavos que lo acompañaban en el viaje. Primus nos aseguró que eran leales, por lo que Fausto prometió hablar con los vigiles por si los habían encontrado y retenido como esclavos fugitivos. Los Calixto estaban ansiosos, así que Fausto escribió varias notas allí mismo, haciendo uso de su poder como magistrado para exigir una rápida respuesta. Se decidió enviar mensajeros a los tribunos de distintas cohortes, pidiéndoles que enviaran sus respuestas a la oficina del edil antes de mediodía.

Mientras Fausto daba instrucciones a los mensajeros, señalé que el asalto parecía planeado deliberadamente para capturarlo a él, por lo que volví a preguntar por los enemigos que pudiera tener. Una vez más, los miembros de la familia juraron que era un hombre excelente, a quien nadie le habría deseado ningún mal. Si había tenido enemigos, ellos no podían, o no querían, nombrarlos.

Me pareció que las jóvenes esposas de los hermanos intercambiaban una breve mirada, pero se atuvieron a lo que decían sus maridos. Lamenté entonces que Julia Laurentina, a la que había llegado a conocer un poco, no pudiera reunirse con nosotros esa mañana. A ella habría podido juzgarla mejor que a las otras dos, que eran unas extrañas para mí. Eran mujeres agradables, pero simples modelos de exposición.

Fundano explicó que había procedido a la rápida incineración porque no se podía esperar más. Sin embargo, había recogido las cenizas en una bonita urna, por si alguien las reclamaba. Naturalmente, los Calixto se mostraron ansiosos por hacerse con ellas, que depositarían solemnemente en el mausoleo familiar.

Imaginé que Fundano les entregaría unas cenizas en un recipiente que rápidamente iría a comprar ahora mismo, por un precio que una familia como aquella encontraría aceptable. Conociéndolo, seguro que tenía tratos con alguna empresa de mármoles que le haría un buen descuento, y así, a su debido tiempo, sacaría un buen beneficio de los agradecidos Calixto. Dudaba mucho de que se hubiera molestado en guardar las cenizas de Calixto Valens.

¿Por qué había de llevarse Fundano todos los beneficios? Cuando salimos, le eché el guante en la puerta y le susurré que Gornia le haría un buen precio por la urna de cristal verde donde guardábamos los trozos de lacre viejo en la Saepta Julia; tenía una aceptable forma redondeada y una tapa..., bueno, una tapa que parecía irle bien.

El abuelo habría estado orgulloso de mí.

—El dedo anular de Valens acabó en tu cubo de la basura —informé por fin a Fundano, que me lo agradeció con un gesto.

XLVIII

Manlio Fausto encontró a los esclavos de Valens.

Había enviado mensaje a cinco de las siete cohortes de vigiles, lo que no era empresa baladí, aunque había considerado que podía pasar por alto la Transtiberiana y la Aventina. Lo acompañé a su oficina para ver si su consulta había dado resultado.

Fausto despidió a los mensajeros llegados de la Segunda, la Tercera y la Cuarta cohortes, ninguna de las cuales tenía nada que informar. El oficial de la Primera, que se ocupaba de los fugitivos, había acudido en persona a regañadientes, porque conocía al grupo que estábamos buscando: sus hombres los habían encontrado en la Via Flaminia. Debían de haber escapado campo a través desde el puente del Anio, siguiendo ese pequeño río hasta su desembocadura en el Tíber, donde la Via Cassia y otros caminos se unían a la concurrida Via Flaminia, la triunfal ruta que descendía desde el norte y entraba en Roma atravesando el Campo de Marte.

—Su historia no tenía sentido —nos contó el vigil, poniéndose a la defensiva—. Porque venían del puente Milvio. Señor, ese sitio nos causa muchos problemas.

—El puente Milvio es donde los conspiradores de Catilina fueron arrestados —me dijo Fausto—, lo que permitió a Cicerón hacer que se leyeran sus cartas incriminatorias en el Senado.

—Lo siento, señor, me he perdido.

—Me disculpo. Hablaba con Flavia Albia. Está interesada en la historia política.

El oficial pensó que Fausto le estaba tomando el pelo para mi diversión, así que me gané una sombría mirada: era la novia de un edil, no solo mujer y coqueta, sino con un peligroso interés en eventos revolucionarios. Lo que quería era meterme en una celda, y no me habría gustado nada lo que ocurriría allí.

—Continúa, oficial —le dijo Fausto.

—Hay tabernas y burdeles apiñados en la cabecera del puente, frecuentados por elementos de baja ralea. Nerón fue el que empezó. Iba allí para sus juergas privadas. Hay gente que todavía sale de Roma cada noche para ir allí a emborracharse y fornicar, sabiendo que están fuera de nuestra jurisdicción. Está apenas a tres kilómetros desde la puerta Flaminia. Pueden ir y volver a pie si quieren, aunque la mayoría utilizan algún transporte. Celebran sus orgías y vuelven convertidos en piltrafas. Mi cohorte tiene que ocuparse de todo. Con el debido respeto, señor, no es cosa nuestra limpiar vómitos de la Via Flaminia cada noche, ni recoger a los borrachos ricos que acaban tirados en el arroyo cuando sus fulanas se van en medio de la noche, asqueadas con ellos.

—Lo lamento. ¿Estaban en mal estado esos esclavos? —preguntó Fausto, amablemente.

—Esos granujas tenían pinta de haberles pasado algo, señor.

—Porque realmente les pasó algo malo, sobre todo a su amo.

—Bueno, mis muchachos eso no lo sabían.

—¿Preguntaron?

—Sí, pero son esclavos. Naturalmente, no nos creemos nada de lo que cuentan los esclavos. Afirmaban que les habían dicho que se salvaran, que volvieran rápido a casa y se lo contaran a alguien. Siempre inventan excusas. Y para ser justos, edil, nadie había denunciado la desaparición de ninguna persona importante, ¿no?

—Eso es porque no sabían que había desaparecido, ¿porque sus esclavos no habían podido decírselo a nadie! Ahora ya se sabe, seguramente demasiado tarde para que resulte de utilidad. Así que, ¿podéis entregarme a los esclavos de Calixto bajo mi custodia? Su amo ha muerto, al parecer asesinado. Necesito interrogarlos. Luego deben ser devueltos a sus propietarios.

—No va a poder ser, con el debido respeto, señor.

—¿Por qué no?

—Cuando sé que unos fugitivos pertenecen a algún sitio realmente, en este caso el Celio, mis órdenes son enviarlos a la cohorte correspondiente, que es la Quinta, señor.

—Entonces —dijo Fausto tras suspirar, con una sonrisa burlona—, supongo que te deshiciste de ellos enviándolos a la Quinta en cuanto recibiste mi nota indicando quiénes eran, ¿no?

—Bueno, no se podía haber hecho más rápido; no hemos tenido tiempo de procesarlos.

Fausto ignoró su falta de lógica y adoptó una expresión adusta.

—Siento compasión por esos esclavos. Lograron llegar a la ciudad y creyeron que sus problemas habían terminado, pero los detuvo una patrulla, solo por estar alterados y perdidos. No hacían más que cumplir las órdenes de su amo. No eran fugitivos.

—Sí, señor. Ahora que lo has explicado, creo que así es.

—¿Cuánto tiempo han estado detenidos en vuestro calabozo?

El hombre adoptó una expresión furtiva. Admitió que la Primera Cohorte tenía trabajo atrasado; había tenido a los esclavos encadenados más de una semana, creyéndolos fugitivos. Con los labios apretados, Fausto tomó nota en una tablilla encerada de un modo que inquietó aún más al oficial.

—¿Te das cuenta de que, en rigor, has privado a los dueños de esos esclavos de su propiedad, por lo que tienen derecho a exigir una compensación?

El hombre se disculpó por cualquier molestia causada, que es lo que siempre hacen. Fausto lo despidió.

* * *

El siguiente mensajero, de la Quinta Cohorte, estaba hecho un manojo de nervios.

—Me temo que no sé nada sobre ellos, señor. Acaban de enviármelos esta mañana, justo después de recibir tu nota. No los he hecho llevar a su casa. He pensado que primero debía consultarlo contigo. No he tenido tiempo para interrogarlos, he venido enseguida.

—Relájate. No te culpo de nada. ¿En qué estado se encuentran?

—No demasiado bueno. Pero he dicho a mis hombres que los laven y los froten bien, para que no tengan tan mal aspecto ni huelan tan mal. En el Celio solo hay gente de bien, puedo asegurar que no les va a hacer ninguna gracia. Ahora mismo tengo a los esclavos sentados en nuestro cuartel con unos cuencos de caldo, y la tropa les habla con amabilidad. Intentaremos reanimarlos un poco... Puedo hacer que los lleven a su casa en cuanto nos des tu aprobación.

—¿Han dicho algo sobre lo que ocurrió?

—Solo que hubo una emboscada y que temieron lo peor. Su amo, el hombre de la litera, les gritó que volvieran a Roma y se lo contaran a su familia. Ah, y les dio esto, para demostrar que no habían huido, sino que él mismo los había enviado a pedir ayuda.

En la mano tendida del edil, el oficial depositó un anillo. Era un pesado sello masculino de oro, con el aro desgastado y una piedra de calcedonia pulida y con un barco tallado para usar como sello. Los Calixto eran hombres de río y constructores de barcos.

Suspiré. Parecía que había pasado mucho tiempo desde que Fundano me había dicho que faltaba un anillo, presumiblemente arrancado por el asesino para impedir la identificación. Este debía de ser el anillo que había dejado la marca blanca en el dedo del hombre del cofre, del que ahora se sabía que era Calixto Valens. Podía juntarlo con la alianza que guardaba en casa, y entregar ambos anillos a sus hijos. Al menos así, cuando honraran los trozos de huesos de pollo y dientes de perro que Fundano reuniera apresuradamente como falsa reliquia, podrían colocar algo del hombre mismo en la urna de cristal verde que representaría a su difunto padre.

XLIX

Fausto me entregó el sello, así que recorrí el corto trecho que me separaba de la plaza de la Fuente para ir en busca de su pareja. Los até con un trozo de hilo rojo, los envolví en un pañuelo y los metí en la bolsa que colgaba de mi cinturón.

Había descuidado mi trabajo. Ya que estaba en casa, subí los seis tramos de escalera hasta mi oficina para ver si tenía algún mensaje. No había ninguno. Así es la vida de una investigadora privada. Arreglé rápidamente el diván, reordené las macetas de un estante, tiré las flores marchitas y dejé el cubo de la basura en el rellano, listo para bajarlo. Se suponía que Rodan tenía que subir a vaciarlo, pero eran raras las veces que lo hacía.

Estaba a punto de marcharme cuando oí a alguien que subía resoplando por la escalera. Un cliente por fin, y alguien a quien conocía. Emperifollada con su mejor estola, subía con esfuerzo la viuda de Tito Níger. Asombrada, la hice pasar, la senté en el diván de los clientes para que recobrara el aliento, y esperé.

—¡Flavia Albia! He visto tu anuncio. —Mi rostro debió de expresar mi perplejidad—. En el Foro. ¿Era tuyo? Me pareció que sí, y pedía venir aquí.

—¡Oh! —Se refería a mi anuncio solicitando testigos que me ayudaran a seguir la pista al hombre del cofre—. Bueno, ya sabemos quién era, así que puedo retirar el anuncio, o modificarlo, porque sabemos más cosas de él... Bien, ¿qué puedo hacer por ti? Pero primero, creo que no sé cómo te llamas.

—Claudia Galeria.

Unas pocas y rápidas preguntas determinaron por qué Galeria había venido a verme sola.

—No me gusta ese individuo que se me ha pegado como una lapa. No me gusta que se entrometa en mis asuntos.

—Imagino que se ha ofrecido a administrar la herencia de tu difunto marido.

—Sí, así es.

—No necesitas a un hombre para eso.

—¿Ah, no? Él intenta hacerse con el control de todo. Yo al principio estaba abrumada, pero ahora estoy lista para ocuparme de mis cosas. Él dice que necesito un tutor, o que no será legal... Eso es lo que quiero preguntarte. Te vi en la subasta; me pareció que sabías cómo se hacen estas cosas.

Bueno, eso resumía bastante mi trabajo. Me satisfizo su valoración.

—Desde luego puedo ayudarte a librarte de ese hombre, si eso es lo que quieres. —Tal vez se retiraría tras unas cuantas palabras bien escogidas por mi parte o, en caso contrario, podía recurrir a la fuerza bruta masculina para disuadirlo—. ¿Dejó Níger testamento? Si te lo legó todo a ti, lo único que tienes que hacer es esto: encuentra sus activos y paga el impuesto de sucesión... Tengo una tía que se ocupa de llevar cuentas y a veces ayuda a mis clientes; luego podrás disfrutar de tus propiedades con todos los derechos, mientras superas la pérdida de Níger. Es mejor

no preocuparse por los aspectos financieros cuando aún estás intentando superar tu pérdida. Puedo presentarte a una cambista muy comprensiva, si tienes inversiones que cuidar. Yo también soy viuda y siempre aconsejo a mis clientas que se queden en casa si les es posible, o al menos en el barrio que conocen, y que no contraigan nuevo matrimonio hasta que hayan pasado dos aniversarios por lo menos.

—Ese hombre dice que tengo que casarme otra vez en seis meses.

—Dos o tres años. Y tampoco es obligatorio. No te preocupes por eso. Seguramente tiene miedo de que con el tiempo adivines sus intenciones. ¡Y tiene razón, porque ya ha ocurrido! ¿Te importa si te pregunto una cosa? ¿Níger ha dejado sus asuntos embrollados?

—Está todo perfectamente arreglado —se jactó su esposa, orgullosa de él—. Era muy organizado. Pero me dijo que si algún día le ocurría algo, debía casarme de nuevo y él no me atormentaría...

—No, no parecía un atormentador.

—Era un buen hombre. No le veo el sentido —se quejó— a pasar de un hombre que no era malo directamente a otro que podría ser cualquier cosa.

Le respondí que podía ayudarla a evitarlo.

Discutimos los aspectos profesionales: lo que yo podía hacer, lo que no podía hacer, lo que ella no necesitaba o no quería, lo que yo le cobraría.

—La ventaja es que, al contrario que el idiota al que vas a abandonar, nunca te pediré que te cases conmigo.

Nos echamos a reír. Claudia había estado casada trece años con Níger. Había tenido que fregar muchos suelos, pero en general no se arrepentía; ¿qué más se puede pedir?

—Ahora podría comprarme una pequeña esclava para fregar los suelos y tal, ¿no?

—Podrías. Y le enseñarías a alcanzar tu nivel de perfección.

—¡Podría ser divertido! —Rio entre dientes y comprendí que tenía toda la intención de hacerlo—. Es un alivio hablar contigo, Flavia Albia.

—Es mi trabajo. Para eso viene a verme la gente.

Entonces dijo que quería pedirme otra cosa: ¿podía poner un anuncio en el Foro como el que había puesto sobre Valens para pedir a quien supiera algo que nos dijera lo que le había ocurrido a Níger?

L

Tenía razón. No se había hecho ningún intento serio de investigar la muerte de Níger. Tras caer su cuerpo del cofre durante la subasta, se lo habían llevado para incinerarlo. Fausto y los vigiles estaban demasiado ocupados en ese momento calmando a las facciones en disputa en el pórtico de Pompeyo. Después, incluso estando a cargo de Fausto, las indagaciones habían acabado en nada.

En Roma, si nadie presenta una queja, la gente puede morir de causas no naturales sin que se lleve a cabo jamás una investigación. Solo se precisa un funeral rápido y que nadie impugne el testamento. Así es como los asesinos se van de rositas.

Pedí disculpas a Galeria.

—No es culpa tuya, querida. No te paga nadie para investigarlo, ¿verdad?

Podría haber alardeado de mi lucha constante en pos de la verdad y la justicia, pero con una mujer tan realista me pareció mejor limitarme a sonreír.

—Mira, Albia, yo te contrataría para averiguar quién lo mató, pero como decíamos ahora mismo, sería mejor que gastara el dinero en una chica para fregar los suelos. Te pagaré lo que consideres correcto por poner un anuncio. Entonces consideraré que he hecho lo que debía por Níger.

—Sabia decisión. —Saqué nuevas tablillas para tomar notas—. Pero Galeria, antes de que escriba el anuncio en el Foro, necesito hacerte unas preguntas. No te cobraré nada por esto, por cierto. Un hombre ha sido asesinado. Alguien lo hizo, y yo necesito saber en qué me estoy metiendo. —Ella pareció asustarse. Dejé las tablillas a un lado—. No tengas miedo. Mira, no pretendo atrapar a un asesino sin tener una idea sobre quién podría ser. Es por mi seguridad y por la tuya propia.

Galeria comprendió que tenía razón; se armó de valor.

—Tendré una escoba preparada para darle en la cabeza.

—¡Excelente!

—Pero ¿qué me dices de ti, querida?

—No te preocupes por mí. La última vez que un asesino vino a por mí, lo arrojé balcón abajo. Por eso la ventana está tapiada. —Impresionada, Galeria miró las puertas plegables, que antes eran un atractivo para la estancia principal de mi oficina, pero ahora estaban cegadas con paneles de madera—. Bien, empezaremos por Níger. Voy a preguntarte por su trabajo en general, luego por lo que hacía en concreto para los Calixto.

Durante nuestra primera entrevista me había parecido que Claudia Galeria no sabía gran cosa sobre las actividades de su marido. No obstante, como muchas mujeres, también ella mantenía los ojos y oídos abiertos. Tenía mucho que contarme.

Hasta hacía poco, Níger había trabajado para diversas personas, una de las cuales era una mujer muy rica llamada Julia Terencia. A través de un conocido de esta mujer, Níger había sido presentado a la familia Calixto.

—Todo empezó cuando estaban buscando a un agente para el proceso electoral.

—¿Para ayudar a Volusio Firmo cuando se presentaba a edil?

—Níger hacía averiguaciones para él sobre los candidatos rivales. —¡Ah, ese trabajo! El pozo de la corrupción. Yo lo sabía todo sobre eso—. Pero al final se fue al traste.

—Sí, el candidato tuvo que renunciar... —Una idea me vino a la cabeza—. Firmo está casado. Conocí a su mujer, Julia Laurentina. ¿No tendrá algún parentesco con Julia Terencia?

—¡Por supuesto! —exclamó Galeria con sorpresa—. Son hermanas. Laurentina le pidió a Terencia que le recomendara un agente. Así fue como le ofrecieron el trabajo a mi Níger.

¡Otra hermana! ¡Por Diana Aventina! ¿Cuántas Julias había? Cuatro por el momento, más un hermano. ¿Y hasta dónde estaban involucrados todos en los sucesos que debía investigar? Claudio Laeta me había sugerido una pista. Desde luego, tenía que volver a verlo en un futuro muy cercano, sobre todo si era él quien había enviado al hombre de palacio que quería darme un «mensaje de su padre».

—Háblame de Julia Terencia.

—Es la que se distanció de su madre. Encontró marido ella sola, dos veces.

—Alguien me dijo que es una mujer desagradable. —Me refería a Nothokleptes, claro que tampoco le había dado mucho crédito a sus palabras.

—Solo expresa sus opiniones libremente —dijo Galeria; asentimos las dos con aire entendido.

Julia Terencia había heredado la fortuna de su primer marido, para el que Níger había trabajado como negociador. Terencia se había casado luego con un gorrón, en palabras de Galeria, aunque no había agotado sus recursos completamente, como demostraba el hecho de que Terencia siguiera siendo una gran benefactora de otras personas. En Saturnales, sus regalos a clientes incluían vasos de cristal de los que yo había oído hablar. También apoyaba a parientes suyos que pasaban apuros.

—Terencia tiene una hermana casada con un hombre difícil y lo pasa muy mal. Mi Níger se encargaba de llevarles el dinero con que Julia Terencia los ayudaba.

—¿Ayudaba a Julia Pomponia? —adiviné. Me pareció interesante que a la Julia que se había fugado con el acarreador de yeso la ayudaran dos de sus hermanas, Optata y Terencia. ¿Estaban todas confabuladas secretamente para desafiar a su madre?

—Sí. El marido de Pomponia trabaja, pero anda con malas compañías y se lo gasta todo en bebida. Cada vez que Níger iba a su casa con una bolsa de dinero, se suponía que debía advertirles que sería la última vez.

—Un gesto inútil. —Cada vez que alguien dice «esta es la última vez», a los gorriones les impresiona menos. Incluso yo, que no la conocía, empezaba a ver que la acaudalada Julia Terencia era una blanda—. Luego Terencia procuró más trabajo a Níger con los Calixto. Hablemos de eso, Galeria.

—No debería haberlo hecho. El trabajo para las elecciones estaba bien, pero

luego se torció.

—¿Te refieres al asunto del cofre? ¿Pensó que pujar por él y luego no pagar dañaría su reputación?

Galeria negó con la cabeza.

—Eso le molestó, sí. Pero podría haberle contado a la gente que se trataba de un desacuerdo entre los Calixto, así que no era culpa suya. Yo le dije que no le importaría a nadie..., bueno, él no hacía más que obedecer órdenes. Pero había ocurrido algo mucho peor. Algo que tenía que ver con el padre de sus clientes. Níger se puso furioso. Dijo que no sabía qué debía hacer.

—¿Sobre qué, Galeria?

—Eran dos cosas en realidad. Primero, Albia, cuando le pidieron que fuera a ver ese cadáver, ya sabes, el que se encontró en el cofre... —se le quebró la voz—. El cofre en el que algún malvado metió después a mi Níger...

La ayudé, mientras ella se tragaba las lágrimas.

—La familia Calixto le pidió que fuera a ver si el primer cadáver era su padre —dije—. Níger dijo que no, pero yo puedo asegurarte que sí era Valens. Entonces, ¿qué ocurrió? ¿Níger se equivocó sin querer? ¿El cadáver estaba demasiado descompuesto para reconocerlo?

Galeria se apresuró a defender a su marido.

—Bueno, Níger no conocía bien al padre. Solo lo había visto una vez. Y me dijo que el cuerpo estaba horrible. Apenas pudo soportar mirarlo.

—¿Pero?

—Níger estaba convencido de que había ocurrido algo más. Ya había estado en la finca de la familia para ver si podía descubrir por qué había desaparecido Valens. No encontró nada. Así que estaba seguro de que el viejo se había ido por su cuenta unos días, en su litera, llevándose a su escolta de esclavos, tal vez a un encuentro amoroso con alguna novia secreta.

Me resistí a creerlo. Nada sugería que Calixto Valens tuviera una amante o que, de tenerla, necesitara ocultárselo a su familia. A algunos hombres les gusta sentir la emoción de llevar una doble vida, pero todo el mundo decía que Valens era una persona muy querida. Era poco probable que sus familiares se hubieran inmiscuido.

Galeria percibió mis dudas.

—¿O quizás a jugar? ¿Con un grupo de hombres en un establo? ¿A apostar con fichas por un montón de dinero?

—A todos los Calixto les gusta apostar, pero suelen apostar en las carreras de cuadrigas —repuse—. Y en aquel momento a Valens le preocupaba que se hubieran quedado cortos de dinero, después de empeñar inútilmente tantos esfuerzos en las elecciones. Valens no parecía un hombre que se dedicara a los juegos de azar mientras sus hijos trataban desesperadamente de reunir fondos.

—Bueno, pues mi Níger era de corazón blando. No quería tener que decirles a esos parientes que el cadáver era el de su padre, sobre todo teniendo en cuenta su

horrible estado. Si les hubiera dicho que era su padre, habrían ido a comprobarlo. Y mi marido no quería que tuvieran que hacer eso. Además, no estaba seguro. Albia, de verdad, no estaba seguro.

Logré disimular lo que estaba pensando. ¿No se le había ocurrido a Níger, ese tonto de corazón blando, que al final la ausencia del hombre desaparecido requeriría una explicación? Algún día los Calixto tendrían que enterarse de que Valens había muerto.

—Debería habérselo dicho, ¿verdad? —musitó Galeria con voz temblorosa y triste.

—Si lo reconoció, sí, creo que sí.

—El caso es que no estaba seguro. El enterrador no se molestó en arreglar el cuerpo. Estaba todo hinchado y verde y azul. Solo más tarde, y esta es la segunda cosa, Albia, alguien le dijo algo y el pobre Níger se dio cuenta de que sí era Valens.

Me incorporé levemente.

—¿Quién dijo qué?

Galeria se dio cuenta de lo importante que era.

—Un hombre al que conocía, Albia. Le habló del cofre de la subasta. Después de que Níger pujara por él, ese individuo se le acercó para hablarle, e hizo una broma peculiar. Dijo que los hermanos Calixto acababan de comprar el sarcófago de su padre. Níger le dijo que mostrara más compasión, y el hombre le contestó que, según le habían dicho, Calixto Valens se lo tenía merecido.

Intenté conservar la calma.

—¿Quién era ese hombre? ¿Con quién habló Níger?

—No me lo dijo —respondió Galeria con un suspiro—. Pero sí que le parecía que aquel hombre sabía más de lo que debería, que debió de participar en el asesinato. Al parecer era de esa clase de hombres. Fuerte y hábil con los puños. Presto a participar en cualquier plan retorcido, con tal de ganar dinero. Níger dijo que no podíamos hacer nada al respecto, así que no quiso contarme nada más. Era más seguro para mí que no supiera la identidad de ese hombre.

Pero yo sabía quién era. En la subasta, el personal había presenciado esa conversación. Me habían dicho que habían visto a Níger hablando con el hombre de la túnica morada.

Aquel cabrón había despertado mis sospechas desde el principio. Durante toda la tarde me estuve preguntando en qué andaría metido. Le vi pujar por el *Muchacho con una espina en el pie izquierdo*, como si eso justificara su presencia. Luego no la había pagado. Lo único que debía de interesarle era el cofre.

—El caso es —dijo Claudia Galeria— que mi Níger tenía conciencia. Siempre fue un hombre recto. Temo que fuera a ver a ese hombre otra vez, y que quizás a este no le gustó que lo interrogara.

Era muy posible. El de la túnica morada había cometido un estúpido error haciendo comentarios velados a Níger, pero a menudo los asesinos son estúpidos.

Quizá más tarde se había arrepentido. Sin duda, se habría dado cuenta de su error cuando un inquieto Níger apareció y se encaró con él. Si Níger lo amenazó con denunciarlo, el hombre que había matado a Valens bien pudo matar también a Níger para silenciarlo. Después le faltó imaginación para encontrar una solución mejor y se limitó a meter la segunda víctima en el mismo cofre que a la primera.

Eso me dejaba con una pregunta acuciante: ¿quién era el hombre de la túnica morada?

LI

No tenía nada útil que decir hasta que reuniera más pruebas. Accedí a escribir un anuncio en el Foro solicitando información.

Mientras lo redactábamos, describiendo brevemente a la víctima, reflexioné sobre lo diferentes que habían sido marido y mujer físicamente. Galeria había perdido peso, seguramente por la pena, pero seguía siendo corpulenta. Imaginé que comía para quitarse las penas. A pesar de las rutinarias apariencias, su vida había sido un vaivén constante entre la complacencia exterior y la ansiedad interna.

Níger, por otra parte, estaba tan delgado porque vivía en tensión, con una profesión precaria. Sin embargo, se le daba bien y seguramente era más segura de lo que él creía. Al conocer a Galeria, me había parecido que vegetaba en casa, ignorando el trabajo de su marido, pero hoy había quedado claro que Níger había compartido sus preocupaciones con ella. Solo se había negado a nombrar al hombre que sabía algo sobre el asesinato de Calixto Valens por el evidente peligro que suponía para ella.

¿Vería ese hombre mi anuncio?

* * *

Me llevé a Galeria conmigo. Dejé que me observara mientras elegía un lugar adecuado y pintaba con esmero nuestra petición con un trozo de yeso: «Tito Níger, negociador, cincuenta años, delgado, hallado recientemente en el pórtico de Pompeyo, asesinado. Por información que conduzca hasta su asesino, sus apenados amigos mostrarán su gratitud. Contactar con Flavia Albia, edificio del Águila, plaza de la Fuente, el Aventino».

Recordé que la cara de Níger tenía marcas de acné, pero lo omití por cortesía.

Mi primer anuncio sobre el hombre del cofre lo había borrado un boticario para escribir su anuncio sobre pastillas para la virilidad. En Roma ya había virilidad de sobra.

Así que, cuando Galeria se despidió de mí, limpié la pared y escribí usando otra letra (tengo varias), como si fuera una pintada garabateada en el circo: «¡Moroso de la túnica morada, sé quién eres y dónde vives!». Era una amenaza vacía, pero tal vez sirviera para ponerlo nervioso.

No firmé, omisión que seguramente contravenía las regulaciones de urbanismo. También me pareció mejor no dejar una dirección de contacto. Aparte de despistar a algún edil que revisara los anuncios, tampoco quería que el asesino se presentara en mi vivienda. Seguramente Rodan le haría pasar y le serviría vino y galletas de almendra.

* * *

Aún no había acabado de decorar los monumentos públicos. Me gusta ser

concienzuda. Me divertí creando otras obras de arte anónimas a favor de Sexto Vibio. Fausto no me había pedido que pusiera anuncios de tipo gamberro, pero porque era muy inocente. Yo jugaba sucio. La campaña estaba en su recta final y necesitábamos apretar. Descubrí que tenía aptitudes para el arte mural.

«Tómame una copa con Dilio, pero ten cuidado, ¡querrá muchas más!».

«Aruleno Crescens es nuestro candidato para edil, dice el gremio de los mancebos».

«¡Pero no afloja la bolsa!, suspira el eunuco Veronilo».

«Todos los rateros del Foro apoyan a Trebonio Fulvo».

Algún malicioso calumniador había escrito: «Marino echa de menos a su mujer..., ¿o solo echa de menos darle palizas?». Borré esta frase y en su lugar escribí: «Salvio Grato se casa: ¿sabe su futura esposa lo que yo sé sobre él?». ¡A ver cómo esquivas las consecuencias de esto, hermano supremamente pomposo de la insufrible Laia!

Estuve a punto de escribir «Ennio quiere demasiado a su madre», pero no me rebajé a tanto. Era el modo más educado de expresar un insulto realmente injurioso, pero sabía que mi propia madre se sentiría decepcionada conmigo. La influencia de una buena madre puede ser trascendental, casi tanto como la de una mala madre, como Ennio Verecundo y sus hermanas, las cuatro insolentes Julias, sin duda tenían motivos para saber.

* * *

Di un paseo para leer la *Gaceta Diaria*. Nos contaba la habitual bazofia censurada: noticias sobre inverosímiles victorias militares de Nuestro Amo y Señor en Panonia, nacimientos de celebridades y escandalosas fugas para casarse, aliviadas por algún gracioso que denunciaba en una columna la ausencia de buena poesía, expresándolo como si fuera el aviso de un gato perdido: «Visto por última vez maullando lastimeramente en los Juegos de Minerva, ¿cuándo se iluminarán de nuevo nuestros corazones con epítetos sutilmente creados, cuándo se emocionarán con una dulce métrica que corretea; todo son ahora halagos infestados de pulgas y tonterías chirriantes destinadas a tiranos?». Alguien debía de haber asistido a uno de los certámenes del emperador consistente en alabar al Amo y recoger uno de sus trofeos. Era una crítica tan furibunda contra el nivel literario, que se arriesgaba a que le ordenaran suicidarse. Quienquiera que fuese, no sería ningún candidato a una magistratura, y eso iba desde edil plebeyo hasta cónsul.

Malhumorada con la vida pública (un estado de ánimo nada raro en mí), volví a la *Gaceta*. En los avisos del final, vi que la familia Calixto anunciaba formalmente el fallecimiento del cabeza de familia. No se proporcionaban detalles sobre el ataque que había sufrido. En lugar de funeral, decían que se celebraría un homenaje en su memoria esa misma noche, en un mausoleo de la Via Apia. Decidí irme a casa, descansar durante la tarde, y reunirme luego con ellos para la ceremonia. Podía

llevarles allí los anillos de Valens.

LII

Pasé la tarde sola en mi vivienda. Reflexioné largo y tendido. Era el mejor modo de pensar: cuando tu cuerpo está tumbado descansando, las ideas fluyen en tu cerebro espontáneamente.

Después me enfrenté con el habitual dilema sobre el vestuario, intentando decidir si los Calixto preferirían el blanco o el negro para los funerales. Cuando preguntas, todo el mundo tiene su propia idea sobre lo que es tradicional. Supuse que las mujeres considerarían el blanco más a la moda (y más favorecedor), mientras que los hombres pensarían que los colores oscuros eran más apropiados para una ocasión sombría.

Fui de blanco. No poseía ninguna túnica que pasara por marrón o negra. Lo más parecido que tenía era del color del zumo de ciruelas damascenas y llevaba lentejuelas en el dobladillo. Las había cosido yo misma, así que podía quitarlas fácilmente, pero ¿por qué perder un buen adorno? Como en una ocasión habían criticado mi túnica blanca por demasiado diáfana, me puse debajo una túnica más gruesa, así que iba a pasar calor. Envié recado a la Saepta para que me prestaran a *Moteado* otra vez.

Fue el funeral más concurrido al que había asistido nunca. La mitad del Tíber debió de vaciarse de barcas y barqueros esa noche. Todos los que trabajaban en el agua debían de conocer a Calixto Valens siquiera de referencia, y muchos le tenían en suficiente estima como para darse la caminata hasta el lugar del homenaje. No había cuerpo, así que al menos el servicio fue corto. Adoptó la forma de un banquete fúnebre para homenajear a un hombre que despertaba admiración y afecto a raudales.

Busqué a Primus en medio del humo dulzón de las carnes que se asaban a la parrilla, resuelta a entregarle los anillos de su padre a tiempo para que los colocaran en la urna. Al final Primus y Secundus decidieron quedarse uno cada uno. Me dieron las gracias y Secundus me aseguró que les reconfortaba tener ese recuerdo de su padre. Los hermanos parecían haberse reconciliado. Me dijeron que el enterrador había sido tan considerado que incluso había depositado un dedo en la urna, salvado simbólicamente para enterrarlo por separado como se hace a veces.

—Sí, Fundano es un hombre bondadoso —asentí con tono grave—. Siempre piensa en los deudos.

Se había realizado una ofrenda en un altar portátil. Se encontraba delante de una pequeña tumba privada cubierta de musgo, decorada con tallas de barcos y remos. Los hijos y el sobrino de Valens colocaron la urna de cristal verde en un columbario entre rezos y breves discursos. Aparecieron rápidamente asientos y divanes desmontables y todo el mundo se sentó para un buen festín.

Eran una familia sensata. Sus inteligentes mujeres se paseaban entre los invitados, profiriendo las exclamaciones adecuadas, permitiendo que los abuelos amigos de Valens las aburrieran mortalmente con viejas historias, consolando a los que lloraban.

Pensé que era una pena que hubieran impedido a Volusio Firmo presentarse a edil; por el modo en que hablaba a la gente en el funeral, se notaba que habría trabajado con empeño. Quién sabe, tal vez incluso habría sido honrado.

La joven hija de Primus, Julia Valentina, se paseaba entre los invitados ofreciendo platos de carne. Después de servirme a mí, le comenté a su padre:

—Se nota que la has educado bien.

—Estamos orgullosos de ella. —Y como de costumbre, cortó de raíz toda conversación posterior so pretexto de que debía ir a saludar a alguien. Inasequible al desaliento, me senté para comer junto a Julia Laurentina, y poder así preguntarle por la joven.

Laurentina tenía una mano sobre su vientre de embarazada, con los dedos extendidos, para indicarle al mundo que iba a entrar en el sagrado estado de la maternidad. El hecho de que en teoría se tratara de un secreto no suponía ninguna diferencia. Pregunté cortésmente por su salud; ella me contó la historia de los tres bebés que había perdido, antes o poco después del parto, luego afirmó que esta vez estaba siendo más prudente, mientras desgarraba un muslo del asado y lo regaba con vino a las hierbas.

Yo mordisqueé un pastelito de trigo. Tenía un delicado sabor a canela.

—La joven Julia Valentina me ha servido esto. Es muy dulce y discreta, lo que cabe atribuir a su buena educación. Se nota que todos le tenéis un gran afecto... ¿Querías hablarme de ella? Sé que sus padres están divorciados.

Ablandada por los brindis a su difunto suegro, Laurentina me lanzó una astuta mirada, pero empezó a hablar sin pensárselo mucho.

—El matrimonio fracasó desde el principio. Mi sobrina nació después del divorcio. Su padre la reclamó, como puedes ver, pero su madre se enzarzó en una amarga batalla por recuperarla.

—Por los cielos —dije, sorprendida—. Eso suena como si Primus hubiera robado al bebé.

—¡No, yo lo robé!

—¿Qué?

A Julia Laurentina pareció divertirse mi sorpresa.

—Yo me ofrecí voluntaria para estar con mi hermana durante el embarazo y en el parto. ¿Es eso lo que has venido a indagar?

Tardé unos instantes en asimilar sus palabras.

—¿La madre de Valentina es hermana tuya? ¿Cuál de ellas?

—Julia Optata. Pero ya lo sabías, ¿no?

—La verdad es que no. —Mi sorpresa era mayúscula. Solo sabía que Sexto Vibio se mostraba educado con Primus en público; Fausto me había dicho que tenían algún tipo de relación, pero sin concretar cuál. Gracias por nada, edil. Seguramente habría sido útil saber que Sexto tenía una hijastra en casa de los Calixto.

Aún no tenía claro por qué la esposa de Sexto raras veces veía a su hija mayor,

aunque la explicación podía ser que existía resentimiento entre Primus y ella. En cualquier caso, arrojaba cierta luz sobre la conversación que había oído en Fidenas entre Optata y su hermana Pomponia. Julia Optata expresaba su deseo de tener más contacto con su hija, sin embargo, Pomponia le advertía que no insistiera en ello justo en este momento.

—Entiendo que hay frialdad desde el divorcio, pero ¿tú y Julia Optata no tenéis trato?

Laurentina, que no perdía oportunidad para mostrarse desagradable, disfrutaba viéndome incómoda con la nueva información.

—A veces se le permite visitar nuestra casa. Primus le ha concedido un encuentro regular con su hija. Las dos comen juntas en el jardín, o algo así. Ella dice que Primus se lo pone difícil, pero yo creo que ha sido sumamente amable. No alentamos esos encuentros, pero tampoco los prohibimos. Valentina siempre queda muy alterada y tarda días en calmarse.

—¿Y qué hay de los sentimientos de su madre?

—¡Oh, a mí Julia Optata no me habla! Sigue culpándome por haberme llevado a su bebé.

Mastiqué otro pastelito de trigo, recogiendo las migas con la mano.

—¿Y por qué fue así?

—Después de nacer Valentina, Julia Optata estaba débil y en un estado lamentable, muy decaída, apática y llorosa. Pasado el parto, pude regresar con mi marido. La mayoría de la gente creyó que ayudaba a Primus a asegurarse una vida más tranquila, pero no. Juzgué a mi hermana incapaz de cuidar de un bebé. Mientras Julia Optata dormía, tomé a Valentina de su cuna y me la llevé a mi casa. Le buscamos un ama de leche y creció muy sana.

—Una dura decisión la tuya, ¿no? —Me pregunté si la madre había caído en un oportuno sueño ayudada por alguna poción.

—No; jamás pediré perdón por lo que hice.

Pensé en el resto de la familia.

—¿Y qué opina tu madre de todo esto?

Laurentina rio por lo bajo. Bajo el velo blanco que llevaba, se oyó el tintineo de unos recargados pendientes de oro.

—Me cayó una buena reprimenda por inmiscuirme. Julia Optata era su hija mayor y su favorita en aquella época. Bueno, hasta que nuestro padre la casó otra vez con uno de los Vibio, que eran viejos amigos suyos. Mi madre se puso furiosa porque no la consultó. Mi padre murió poco después. Sospecho que aquel veneno constante contribuyó a enviarlo al inframundo. Mi madre estaba igualmente furiosa con mi hermana por haber consentido el matrimonio, así que también riñeron.

—¿Y a Vibio Marino lo aborrece simplemente por ser hombre? —sugerí, recordando lo mal que lo había tratado Julia Verecunda al encontrarse aquel día en el Foro—. Tengo la impresión de que tu madre no se esfuerza mucho en fomentar el

éxito de los matrimonios de sus hijas, aunque los haya arreglado ella misma.

—¡Eso es decir poco! —Laurentina rio de buena gana—. Todo el mundo sabe que no hace más que entrometerse. Ahora mismo está decidida a lograr que tanto mi hermana Terencia como yo abandonemos a nuestros maridos. —Terencia, la hermana rica, era la única de las cuatro a la que aún no conocía—. Según mi madre, debemos casarnos, hacer que nuestros maridos dependan de nosotras, y dejarlos luego en la estacada. No para de incordiarnos con eso. Al menos dejará tranquila a Pomponia ahora que ha huido de Aspicio.

—Háblame de eso. Creo que es un hombre apuesto pero pendenciero. ¿Lo ha dejado porque le tiene miedo?

—¡Oh, ya lo creo! Eso sí, siempre ha sido igual, así que no entendemos qué ha cambiado.

—Es por el bebé —deduje—. ¿Sabe la gente dónde se oculta ella?

—Es obvio, sobre todo porque ese idiota de Vibio se lo contó al mundo entero cuando dio su discurso. Su mujer le va a dar una buena ahora que ha vuelto a casa con él. —Laurentina vio mi expresión—. Julia Optata estará furiosa por su estupidez.

—Una triste historia de desavenencias —comenté—. Pero ¿Volusio Firmo y tú habéis encontrado la felicidad?

Ella profirió un gemido de alivio.

—¡No sabes lo que se siente al entrar en una casa llena de paz y buenos sentimientos! Nunca renunciaré a eso. Estoy muy a gusto con Volusio.

—¿Y tu hermana Terencia siente lo mismo acerca de su marido?

—Ella puede hacer lo que quiera. Tiene dinero. Mi madre no la ha perdonado por haberse buscado ella sola un ricachón para su primer matrimonio.

—He oído el rumor insidioso de que su segundo marido vive del cuento.

—Es patético. Pero ¿qué más da si cuesta dinero? Ella puede permitírselo y lo quiere. Bebe —me espetó después de beber un trago de vino ella misma—. Quizás empuja el codo para olvidar que nuestra horrible madre intenta por todos los medios que su querida esposa lo abandone, cuando en realidad él quiere mucho a mi hermana y no soportaría perderla. Todo el mundo está tan convencido de que solo le importa el dinero de Terencia que no se dan cuenta de su absoluta lealtad. Ama de verdad a mi hermana y ella a él. ¿Tan increíble resulta? Por eso Terencia se casó con él. En nuestra familia, algunos valoramos el amor. Hemos visto lo que ocurre sin él. Mi madre —declaró, como si se encontrara ante un juez— es una arpía despiadada, amenazante, vengativa y manipuladora. Jamás perdona un desaire y se entrega en cuerpo y alma a obrar contra los que la ofenden, le hacen frente o se atreven a ignorarla.

Reflexioné. Dos de las hijas de Verecunda (Laurentina y Terencia) la habían desafiado y mantenían sus matrimonios respectivos, mientras que una tercera (Pomponia) acababa de abandonar a un hombre que al parecer era una amenaza para ella. ¿Y la cuarta?

—¿Quiere tu madre que Julia Optata abandone a Vibio Marino?

Laurentina se encogió de hombros. Se le cayó la blanca estola y se la volvió a colocar con elegancia, prestándole más atención que a mí.

—Eso podría explicar que haya cierta tensión en su casa —especulé—. He oído decir de Julia Verecunda que es una suegra salida del Averno, perdón por ser tan directa. ¿No ha perdonado a Julia Optata por haberse casado felizmente por segunda vez?

Laurentina se animó y me lanzó otra de sus miradas burlonas.

—¡Eso significa que crees que Vibio y ella son felices!

—¿Y tú no?

—La conozco. —Por mucho que yo lo deseara, no explicó más.

Permanecí sentada en silencio con una copa de vino en la mano, de la que no bebía, mientras mi compañera se adormilaba por el vino. Al cabo de un rato le recordé las secretas sospechas que había expresado durante nuestro primer encuentro.

—Julia Laurentina, tú temías desde el principio que el cadáver del cofre fuera el de tu suegro, ¿verdad?

—¿Y acaso no tenía razón? —gruñó ella, recuperando su habitual irritabilidad.

—¿Sabías que Valens tenía un enemigo?

—Todo el mundo lo quería.

—Sin embargo, alguien le tendió una emboscada y lo arrastró de vuelta a Roma. No sabemos si tenía intención de matarlo, pero lo hizo, tras lo cual lo metió en ese cofre para que se pudriera en él. Así que hay alguien que realmente no lo quería.

Me lanzó una desagradable mirada con los ojos muy abiertos.

—Oh, Flavia Albia, ¿quieres decir que alguien lo odiaba?

Tuve la sensación de que se estaba burlando de mí, aunque fuera simplemente por mi ignorancia.

—¿Tú sabes quién? ¿Le estás protegiendo?

—No.

—¿No tienes idea de quién puede ser?

Su respuesta consistió en levantarse y abandonar la mesa, adoptando una actitud altiva y petulante.

—Estamos en el funeral de mi suegro. Te sugiero que dejes de soltar esas infames teorías.

No estaba sobria. Podía deberse a varias razones: era una beoda; intentaba ahogar su infelicidad; o no quería enfrentarse con lo que le había pasado a Calixto Valens. Me pareció más probable esto último. Pero no tenía intención de contármelo y yo no iba a conseguir que cambiara de opinión. Ella tenía razón: no era el momento adecuado para que la presionara.

Sin embargo, de repente se volvió hacia mí.

—Una cosa es cierta —anunció con afectación—. Si algún día nos enteramos de quién provocó la muerte de Valens, ¡esta familia se lo hará pagar!

Asentí fríamente con la cabeza. En mi negocio, a menudo se oyen cosas así en los funerales.

LIII

Poco después me fui discretamente. Había hecho acto de presencia y entregado los anillos. No parecía haber muchas posibilidades de arrojar más luz sobre la muerte de Valens o el posterior asesinato de Níger.

Mientras volvía lentamente por la Via Apia a lomos de *Moteado*, la muerte de Tito Níger me dio mucho en que pensar. ¿Sería posible que los Calixto creyeran que Níger había tenido algo que ver con lo ocurrido a Valens? Si abrigaban tan inquietantes sospechas, tal vez la muerte del propio Níger había sido cosa suya, para vengar al padre. Los tres Calixto eran hombres robustos y resueltos que no eludirían su deber. O sea, que quizás ellos habían matado al agente. Habría sido una adecuada retribución meter el cuerpo en el mismo cofre que había contenido al amado cabeza de familia.

Pero ¿por qué iban a sospechar de Níger? Tal vez porque, al igual que yo, lo habían visto hablando con el de la túnica morada en la subasta. Para ellos, Níger era un empleado nuevo, que aún no había demostrado su valía, y Primus había desconfiado del informe de Níger después de que este fuera a reconocer el cuerpo de Valens. Si los Calixto sospechaban que el de la túnica morada estaba implicado en la muerte de su padre, quizá ver a Níger hablando con él les pareció una prueba de que estaban confabulados. Por lo que me había contado Galeria, no había habido confabulación alguna, pero los Calixto no habían oído esa versión y, de todas formas, eran impulsivos.

Impaciente por resolver el rompecabezas, reparé en que estaba cerca de la villa de Claudio Laeta. Se acercaba la noche, pero aún no era tarde. Parecía la oportunidad perfecta para visitarlo y comprobar si era él quien había enviado a aquel hombre tan insistente a la plaza de la Fuente.

Sufrí una cruel decepción. Las enormes puertas dobles de entrada a la espléndida villa donde se había retirado estaban cubiertas de negras guirnaldas. Dos sombríos cipreses se erguían, uno a cada lado de la entrada. Antes de llamar ya sabía lo que iban a decirme. Claudio Laeta, el poderoso liberto imperial, había ido a reunirse con los dioses por voluntad propia antes de que Domiciano se lo exigiera imperativamente. Había perdido en su contienda con el advenedizo Abascanto. No podría ayudarnos, ni a Fausto ni a mí. Para Tiberio Claudio Laeta ya no habría más maquinaciones.

LIV

El viejo amigo de mi padre había sido meticuloso hasta el fin. Viendo cerca su final y, aunque incapaz de escribir, había resumido todo lo que había descubierto, dejando un largo mensaje para Fausto y para mí en manos de su hijo. También este era un liberto imperial y trabajaba como secretario. Los esclavos de la villa, que respetaban más a su difunto amo que al hijo, furtivamente me dieron detalladas indicaciones de cómo encontrar a Junior en su lugar de trabajo, a pesar de que él había intentado mantenerme alejada.

Tenía que ir al palacio de Domiciano. Al menos el emperador no estaba allí, ya que seguía en el extranjero. No solía vivir en Roma. Prefería su fortaleza de Alba Longa. Eso no le había impedido ordenar al gran arquitecto Rabirio que creara otro majestuoso complejo para él en la ciudad. Tuve que dejar a *Moteado* en la puerta de un criptopórtico y ascender el escarpado Palatino a pie, a través de un largo túnel. Al menos, con el emperador fuera de Roma, la Guardia Pretoriana estaba relajada. Mi padre contaba muchas historias sobre ellos, cómo había tenido que sobornarlos o intimidarlos para que lo dejaran pasar, pero hoy estaban tan relajados que no vi a ninguno por allí.

La gente acudía al Palacio Imperial para contemplar embobados sus ingeniosos aposentos de exquisita decoración. Las multitudes dejaban tras de sí polvo y desperdicios que luego había que barrer de los suelos de mármol multicolor. Eso significaba que podía tomar prestada una escoba y colarme en la zona de los burócratas. Y eso hice. Los esclavos de palacio vestían de blanco, así que mi atuendo para el funeral resultó muy útil. Solo tuve que mantener la cabeza gacha y adoptar una actitud de abatimiento mientras barría despacio. Todo el mundo me consideraba una esclava doméstica y ni siquiera bajaban la voz cuando hablaban sobre el adulterio de su mejor amigo o pagaban sobornos delante de mis narices. Si hubiera querido asesinar a Domiciano, podría haberme colado en su dormitorio y liquidarlo a escobazos.

Me dieron buenas indicaciones y pronto encontré la oficina correcta. Se trataba de una amplia estancia de mármol pulido similar a las estancias públicas, pero con cómodos divanes para que los aburridos burócratas echaran una cabezada. Barrí alrededor de aquellos nobles divanes a conciencia, antes de soltar una educada tosecilla, apoyar mi escoba contra un armario de pergaminos extraordinariamente decorado y presentarme ante su solitario ocupante.

Se llamaba Tiberio Claudio Filipo. Aquella no era su oficina, pese a que de momento la utilizaba, sino la de Abascanto, que seguía caído en desgracia.

—¿Va a volver Abascanto algún día? —pregunté mientras acercaba una silla con brazos y cojines de plumas, que pronto me hicieron estornudar.

—Mis fuentes esperan que sea reemplazado por Ticinio Capito, un équite —respondió Filipo.

Domiciano era consciente de que los libertos imperiales, un grupo inteligente, le tenían antipatía. Había empezado a sortear el problema designando a hombres nuevos para los altos cargos. Era una buena oportunidad para los de la clase ecuestre... si les gustaba vivir peligrosamente.

—¿Qué piensas de Capito?

—No haré comentarios.

—O sea que lo desprecias.

El hijo de Laeta tampoco quiso comentar nada sobre eso.

Era un hombre flaco, sobrio, mayor de treinta años. De piel aceitunada, cara larga, nariz recta y bonitos ojos. Supuse que su madre había sido una belleza, sin duda una esclava exótica que también había servido en palacio. Podía haber sido una copera que servía vino con el torso desnudo, pero no descarté que hubiera desempeñado un trabajo intelectual, como bibliotecaria o escribiente de alguna dama de palacio.

Filipo vestía la pesada librea blanca imperial, a pesar de que el emperador estaba ausente y, por tanto, podría haber llevado algo más ligero. O más elegante, de haber sido una persona sociable, lo que claramente no era. Parecía un tipo triste, aunque le otorgué el beneficio de la duda y lo atribuí al dolor por la muerte de su padre. Rezumaba ambición, y seguramente rivalizaba con su propio padre. Por eso debía de estar allí trabajando solo, cuando cualquier persona sensata se habría ido a cenar.

—Bien, visto que a pesar de mis advertencias te has presentado aquí —empezó con brusquedad—, vayamos al grano. —Y me dijo que su padre quería que yo conociera la historia de la familia Calixto.

—Vaya, qué intrigante —admití con frivolidad deliberada.

Filipo dio a entender con el ceño fruncido que la intriga no era su hábitat natural.

—Escúchame con atención para que no tenga que repetirlo.

—¿Puedo tomar notas?

—Sí. Todo es de dominio público, aunque mi padre tuvo que hacer sus indagaciones. Espero que sepas apreciar el exhaustivo trabajo que realizó por ti, pese a su precaria salud.

—Disfrutaba investigando. Creo que ese pequeño ejercicio alivió sus penas en sus últimos días.

Ceñudo, Filippo apoyó sus huesudos codos sobre el pulido escritorio de madera de alerce africano de Abascanto, y juntó la yema de los dedos.

—Mi objetivo principal es descubrir qué le ocurrió a Calixto Valens, que ha muerto en oscuras circunstancias —señalé.

—También eso lo aclararé.

—Adelante, pues. —Sonreí. A él le rechinaron los dientes.

Recitó todo lo que tenía que decirme sin recurrir a notas. Como burócrata, tuvo la buena educación de detenerse cuando me retrasaba con mis notas, aunque sonreía burlonamente cada vez que ocurría.

—Hace tiempo hubo dos hermanos, Calixto Valens y Calixto Volusio, y también dos hermanas, Julia Firma y Julia Verecunda. Esta estaba loca por casarse con Valens. Él nunca la alentó, pero ella lo perseguía obsesivamente.

—Apuesto a que eso hizo que la rechazara —lo interrumpí—. A ella no debió de hacerle ni pizca de gracia. Siempre espera conseguir lo que quiere.

—Pues sí, Valens la rechazó y se casó con otra, una mujer muy decente en todos los sentidos. Y la pareja fue plenamente feliz.

—Eso me gusta —comenté con seriedad, pensando en Manlio Fausto—. Me gustan las parejas que viven felices para siempre.

—Eres muy romántica, Flavia Albia. —Supuse que era una crítica—. Al cabo de un tiempo, la mujer de Valens murió.

—Bueno, al menos murió feliz.

Aunque yo no hacía más que perturbar su discurso, Filippo se vio obligado a sonreír. Prosiguió resueltamente.

—Verecunda no fue solo desdeñada por Valens. Su hermana y ella nunca se habían llevado bien. Se peleaban desde la niñez. Después de que Valens la rechazara, su hermana Firma la ofendió casándose con Volusio, el hermano de Valens.

—¡La muy taimada! ¿Fue deliberado?

—Tanto si lo fue como si no, también ellos fueron felices. Para Verecunda eso debió de ser aún más difícil de soportar. Así que fue y se casó con Enniano Optato, al que todos consideraban un hombre apacible.

—Más tonto fue él por casarse con ella. Su hijo es Ennio Verecundo, el candidato a edil hijo de mamá.

—Exacto.

—Hasta aquí, todo claro. —Y de muy mal agüero.

—Descuida, se enturbiará —repuso Filippo, regodeándose.

—Eso pensaba.

—Escucha, Flavia Albia, por favor. Los dos hermanos eran hombres acomodados y apreciados por la comunidad. Valens dirigía una flota de transporte por el Tíber. Volusio tenía un astillero, que heredó su hijo tras la muerte de sus padres, o sea, Volusio y Firma. En ese momento, Verecunda inició de repente un acercamiento a la familia. Ambas hermanas habían seguido enemistadas hasta la muerte de Firma, pero Verecunda aparentemente se ablandó debido a la pérdida de su hermana.

—También pudo servirle de excusa convincente —observé con acidez.

—El niño de mamá —prosiguió Filippo—, como lo llamas, tiene cuatro hermanas. Ellas y sus matrimonios son importantes. Para seguir los lazos de parentesco, mi padre tuvo que dibujar un gráfico.

—¡Fantástico! ¿Puedo verlo?

—Después. —Filippo no creía en las ayudas visuales, era de la vieja escuela. Menudo idiota. Maldije su estampa, pero podía esperar—. Cuando Verecunda cambió teóricamente de actitud, Valens aceptó su acercamiento. Como resultado, los Calixto

tomaron a tres de las hijas de Verecunda en matrimonio.

—¡Tres! —Eso era excederse, sin duda.

—Una hija se entregó a Volusio Firmo, que acababa de quedarse huérfano, y las otras dos se casaron con los dos hijos que Calixto Valens había engendrado, lo que quizá resulta más sorprendente.

—Primus y Secundus —dije—. Eso lo sé. El matrimonio de Volusio Firmo y Julia Laurentina ha sobrevivido; actualmente está embarazada. Las otras dos uniones fracasaron rápidamente y terminaron en desdichados divorcios. Eso pudo ser provocado por la venenosa influencia de Verecunda sobre sus hijas.

Filipo asintió.

—Los más cínicos creen que siempre fue su intención causar sufrimiento a los Calixto, como castigo por el rechazo de Valens.

Asentí.

—Si fue así, la ruptura más escandalosa debió de complacerla especialmente: cuando Julia Pomponia, que era la esposa de Calixto Secundus, lo abandonó. Se fugó para casarse con un obrero, un guaperas problemático, como todos. Un Adonis de la construcción. Ahora otra de las hermanas tiene que prestarle ayuda. Acaban de tener un hijo, pero están separados.

—Julia Pomponia y un tal Aspicio —confirmó Filipo—. Secundus siente un gran rencor contra Pomponia desde que lo abandonó. Su hermano, Primus, también aborrece a su ex mujer, Julia Optata.

—Con quien tuvo una hija, Julia Valentina. Hubo una agria disputa por la custodia —dije—. He visto a la chica. Parece normal, para lo mal que se llevan sus padres. La madre de Valentina, Julia Optata, se casó en segundas nupcias con Vibio Marino, el candidato al que apoya mi amigo el edil. Marino y Primus no parecen enemistados.

—¡Algo inaudito en esta familia!

—No sé por qué Primus acabó tan mal con Julia Optata. La gente dice que eran muy jóvenes y no congeniaban. Pero me he enterado de que ella jamás ha perdonado a los Calixto por quitarle a su hija recién nacida, lo que es comprensible.

—Mi padre intentó encontrar actas judiciales —dijo Filipo—. No encontró ninguna. Enconada o no, la disputa por la custodia debió de resolverse en privado. Tampoco hay nada en nuestros registros que explique el divorcio.

Sonreí.

—¡Y eso que Domiciano se toma un gran interés en los divorcios de los demás! Aun así, no serían los primeros plebeyos que no confían en abogados... Empiezo a comprender por qué tu admirado padre, Laeta, dijo que la lista para las elecciones era demasiado imbricada.

—Mi padre creía que la candidatura de Firmo al cargo de edil había conducido directamente a la muerte de Calixto Valens. Si eres tan espabilada como pareces, Flavia Albia, quizá te preguntarás si todavía hay enemistad en el seno de esta

compleja familia.

—¡Oh, de eso no cabe duda! —exclamé—. Está claro que la situación alcanzó su punto crítico durante la campaña para las elecciones.

Una vez más le había interrumpido, lo que fastidió a Filipo.

—La situación se volvió vitriólica. Mi buen padre quería que te hiciera comprender la importancia del odio perdurable que sentía Julia Verecunda hacia Calixto Valens.

—Lo entiendo —le aseguré, y él me miró con severidad—. La rivalidad entre los candidatos ha debido ser una pesadilla. Por un lado, los Calixto tenían que oponerse con todas sus fuerzas a Ennio Verecundo, cuya horrible y hostil madre es su apoyo más visible. Ella, a su vez, se opondría a Firmo, y también a Vibio. Luego, cuando Firmo se vio obligado a renunciar a su candidatura, Ennio vio mejorada su situación.

—Mi padre consideraba que eso fue crucial —logró interponer Filipo.

—¿Cómo ocurrió? Firmo era el favorito, el candidato del César. Su familia pagó mucho dinero para lograrlo. Eso supuso graves problemas financieros para ellos, y todo para nada. Me gustaría saber cuál fue el papel de tu colega. Todos asumimos que Firmo renunció porque a Abascanto lo enviaron a una cura de reposo. Pero existe un supuesto peor. ¿Es posible que Julia Verecunda urdiera alguna estratagema destinada a apartar a Firmo? ¿Sería viable tal cosa? ¿Tiene contactos en palacio, influencia sobre Abascanto? Si los Calixto llegaron a sospechar que ella era responsable de que Firmo tuviera que retirarse, estarían rabiosos.

Filipo paseó la mirada por la oficina elegantemente decorada que había tomado «prestada» de Abascanto. Se oía el silencio del atardecer. Nadie nos escuchaba. Estaba todo tan silencioso que si el mármol del revestimiento se hubiera movido al contraerse las paredes por el cambio de temperatura, habríamos notado el sutil crujido.

—No tengo razones para pensar que mi colega y superior se retractara de lo que prometió a los Calixto, fuera lo que fuere.

—Ah, ¿así que se cubrió las espaldas? —me burlé. Filipo no lo negó—. ¡Por el Olimpo! ¿Es posible acaso que Abascanto aceptara dinero de ambos bandos?

—La cuestión más relevante —repuso Filipo con voz tensa, eludiendo mi pregunta— es que Julia Verecunda odia abiertamente a todos los candidatos rivales de Ennio, pero odiaba con mayor intensidad aún que uno de los Calixto se interpusiera en el camino de su hijo.

Me miró con expresión elocuente.

Yo lo miré a mi vez y parpadeé, ya que no acababa de seguirle.

—Este era el mensaje de mi padre para ti, Flavia Albia. Piensa en lo mucho que Julia Verecunda odiaba a Calixto Valens.

Eso sí lo entendía.

Sobornar a Abascanto para que este retirara el apoyo del emperador a Volusio Firmo era mezquino y probablemente ilegal, pero no se diferenciaba mucho de las

tácticas empleadas por cualquier candidato. Verecunda debería haberse conformado con eso. Expulsar a Firmo de la campaña debería haberle bastado.

—Así que Verecunda no perdonó jamás a Valens —dije con tono pensativo—. Incluso cuando fingió querer reconciliarse, no era más que un ardid para acercarse más y hacer que sufriera a través de los conflictos maritales de su familia. El rechazo de hace tantos años sigue dominando su existencia.

En mi juventud me había encontrado en una situación similar. Sabía cuánto dolía, y cuánto desea uno el más terrible castigo para la rata que lo ha traicionado, cómo piensa en él día y noche imaginando su destrucción... Yo maduré. La experiencia me cambió, pero superé la pérdida y seguí adelante, que es lo que hace la mayoría de la gente. Aprendí a vivir contenta, a veces incluso feliz. Otros hombres se volvieron más importantes para mí.

Julia Verecunda no se ablandó jamás. Se casó con un hombre que al parecer era inofensivo y formó una gran familia, pero nada pudo consolarla. No olvidó nunca. No perdonó jamás. En cierto momento, fingió reconciliarse, casó a tres de sus hijas con hombres de la familia de Valens como ofrenda de paz, pero las envió con los Calixto llenas de odio.

Si los Calixto respondieron al fracaso de Firmo con discreción y dignidad, una mujer como Julia Verecunda, a la que le gustaba causar sufrimiento, habría sufrido una gran decepción. La había visto regodearse en público por el abandono de Firmo. Pero eso no había sido suficiente. Una mujer con un resentimiento tan arraigado y obsesivo querría que Valens supiera que todo era culpa suya por haberla rechazado.

Esa era la respuesta. Ella había ido a por Valens. Era Julia Verecunda la que había hecho que lo secuestraran durante el viaje a Crustumero y lo llevaran de vuelta a Roma de manera ignominiosa, maniatado y a pie, como un criminal. Su intención era enfrentarse con él y echarle en cara su antiguo desaire. Pero la larga caminata bajo el sol de julio había resultado excesiva y Valens había muerto. Yo tenía la impresión de que Verecunda no pretendía que Valens muriera, al menos no antes de hacerle ver que era ella quien había urdido semejante venganza. Si él había muerto antes de que se encontraran cara a cara, seguramente ella también lo consideraba responsable de haberle negado su ocasión de vengarse. No era de extrañar que hubiera mandado meter el cadáver en su propio cofre, arrumbado en un almacén, para que sus restos se pudrieran por siempre jamás.

LV

Antes de despedirme, Filippo me sorprendió con una petición. Al parecer, su padre le había pedido que mantuviera el contacto con Falco. Yo le contesté con firmeza, tal como habría deseado mi madre, que mi padre estaba retirado.

—Quieres decir que el régimen actual no es de su agrado —replicó Filippo astutamente.

—Todo tiene su final —repliqué. Él podía interpretar que me refería a Falco, retirado por fin del trabajo imperial, o a mi deseo personal de que acabara el régimen de Domiciano.

—Si se diera la ocasión, ¿tú aceptarías nuestros encargos, Flavia Albia? Aquí tenemos mujeres que realizan tareas especiales.

Filippo intentaba tejer su propia red, igual que había hecho su padre. Reí entre dientes.

—¿Así que Perella sigue cortando gargantas? Por Hades, esa peligrosa mujer debería colgar ya su pandereta y sus castañuelas. Era muy buena, ¡pero no puede seguir por ahí disfrazada todavía de bailarina! —Perella era una agente legendaria, pero trabajaba con una identidad falsa. Filippo parpadeó al comprender que yo disponía de información confidencial—. No es asunto mío —añadí—. No soy una espía. Detesto a los espías. —Tenía motivos de sobra para pensar así. Y la intensidad de mis sentimientos debió de hacerse patente.

—¡No sé nada de ninguna pandereta! —exclamó él—. Bueno, tenlo en cuenta, por favor.

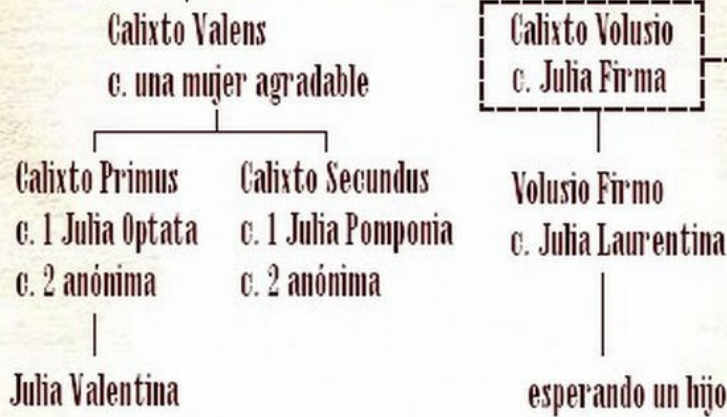
Filippo era un cabrón engreído. No concebía que lo rechazaran. (Nunca había tratado conmigo). Desconfiaba de él, así que me pregunté si reaccionaría al rechazo con la misma malevolencia que Verecunda. Quien colabora con funcionarios ambiciosos asume un gran riesgo.

* * *

De regreso al Aventino a lomos de *Moteado*, borré de mi mente su propuesta.

Filippo me había entregado el rollo, preparado por su padre, en que se mostraba el entrecruzado árbol genealógico de las familias Calixto y Verecundo. *Moteado* conocía el camino, así que mientras el burro trotaba a regañadientes en dirección a casa, deteniéndose una y otra vez a meter el hocico en las macetas de flores de las casas, yo desenrollé el pergamino sobre mi regazo para un examen inicial.

FAMILIA CALIXTO



UNA FAMILIA CON DEMASIADAS JULIAS



La mayor parte me era familiar. Comprendí por qué Laeta se había mostrado tan irritado al saber que los candidatos a edil estaban tan interrelacionados. Yo ya sabía que dos de ellos, Volusio Firmo (en un principio) y Vibio Marino eran cuñados de un tercero, Ennio Verecundo. Había una sorpresa extra: solo ahora veía que Julia Terencia, la hermana que se había buscado un marido rico, estaba casada ahora con Dilio Suro, el bebedor. (La mujer de Níger, Galeria, lo consideraba un gorrón, pero Laurentina me había dicho que la pareja se quería de verdad). Ahora recordaba que, antes de saber quién era Terencia, Nothokleptes me había dicho que codiciaba sus inversiones en aceite de oliva de la Bética, y la Bética era donde habían ofrecido refugio a la hermana huida, Julia Pomponia.

Así pues, había un cuarto nudo en las enmarañadas relaciones entre los candidatos.

Volví a enrollar el pergamino y durante el lento trayecto desde el Palatino, rodeando el Circo Máximo y ascendiendo el Aventino, añadí nuevos argumentos contra Julia Verecunda.

Sospechaba que Julia Verecunda había buscado, y encontrado, a alguien que aceptara emboscar a Valens; y había elegido a alguien de su propia familia. El hombre al que yo llamaba Túnica Morada era una posibilidad, si lograba situarlo en ese árbol familiar... y me pareció que ahora sí podía.

¿Y si era Aspicio? Todo lo que había oído sobre el inútil marido de baja estofa de Julia Pomponia indicaba que era el más indicado para un trabajo sucio. Siempre listo para una riña o un sórdido trato y, aún más importante, siempre necesitado de dinero. La hija rica, Julia Terencia, proporcionaba ayuda económica, pero había amenazado con dejar de hacerlo. Así pues, sospeché que Aspicio habría aceptado de buen grado cualquier encargo sucio, si su suegra le pagaba lo suficiente. Seguramente un peón de la construcción pediría ayuda a sus camaradas para montar una emboscada. Desde luego sería lo bastante fuerte para trasladar un cadáver a hombros y arrojarlo al interior de un cofre.

Si Aspicio había organizado el secuestro en la Via Salaria y su mujer lo había descubierto, eso explicaría por qué Pomponia había huido. «¡Jamás volveré con él! Después de lo que hizo... Y no volveré a verla ni a hablar con ella nunca más». Debía de referirse a su madre. Pomponia no querría tener a un asesino como padre de su hijo, sobre todo si actuaba en nombre de su odiosa madre. Además, aunque había abandonado a su primer marido, Calixto Secundus, cuando era muy joven, antes de fugarse debía de haber conocido a Valens como el suegro decente que era.

Todas las hermanas debían de hallarse en un dilema. ¿Cómo reconciliar la lealtad a Valens, un buen hombre, con su muerte a manos de sus propios parientes? Había oído a una atemorizada Julia Pomponia decirle a su hermana: «Si vas a su casa, habrá muchas posibilidades de que la familia intuya que sabes algo...». Así que Julia Optata también sabía la verdad. Pomponia debía de haberle contado lo ocurrido con Valens y la implicación de Aspicio. Habría tenido que explicarle por qué necesitaba

ocultarse. Pero incluso después de abandonar a su marido, bien por miedo o por una lealtad mal entendida, quizá Pomponia no quería que nadie denunciara a Aspicio.

Eso explicaba también por qué su hermana Laurentina estaba tan nerviosa. Tenía intención de seguir casada con Volusio Firmo y mantener una buena relación con su familia. Si su madre había sido la causante de la muerte de Valens empleando a un infame cuñado, la posición de Laurentina se vería muy comprometida. Yo creía que los Calixto serían comprensivos, pero todo esto tenía que resultar muy difícil para ella, y justo cuando también ella estaba esperando un hijo.

* * *

¿Qué debía hacer ahora?

Algunos investigadores habrían ido directos a ver a Julia Verecunda para encararse con ella. Una maniobra inútil y peligrosa. No era probable que confesara y podía enfurecerse. Desde luego, no iría a verla sin hacerme acompañar por un testigo, y cualquier entrevista sería más segura con guardaespaldas.

Tampoco estaba dispuesta a informar de todo a la familia Calixto. Julia Laurentina hacía bien en guardar silencio. Los conocía. Yo también estaba segura de que explotarían al enterarse de la noticia. Ambos hermanos y el sobrino llevaban guardaespaldas. Ellos mismos habían llegado a las manos. Era muy probable que reaccionaran con violencia.

Necesitaba contárselo todo a Manlio Fausto urgentemente. Las investigaciones criminales no eran responsabilidad suya, sobre todo en el Celio, que caía fuera de su jurisdicción, pero juntos podríamos realizar otras entrevistas, incluyendo la del peón de obra, si lográbamos encontrarlo. Y claro, cuando se trataba de arrestar a alguien, Fausto disponía de los vigiles.

Fui primero a su oficina, pero no estaba allí. Ya era muy tarde. Podía seguir buscándolo, ya que siempre había luces de tabernas y destellos de lámparas que indicaban a los amantes adúlteros que tenían vía libre. Aun así, preferí irme a casa y ver a Fausto por la mañana, desayunando en El Astrólogo, por ejemplo.

Al dejar atrás el templo de Ceres, contiguo a la oficina del edil, tuve que conducir a *Moteado* por la Via Loreti Minoris, así que me detuve frente a la casa que Tiberio había comprado. Yo conocía muy bien aquella calle en lo alto de la colina, había estado dentro de la propiedad, tanto en el negocio de construcción como en el domicilio adyacente. Era de un tamaño modesto, pero su ubicación era inmejorable en la zona histórica de la cima del Aventino, entre algunos de sus templos más prestigiosos.

Los trabajos de reforma continuaban a la luz de las antorchas. Toda la zona necesitaba ser despejada con urgencia. Los vecinos tenían motivos de queja, pero cuando es el propio edil de la zona el que incordia, la gente no tiene más remedio que callar.

Me pregunté si Fausto estaría allí para supervisar a sus trabajadores tras el

término de su jornada, pero no fue así. Conocía un poco al capataz, así que entablé conversación con él. Me comentó que Manlio Fausto tenía dudas sobre si arreglar la casa para luego venderla a fin de obtener beneficios.

—Dice que no le importaría vivir aquí él mismo, si se casa.

Sonreí.

—Qué ingenioso. Lleva diez años soltero. Decir que va a vivir aquí él mismo podría ser un ardid para que pongáis más esmero en vuestro trabajo.

—No; va a traer a una mujer para enseñárselo.

¿Qué mujer? A mí no me lo había pedido. Con un mal presentimiento, me despedí y continué mi camino.

* * *

Eso hizo que me decidiera. Sabía dónde vivía Fausto. También había estado allí. Lo que tenía que decirle era tan importante que debía ir a su casa y dejarle un mensaje.

No estaba muy lejos de la plaza de la Fuente; de hecho, había pasado ya la hora de acostarse del chico del burro, así que lo dejé allí y proseguí sola. Conocía las calles y me sentía segura incluso de noche. La casa de Fausto se encontraba más allá de mi horrible callejón, hacia el otro lado de la colina. En realidad éramos vecinos tan cercanos como toda la gente que vivía en el Celio.

Fausto y su tío residían en una zona elegante al oeste de la calle de los Plátanos. Su casa era una residencia de dos plantas con atrio que ocupaba toda una manzana: un inmueble de primera categoría, como correspondía a los dueños de la mitad de los almacenes cercanos, situado junto a la puerta Lavernalia.

Enseguida la encontré. Me acerqué con nerviosismo a la doble puerta de la entrada, subí los tres peldaños de mármol, cada uno con una urna de rosas, con los arbustos bien recortados en plena floración y goteando tras haber sido recientemente regados. El anciano portero no me recordaba. Aun así, permitió pasar a la que afirmaba ser amiga de su joven amo. Yo sabía que no era una casa pomposa. Estaba bien dirigida, pero en un ambiente relajado.

El portero dijo que Fausto no estaba. Empezaba a cansarme de la frasecita. ¿Dónde estaba?

—¿Dromo está aquí?

Sí, pero profundamente dormido.

Un esclavo fue en busca de útiles de escritura para que yo pudiera dejar una nota. De pie junto a la portería, intenté admirar los frescos. No tenía motivos para sentirme culpable, pero así era. En mi anterior visita, cuando apenas conocía a Fausto, otra persona me había introducido allí a escondidas para dar una vuelta por las habitaciones principales. Esta vez, estar allí sin que él lo supiera me hacía sentir más incómoda. No se trataba de la casa de un sospechoso en la que fuera a aprovechar cualquier oportunidad para ponerme a explorar. Apenas entré en el atrio, con su altar techado a los dioses lares y sus imágenes de antepasados. Una placa desgastada

mostraba a una pareja joven, seguramente en conmemoración de los padres de Fausto. Antes no me había fijado en ella, pero ahora me importaba.

Apareció un escribiente, bostezando, para que le dictara. Fue una breve misiva para contarle a Tiberio lo que yo creía que le había ocurrido a Valens y expresar la necesidad de actuar enseguida. El escrutinio levemente curioso al que me sometía el servicio de la casa sofocó cualquier tentación de añadir palabras cariñosas. El escribiente me tendió el punzón y firmé la tablilla.

Sin embargo, la suerte no estaba de mi lado. Justo cuando respiraba aliviada y me disponía a marcharme, entró un hombre con paso firme desde la calle. Lo hizo con su propia llave, pero no era Fausto. Llegó preguntando en voz alta:

—¿De quién es ese asqueroso burro que han atado a la anilla? ¡Que uno de vosotros salga y lo ahuyente a patadas!

Se me cayó el alma a los pies. Sola y cansada, al final de un largo y caluroso día, tendría que tratar con Tulio, el tío de mi amigo.

LVI

Alguien a quien conocí había acusado a Tulio de un comportamiento depredador y libidinoso. Incluso Fausto reconocía que tenían un carácter muy distinto. Aun así, este hombre había acogido a un sobrino huérfano, lo había criado y había mantenido una buena relación con él después de vivir juntos la mayor parte de los últimos veinte años. Jamás había oído a Fausto quejarse de él.

No encontré parecido físico entre los dos hombres, ni entre el tío y la joven de la placa que debía de ser su hermana. Tulio era bastante robusto, pero no grueso. Debía de tener unos sesenta y pocos años. Lucía una coronilla calva, tenía unos inquisitivos ojos castaño claro y una actitud desdeñosa. Yo sabía por qué.

—¿Y quién eres tú? —me preguntó, pero ya lo sabía—. No me lo digas..., ¡la fresca que le ha lanzado el señuelo a mi sobrino y lo tiene todo el día fuera de casa!

—Mi nombre es Flavia Albia —repliqué calmadamente—, hija del équite Didio Falco y la noble Helena Justina. Ciertamente disfruto de la amistad de Tiberio Manlio. —Utilicé deliberadamente sus dos primeros nombres en lugar de los dos últimos, más formales. El sistema romano para los nombres es muy sutil, y sé servirme de él—. Me disculpo por venir tan tarde. He estado ayudando a tu sobrino en la campaña electoral. Hemos descubierto ciertas actividades ilegales y necesito verlo urgentemente para proporcionarle información.

—«Ayudando en la campaña electoral...», ¡palabras nuevas para un juego muy viejo! —Tulio entornó los ojos, lo que le dio una expresión porcina—. Bueno, este encuentro va a ser muy útil, jovencita. —Se cruzó de brazos en actitud agresiva.

Decidí que no tenía sentido morderse la lengua.

—Entiendo. Crees que soy una ambiciosa cazafortunas y que esta es tu oportunidad para deshacerte de mí.

Buena jugada. Mis tranquilas palabras lo sorprendieron. Esperaba que me pusiera a la defensiva, no que lo retara abiertamente.

Tratándose de cualquier otra persona, habría sugerido que nos retiráramos a un lugar más privado. Aquí teníamos al portero, al escribiente y a varios esclavos que habían acudido a recibir al amo. En vista de lo que me habían contado sobre sus rudos hábitos, preferí no quedarme a solas con él. Así que hablamos allí mismo, en el atrio, con un público ávido.

Tenía que ir con cuidado. Fausto quería evitar una riña. Sería más sensato cultivar una buena relación con su tío.

—Te has divertido —dijo Tulio con desprecio—. ¡Igual que él, seguro!

Me miró de arriba abajo con una intención inconfundible. Me pregunté qué pensaría de mi atuendo de funeral: discreto, con muy pocas joyas y el velo formal que me había colocado sobre la cabeza. Lo observé mientras él me juzgaba, como hacía la gente muy a menudo. Lo desconcertaría mi aspecto serio en contraste con mi lengua respondona. Estaba claro que él esperaba tacones de corcho de siete centímetros y

una capa de blanco de plomo en la cara, además de collares de oro que seguramente me habría regalado Fausto. No se imaginaba que la idea de Fausto de un regalo de amor era un banco de piedra, pero en cualquier caso estaba perplejo por el gusto de su sobrino para las novias.

—Tulio Icilio... —Nadie parecía usarlo, pero yo conocía su *cognomen* gracias a la investigación de mi padre. En realidad sabía más sobre ese hombre de lo que él imaginaba. «Es bueno en lo que hace», había sido el veredicto de Falco. «Al parecer sin necesidad de recurrir a prácticas inescrupulosas. Un hombre muy trabajador y astuto para los negocios». ¡Gracias, padre!—. Tulio Icilio, es tarde. Si quieres decir algo importante, dilo. Pero por favor, recuerda que tu sobrino ha elegido ser mi amigo.

—Y ahora recobraré la sensatez.

¡Qué frase tan típica!

—No te has fijado bien en él. Ha cambiado —le dije con firmeza.

—¡Y un cuerno! —Tulio también parecía convencido.

—Yo lo he visto cambiar —recordaba a Tiberio el día que lo conocí: duro, beligerante, irascible; pero ahora comprendía que simplemente no estaba seguro de cómo ejercer su autoridad de magistrado. Durante un tiempo esa inseguridad había hecho que su trato resultara desagradable. Así era como yo había acabado clavándole una brocheta de carne en una mano. Luego había aprendido; se había tranquilizado. Ahora yo también me calmé y hablé con gran compostura—: Otras personas han comentado su cambio. Se pasó treinta años sin hacer nada y de pronto se convirtió en edil. Debiste de creer que simplemente sería bueno para tus negocios, por el prestigio. Pero no tuviste en cuenta las consecuencias. Olvida cómo ejercen el cargo otros hombres y mira a tu sobrino: él lo asumió y ha llegado a dominarlo. Y cuando el trabajo y su habilidad para desempeñarlo despertaron su entusiasmo, se descubrió a sí mismo. Puede que sea un tópico, pero es cierto.

Él se encogió de hombros.

—Sí —admitió sin aspavientos—, nos ha sorprendido.

—Te daré un consejo. A menos que aceptes al nuevo Tiberio Manlio, lo perderás. Esta vez Tulio soltó una carcajada.

—¿Imaginas que lo voy a perder por ti?

—Bueno, ciertamente la nueva versión me gusta, como él sabe. Pero es él quien toma sus decisiones. Ha vivido contigo desde los dieciséis años, así que una parte del hombre en que Tiberio Manlio se convirtió es obra tuya, y eso lo respeto.

—¡Oh, eres muy lista! —exclamó Tulio con desdén, pensando que lo halagaba, pero yo lo decía en serio.

Había discutido con hombres mucho más peligrosos que él; a unos cuantos les había minado la moral.

—Bien, ¿puedo irme a casa ya?

Todavía no. Mi discusión con Tulio Icilio no había hecho más que empezar.

Seguíamos en el atrio, con el servicio apiñado a los lados. Todos estaban callados y con la vista baja, tratando de pasar desapercibidos para que Tulio no les ordenara marcharse. Me pareció que él disfrutaba teniendo público. Aposentó su generoso trasero en una pesada mesita auxiliar. Era un hombre al que le encantaba disertar cuando creía tener el control. Yo permanecí de pie; me sentía más fuerte y saludable que al regresar a Roma después de mi enfermedad.

Tulio expuso sus argumentos más contundentes. Empezó diciendo que existían planes ambiciosos para su sobrino, quien, según me aseguró, estaba de acuerdo con ellos. Y se jactó de que el control financiero de los negocios familiares estaba en sus manos, lo que limitaba la libertad de acción de su sobrino. Había acostumbrado a Tiberio a una vida regalada, un lujo que no querría perder. Por desgracia, tuve que admitir la fuerza de su argumento.

Luego dijo que Tiberio no se daba cuenta siquiera de que llevaba una vida privilegiada. Jamás se había preocupado por el negocio familiar; para ilustrar lo que decía, me explicó que unos años atrás había puesto un almacén a su nombre, pero él no había hecho nada.

—¿Qué hay en ese almacén? —pregunté.

—Nada.

—¿Es seguro? ¿Es resistente al agua? —Mis preguntas lo sorprendieron—. Debería contratar unos guardias y alquilarlo. —¡No era ese el resultado que Tulio pretendía! No quería que yo alentara a su sobrino para que hiciera uso de sus recursos—. Supongo que Tiberio Manlio no quería entrar en competencia contigo, que eres el experto. Pero es evidente que ahora está pensando en establecerse por su cuenta, como prueba esa propiedad que ha comprado en la Via Loreti Minoris.

Tulio se burló de mi argumento: su sobrino había adquirido la propiedad, pero no tenía fondos para renovarla.

—Por supuesto que puedes negarle los fondos —admití, y contraataqué—: Y él puede separarse de ti. Puede hacerlo. Evidentemente tiene su propio dinero, aunque tú siempre te has ocupado de todo. Pero una separación sería estúpida. Todo el mundo pierde cuando se rompe un buen negocio familiar.

Una vez más, Tulio se sorprendió de mi sagacidad. Y una vez más, por desgracia, no le gustó nada. Fue entonces cuando me dejó perpleja: pavoneándose, me aseguró que le había encantado que Fausto hubiera decidido comprar la propiedad. Nada podría haber sido mejor. El motivo se anunciaría al día siguiente durante una velada musical, una elegante reunión de plebeyos influyentes que celebraban el fin de la campaña política. La fiesta se celebraría en la casa de Marcia Balbilla, una arribista que, según me constaba, era muy amiga de Laia Graciana.

Manlio Fausto, me contó su tío, había impresionado tanto a todo el mundo con su labor como edil, que en su círculo social (un círculo del que yo no formaba parte, como señaló Tulio, complacido) lo habían indultado de todas sus indiscreciones

juveniles. En la velada del día siguiente le darían una nueva bienvenida aquellos a los que había ofendido en otro tiempo. Y cuando el hermano de Laia, Salvio Grato, anunciara formalmente su próximo enlace, Tulio Icilio daría a sus amigos otra buena nueva. La coalición electoral entre Grato y Vibio había dado un inesperado fruto: había resurgido la chispa de viejas amistades y, para alegría de ambas familias, su sobrino iba a volver a casarse con Laia Graciana.

LVII

Esto sí que no me lo esperaba.

Tenía que ser cierto. Así es como se hacen estas cosas. A pesar de todo, a pesar de cómo me hablaba y miraba Tiberio Manlio Fausto, a pesar de que decía estar enamorado de mí, comprendí que también él veía los beneficios de una buena alianza. Había obedecido a su tío durante veinte años. Todo cuanto poseía estaba vinculado a los almacenes de Tulio, y estaba acostumbrado a acceder a todo lo que se le pedía, por el bien del negocio familiar del que él participaba. Pero sería un desastre.

Me quedé asombrada y furiosa, tanto que me arriesgué a parecer ingenua.

—Esa es una propuesta retorcida. Creí que sentías afecto por tu sobrino. ¡Cuán equivocada estaba! Laia Graciana y él nunca fueron compatibles. Por eso él le fue infiel en su matrimonio. Nada ha cambiado; no logran comunicarse, ni siquiera lo desean, ninguno de los dos. Me asombra que ella haya accedido a esto, aunque claro, si su hermano se lo pide, es una mujer que conoce su deber. Nadie que quiera a Tiberio puede condenarlo de nuevo a ese matrimonio. Qué poco te importa tu sobrino, de lo contrario sabrías que es un plan egoísta, cruel y peligroso.

No podía continuar.

Con la cabeza alta, di media vuelta. Detrás de mí oí a Tulio echarme de su casa, pero me fui por voluntad propia. Tal vez me arrepentiría de haber permitido que sus esclavos oyeran mi arrebato. Fausto les gustaba a todos, pues era un amo bueno y generoso.

De alguna manera, sin ser consciente, logré llegar a la plaza de la Fuente. Mi corazón esperaba encontrar allí a Manlio Fausto, pero mi vivienda estaba vacía.

LVIII

Pasé otra noche de insomnio, pero no fue el calor lo que me tuvo angustiada.

Por la mañana estaba extrañamente resignada. Aceptaba que lo estaba perdiendo.

¿Era una prueba de mi amor el que jamás, en ninguna circunstancia, me encolerizara con Fausto? No le deseaba ningún mal. No sentía ira. Tan solo tenía muy claro que si realmente se casaba con Laia, no podría tener más tratos con él. En primer lugar, si permitía que lo metieran de nuevo en ese árido matrimonio, supondría una amarga decepción. Pensaba que tendría más amor propio.

Me sentía desconsolada, pero, para mi sorpresa, mi primer pensamiento era protegerlo. Aunque de momento no quería verlo. No fui a desayunar a El Astrólogo, aunque era probable que él estuviera allí, esperándome. Ahuequé el ala para ocuparme de unos asuntos domésticos y luego me oculté en casa de mis padres. Intentaba evitar una riña. Eso era curioso, porque en otro tiempo habría ido directamente a encararme con él.

Aburrida, salí a comprar algo para el almuerzo, que comí sola en el recinto vacío conocido como Armilustrio. Fausto sabía que era un lugar que yo visitaba, pero no se presentó allí. Mejor. No había comprado suficiente comida para compartirla con él.

De repente me puse a compararme a mí misma, sumida en aquel inquietante estado de ánimo tan tolerante, con la ira siniestra de Julia Verecunda cuando perdió al hombre que deseaba. Me pregunté si la diferencia se debía a que yo amaba al mío, mientras que ella solo sentía un afán posesivo por Valens. Yo quería un compañero que fuera mi igual. Ella quería poder.

Las personas con ese defecto del carácter son proclives a los celos y la suspicacia, incluso cuando la persona que eligen los acepta. Muchos pierden a sus seres amados por ese comportamiento extremo. Seguramente Verecunda jamás tuvo la menor oportunidad con Valens. Ese afán posesivo puede disimularse, pero un carácter fuerte se resistirá a ser controlado. Valens era demasiado inteligente para dejarse atrapar.

En cuanto a mí, no estaba celosa de Laia Graciana. Temía lo que haría Fausto, pero sabía que él no la quería. Su corazón me pertenecía por completo. No obstante, ¿actuaría él en consecuencia?

En un momento de bajón, me pasó por la cabeza que quizá Fausto planeaba mostrar la casa de la Via Loreti Minoris a Laia Graciana. Era muy cómoda para ir al templo de Ceres, donde ella ejercía su impecable influencia en el culto.

No. A Graciana no le gustaría esa casa. Y desde luego no querría vivir al lado de un negocio de construcción. Por mi parte, jamás le pondría peros a un hombre que tuviera el trabajo al lado de casa. De hecho, mi primera sugerencia sería abrir una puerta para tener acceso directo al negocio desde casa... Pero este era un sueño demasiado peligroso.

* * *

Triste pero tranquila, abandoné el Armilustrio y me dirigí a casa.

Al llegar a la fría entrada del edificio del Águila, oí voces masculinas. Fausto estaba allí. Lo vi sentado en el banco que había comprado para mí, acaparando la atención de su esclavo Dromo y mi portero Rodan. Hablaban de las elecciones, seriamente, de hombre a hombre. Me quedé fuera de su vista, escuchando.

Fausto les informaba sobre el probable resultado de la campaña.

—La campaña ha terminado y los nombres se presentarán al Senado. Por supuesto, el nivel de apoyo que hayan logrado influirá en el voto. Los candidatos con más posibilidades, Trebonio Fulvo y Aruleno Crescens, van en cabeza.

Naturalmente, a Rodan eso le parecía bien. Había sido un gladiador débil, al que su entrenador había retirado por blandengue. Aun así, le gustaban los hombres que iban al gimnasio.

—¡Qué bien!

—Bueno, han trabajado para conseguirlo y se lo merecen. —Fausto era un hombre justo—. Después de ellos viene el atontado de Dilio Suro.

Dromo se echó a reír.

—Pues ese tiene una buena experiencia para ocuparse de las tabernas.

—Creo que solo bebe en casa —lo corrigió Fausto, sonriente.

—¿Y qué hay de los otros, amo? ¿Qué tal tu preferido?

—Lo tienen más complicado, Dromo. Los últimos tres están muy igualados. Ennio está a punto de ser relacionado con un trágico escándalo, lo bastante malo como para condenarlo al fracaso. En cuanto a mi candidato y su asociado, parecen encaminarse a un empate. De ser así, un servicial senador me ha dicho que él se levantará y propondrá que se siga el orden tradicional, es decir, dando preferencia a los hombres casados con hijos. Vibio está casado y es padre de dos hijos. Grato va a casarse, pero no tiene hijos.

—¿No puede adoptar alguno?

—No creo que eso cuente, Rodan. De lo contrario, los que se postulan a las elecciones se dedicarían a adoptar huérfanos solo hasta el día de las votaciones.

Avancé para que pudieran verme. Observando a Tiberio más de cerca, me fijé en que su rostro se iluminaba al verme.

—¡Albia, ya estás aquí!

Me acerqué a ellos con cara inexpresiva. Dromo se levantó del banco para dejarme sitio, pero yo permanecí de pie.

—¿Quién es tu servicial senador?

—Camilo Eliano.

—¡Aulo! —Mi arisco tío.

—Sí, a mí también me sorprendió. Pero parece que tu tío habla en serio.

Fausto indicó a su esclavo y al portero que nos dejaran solos, ya que teníamos cosas de que hablar. Era más cierto de lo que él imaginaba.

Me senté, finalmente, en el otro extremo del banco. Él me tendió la mano para

que me acercara más, pero fingí no darme cuenta.

Había pasado más de un día desde nuestro último encuentro, cuando habíamos interrogado a los vigiles acerca de los esclavos de Valens. Le dije que no tenía más noticias, para que él me pusiera al corriente de sus novedades.

Él me miró con curiosidad, pero no dijo nada. No hizo ninguna referencia a su tío. Tulio no podía haberle dicho nada.

—Lo de ayer primero —empezó—. Fui a ver a los Calixto. Al parecer, sus esclavos les han dicho que Valens reconoció al cabecilla de los asaltantes.

—¿Era Aspicio?

—Exacto. Valens les ordenó que volvieran rápidamente a Roma y avisaran a la familia, como ya sabemos. Pero con Valens muerto, solo quedan los esclavos como testigos de la emboscada. Por ley, han de ser torturados para que su declaración pueda usarse como prueba. Y la familia no quiere eso.

Exhalé un suspiro.

—¿Podemos sacarle una confesión a Aspicio? Se le podría ofrecer un trato si delata a Julia Verecunda.

Fausto hizo una mueca.

—Por desgracia no logramos encontrarlo.

Solté un gemido de frustración.

—¿Cómo lo habéis buscado? —pregunté.

Habían empezado enviando a los vigiles a registrar el lugar de trabajo del obrero de la construcción y su casa. Hacía días que a Aspicio no se lo veía en los lugares que frecuentaba. Faltaba a su trabajo y los vecinos afirmaban que no había vuelto a casa, y que había estado quejándose de la desaparición de su esposa, aunque afirmaba saber adónde se había ido. Fausto temía que Aspicio la hubiera seguido hasta Fidenas, así que había dedicado la mayor parte del día y la mitad de la noche a viajar hasta allí con una partida de jinetes para ir a rescatarla.

—Trajimos a la mujer y al bebé a una casa segura de Roma. Ella protestaba y se negaba a venir, pero yo insistí.

—¿Ha admitido que sabe lo que hizo su marido?

—No hubo tiempo para interrogarla. Regresamos en plena noche. Es un viaje condenadamente largo, incluso a caballo.

—¿Sabes montar?

—Me crié en el campo.

—Pareces agotado. —No era de extrañar.

—Sí, lo estoy. —Mi hombre me estaba pidiendo que lo consolara; me resultó difícil no consentirlo.

Lo que hice fue hablarle de mi temor de que los Calixto fueran a por Aspicio. Fausto ya había pensado en ello: había ordenado a los vigiles que le avisaran si aparecía algún cadáver sospechoso.

Hablamos sobre Julia Verecunda. Le expliqué su historia con Valens, sus eternos

celos y su carácter manipulador, sus intentos por arruinar los matrimonios de sus hijas, y que Filipo y yo creíamos que había pagado dinero para frustrar las esperanzas electorales de Volusio Firmo. Fausto dijo que era evidente que los hermanos Calixto y Firmo habían adivinado ya quién había utilizado a Aspicio.

Le pregunté si alguien había interrogado a Julia Verecunda. Fausto lo había intentado hoy por la mañana. Al más puro estilo tradicional, ella había reclamado su derecho como matrona romana a que un pariente masculino hablara en su nombre.

—Oh, no. ¿Ennio?

—Pues sí, el niño de mamá. Pero no desesperes. Ennio ha respondido bien. Me ha sorprendido. A su madre ha debido de dejarla asombrada.

—¿Con qué?

—Bueno, tanto si Verecunda pretendía que Valens muriera como si no, lo cierto es que organizó la emboscada y provocó su muerte, lo que no puede quedar impune. Ennio me ha pedido que no la someta a un juicio público. En su lugar (y yo he aceptado, así que espero contar con tu aprobación), ha convocado un consejo familiar según la antigua tradición. ¿Sabes lo que significa, Albia?

—Que a su madre la juzgará su propia familia reunida en pleno. Luego la familia dictará su veredicto y decidirá qué castigo aplicarle.

—Exacto. Ennio presidirá ese consejo. Me ha parecido que va a ser duro con ella. Se celebrará hoy mismo, más tarde. Yo estaré presente como observador. Puedes acompañarme, si quieres.

Asentí.

* * *

Era la hora más calurosa del día y nos cocíamos vivos en el patio. Me levanté y dije que ahora subiría a mi vivienda y ya nos veríamos más tarde. Él se levantó también. Parecía dolido, pero no hizo el menor intento por seguirme.

* * *

Un poco después me asomé al exterior. Vi a Fausto tumbado en el banco, dormido como un tronco, a pleno sol.

Llamé a Dromo.

—Tu amo va a pillar una insolación. Despiértalo y dile que suba a descansar en mi diván, que estará más fresco. Luego vete a casa y tráele una túnica limpia y seca para cuando salga más tarde. Mejor tráele dos, formal e informal, porque no sé si piensa actuar como edil o como ciudadano particular.

Saqué una almohada y una jarra de agua. Oí entrar a Fausto. Yo me quedé en mi dormitorio con la puerta bien cerrada.

Aun así, me alegré de haber cuidado de él. Y también, simplemente, de que estuviera allí, cerca de mí.

LIX

El consejo familiar de los Verecundo se celebró en el templo de Claudio. Los templos se utilizan para reuniones especiales, del Senado, por ejemplo. La familia quería un lugar de solemne significado religioso, lo bastante grande para dar cabida a todos y situado en el monte Celio, donde vivían. Supuse que no habrían pensado en que ese templo había sido iniciado por Agripina, viuda del divino Claudio, después de haber matado a su imperial esposo con el legendario plato de setas envenenadas. Qué divinamente apropiado que también ella fuera una asesina doméstica.

Agripina, la feroz madre de Nerón, al final había recibido su castigo a manos de su hijo. ¡Igualmente apropiado!

* * *

La falta de interés por Claudio había supuesto que se necesitaran varios emperadores para terminar el templo, que se elevaba sobre una enorme plataforma artificial. El coste de las excavaciones y los ingenieros tampoco había ayudado mucho. Enormes columnatas rodeaban el inmenso santuario, con hileras de árboles que sombreaban el recinto interior. Rodeado en parte por la línea tortuosa del Aqua Claudia, que traía agua del río Anio a Roma, en época de Nerón la zona se había incluido en su lujosa Domus Aurea, la Casa de Oro. En otro tiempo, magníficos *nymphaea* (surtidores) alimentaban fuentes y cascadas que cubrían la mitad del Celio de cortinas de agua centelleante. Habría sido un hermoso homenaje a su padre adoptivo si Nerón hubiera completado el proyecto, pero se consideraba un artista y es de todos conocido que los artistas abandonan muchos proyectos.

Vespasiano le debía su carrera a Claudio. Él terminó el trabajo. Redujo los bonitos sistemas de fuentes y cascadas a un nivel más económico, pero por lo demás convirtió una monstruosidad abandonada en una impresionante estructura. A pesar de ello, a nadie le había gustado nunca aquel sitio.

La fabulosa base del monumento era más grande que la del nuevo anfiteatro, que se encontraba al otro lado de la calzada formando un leve ángulo. La parte posterior de la plataforma del templo se había excavado en la larga cresta principal del Celio, mientras que la parte frontal ocupaba una de las posiciones más elevadas de Roma. Unos empinados escalones subían desde los niveles inferiores, lo que disuadía a todos los visitantes, menos a los más atléticos. El templo se erguía frente al monte Palatino, como si quisiera recordar a futuras generaciones de emperadores que incluso aquellos a quienes se daba el apelativo de divinos podían morir a manos de esposas malvadas y ser olvidados rápidamente.

Nos encontramos en una de las impresionantes columnatas. El templo principal habría empedregado aún más a nuestro grupo. Se habían dispuesto sillas de respaldo alto. Era por la tarde temprano. Todo parecía desierto. Fausto y yo nos sentamos un poco más atrás que el resto. Se había acordado con Ennio que la reunión

sería privada, así que guardaríamos silencio y no se levantarían actas.

Asistieron los cinco vástagos de Julia Verecunda. Las cuatro hijas llevaron a sus maridos, todos con expresión abatida. A una nieta, Julia Valentina, la habían considerado lo bastante mayor para participar. Llegó de la casa de los Calixto con Julia Laurentina y Volusio Firmo; se sentó con ellos, aunque su madre se acercó a recibirla con un beso.

Había olvidado que Julia Optata llevaría a Sexto Vibio, que saludó a Fausto con una inclinación de la cabeza y luego no participó en las formalidades.

Un frufú de sedas de oro y una vaharada de caro perfume anunciaron la llegada de Julia Terencia con su marido Dilio Suro, el candidato borrachín. Terencia era la única hermana a la que yo aún no conocía. Físicamente era como las otras, pero parecía aún más belicosa. El vacilante Dilio y ella iban cogidos de la mano, sin duda para recalcar a la hostil suegra lo mucho que se querían. La cuarta hermana, Julia Pomponia, llegó protegida por una escolta. Fue la única que acudió sin su marido; Aspicio no se dejaría ver por miedo a ser arrestado.

El último de los cinco era Ennio Verecundo, que ya no sonreía como un necio como en campaña. Su pálida esposa llegó de su brazo, luego se sentó, inclinándose hacia él. Su actitud me pareció significativa. Deduje que cuando estaban solos, en privado, mantenían largas conversaciones. La pálida mujer era la tradicional esposa confidente, cuya presencia confería valor a Ennio. Seguro que ella le había aconsejado qué debía decir.

Finalmente llegó la madre pisando fuerte. La seguía su liberta y dos guardaespaldas, a los que despachó con un seco ademán. Ellos se alejaron hacia un lado y Julia Verecunda quedó sola, con el aspecto de una frágil anciana. Era puro teatro. Nadie habría dicho que era vulnerable. Sin negarse a aparecer ante el consejo, daba a entender que estaba allí de mala gana. Iba vestida toda de negro, con un largo velo al estilo de Livia.

Al principio pensé que tenía intención de permanecer con la cara cubierta, pero se echó el velo hacia atrás para poder fulminar a todo el mundo con la mirada. Incluso callada, desprendía odio hacia todos los presentes. Ahora que conocía su historia, aprecié una expresión maníaca en el modo en que fijaba los ojos en quien hablaba. La imaginé envidiando a su hermana más feliz durante décadas, y los pensamientos vengativos que había albergado contra Calixto Valens.

No le importaba que estuviera muerto. Nos habría destruido a todos sin mostrar el menor remordimiento.

* * *

Yo había asistido a un consejo familiar en otra ocasión. Tienen fuerza de ley. El nuestro había sido el último recurso para combatir unos crímenes abominables; pensándolo ahora, asistir a aquella reunión había marcado mi verdadero paso a la madurez. Me pregunté si sería igual para la joven Julia Valentina, que iba a ser testigo

del proceso como afligida nieta. A la sazón yo era un poco mayor que ella, que tenía trece años. Estaba sentada, dándole vueltas a su delgado brazalete de adolescente y cruzando los pies, visiblemente intimidada por la ocasión.

Ennio inició el proceso. Fue meticuloso, pero no permitió tácticas dilatorias ni estallidos emocionales. Declaró que el propósito del consejo era garantizar los derechos de su madre como ciudadana: que nadie le pusiera las manos encima ni se limitara su libertad. Como mujer, se le concedía el decoro de un juicio privado. Tenía derecho a un juicio. Su familia juzgaría sus acciones y, si la hallaban culpable, decidiría su destino. Tal vez fuera también necesario compensar a los Calixto por su pérdida. Ennio había prometido a Calixto Primus que se le comunicaría el veredicto del consejo.

Ennio anunció los cargos: su madre había planeado el ataque contra Calixto Valens, para el que había utilizado a su yerno Aspicio; durante su dura experiencia, Valens había desaparecido de un modo indeterminado; su cuerpo se había ocultado de manera impía. Había testigos del ataque inicial y el cadáver había sido finalmente identificado. Aspicio se había dado a la fuga, lo que confirmaba su culpabilidad.

A continuación, Ennio preguntó si Julia Verecunda quería decir algo. Ella rehusó.

Yo había visto asesinos que se encerraban en un obstinado mutismo. A veces se les persuadía por medio de la tortura, a ellos o a sus esclavos o cómplices. Ennio señaló que no iba a permitir esas prácticas.

Luego declararon otras personas. Hablaron con solemnidad. El resto escuchó sin interrumpirlos.

Julia Pomponia, la esposa de Aspicio, fue el testigo más importante. Afirmó que a principios de julio su madre había ido a su casa para ver a su marido y encargarle una tarea especial, que le pagó con dinero. Al principio Pomponia no supo de qué habían hablado, pero después del suceso Aspicio se lo contó todo. Según él, Calixto Valens cayó desplomado a causa del calor y el agotamiento cuando llegaron a Roma. No lo habían golpeado, simplemente murió de causas naturales. Un accidente, afirmó Aspicio; su intención no era matarlo. Verecunda había dicho que quería capturarlo para humillarlo, para vengarse por haberla rechazado hacía tantos años, y para regodearse explicándole cómo había castigado a su familia desde entonces. Había llegado al lugar poco después de la muerte de Valens y había ordenado que metieran el cadáver en el cofre del almacén. Y luego había decidido ocultárselo a la familia, para causarles aún más sufrimiento, para que se atormentaran preguntándose qué suerte había corrido su paterfamilias.

A continuación prestó testimonio Julia Optata. Era la primera vez que oía a la mujer de Sexto hablando largo y tendido. Logró parecer la mujercita dulce que Marcela Vibia había asegurado que era. Confirmó que Pomponia le había contado a ella la misma historia, aterrorizada por lo que pudiera hacerle Aspicio a ella o al bebé cuando este naciera. Pomponia estaba tan asustada que Optata la había ayudado a escapar del hogar conyugal, y otra hermana le daría refugio en el extranjero. Optata

añadió que el día anterior Aspicio se había presentado en casa de los Vibio. Creía que su mujer estaba allí y exigía que le dejaran entrar para «encargarse» de Pomponia. Había proferido feroces amenazas, aterrorizando a todo el mundo, y al final se había marchado hecho un basilisco.

La siguiente fue Julia Laurentina, la esposa de Firmo. Aportó información sobre su ex cuñado, Calixto Primus, que no estaba presente porque ya no formaba parte de la familia. Primus había logrado averiguar por fuentes de palacio que Julia Verecunda había sobornado a un alto funcionario llamado Ticinio Capito para que retirase el permiso del emperador para que Volusio Firmo se presentara como «candidato del César».

Al oír esto, el propio Firmo se quejó desde su asiento de que jamás podría volver a presentarse a una elección, debido a la falta de fondos. Laurentina volvió a sentarse y le rodeó los hombros con un brazo.

Julia Terencia fue la última hermana en declarar. En aquel grupito de mujeres tan seguras de sí mismas, ella resultó la más segura de todas. Resaltando el poder que le otorgaba su dinero, confirmó que durante muchos años había ayudado económicamente a la necesitada Pomponia y a Aspicio, como favor hacia su hermana pobre. A la luz del irresponsable comportamiento de Aspicio, recientemente les había avisado que dejaría de pasarles dinero. Él no hacía más que ir de taberna en taberna, gastándose el dinero y buscando pendencia. Terencia sabía que, sin su ayuda, la pareja pasaría grandes penurias, pero no veía otra opción. Había aconsejado a Pomponia que abandonara a su marido. Terencia dijo que Aspicio también había ido a su casa el día anterior. Cuando amenazó a sus ocupantes, Dilio le arrojó una pesada ánfora a la cabeza y lo echó a patadas.

Ennio leyó entonces una declaración de Claudia Galeria, esposa de Tito Níger, según la cual, una escalofriante conversación con su marido la había convencido de que Aspicio había participado en la muerte de Valens, de lo que el propio Aspicio alardeaba. Níger había ido a verlo para encararse con él, y también había sido asesinado.

* * *

Una breve discusión siguió a los testimonios. Las mujeres, a las que la madre había enseñado a no callarse nada, la condenaron sin piedad. Su hijo logró mostrarse más moderado. Muy pronto declaró que ya había oído bastante y ofreció a su madre una nueva oportunidad de defenderse. Ella soltó un bufido y volvió a echarse el velo sobre el rostro con gesto elocuente.

Entonces Ennio ofreció a todos votar en secreto, pero prefirieron hacerlo a mano alzada. Votaron. El veredicto fue unánime: Julia Verecunda no había planeado matar a Calixto Valens, por tanto no era culpable de asesinato. Pero había provocado su muerte al planear el ataque y contratar al hombre que lo había llevado a cabo. Aspicio fue declarado culpable en ausencia; Julia Pomponia se divorciaría de él y la enviarían

al extranjero por su seguridad, y la familia colaboraría con los vigiles en la búsqueda y captura de Aspicio.

Por fin, Ennio dictaminó el castigo que se impondría a su madre. Sería llevada a un templo lejano de una propiedad familiar, donde permanecería hasta su muerte. Viviría bajo la custodia de la sacerdotisa y la familia pagaría su mantenimiento. Podría recibir visitas, pero jamás volvería a Roma.

Además, se pagaría una suma de dinero a Claudia Galeria como compensación por el asesinato de su marido. También se pagaría una cantidad adecuada por la muerte de Calixto Valens. Para finalizar, se pagaría a los familiares de Valens una suma igual a la que habían gastado en la malograda campaña de Volusio Firmo.

LX

Mientras Ennio supervisaba la partida de su madre, que seguía guardando silencio, el grupo empezó a dispersarse. Las hermanas se lanzaron unas sobre otras para los besos de despedida; a un desconocido le habría resultado imposible discernir qué mujeres mantenían una buena relación y cuáles no se hablaban. La adolescente, Valentina, pasó de una a otra para que la besaran. Las hermanas besaron a los cuñados y viceversa. Los cuñados se estrecharon la mano. Solo Ennio hizo un gesto de despedida a Julia Verecunda, que, extrañamente, aceptó el abrazo de su hijo.

Una asistente del templo estaba esperando a que acabara el consejo. Hicieron pasar a un mensajero que pedía ver a Fausto. Mientras ellos hacían un aparte, yo intercambié unas palabras con Sexto Vibio, al que deseé lo mejor en las elecciones. Él hinchó las mejillas y soltó el aire, aliviando la tensión vivida. Luego sonrió y me preguntó burlón:

—¿Ha dado ya el paso?

Me resultaba demasiado doloroso responder, pero saqué fuerzas de flaqueza para emitir una risita.

Su mujer se aproximó rauda, con expresión de fastidio.

—¡Deja tranquilo a mi marido! —Su voz era jovial, pero con un tonillo que no me gustó nada. Sexto y yo apenas habíamos hablado. Las confianzas se las tomaba él. Yo habría preferido que no me viniera con bromas.

Los demás se marchaban ya. Julia Optata se llevó a su marido, al que dio un golpecito en el brazo mientras salían; pareció un gesto juguetón, pero no lo suficiente: hubo algo en su acción y en el modo en que él se apartó que me inquietaron.

Me quedé pensando, mientras esperaba a Fausto.

Después de terminar con el mensajero, vino a recogerme. Arqueó las cejas inquisitivamente porque reparó en mi perplejidad.

—Tiberio, ¿por qué motivo dirías de alguien que es un saco de grano?

—¿Un qué?

—Un saco de grano humano. En un contexto en que resulte claramente un insulto.

Los demás se habían ido. Ahora que estábamos solos, echamos a andar por la alta columnata y nuestro calzado resonaba en las caras losas de mármol. Le hablé de la ocasión en que Trebonio Fulvo había enumerado a sus rivales de un modo despreciativo: «un borracho, un pelele, un mojigato y un saco de grano humano». Dilio, Ennio, Grato... y el saco de grano era Vibio Marino.

Preocupado, sugirió una explicación.

—Trebonio frecuenta el gimnasio. Aparte de su significado en la agricultura, los sacos de grano los usan los púgiles para entrenarse. Se cuelgan del techo y se golpean. Son lo bastante duros para poder practicar auténticos puñetazos, pero también ceden lo suficiente como para no dañarte el puño.

Suspiré.

—Oh, dioses. Tengo un horrible presentimiento. Julia Optata acaba de mostrarse terriblemente suspicaz al verme charlar con Sexto.

Fausto silbó entre dientes, muy bajito. Había comprendido lo que yo estaba sugiriendo.

—Ahora también yo estoy preocupado. ¿Lo hemos entendido mal? ¿No es Sexto el violento, sino Julia? ¿Pierde los estribos a menudo y le pega?

—Sexto te juró que jamás golpea a su esposa, y no creo que mintiera. Nosotros mismos hemos visto cómo es su relación. Fue muy desagradable. En nuestra presencia, Optata gritó a Sexto por la educación de los niños, y él parecía muy nervioso cuando fue a hablar con ella.

—Si eso es cierto —dijo Tiberio tras reflexionar un momento—, ¿se portaría ella igual cuando estaba casada con Calixto Primus?

—Primus no lo habría tolerado. Quizá por eso se divorció de ella tan rápidamente. Y por eso se ocultaron las circunstancias en que se produjo el divorcio.

Fausto se mostró de acuerdo.

—Y por eso su hermana, que debía de estar al tanto de la situación, se llevó al recién nacido afirmando que Optata no podía criarlo, y Primus insistió en tener la custodia.

—Solo permite que Optata vea a Valentina bajo términos muy estrictos —dije—. Eso sí, no admite nada de todo esto. No responde a ninguna pregunta.

—Porque tiene que proteger a su hija del escándalo. Por eso los motivos del divorcio jamás han salido a la luz, y la batalla por la custodia de su hija terminó con un acuerdo privado.

—La madre de Optata lo sabe —decidí—. Optata y Verecunda comparten los mismos rasgos. No solo un carácter violento, sino también las sospechas injustificadas, sobre todo en lo que se refiere a los hombres.

Empezamos a descender el largo tramo de escalones de acceso al recinto, que eran empinados. Tiberio me ofreció su brazo y yo lo acepté por seguridad. Él aún seguía buscando respuestas.

—Por eso Sexto y Julia tienen tan poco trato social. Es el auténtico motivo por el que ella abandonó Roma y Sexto no dejaba de decir misteriosamente: «Acordamos que era lo mejor». Puede que a Julia no le gusten las multitudes y está claro que quería cuidar de su hermana Pomponia, pero la razón principal fue asegurarse de que Sexto nunca tuviera que aparecer en el Foro con marcas de violencia doméstica.

Llegamos al nivel de la calle y seguimos caminando, rodeando la parte posterior del Palatino en dirección al Circo Máximo.

—Esto es extraordinario. —Tiberio parecía desconcertado.

—Son cosas que ocurren. —Levanté su mano para mostrarle con pesar las cicatrices que le había dejado yo misma al clavarle una brocheta.

—Ah, ahora no lo harías. —Cierto. Jamás le haría daño; de hecho, lucharía con

todas mis fuerzas para protegerlo—. Además, la diferencia es, Albiola, que yo obré muy mal en aquella ocasión. Ahora jamás te ofendería de esa manera.

Estuve a punto de echarle en cara lo que me había contado su tío, pero no era el momento adecuado.

—Tiberio, incluso cuando es el marido el que maltrata a la esposa, la situación tiende a ocultarse. Mucho más si es la esposa la que supone un peligro. ¿Un hombre dejando que su mujer le golpee? Eso lo convierte en poco menos que un esclavo. Piensa en la vergüenza que supondría para Sexto. Para ella también, si admite que tiene mal genio.

Él suspiró con tristeza.

—Nosotros la llevamos de vuelta a su casa, con él. ¿Qué hemos hecho, Albia?

No tenía respuesta.

* * *

Seguimos rodeando la gran curva del Circo Máximo en silencio. Cuando volvimos a hablar, Tiberio cambió de tema. Me contó que aquel mensajero había ido al templo a decirle que se había hallado un cuerpo. Por los datos, podía tratarse de Aspicio. Lo habían sacado del Tíber por la mañana. Aparentemente se trataba de un ahogamiento. Si no se presentaba nadie para reclamar el cuerpo, se incineraría a costa del erario público y todo registro del triste hallazgo se perdería discretamente.

Convinimos en que era mejor no investigar el asunto oficialmente. Tiberio informaría a Ennio y dejaría que decidiera si debía avisar a su hermana Pomponia de que seguramente se había quedado viuda. No podríamos probar jamás cómo había acabado Aspicio en el río, pero conocíamos a tres hombres robustos y capaces con un conocimiento detallado del Tíber. Podían habérselo llevado entre los tres a la orilla y, si creían que se lo merecía, haberlo ahogado, uno sujetándole los pies, el otro, los brazos, y el tercero manteniéndole la cabeza bajo el agua hasta que dejara de resistirse...

Si era lo que los Calixto habían hecho con Aspicio, no se ganaría nada acusándolos. Estuvimos de acuerdo, además, en que tampoco se les podía reprochar.

* * *

Con el ánimo apagado, recorrimos el perímetro del Circo cuan largo era, ascendimos la colina por el sinuoso Clivus Publicio y seguimos hasta mi edificio de la plaza de la Fuente. Cuando subí a mi vivienda, Tiberio me siguió. Lo dejé entrar. Durante todo el trayecto hasta casa no lo había mirado ni una sola vez. Una vez dentro, me volvió para encararse conmigo. Con las manos sobre mis hombros, me miró a los ojos. Sabía que estaba enojada con él.

—¿Qué he hecho? —me preguntó simplemente, ladeando la cabeza.

LXI

Amaba a este hombre. Adoraba su sincera franqueza conmigo.

—De momento, nada, Tiberio Manlio Fausto.

—¡Entonces todavía hay esperanza!

Tuve que tragarme las lágrimas. Lo rodeé con los brazos y hundí el rostro en su pecho. Cuando lo solté, le conté que había visto a su tío Tulio y lo que este me había dicho.

Abrió la boca ligeramente. Lo supe entonces: Tiberio no me lo había ocultado; él mismo no lo sabía.

—¡Eso no va a ocurrir jamás!

Me cubrí el rostro.

—¡Albia! —Estaba muy afectado—. ¡Qué habrás pensado de mí! ¡Oh, Albia mía!

No había tiempo para explicaciones. Tiberio necesitaba actuar de inmediato. El anuncio iba a hacerse esa misma noche en un recital de lira. Si se anunciaba el matrimonio y luego él se negaba a llevarlo a cabo, su relación con Tulio se arruinaría para siempre, por no mencionar la ira de Laia y su hermano. A él todo eso le importaba. Era un hombre pragmático.

Para el consejo de los Verecundo se había puesto su túnica blanca de edil con las bandas púrpura de su magistratura. Mientras se arreglaba un poco para adquirir la apariencia de un hombre al que pudieran admitir en una velada musical (peinándose), le pregunté por qué su tío lo metía en algo así sin consultárselo primero.

—Es todo culpa mía —admitió él, avergonzado—. Debo confesar que me habló de esa idea y yo no me la tomé en serio. Supongo que tío Tulio estaba tan impaciente que tomó mi silencio por consentimiento.

—¡Por los cielos! Tienes que aprender a hablar con la gente.

—¡Seguro que tú me enseñarás! Mira, tengo que ir a ese maldito recital. ¿Me acompañas?

Yo me moría por oír lo que iba a decir, pero retirar la proposición (de la que probablemente sus amigos ya estaban enterados) sería una bofetada pública a Laia Graciana; mi presencia solo serviría para inflamar aún más los ánimos.

—No. Debes ir solo.

Al llegar a la puerta, Tiberio me asió ambas manos.

—Ten fe.

* * *

Si hubiera sabido de antemano lo mucho que iba a tardar en volver, me habría sido más fácil tener fe mientras esperaba.

Anocheció. Perdí la esperanza. Lo maldije, lloré, me sequé los ojos y comí algo. Me habría emborrachado, pero no tenía vino en casa. Decidí enviar a Rodan a comprar una ánfora barata con la que ahogar mis penas mientras escribía una nota de

suicidio adecuadamente desagradable, pero cuando abrí la puerta de mi casa, me encontré con un buen alboroto.

El esclavo Dromo subía a duras penas por la escalera, tirando de una carretilla. Estaba llena de rollos, algunos en cajas, otros agrupados y atados, otros metidos de cualquier manera bajo el brazo del agitado y acalorado muchacho. Estaba demasiado cansado para protestar siquiera.

—Para, Dromo. ¿Adónde vas y qué es todo esto?

—¡Cosas! —Subió las ruedas con dificultad hasta el descansillo y se detuvo con la carretilla balanceándose peligrosamente—. Siempre ando acarreando cosas de un lado a otro para el amo.

—¿Pergaminos? Cuéntame de qué va esto, Dromo.

—Son viejos pergaminos que ha ido a buscar al almacén, ese que está en el Celio con un encargado beodo. Hemos estado recogiendo y cargando cosas durante horas. Son todas las cuentas de su tío, pero nadie debe decirle a Tulio que las tenemos nosotros. Se supone que tengo que subir mi carretilla yo solo hasta el sexto piso de este edificio tan horrible en que vives, y esta noche debo dormir aquí para proteger las cosas.

—¿Y dónde está ahora tu amo?

—Sacando más cosas aún de nuestra casa.

—Pues sigue —le ordené sin compasión—. Solo cuatro tramos más y llegarás a mi oficina. —Me ablandé—. Hay un buen diván en el que puedes tumbarte, y mañana puedes quedarte durmiendo hasta cuando quieras.

—¡Oh, ya entiendo! —Dromo torció el gesto. Sabía a qué me refería—. ¿Vamos a vivir aquí? Es horrible. ¡Oh, no me hagáis esto!

—Pregúntale a tu amo mañana.

* * *

Tiberio llegó poco después, trayendo un gran fardo que dejó caer al suelo con un golpe sordo. En respuesta a mi expresión de asombro, enumeró:

—Túnicas, peine, estrígil, cinturones y botas de repuesto, cuchillo y servilleta, y montones de útiles de escritura para copiar viejos documentos.

—¿Con treinta y seis años no eres un poco mayor para escaparte de casa?

—Treinta y siete. Creo que es mejor esperar a ser lo bastante mayor para disfrutar de las cosas. —De repente se mostró adorablemente inseguro—. ¿Debería habértelo preguntado primero?

—No era necesario. Cuéntame qué ha pasado con tu tío.

—He intentado no pelearme con él, pero la conversación ha sido dolorosa y en este momento no quiere saber nada más de mí. No va a hacerme la vida fácil, pero tal vez recapacite algún día... Por cortesía, he hablado con Laia y su hermano, con lo que me he granjeado más enemigos de por vida. Después he ido al viejo almacén de grano y he sacado todos los registros de mi tío, como sugirió tu padre. Ahora tengo

algo que decir.

—Dímelo mañana —le pedí, acercándome.

—No. Ha de ser ahora. Me despierto cada mañana con el corazón alegre porque quizá llegue a verte. Mañana quiero despertar y encontrarte entre mis brazos. Necesito estar contigo.

—Estás conmigo —dije, estrechándolo entre mis brazos.

Él lanzó una mirada al diván, pero le dije que si iba a quedarse para siempre, sería mejor trasladarnos a la cama. Lo conduje hasta allí con escasa resistencia por su parte, aunque intentó musitar algo con aire cohibido.

—Puede que esta noche no rinda mucho. Ayer hice todo el trayecto de ida y vuelta a Fidenas a caballo...

Por la pura bondad de mi corazón, lo ayudé a desvestirse.

—Te las apañarás. Has echado una buena siesta esta tarde.

Él me ayudó también a quitarme la ropa, adquiriendo rápidamente un gran interés por explorar lo que había debajo.

—¡Una buena siesta! Has sido muy astuta, Flavia Albia. ¿Fuiste estratega de Aníbal en una vida anterior?

—No hables.

Él sonrió. Sabía lo que vendría después antes incluso de que lo besara. Ahora me tocaba a mí. Flavia Albia daba el paso.

EPÍLOGO

Este fue nuestro principio. Para otros involucrados debería haber supuesto el final de su desdicha, pero para algunos no sería jamás así.

Tiberio y yo nos concentramos en nuestra propia vida, pero recibíamos noticias de vez en cuando. Las decisiones tomadas por el consejo familiar de los Verecundo se llevaron a efecto. Los Calixto aceptaron el acuerdo. Que nosotros supiéramos, a partir de entonces las dos familias lograron coexistir amistosamente.

Los resultados de la campaña electoral fueron exactamente los que había predicho Fausto a Dromo y Rodan, excepto por la retirada formal de Ennio Verecundo. Volvería a presentarse cuando pasara algún tiempo. En enero, los candidatos se presentaron ante el Senado y pronunciaron discursos formales en defensa de su candidatura, con la presencia de los amigos que los respaldaban. Trebonio y Aruleno resultaron elegidos con facilidad, seguidos cómodamente por Dilio. Quedaba entonces una única plaza, para la que Vibio y Grato salieron empatados a votos. Mi tío, Camilo Eliano, se levantó y sugirió a sus colegas que dieran preferencia a Vibio basándose en que había estado casado y era padre de dos hijos. Su moción fue aprobada: Vibio sería el cuarto edil designado.

Digo que «había estado casado» por una razón: cuando llegó el momento de la votación, su estado civil había cambiado. Para Vibio la conclusión había sido trágica.

Un día, a media mañana, habían hallado a Julia Optata muerta al pie de un tramo de escalera, en su casa. No nos llamaron al lugar del suceso y no vimos prueba alguna de lo ocurrido. Cuando nos enteramos ya se habían llevado el cadáver y asistíamos a su funeral.

Después invitaron a los amigos a su casa, así que tuvimos ocasión de observar discretamente el lugar donde la habían encontrado. Recordé haber subido por esa misma escalera, que conducía de la planta baja a los aposentos que Sexto compartía con Julia. Ya entonces me había parecido una escalera muy segura. «Los escalones eran de piedra natural, todos iguales y bien colocados. Pequeñas ventanas proporcionaban iluminación. Una barandilla, tan rara en las destartaladas casas de vecindad romanas, facilitaba la ascensión...».

Cuando se fueron los demás invitados al funeral, Sexto nos dijo que quería explicarse. Con los labios apretados, su madre se fue a otra habitación, llevándose con ella al padre. Sexto se sentó en un diván, flanqueado por sus hijos, a los que rodeó con los brazos. Dijo que quería que recordaran a su madre, que la quisieran, pero que supieran también que su vida había sido difícil.

—Yo la maté... Me refiero a que fui el responsable. Pero por supuesto fue un accidente.

Afirmó que si alguien le preguntaba, se explicaría abiertamente en público. Ya había habido demasiados secretos. Sexto no quería que sus hijos ni él mismo fueran objeto de más rumores desafortunados. «Los mejores políticos adoptan la misma

tesitura», pensé.

Confesó que Julia Optata lo había maltratado durante todo su matrimonio. El día de su muerte habían vuelto a pelearse. Sus invectivas habían ido subiendo de tono hasta que, como ocurría a menudo, Optata había empezado a gritar y golpear a Sexto. Él intentó escapar abandonando sus aposentos con intención de ir junto a sus padres. Optata salió corriendo tras él y forcejearon en la escalera. Ella perdió el equilibrio y cayó. Fue un terrible accidente. Sexto dijo que la amaba y que estaba desconsolado.

Tuvimos que aceptar su versión.

* * *

En privado, cuando estábamos ya en casa, Tiberio y yo coincidimos en que esa versión era demasiado oportuna. Mientras Sexto nos hablaba con gesto grave, sus ojos se movían como los de un culpable que miente. Tal vez su historia fuera cierta en su mayor parte, pero temíamos que hubiera aprovechado la oportunidad para empujar a Optata deliberadamente.

Si Sexto la había matado, se libraría del castigo. Aunque se plantearan preguntas, era un hombre creíble. De ser necesario, familiares y amigos declararían que, por lamentable que resultara, Optata lo maltrataba regularmente. El trágico resultado no era culpa de Sexto; había sido en defensa propia.

Sexto salió adelante con desenvoltura, irónicamente tal como nosotros le habíamos enseñado. Le dije a Tiberio que, aunque hubiera personas crueles que sospecharan de él, Sexto lograría rehabilitarse. Una vez en el cargo, cuando empezara a devolver favores, el público lo olvidaría todo muy pronto. Su reputación seguiría impoluta..., o al menos tan impoluta como la de cualquier político.

A partir de entonces, Tiberio, que no era ningún idiota y sí un buen hombre, se mostró más frío con Sexto. Yo descubrí que mis sentimientos habían cambiado. No podía decir que Julia Optata me gustara, y desde luego me compadecía de su marido por lo que había tenido que soportar. Pero también ella me despertó una simpatía tardía tras su muerte, imaginando lo triste que había sido su vida.

En apariencia, Tiberio siguió siendo amigo de Vibio y se mostró siempre atento con sus dos hijos. Una mujer inteligente no se interpone entre su hombre y el mejor amigo de este. Por suerte, en el fondo, el mío compartía mis reservas. Así pues, no invitaríamos a Sexto Vibio Marino a nuestra casa, cuando la tuviéramos, con tanta frecuencia como lo habríamos hecho en otro tiempo.

Tendríamos nuestra propia casa. Pero esa es otra historia.



LINDSEY DAVIS. Nació en Birmingham en 1949 y estudió Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford. Después de escribir con seudónimo algunas novelas románticas, saltó a la fama como autora de originales novelas históricas en las que la fiel reproducción de la vida cotidiana en la Roma imperial se combinaba con un agudo sentido del humor y unas perfectas tramas detectivescas. Su más célebre creación, el investigador privado Marco Didio Falco, la ha convertido en la más popular, leída y admirada cultivadora de novela histórica, al tiempo que le ha granjeado el respeto de los lectores de novela negra. La veintena de títulos de la serie han convertido a Falco en un personaje entrañable para miles de lectores en todo el mundo y le han valido a la autora la *Ellis Peters Historical Dagger* 1998, el Premio *Author's Club First Novel Award* en 1989, el Premio *Sherlock* 1999 y el Premio de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza 2009, entre otros galardones.